

A woman's hands are resting on a large, grey stone surface. The word 'EL' is on the left, 'X' is a large red 3D cross, and 'VAGOS' is on the right, all in white block letters. Below 'VAGOS' is the word 'Adi' in a blue cursive font with two red hearts. The background is a soft-focus landscape with trees and a path.

EL X VAGOS
♥ Adi ♥

A MITAD DEL

amino

«El amor después del amor»

A small, dark silhouette of a couple walking away on a path that leads into a misty, wooded area. The path is light-colored and curves into the distance.

C. M. A

A mitad del camino

El amor después del amor

C.M.A

Copyright © 2017 Carolina V. Moreno Azua
Diseño de Portada: Isa Quintín

Primera edición: Agosto 2017

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio reprográfico, electrónico, químico, mecánico, de grabación o fotocopia sin autorización expresa de la autora .

A:

Emma, la Emilia de mi vida.

Y al auténtico Gabriel.

Ojalá encuentres el amor después del amor.

Agradecimiento especial

Estefa, mi hermana,
mi primera lectora desde siempre.

Chantal, mi otra hermana,
mi no lectora desde siempre.
Todavía espera mis audiolibros.

Y por último, e igual de importante.
Anais, otra clase especial de hermana para mí,
esas que te regala la vida.

Un día le pregunté a mi madre
Mamá, ¿qué hay al final del arcoíris?
Al final del arcoíris sólo hay eso, más arcoíris.

Ahora, años después, con el corazón roto por primera vez, me doy
cuenta que esa es la madre de las respuestas para todas las preguntas del alma.
¿Qué queda después del amor?
¿Qué hay al final del amor?
Después del amor, sólo hay eso, más amor.



CAPÍTULO 1

Verónica se consideraba una mujer independiente, y ante la mirada del afuera, por supuesto lo era. Independiente, en extremo profesional, con un talento innato para leer las entre líneas de las leyes, y un sinfín de apreciaciones más. El problema se hallaba cuando uno contemplaba la misma imagen desde el adentro, y así, todo lo anterior, se borraba de un plumazo. La independencia dejaba de ser eso, “independencia”, y se convertía simplemente en soledad. A los 37 años, Verónica, estaba por descubrir que el libro de su historia tenía más hojas en blanco de las que creía.

Todo comenzó con un simple estornudo, seguido de otro, y otro. Como es de esperarse, la condena popular no tardó mucho tiempo en hacerse presente.

“Deberías hacer reposo para contener esa gripe”.

Condena popular, sí. El carácter de Verónica interpretaba esos comentarios como lo opuesto a un gesto de preocupación o amabilidad, para ella, esa era la manera de expresar el deseo de distancia para no contagiarse de un virus inesperado. Con esa facilidad trasladaba sus pensamientos a los otros, y con esa misma facilidad, trasladaba también sus actitudes a los demás. No pensar o actuar como ella era considerado un acto de aberración por parte de la naturaleza. Un acto de aberración de “Su” naturaleza, claro está, y dentro de esa naturaleza se hallaba la incapacidad de contraer algún tipo de enfermedad. No, Verónica Suárez Andrade no tiene tiempo ni paciencia para tal hecho, porque Verónica Suárez Andrade, tiene todo bajo control, inclusive a su sistema inmunológico. Alimentación saludable, deporte, suplementos de vitaminas, visitas regulares a la consulta médica, etc. Todo lo necesario a fin de mantener el agitado y ocupado estilo de vida que elegía a diario: vivir para el trabajo. Para ella la satisfacción plena encontraba el origen en los logros

profesionales, era una abogada corporativa de renombre, con un título obtenido con honores en una de las mejores universidades del país, dos postgrados de derecho internacional, idiomas, y un lenguaje judicial tan pulido que hacía sentir como un bebé en pañales a cualquier abogado recién recibido.

Era feroz, implacable, cuando atravesaba el umbral de la puerta del Bufete Jurídico, la potencia y firmeza de sus pasos denotaba ante todos su llegada. Elegante, delgada, con tacones altos, siempre tacones altos; cabello perfecto, ausencia de sonrisa y una mirada penetrante que hasta los espejos mismos le temían. En lo referido a su voz, su voz en un estado de demanda podía alcanzar tonos desconocidos para el oído humano.

Sí, eso mismo, eso era lo que se decía por los pasillos del lugar, desde el administrativo más básico, pasando por los auxiliares paralegales y los pasantes de grado, todos y cada uno de ellos, albergaban una opinión similar que se potenciaba con la de los otros. En conclusión, la verdad detrás de Verónica era desconocida, y a ella le fascinaba la imagen que enarbolaban a costa de su desempeño profesional. Como se hizo mención antes, para ella, la satisfacción plena era lo más importante, y todavía no la había alcanzado, lo haría el día en que su nombre estuviese decorando la pared de la recepción del Bufete. Ese era el mayor deseo que albergaba, ser socia mayoritaria.

De

Castellanos & Uriarte Asociados.

A

**Castellanos – Uriarte – Suárez Andrade
Asociados**

La obsesión que tenía ante dicho acontecimiento la había llevado a encargarse de las tarjetas de presentación con antelación. Sabía que estaba a pasos de obtener su lugar en la pared principal de las oficinas, y el día que lo consiguiese sólo tendría que abrir un cajón y repartir las tarjetas para se supiese de las puertas para afuera. Nada se interponía ante su meta, ni siquiera...

... ni siquiera un estornudo. Menos que menos, dos.

¡Ni que hablar de las primeras líneas de fiebre!

Nada la detenía... a excepción de Lucrecia Castellanos, su mentora, el ejemplo a seguir, la socia gerente del Bufete.

“Tú y tus gérmenes, fuera de aquí”.

Con esas simples y afectuosas palabras, la envió a casa con una bella patada en el trasero.

El descanso en cama no le sentaba bien, se concebía como un animal enjaulado, y la gripe en pleno desarrollo le jugaba en contra. Era innegable que se sentía pésimo, le dolía el cuerpo, tenía jaqueca a causa de la fiebre que subía y bajaba, y la nariz le goteaba gracias a la mucosidad que se empecinaba por torturarla. No recordaba siquiera cuando había sido la última vez que había pasado más de doce horas en ese departamento. Es más, ni siquiera podía recordar cuando había sido la última vez que había necesitado tiempo de reposo y descanso a causa de una enfermedad, de seguro en alguna década pasada, con certeza, en la adolescencia.

El mal genio era algo que la acompañaba de manera habitual, pero en éste caso, el mismo, se había exacerbado hasta la máxima potencia. Decir que estaba intolerable era ser bondadosa, Verónica estaba en llamas, por la fiebre y por el tiempo que estaba perdiendo sin dedicárselo al trabajo. Demás está decir que lo había intentado, pero el estado febril y la jaqueca hacían imposible que pudiese mantener la vista en el computador más de diez minutos, ni hablar de intentar redactar un mail. Estaba resignada, y esa resignación le llenaba de sabor amargo la boca, sin más alternativa, dejó al condenado virus seguir su curso.

Pañuelos descartables húmedos y sucios por aquí.

Pañuelos descartables húmedos y sucios por allá.

Y entre medio de ellos, la misma sinfonía repetitiva: sus gritos.

—¡Estela! ¡Un vaso de agua!

—¡Estela! ¡Un té! No, mejor, no. ¡Sopa!

—¡Estela! ¡Se me acabaron los pañuelos!

—¡Estela! ¡Estelaaaaaaaa!

A diferencia de Verónica, Estela no optó por la resignación, sino por todo lo contrario. La mujer ya había alcanzado los sesenta años, y si todavía se hacía cargo del cuidado y aseo del departamento, junto a todos los demás recados que Verónica reclamaba a diario, lo hacía en memoria de su antigua empleadora, la abuela de la ya mencionada, a quién le había servido como empleada doméstica durante más de treinta años. Estela sentía sincero cariño por la niña ya devenida en mujer de mal carácter, le adjudicaba su comportamiento caprichoso, demandante y déspota a su niñez, una niñez con ausencia repentina de madre. Por ello le toleraba todo... hasta hoy. Una

bofetada imaginaria le dio vuelta la cara cuando se disponía a prepararle la sopa de pollo: *¡Alguien tiene que ponerle un límite a esta niñita caprichosa de 37 años!*

Y todavía no era demasiado tarde para hacerlo.

—¡Estela! ¡Estelaaaa! Tráeme un analgésico que se me parte la cabeza...

El grito fue interrumpido por la presencia de Estela en la habitación. La cara de la mujer decía todo, Verónica no era la única del mal humor en ese departamento.

—No hay más analgésicos, el último me lo tomé yo, porque a mí también se me parte la cabeza en mil pedazos... ¡Se me parte por tus condenados gritos!

—Pensé que no me oías. —Verónica intentó bajar los niveles de demanda, no pudo, estos eran más fuertes que ella—. Te pedí pañuelos descartables hace un rato y veo que no los traes contigo.

—¡Te oí! ¡Te oí a la perfección, como lo hizo todo el edificio!

A pesar del estado febril, la réplica de Estela llegó a los oídos de Verónica sin interferencias, ella prefirió demostrar lo opuesto para reiterar sus necesidades pendientes.

—Si ya no quedan más analgésicos, ve a comprar más. Agrega también, un surtido interesante de pañuelos descartables. Voy a necesitarlos sin duda.

Un suspiro de fastidio abandonó la boca de Estela y la hizo más pequeña ante la vista de la enferma. La mujer comenzó a repetir una y otra vez el mismo pensamiento dentro de su cabeza:

“Es para mi bien, pero sobre todo, es para su bien”.

Inhaló una gran bocanada de aire para tomar coraje y no arrepentirse, luego escupió aquellas palabras que durante mucho tiempo quiso decir.

—¿Sabes qué? Voy a ir por algo, pero no va a ser por analgésicos, no, voy a ir por mi bolso.

Verónica estaba arrojada sobre la cama como un ser en estado vegetativo, rodeada de pelotitas de papel tissue con mucosidad, lo único que había movido hasta ese instante había sido sus labios y las manos que manipulaban a los pañuelos. Cuando oyó esas palabras, el torso se le tensionó y se elevó como una marioneta.

—¿Estela? —La súplica comenzaba a hacerse presente en los ojos vidriosos de Verónica, víctimas de la gripe.

—¡Estela, nada! —Fue un ultimátum—. Ve por “tus” analgésicos, prepárate “tu” sopa. —La mujer no pudo con su obsesión compulsiva por la limpieza, tomó el cesto de basura junto a la cama, y mientras continuaba con la sentencia, arrojó los desechos de papel en el mismo—. Deshazte de “tu” propia suciedad... en definitiva, hazte cargo de tu vida, Verónica.

Eso era una alucinación a causa de la fiebre, sin lugar a dudas, lo era. Estela jamás se comportaría así. ¡Jamás!

—Estela, vamos... no es un buen momento para bromas.

—No estoy bromeando, de hecho, nunca antes hablé con tanta seriedad. —Exhaló como un acto de liberación definitiva, dejó el trabajo a medio hacer, pues los restos de pañuelos parecían reproducirse sin piedad ante sus ojos, y sonrió—. Renuncio. ¡No! Mejor aún, me retiro del ámbito laboral.

—¿Qué dices? —Verónica quería reaccionar, abandonar la cama, aprisionarla. No podía, su estado vegetativo no se lo permitía—. ¡No puedes hacerme esto, Estela, sabes que te necesito! —rogó, contra su propia costumbre, suplicó en entre líneas—. Tenemos una historia juntas... te he dado los mejores años de mi vida.

Estela estalló en una carcajada.

—Cariño, justamente por eso me voy... porque todavía te quedan los mejores años de la vida a tu favor. Hago esto por tu bien, créeme, y de paso me veo beneficiada yo también, has conseguido agotarme para el resto de la eternidad.

La besó en la frente, Verónica necesitaba ese tipo de despedidas, simples, sin sentimentalismo.

—Vive tu vida, y date un baño de agua fría, me parece que te volvió a subir la temperatura. ¡Adiós!

Con la misma sigiliosidad con la cual había llegado a la habitación, así se marchó.

Verónica no aceptaba el dramatismo en su vida, pero aceptaba el dramatismo en la literatura y se valía de ello cuando no podía elaborar un discurso propio.

—¡Está bien, vete! Camina lejos de aquí... ¿Crees que lo que teníamos era nada, verdad? ¡Pero déjame decirte algo, este es el amor más grande y puro que encontrarás! ¡Y yo lo sé, porque lo he buscado durante mucho tiempo!

El ruido de llaves introduciéndose en la cerradura dio por finalizada la despedida. La voz de Estela se hizo presente una vez más.

—¡Ya te lo he dicho, date un baño frío para que te baje la temperatura, y deja de recitarme frases de libros, no tienen el mismo efecto saliendo de ti!

Sin analgésicos ni pañuelos descartables, peor aún, sin sopa, así se entregó al sueño febril, con la esperanza de que al abrir los ojos, todo volviese a la normalidad.

El insistente llamado del teléfono la obligó a abandonar la ensoñación alucinógena causada por la fiebre alta. Estiró la mano y capturó su móvil, la pantalla estaba en reposo, no había llamada entrante alguna; aun así, el molesto sonido perduraba. Le bastó un par de segundos para detectar el origen de tal molestia, el teléfono de línea fija del departamento era el que sonaba con insistencia.

¿Qué clase de Neanderthal llama a un teléfono de línea? ¡Por Dios!

De seguro ninguno que ella conociera, de ser así, la estarían llamando al teléfono móvil. Se levantó a la fuerza y abandonó la cama con una sola intención, el baño, no pensaba invertir movimiento alguno de sus músculos doloridos para atender ese llamado, el contestador automático lo haría.

Regresó a su refugio entre sábanas luego de vaciar la vejiga, empaparse el cabello para apaciguar la jaqueca, y tomar posesión del papel del baño. Sí, papel de baño, así de patética era su situación sin pañuelos descartables. Sin Estela estaba condenada. Ni siquiera podía contar con la presencia de Ignacio, su falsa media naranja, ya que se encontraba fuera del país fortaleciendo sus relaciones diplomáticas. En definitiva, estaba sola, peor aún, se sentía sola, y ese sentimiento era algo que nunca antes había vivido. De no haber sido por la fiebre, de seguro, en ese preciso instante, hubiese derramado una que otra lágrima. Pero no, había sudado tanto que ya no había gota posible que saliera de sus poros, menos aun de sus conductos lagrimales.

El sonido del teléfono cedió y dio lugar a la acción del contestador. El silencio del gigantesco departamento potenció la recepción, llegando con extrema claridad a la habitación de Verónica.

—Hola, habla Roxana Burgos, la propietaria del departamento de arriba, la administración del edificio me proporcionó tu teléfono. Quería comentarte que desde mañana, hasta por lo menos las dos semanas siguientes, se estarán realizando trabajos de remodelación en el departamento. Tengo intenciones de venderlo y pretendo modernizarlo un poco. Van a levantar el

piso y cambiar las tuberías de origen ancestral que tenemos... desde ya te pido disculpas, van a hacer ruido, mucho ruido. Más allá de eso, si no es molestia, te pido que controles tus techos, no quiero que mis reparaciones te causen complicaciones a ti. Cualquier problema, ponte en contacto conmigo... Gracias, y una vez más, disculpas. Ah, me olvidaba... el nombre del contratista es Gabriel, no recuerdo muy bien el apellido, pero es un encanto, si hay algún inconveniente de resolución inmediata puedes dirigirte a él. ¡Adiós! ¡Y compra analgésicos para los posibles dolores de cabeza!

¡Analgésicos! Ahhhh, daría su vida por unos analgésicos.

Se tapó la cabeza con la almohada, el atardecer se colaba por la ventana y le incomodaba la vista cansada, bajar las persianas requería de un esfuerzo sobrehumano para el cual no estaba predispuesta. Le dio la espalda al ventanal, y con la oscuridad facilitada por las plumas combinadas con espuma poliéster visco elástico de máxima calidad, retomó la única actividad posible para ella, dormir.



No solía arrepentirse de las decisiones laborales que tomaba, al fin y al cabo eran eso, trabajo, y con eso le era suficiente... hasta ese día.

Ni bien volvió a poner los pies en el departamento en cuestión maldijo con fuerza para sus adentros. ¡Dos semanas, un cuerno! No había hecho bien los cálculos estimativos, eso iba a demorarse más, posiblemente un mes.

Cuando la propuesta le había llegado de la mano de una habitual empleadora, no lo dudó, dijo que sí. Remodelación total, algo que a Gabriel le encantaba, de seguro por el deseo insatisfecho de convertirse en arquitecto, y para qué negarlo, también por la suntuosa cantidad de dinero que involucraba el pago de sus honorarios. Dinero, vil dinero, eso lo había movido, y ahora se daba cuenta del aprieto en el que se había metido.

Odiaba romper sus promesas, sobre todo cuando estas involucraban a las personas que amaba, y ahora, la promesa de llevar a la mayor de sus hijas a clases de patinaje artístico, se convertía segundo a segundo en imposible. Volvió a maldecir en silencio a modo de auto-reproche. Se disgustaba con él mismo, no sólo porque desilusionaría a la niña, que se manifestaba ansiosa de

mostrarle los recientes movimientos adquiridos sobre ruedas, sino porque el descanso extra que le había prometido a Noelia, su mujer, tampoco iba a llevarse a cabo. Por supuesto no hubo reclamo alguno de su parte, ella comprendía muy bien el peso que Gabriel llevaba sobre los hombros, mantener una casa y una familia con tres hijas no era una tarea sencilla. Las niñas iban a un buen colegio y podían llevar a cabo las actividades extracurriculares que deseaban, las necesidades médicas estaban cubiertas, algo de suma importancia para ambos, y además, podían darse el lujo de vacacionar una vez al año; todo ello gracias al trabajo que él realizaba, un trabajo que requería, en ocasiones, una labor física extrema. Ser contratista de la construcción tenía puntos a favor, como por ejemplo, el hecho de ser una labor independiente con tiempos impuestos por uno. Ni hacer mención del beneficio económico, la cifra final siempre era muy buena. El punto en contra: la espalda de Gabriel pagaba las consecuencias. Mantener tantas malas posturas y cargar bolsas pesadas de materiales no era saludable para el cuerpo de nadie.

A él no le importaba el cansancio, estaba genéticamente preparado para lidiar con el agotamiento físico, lo había aprendido de su padre, un contratista independiente al igual que él; pero sí le importaba el cansancio de su mujer. Si le dieran a elegir, salir a trabajar doce horas diarias bajo el sol a, quedarse en casa para mantenerla a flote, cuidar de las niñas estando atenta a sus necesidades diarias y escolares, y la labor extra que Emilia, la segunda de sus hijas requería, sin pensarlo, saldría a trabajar bajo el sol no doce, sino veinte horas al día. No era un necio, conocía la realidad caótica de su casa, pero contaba con la ventaja de llegar a ella y encontrar la calma gracias al trabajo hecho por su mujer. Noelia era la primera en levantarse y la última en acostarse, y al igual que él, su genética no le permitía derrumbarse por nada, aun así, las ojeras estaban en su rostro.

Gabriel la conocía muy bien, el principio de la adolescencia los había unido, y no existía maquillaje alguno que le ocultase a él la verdad, Noelia estaba agotada. Necesitaba un tiempo de descanso para ella, un tiempo que, gracias a ese maldito nuevo trabajo, ya había sido hipotecado.

Tarde para reproches. Se sentó sobre las bolsas de cemento que estaban apiladas en el comedor diario del departamento, sacó el termo de café que su mujer le había preparado, se sirvió un poco en la taza plástica que servía de tapa, y bebió mientras contemplaba los materiales frente a él. Roxana, la propietaria, se había encargado de todo, inclusive más de lo

necesario, sólo quedaba poner manos a la obra. Comprobó la hora, 7.45 de la mañana. Horacio, su mano derecha, el auxiliar de siempre, llegaría en breve.

Pasadas los 8.30, con herramientas en mano, el apocalipsis dio inicio; maza, estaca de metal, espátula para levantar las cerámicas y taladro eléctrico, un auténtico armamento sonoro. Parte del trabajo era la renovación de todo aquello que no se veía, instalación eléctrica con cableado nuevo y cambio de tuberías, las que poseía el departamento eran de acero y el paso de los años habían corroído el material, de hecho, la primera manifestación de auxilio que habían evidenciado las mismas era una pérdida interna debajo del lavado de la cocina, en consecuencia, el cemento y el relleno interno húmedo habían levantado las baldosas de cerámica. Comenzaron por ahí, a fin de solucionar esa rotura en primera instancia.

La tarea demandó más tiempo del deseado, la filtración de agua había creado estragos en el entre-piso, y el trabajo tenía que hacerse con delicadeza ya que un golpe demasiado intenso podría provocar una grieta al final de la estructura, lo que derivaría en una fisura en el techo del departamento de abajo. Para el final del día, el piso de la cocina ya no existía, y el recorrido de las tuberías se mostraba ante Gabriel como una autopista derruida y abandonada.

Toda la bendita jornada en el mismo lugar, confirmando el presagio que había vaticinado a primera hora de la mañana, el trabajo iba a ser eterno. Intentar maldecir en silencio ya no tenía sentido alguno, estaba en medio del océano sin tierra a la vista y no le quedaba más alternativa que nadar.

Y nadaron... ¡Vaya que nadaron juntos!

Cuando se sumergían de lleno en el trabajo, tanto Gabriel como su compañero, perdían la noción del tiempo. Sin siquiera darse cuenta, las horas se habían esfumado al ritmo de los martillos y picas, cayeron de nuevo a la realidad horaria cuando el sol del atardecer les recordó a ambos que ya era hora de partir. Como era costumbre en Gabriel, antes de abandonar el lugar de trabajo, realizaba un recorrido por el mismo para controlar que todo quedase ordenado y preparado para el día siguiente. El paseo final de ese día lo llenó de satisfacción, Horacio había mantenido buen ritmo, mejor que el de él, y las cerámicas de los pasillos que comunicaban las tuberías centrales con las de los dos baños que poseía la propiedad, ya no existían; los restos de los

mismos se encontraban prolijamente embolsados para ser convertidos en residuos. Después de todo, la jornada no había sido tan mala.

Abandonaron el departamento hasta el día siguiente, y eso no era decir mucho, en menos de diez horas, estarían de regreso.



CAPÍTULO 2

Por un acto piadoso del universo, y a fuerza de paños fríos, la temperatura alta de Verónica descendió a los valores normales. La esperanza de conseguir algún antigripal para paliar el pésimo malestar ya estaba fuera de juego, había insultado por teléfono al empleado de la farmacia que, según le habían dicho, hacía los envíos a domicilio. Ahora recurría al plan Z, sí, todos los otros habían ido a parar al retrete. La estrategia de éste último consistía en llamar a su secretaria para que convenciera al empleado de mensajería del Bufete de que fuese hasta su casa e hiciera los recados por ella. Dos minutos al teléfono fueron suficientes para otorgarle un spoiler de fracaso al plan; Verónica conocía a la perfección los falsos argumentos que Alicia, su secretaria, daba para argumentar una negativa, al fin de cuentas, ella se los había enseñado. No se sorprendía, después de todo, era lo esperable, cuando tratas a todo el mundo como sirvientes, esperar favores de los mismos no es lógico.

Verónica comenzaba a pagar las deudas generadas por su conducta altanera y déspota, y lo descubría de la peor manera, sola, en un departamento inmenso, sintiéndose al borde de la muerte por una simple gripe, y... ¡Con un desquiciado mental que volvía a torturarla a golpes de martillo por segundo día consecutivo!

Se reprochaba el hecho de no haberse levantado de la cama cuando la tal Roxana había telefoneado, la muy desgraciada se había quedado corta con la expresión “mucho ruido”. Ahí no estaban remodelando un departamento, no,

ahí estaban demoliendo el edificio mismo. Verónica ya comenzaba a diagramar en su mente la futura demanda que iba a hacerle por ruidos molestos y excesivos en horarios no prudentes, sólo era cuestión de echarle un ojo al estatuto de convivencia de la administración del edificio y... ¡Voalá! Roxana vería su rostro ante los tribunales judiciales deseando no haber pensado jamás en esa miserable renovación. ¡Sí, así de buena abogada era... así!

En el mientras tanto, le quedaba sobrevivir, la congestión nasal y el dolor corporal era lo que más la mortificaba; para colmo de males, el papel de baño había sido suplantado por papel de cocina absorbente, y eso le había irritado la nariz y la parte superior de los labios.

¡Después de semejante desgracia necesitaría, como mínimo, un fin de semana en un Spa!

Intentó visualizar esa imagen para distraerse del terremoto que se estaba llevando a cabo en el departamento de arriba, ni los masajes ni la sesión de fango terapia imaginaria le valió de algo, el mundo parecía estar dispuesto a derrumbarse sobre ella.

Buscó otra alternativa para tratar de ocultar los ruidos de los martillazos, encendió la tv para darle buen uso a la suscripción de Netflix, y se colocó los auriculares inalámbricos de Ignacio, aquellos que él utilizaba para ver series a la madrugada cuando se quedaba a dormir con ella. De no haber tenido la vista tan agotada por el malestar, se hubiese puesto a leer, pero no, los pobrecillos no podían seguir el ritmo de palabras en papel o de subtítulos en una pantalla. Por suerte, el dinero invertido en clases de idiomas se justificaba y disfrutaba de la programación en idioma original.

Después de dos episodios seguidos de House of Cards, los ojos se le rindieron al sueño de media mañana. Cuando despertó, pasadas la una de la tarde, la acidez estomacal le reclamaba algo de alimento. La cocina no era un área que entrara dentro de su experiencia, siendo sincera, nada relacionado a las actividades “hogareñas” era de su conocimiento o interés, pero a pesar que Estela hacía ya más de dos días que no ponía un pie en el lugar, su presencia seguía viva y congelada en el refrigerador.

¡Gracias al cielo existe un Dios!

Almacenada en un pequeño recipiente, se hallaba la fortuna más deseada: una sopa crema de verduras, que pedía a gritos ser descongelada y devorada por Verónica.

Unos minutos en el horno a microondas, un tazón por aquí, una cuchara por allá, y una boca dispuesta a todo. Ir a la cama era una mala inversión, en

algún momento tendría que regresar a la cocina para dejar el recipiente sucio, se ahorra el importuno quedándose ahí. Apoyó la espalda contra la pared para usar el respaldo de la silla como un apoyo para los brazos y, estiró las piernas en otra de las sillas.

El ambiente dentro de la cocina le resultó reconfortante, la suave brisa que se filtraba por las ventanas que daban al pequeño balcón/lavadero le renovaron el aire viciado que respiraba en la habitación, además tenía todo al alcance de las manos, todo lo indispensable: más sopa, agua, una apetitosa manzana que la saludaba a la distancia, y por supuesto, papel de cocina en abundancia. Podía quedarse ahí, sólo era cuestión de una almohada, actitud, y que el asesino serial de edificios del departamento de arriba, dejara de golpear por un miserable momento.

Para cambiar el eje de su pensamiento y alejar la idea de convertirse ella misma en una asesina de contratistas, fue en busca del objeto deseado, la manzana. Hizo correr el agua del grifo para quitarle cualquier posible resto de polvillo y le clavó su perfecta dentadura. Un manjar, el paraíso en una fruta... un manjar cuando no tienes un bocadillo éclair, o un trozo de pastel de chocolate blanco con frutos rojos, o un...

¿Qué demonios es esto?

La vista se le desvió víctima de una extraña intuición y encontró un punto de atracción cerca del recipiente de las frutas: un pequeño charco de agua crecía y se expandía sobre la esquina izquierda de la mesada.

Boop... Boop.

Una gota... otra gota.

Seguir el origen de la que parecía una pequeña lluvia a punto de convertirse en tormenta fue simple, el techo. Una aureola marrón, de una circunferencia de unos cuatro o cinco centímetros, se presentaba ante sus ojos, y a modo de coronación de la misma, una fisura diminuta pero activa, le escupía a la cara restos de filtración de agua.

La especulación fue instantánea, y los deseos de asesinato contenidos volvieron a manifestarse. Tenía furia acumulada que se había generado no sólo por el día y medio de imparable ruidos y martillazos, sino también por el abandono de Estela y el descubrimiento de saber que para gran parte de los conocidos era una maldita dictadora.

Estallaba, ardía una vez más y no a causa de la fiebre.

Necesitaba descargarse, liberar el veneno sin medir las consecuencias. Y con sin medir las consecuencias, me refiero a tirar a la

basura la intachable y perfecta imagen personal que mantenía a diario.

El sudor provocado por la alta temperatura corporal que había tenido en los últimos días la había llevado a utilizar toda la ropa de cama existente en el departamento, la misma había sido suplantada por ropa de entrecasa que nunca utilizaba. El estilo y la moda no habían congeniado con ella a causa del estado febril pasado, unos pantalones de bambula estampados en tonos rojo y negro, una camiseta color amarillo, un sacón gris abierto para protegerse de cualquier corriente de aire imprevista, y sus botas Ugg azules; así abandonó la calidez del hogar con rumbo directo al infierno.

La primera decisión estúpida que tomó fue la mencionada líneas arriba, salir de su departamento vestida así. A eso se le sumó un cabello por completo desordenado, al punto tal que, si un pájaro se apoyara en él, anidaría ahí sin dudarlo. La segunda decisión estúpida fue pasar por alto la espera del elevador y subir por la escalera. Un piso, era sólo un piso, pero sus piernas lo sintieron como una escalada al Everest.

Al llegar a la puerta del lugar obvió el llamado convencional del timbre para reemplazarlo por la primera liberación de furia: puño cerrado y a golpear.

Cuatro, seis, ocho golpes, eso fue necesario para capturar la atención de los mercenarios que se encontraban en plena fase de destrucción.

Un hombre de mediana edad respondió a la provocación abriendo la puerta de par en par, no dijo nada, esperó a que ella lo hiciera.

Verónica tuvo que reestructurar el discurso de ataque, el hombre frente a ella parecía llegar a los cincuenta años, no superaba el metro sesenta y en su cabeza ya no había rastro alguno de cabello. En la mano cargaba algo parecido a un taladro, y su cuerpo estaba cubierto, casi en la totalidad, de restos de polvo. Una sensación nunca antes experimentada por Verónica, en situaciones de demanda o negociación como esta, se hizo presente: misericordia.

Quería escupirle su veneno al hombre, no podía, él la miraba con una pasividad tan inusitada que la inmovilizaba. Estaba siempre dispuesta a combatir, y al parecer, aquí no había predisposición alguna para la pelea.

El hombre, ante la ausencia de palabras, la interrogó con la mirada.

—Llueve en mi cocina. —Verónica expuso su caso sin ningún tipo de cortesía.

Los labios del hombre se movieron de forma casi imperceptible, y aun así, lo que dijo resonó con fuerza por todo el departamento.

—¡Gabriel!

—¿Qué? —Una voz proveniente del interior gritó a modo de respuesta.

—Al parecer llueve abajo —finalizó el hombre haciéndose a un lado para invitarla a ingresar al lugar.

—¿Llover? ¡Pero si hace un día precioso!

Por lo visto, además de ruidoso, el “Señor contratista” era bromista.

El veneno se estancó en la garganta de Verónica, aceptó la invitación cuando comprendió que la voz, que se alzaba a unos cuantos pasos de ahí, era la que iba a darle una respuesta.

La disposición de los ambientes era igual a la de su departamento, caminó en dirección a la cocina y ahí lo encontró, arrodillado, de espalda a ella, en plena labor. El piso de la cocina no existía, todas las tuberías estaban a la vista, una parte de ellas indicaban la edad prehistórica que tenían, las otras resaltaban ante la vista por su reciente juventud. El escenario no era para nada prometedor.

¡Dios santo, iban a atormentarla con los golpes hasta el fin de los días!

—Hace un día precioso pero en mi cocina llueve, así que dime, ¿qué piensas hacer para solucionarlo?

El veneno se le filtró por los labios, la abogada corporativa le dio una patada en el trasero a la Verónica enferma para ocupar su puesto. Obviar el trato de “usted” era una estrategia que solía utilizar, el “usted” traía consigo una actitud de respeto, y eso era lo que Verónica justamente dejaba de lado para dominar la situación y generar una sensación de superioridad.

Gabriel percibió la notoria aspereza en la voz, estaba acostumbrado a lidiar con todo tipo de personas, en especial con aquellas que pensaban que porque pagaban tenían la última palabra siempre, la mujer detrás de él parecía no ser la excepción.

—Nada —respondió manteniendo la calma y la espalda hacia la molesta voz.

Un pequeño bufido brotó del pecho de Verónica y el ataque de su parte no se hizo esperar.

—¿Nada? ¡Acaso pretendes...

—Nada, porque ya lo he solucionado —Gabriel interceptó el ataque antes del estallido final. Se incorporó y giró para enfrentarse de una vez por todas a ella.

No pudo evitarlo, la observó de arriba abajo y se vio en la obligación de contener la risa. La mujer frente a él, por algún motivo desconocido,

pretendía exhibir una imagen temeraria, la actitud y la expresión de rostro se lo decía a gritos, no así su vestimenta.

—Una de las tuberías estaba rota, trabajar sobre ella provocó que el entre piso, cargado de humedad contenida, se debilitara al punto de crear un fisura.

A Verónica comenzaba a faltarle el aire, dentro del lugar hacía más calor de lo esperado, y el polvillo que sobrevolaba por el ambiente se le colaba por la nariz congestionándola aún más. Como si eso no fuese suficiente, gracias al reflejo de su cuerpo en la ventana, caía en cuentas de que parecía un payaso que se había escapado de una institución psiquiátrica. Y él, bueno... él era todo lo opuesto a lo que había pensado que sería. Cada martillazo había sido como una pieza de rompecabezas para ella, allí abajo, en la soledad de su departamento ruidoso, le había dado un rostro al “Señor contratista”. Un rostro y un cuerpo equivocados, empezando por los doscientos metros de altura que éste tenía. Alcanzaba el metro noventa sin dudarle, robusto, y con muchos menos años que su compañero de aventuras. Que él fuese dos cabezas más alto que ella no importaba, nada la amedrentaba, jamás se sentía pequeña ante nadie.

—¡Una fisura que se hubiese evitado manteniendo un poco la delicadeza! —Verónica contraatacó.

—Hay situaciones en dónde la “delicadeza” no tiene lugar. —Extendió los brazos señalizando el alrededor—. A las pruebas me remito.

—¡Mi jaqueca y el techo de mi cocina opinan lo contrario!

“Delicadeza”

Esa expresión cayó como una moneda dentro de la máquina expendedora de pensamientos especulativos y prejuiciosos de Verónica.

¡Ajá, delicadeza, estaba a la vista que eso le faltaba!

Por supuesto no lo decía por su vestimenta, primero porque la misma era de uso laboral, un poco desgastada por el tiempo, pero laboral al fin; y segundo, porque todavía podía ver de reojo el reflejo de la suya. ¡No era momento de juzgar el vestuario de nadie! Pero el cabello corto que ya había perdido la forma, sumado a una barba que justificaba su presencia no por una decisión de estilo personal sino por falta de afeitado diario, decían a gritos, que lo que tenía de robusto y grande, también lo tenía de bruto.

—Si nos dejamos llevar por todas las opiniones tendríamos una discusión extensa y sin sentido. —Gabriel intentó ser breve, no deseaba perder más el tiempo con ella—. Lo siento, lo que sucedió fue inevitable, si no

hubiese sucedido hoy...

—A causa de los golpes —agregó Verónica para no perder su puesto en la carrera.

Él hizo oído sordo a la reiteración de la mujer, continuó.

—Hubiese sucedido de aquí a un tiempo por la saturación misma del techo ante la pérdida de agua continua, y créame, podría haber sido mucho peor.

Hablando de “peor”, el pobre Gabriel utilizó la “peor” expresión de todas, una que a Verónica la encendía.

—¡No me corras con el “podría haber sido”, soy abogada, y en consecuencia, una especialista en la utilización de la frase. Quiero soluciones, no palabras, en este puntual caso, quiero que “mi techo” deje de derramar lágrimas, y lo quiero ya!

“*Y lo quiero ya*”. Gabriel tenía cuatro mujercitas en casa, conocía sobre caprichos y dinámica femenina, conocía mucho. Se valió de su experiencia, y sin perder el respeto, algo que ella había dejado de lado por completo, le dio la repuesta que quería oír de la manera, que sin duda, más detestaba oír.

—Y lo va a hacer... Señora —resaltó lo último.

El pez mordió el anzuelo, la boca de Verónica se paralizó por unos segundos, luego emitió una pequeña exhalación para retomar la actividad.

—Ni Señora, ni Señorita... Verónica.

—Bueno, Verónica, me permites terminar de hablar, por favor.

La altanería se esfumó, de hecho, todo el cuerpo de Verónica se hizo más pequeñito, mantener una postura erguida durante más de un minuto la agotaba, y la necesidad de limpiarse la nariz ya era incontenible. Se quedó en silencio a fin de escucharlo mientras se estrujaba la nariz con papel de cocina.

—La pérdida se encontraba situada aquí. —Señaló el piso a la izquierda a unos pasos de donde él se encontraba—. Ya retiré la tubería dañada y la reemplacé por la nueva, eso quiere decir que no va a existir más filtración. El agua que está cayendo en tu cocina es el residuo que quedó, va a gotear por una, tal vez dos horas más, y después va a detenerse.

Verónica se sentía como una “Señora” de sesenta años, su cuerpo dolorido la hacía sentirse así. Quería regresar a su departamento, tomar otra sopa y morirse en la cama.

—¿Me lo aseguras? —Verónica estaba rendida a la gripe, el tono de su voz descendió de lo poderoso a la sumisión total.

En ese instante Gabriel pudo analizar el cuadro general, la expresión real en su rostro, los ojos irritados, el exceso de abrigo y el cuerpo entregado al mismo.

—Dijiste que eres abogada, ¿no?

—Sí —respondió sorprendida ante la pregunta que hallaba fuera de lugar.

—¿Si quedo atrapado en algún aprieto legal, podría confiar en ti para solucionarlo?

—Por supuesto —Volvió a responder Verónica por simple cortesía, él nunca podría pagar sus honorarios.

—Perfecto, yo soy contratista del área de la construcción, a esto me dedico, sé lo que hago... confía en mí.

—No suelo confiar en las personas ni bien las conozco.

La escuela del derecho corporativo le había enseñado eso, a no confiar en las palabras de nadie. Ese pensamiento lo había trasladado a todo.

—¡Pues conmigo no te queda otra alternativa!

Le sonrió, y en ese momento particular de su vida, esa sonrisa le sentó como una cucharada de medicina a Verónica.

—Hagamos lo siguiente, déjame terminar aquí —continuó él—, y luego, más tarde, voy hasta tu departamento a fin de controlar que lo que te estoy diciendo se haya convertido en realidad, ¿te parece?

Verónica no deseaba más gotera en su cocina y quería, necesitaba descansar.

—Ok —Y con eso le puso fin al asunto. Dio la media vuelta para huir del lugar, no pensaba agradecerle nada, al fin y al cabo, la única perjudicada ahí había sido ella.

La observó marcharse como un cachorro con la cola entre las patas. Vivía en un mundo de mujeres, estaba acostumbrado a consentirlas, cuidarlas... protegerlas. Y la mujer que se estaba marchando parecía que necesitaba de ello. Hizo lo que estaba dentro de sus posibilidades.

—Trataremos de hacer menos ruido.

Verónica se detuvo pero no giró, se quedó por unos segundos firme, parada en el umbral de la cocina.

—Gracias —balbuceó por lo bajo.

Gabriel no respondió, se quedó observándola hasta que se marchó, y cuando su presencia se convirtió en recuerdo, retomó el trabajo.



“Confía en mí”.

La gotera cedió en menos de una hora.

El ruido de los golpes se transformó en un sonido lejano.

Era un hombre de palabra, y Verónica no estaba acostumbrada a ello.

Fue por una ducha, el recuerdo de su reflejo la torturaría hasta la mismísima eternidad. Se desenredó el cabello bajo la ducha, dejó que el agua caliente le hiciera masajes en la espalda, y se vistió de una manera más correcta. Pantalón deportivo negro, y camiseta gris. Si en verdad era un hombre de palabra, su presencia en el lugar sería inminente.

No se arregló para él, lo hizo para sí misma. Quería equilibrar la balanza, quería eliminar todo posible rastro que hiciera que la apreciación “Señora” llegara a convertirse en realidad.

Preparó una infusión caliente, volvió a ocupar su silla favorita en la cocina, y con la mirada fija en la fisura del techo, esperó. ¡Sí, eso era lo más emocionante que le estaba pasando en días! ¡Patético!

Confirmado, necesitaba no uno, sino dos fines de semana en un Spa para borrar el recuerdo de esos días.

Pasadas las seis de la tarde, un golpe seco hizo vibrar la puerta principal. Observó por la mirilla y vio un cuello. Era él, su cabeza estaba dos metros más arriba. Abrió y lo invitó a pasar.

—Lo prometido ya no es deuda. —La facilidad de palabras en Gabriel le evitó a Verónica la necesidad de recibimiento—. Veamos ese techo.

Los dos conocían el camino, él le brindó la delantera.

Ya en la cocina, la mancha color morrón claro en el techo, se alzaba como baliza indicadora. Gabriel rozó con la yema de los dedos la superficie, todavía estaba húmeda, bastante húmeda.

—¿El goteo continúa?

—No, se detuvo hará un poco más de una hora.

Los dos terminaron cuerpo contra cuerpo, arrinconados contra la mesada, contemplando la mancha como si ésta fuese el centro del universo.

Gabriel extrajo de su bolsillo trasero una pequeña espátula de metal, raspó sobre la pintura. Los restos de la misma comenzaron a caer, como un

acto reflejo, la nariz de Verónica reaccionó y estornudó.

—Me parece a mí, o alguien aquí necesita un antigripal —bromeó mientras continuaba con la labor de quitar la pintura que comenzaba a formar pequeñas burbujas de aire.

Verónica volvió a estornudar. La sensación incómoda, los ojos que comenzaban a irritársele a la par, y el dolor de oídos a causa de la congestión, causaron el resurgimiento de los malos modales.

—¡Pero qué sugerencia más inteligente! ¡Jamás se me hubiese ocurrido! —El sarcasmo le brotó por los poros.

Gabriel no hizo comentario alguno, sólo la observó de reojo, y el color café intenso de sus ojos hizo lo demás.

Esa mirada fue otra cucharada de medicina inesperada para Verónica. Intentó modificar su comentario anterior con palabras más amables. Empezó con un...

—Lo siento...

—No tienes porqué, no te sientes bien, y cuando uno no se siente bien, el mal humor suele aparecer. Es entendible.

Verónica pensó en los empleados del Bufete, la detestaban los siete días de la semana. Sí, la detestaban hasta en los días que no la veían. Una risa se le escapó de los labios.

—Si me conocieras no opinarías lo mismo.

La mujer tenía el cartel de “mal genio” colgado en la frente, Gabriel ya se había dado cuenta de ello.

—Supongo que soy un afortunado entonces.

Verónica volvió a reír, esta vez a plena consciencia.

—Lo eres, sí que lo eres.

Los restos de pintura dejaron de caer y Gabriel regresó la espátula a su bolsillo.

—Debes darle un par de semanas para que sequé por completo la humedad, después de eso, masilla para rellenar la fisura, lijar las asperezas restantes, un poco de pintura, y aquí no ha sucedido nada.

Verónica comenzaba a sentirse a gusto en su compañía, posiblemente por la ausencia de contacto humano que estaba viviendo.

—Si tú lo dices...

Volvió a estornudar una vez, otra vez. Los ojos se le enrojecieron ante la irritación, la gripe llegaba al anteúltimo y peor escalón de su evolución.

—Sí, lo digo, y también insisto con otra cosa, necesitas un analgésico

o algo parecido.

—Lo sé, pero lo que me imposibilita a ir en busca de analgésicos, es justamente aquello que me causa la necesidad de ir por ellos. Salir a la farmacia cuando ardes en fiebre no suele ser una buena opción.

Macho alfa, jefe de la manada, hombre proveedor, combinado con esa dosis de hijo, padre y marido. Todo eso era Gabriel, el contratista independiente, que pretendía solucionar más que una fisura en su techo. Verónica estaba equivocada, tal vez la delicadeza no le peinaba el cabello, o lo rasuraba, pero la delicadeza en sus emociones lo convertía en un extraño dispuesto a más de lo esperado.

—Si quieres, yo puedo ir en busca de lo que necesites.

Analgésicos, antigripal, pañuelos descartables... ¡Sí, pañuelos descartables!

Como dijimos, Verónica se consideraba una mujer independiente, por supuesto no lo era, pero en ese minúsculo segundo, intentó creérselo por una vez más en la vida.

Quería aceptar la ayuda. El cuerpo le temblaba rememorando el pasado febril pidiéndole clemencia, rendición. Necesitar no es sinónimo de debilidad, esas palabras se dibujaron en su mente. Negocios, mediaciones, pago de favores, esa era la realidad de la existencia de Verónica. Una cosa llevaba a la otra, siempre, y a ella no le gustaba deberle nada a nadie, menos que menos, favores. El “favor” traía un costo incalculable.

Quería aceptar la ayuda, no lo hizo.

—Te lo agradezco, pero a estas alturas, puedo darle batalla a la gripe sola.

—Como gustes. —Gabriel aceptaba las negativas, aunque en este caso le pareciese un acto de absoluta terquedad. Retomó el asunto que lo había llevado hasta ahí—. Con respecto a esto...

—Sólo necesita tiempo —interrumpió ella.

—Tiempo para secarse y darle la solución final.

Todo estaba dicho, Gabriel se sentía fuera de lugar sin una herramienta en mano, y Verónica comenzaba a mostrarse inquieta ante su presencia. Avanzó en dirección a la salida, ella lo acompañó.

—Que te mejores, y cualquier inconveniente, ya sabes dónde encontrarme por las siguientes semanas.

—¿Semanas? ¡Dios, voy a tener pesadillas con ustedes y los golpes!

—Uno, como mucho, dos días más de golpes, una vez que las

cerámicas estén levantadas el trabajo es más silencioso.

Llegaron juntos a la puerta.

—Espero con ansias ese momento.

Un intercambio de miradas a modo de cordial despedida, y Verónica cerró la puerta detrás de él.

Las mejillas comenzaron a arderle, el motivo real de ese fuego creciente pasó desapercibido para ella, se lo atribuyó a la fiebre, aunque el origen nada tenía que ver con el malestar gripal. Regresó a la cama, el mismo universo que le había dado tregua a su estado, en retribución a su estúpido comportamiento, ahora parecía dispuesto a tomar represalias y le agregaba un nuevo punto de dolor: la garganta. De repente, la sensación de no poder tragar bien se hizo presente y los primeros indicios de tos se hicieron sonoros. ¡Maldición!

Encendió la tv y puso las noticias del día, el mundo seguía igual, su ausencia no alteraba el curso de ningún acontecimiento. Sin proponérselo, se volvió a dormir.

Un golpe en la puerta la obligó a retomar la acción. Se levantó con una expresión fruncida en el rostro. ¿Se había dormido? ¿Por cuánto tiempo? De camino por el living comprobó la hora, eran cerca de las ocho de la noche.

El... ¿quién es?... abandonó su boca en forma de susurro, nadie respondió.

Observó por la mirilla en el momento justo en el que un cuerpo desaparecía dentro del elevador. Reconocía la espalda de ese cuerpo, le había hablado a ella ese mismo día. La expresión de su rostro se contorsionó hasta alcanzar límites no pensados, la intuición la guió, abrió la puerta. En el umbral había una bolsa que albergaba un tesoro, analgésicos y una caja de pañuelos descartables; debajo de ella una nota de papel doblada:

Reconocer que necesitamos ayuda es el primer paso para sentirnos mejor.

(Aunque la ayuda venga de la mano de un extraño con martillos y taladros)

Intentó recordar su nombre, lo mínimo que podía hacer de momento era agradecerle con el pensamiento. El nombre nunca apareció, había borrado el mensaje telefónico en dónde lo habían mencionado, y ella no se había tomado la molestia de preguntárselo en persona, ni siquiera por pura cortesía. Esa

clase de mujer era.

Y el “Señor contratista”, era esa clase de hombre.

Otra sopa. Dos analgésicos. Un ducha caliente, y a la cama. Se durmió pensando en diferentes formas de agradecimiento, y sin desearlo se arrojó a lo inevitable, sueños en compañía de un mismo rostro... él.



CAPÍTULO 3

La gripe encontró el camino de vuelta, y después de un par de días de analgésicos y reposo excesivo, la normalidad fue en busca de Verónica.

Retomaba el trabajo luego de un fin de semana sumergida en mails con informes y contratos atrasados. Alicia se los había enviado a última hora del viernes luego de lidiar con los ruegos impropios de su jefa. Por algún motivo que Verónica no entendía, se había dado la orden de que no se le enviase material alguno de trabajo para revisión, tal orden había nacido en Lucrecia, y ello le generaba más incertidumbre aún. No especulaba nada malo, en lo referido al ámbito laboral pondría las manos en el fuego por Lucrecia. Esa orden tenía un fundamento, uno en el cual pensaba indagar ni bien pusiese los pies en el Bufete.

Había perdido un par de kilos gracias a la dieta “gripal”, la cintura de su falda se lo comunicaba. Le agregó un cinturón delgado a modo de accesorio y la calzó a lo alto. Camisa con escote pronunciado, chaqueta haciendo juego, tacones altos, cabello con un alisado perfecto, una taza de café bien cargado, maletín de negocios de cuero en mano, y bolso al hombro. ¡A devorarse el mundo de un bocado! o en su defecto, a una pequeña parte del mismo, comenzando por Matías Minzk, un empresario aeronáutico que en breve se convertiría en el lacayo personal de Aníbal Schultz, uno de los mayores clientes de la firma.

Accionó el botón de llamada del elevador mientras revisaba la bandeja de entrada de mails en el móvil, las puertas automáticas se abrieron segundos después, con la mirada fija en la pantalla avanzó hasta que los pies le chocharon con una gran bolsa, alzó la vista al comprender que no estaba sola. Cabello despeinado, barba más crecida por el paso de los días, y unos adorables ojos cafés.

—Lo siento, sé que debo utilizar el elevador de servicio, pero estaba ocupado y necesito deshacerme de esto ya.

Gabriel se excusó por el escenario desastroso que había tomado posesión del elevador para uso exclusivo de los residentes, bolsas de escombros y tuberías rotas ocupaban la mayor parte del espacio.

De ser otra la persona, el discurso de reproche de Verónica se hubiese oído en toda la extensión del edificio. Era él, y quería saldar sus deudas, dar por finalizado el asunto “favor” pendiente entre ellos, después de eso podría volver a ser la misma arpía de siempre con él y con cualquier otro que se le interpusiera en el camino. La sorpresa del encuentro hizo que los labios se le ensancharan de par en par dando lugar al nacimiento de una sonrisa inesperada. ¡Ella no iba por el mundo regalando sonrisas, no, señores!

—¡Te he convocado con el pensamiento! —Verónica se mostró feliz ante el suceso.

—En realidad me convocaste con elevador —bromeó él—, pero si deseas adjudicarte esa capacidad, bien por ti.

El cuerpo de Verónica había quedado en medio del paso y el sensor de las puertas automáticas quedó en reposo obligado. Intentó hacerse lugar entre las bolsas, el sensor se activó y las puertas se cerraron.

—Sí, voy a adjudicarme tal capacidad, al parecer, eres un hombre fácil de oír. —Sí, ella también bromeó—. Pero difícil de encontrar.

Gabriel rió al recordar los comentarios de Horacio sobre ella y sus visitas.

Verónica abrió el bolso en busca del dinero que, presuponía, pondría las cuentas en claro.

—He tenido que hacer cambios en los materiales, y en consecuencia, Horacio se queda como rey del castillo.

—Y el rey del castillo se ha comportado como tal. —Halló el sobre dentro del bolso, lo tenía preparado para una situación como esta—. Intenté dejarle esto y no quiso tomarlo.

Extendió el sobre hasta él.

—Lo bien que hizo.

Con suavidad, Gabriel empujó el sobre de regreso a ella.

—Por favor, tómallo, te agradezco lo que hiciste, a pesar de mi...

—¿Testarudez?

La expresión amable en el rostro de Verónica mutó a una de sus expresiones habituales. Ella tenía un límite, y parte de “su testarudez” incluía el hecho de no reconocer tal cualidad en ella.

El elevador llegó a la planta baja, las puertas volvieron a abrirse, colocó su bolso sobre el sensor para que la alarma no se activara.

—Como sea, lo justo es lo justo, el dinero por los gastos que me pertenecen —Volvió a extender el sobre hacia él .

La idea de aceptar el dinero de la mujer era un hecho imposible para Gabriel, era una cuestión de principios, él se había ofrecido, ella se había negado, y a pesar de ello, había tomado la decisión de hacerlo de todas maneras. Desde ese pensamiento, los gastos quedaban a su cuenta.

—No, no es necesario —Para evadirse de la acción insistente de la mujer, comenzó a descargar las bolsas con escombros.

—Sí, lo es para mí.

Piensa Gabriel, piensa. Se dijo a sí mismo. El ingenio era lo que lo llenaba siempre de respuestas.

—No es necesario porque ya lo incluí en los gastos de facturación general, en cierta forma contribuimos a acrecentar tu malestar, y por ello, contribuimos también a aliviarlo.

El argumento resultó coherente hasta para Verónica. La habían torturado por días, el resarcimiento debía de ser contemplado, aunque sea a base de analgésicos y papel tissue.

—Buen punto... —reflexionó ella rápido, pero no suficiente, comenzaba a comprender la dinámica del contratista. Estaba jugando con ella —, pero insuficiente para mí.

Las bolsas ya estaban fuera, el cuerpo de él también, Verónica liberó el obstáculo que mantenía inmóvil a las puertas, y le hizo compañía.

Gabriel rió por lo bajo, todo podría convertirse en una discusión eterna con esa mujer, nunca iba a ceder. Sonrió por lo bajo con picardía, él tampoco iba a ceder.

—¡Tómalo! Por favor, hazlo. —Colocárselo a la fuerza en uno de los bolsillos era un acto de arrebató que Verónica no estaba dispuesta a llevar a

cabo, sin más alternativa posible, habló con la verdad—. Necesito que lo aceptes, no me gusta deberle nada a nadie.

—No confías en la gente ni bien la conoces, no aceptas favores, y no te gusta deberle favores a nadie, ¡vaya principios de vida!

Juzgar era la especialidad de Verónica, pero que lo hicieran con ella era harina de otro costal.

—¡Sí, mis principios de vida! —La aspereza, aquella que había dominado a su voz días atrás cuando se habían cruzado por primera vez, regresó con todas sus fuerzas—. Como supongo tú tienes los tuyos. ¡Acepta el condenado dinero de una buena vez, y gracias por un favor que, en primera instancia, no te pedí!

La temperatura ambiente subió, las mejillas de ambos ardieron en perfecta sincronía.

—Hagamos lo siguiente. —Gabriel respiró profundo, no iba a permitir que el mal genio de la mujer se le contagiara como una maldita enfermedad. Buscó dentro del bolsillo de su pantalón y sacó una tarjeta personal—. Ten, mi teléfono de contacto. Yo sólo acepto dinero a cambio de trabajo —continuó él —, el día que requieras de mis servicios, o conozcas a alguien que lo necesite, puedes librarte de ese favor.

¡Dios santo, odiaba a ese hombre!

La necesidad imperiosa de pagar su deuda se vio enfrentada a otra necesidad, la de saber su nombre. Tomó la tarjeta con las mismas ganas con las que un niño toma una golosina.

Gabriel Oates

Construcción & Reparaciones en Gral.

El rectángulo de papel acartonado jugó entre sus dedos, sintió las imperfecciones en el mismo. Una tarjeta de presentación hecha con papel de la peor calidad posible. Ese tipo de detalles guiaba la vida de Verónica, por simple acto reflejo, la dio vuelta para comprobar el dorso.

¡Por todos los cielos, y los santos del buen gusto!

—Oh, un calendario anual —Contuvo el desagrado en la voz para que él no lo notara.

—Sí, mi mujer opina que todo debe tener funcionalidad, inclusive una tarjeta de presentación de servicios, de lo contrario van a parar al cesto de basura de forma inmediata.

¿Mi mujer?

Los ojos de Verónica se desviaron con disimulo a las manos de Gabriel. Sí, ahí estaba, una diminuta alianza de matrimonio. Se preguntó que tendría inscripto el anillo en la cara interna. *¿Qué funcionalidad le da a eso, Señora Oates?* Fue irónica en su pensamiento, pero todo lo opuesto en lo alto.

—Supongo que lo es, es funcional. —Le dio un repaso visual a los meses impresos de forma diminuta en la tarjeta—. De hecho... mira tú que buena noticia me has recordado, dentro de dos semanas tenemos un día festivo no laborable. —Él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, algo no común—. Y supongo también que ya tengo quién arregle el techo de mi cocina cuando esté seco.

—Cuando gustes, sólo tienes que llamarme, aunque ese trabajo lo puede hacer hasta un niño.

—Bueno, no conozco a ningún niño, así que mi única alternativa eres tú.

La bocina de un coche aparcado fuera interrumpió la conversación. Esperaban por ella, Gabriel dio el primer paso para la despedida, cargó con unas de las bolsas y se dirigió a la salida de servicios que lo llevaba al área de residuos del edificio.

—Como gustes, de todas maneras, en lo que a mí respecta, no me debes ningún favor. Qué tengas buen día.

Agggg... Una vez más: ¡odiaba a ese hombre!

Gabriel desapareció detrás de la puerta.

—Buen día para ti también —dijo esto por lo bajo y sin rastro alguno de cortesía, el fastidio fue la música que acompañó a esas palabras.

Abrió la puerta principal y abandonó el edificio. Daniel, su chofer de todos los días, la esperaba. El hombre llevaba años cumpliendo ese rol, para Verónica, conducir un auto era una mala inversión de tiempo, prefería que otro lo hiciera, así ella podía entregarle ese tiempo a cosas más importantes, como por ejemplo, la revisión de la agenda laboral del día.

Daniel era un experimentado en lo que se refería a los estados de ánimo de su jefa, la había observado segundos atrás en la conversación con el extraño, y la sonrisa que había logrado alcanzado ver a través del cristal de la puerta ya no estaba, la misma había sido reemplazada por un gesto de disconformidad.

Una vez dentro de la comodidad del automóvil, la duda no se hizo esperar en él.

—¿Algún problema?

—¡Sí, que nadie hace favores por nada en este mundo!

—Eso depende... —Puso en marcha el coche.

—¿Depende de qué?

—Del mundo en el que vivas.

La realidad se hizo más presente que nunca en ella cuando volvió a contemplar la tarjeta que todavía sostenía en la mano.

Estaba claro, los dos vivían en mundos diferentes. Muy diferentes.

Ni bien tomaron el camino puso la atención en lo importante, las actividades del día y de su mundo. La fusión millonaria Schultz-Minzk ocupó la mayor parte del trayecto dentro de sus pensamientos, acababa de recibir información que serviría para motivar a Minzk a rendirse al vasallaje absoluto.

Al llegar al Bufete fue directo y sin escalas a la oficina de Lucrecia. La puerta estaba abierta o modo de recibimiento. Como era de costumbre a esa hora, Lucrecia disfrutaba de un café y de la lectura del periódico en la comodidad del sillón. La presencia de Verónica no le hizo levantar la vista de las noticias del día, aun así cuestionó:

—Antes de que pongas un pie más dentro de esta oficina dime: ¿Quitaste de tu sistema ese molesto virus?

—Ni un estornudo, ni una línea de fiebre en días. Lo he combatido con todo lo que tenía, dudo mucho que el desgraciado se atreva a volver.

—Eso espero, y si regresa, no te preocupes... lo llevamos a juicio por daños y prejuicios. —Abandonó la lectura y la invitó a hacerle compañía en el sillón contiguo—. ¿Quieres un café?

—No, gracias, aunque me vendría bien una explicación.

Lucrecia rió, era consciente del motivo que la había llevado hasta ahí a esas horas tan tempranas de la mañana.

—Tuve que rogar para conseguir una copia del borrador del contrato de la fusión —continuó Verónica—. “Rogar”. ¿Sabes lo que eso significa para mí?

—Sí, y en este caso en particular, significa una pérdida de tiempo de mi parte, di una orden, y al parecer, no la cumplieron.

—Puedo ser en extremo insistente, me conoces, siempre consigo lo que quiero.

—Para variar podrías darle a tu cuerpo lo que él necesita, lo que te pide, ¿no te parece?

¿Qué? ¿En qué momento la conversación tomó otro rumbo?

—No te entiendo. ¿Qué pretendes decir? Ve al grano.

Lucrecia dejó a un lado el periódico, volcó el peso de su cuerpo sobre el apoya brazos para acercarse a ella en tono de confianza y preocupación.

—Te conozco desde que tenías, ¿cuánto?... veinticinco, veintiséis años.

—Veinticuatro.

—Y en todo ese tiempo no recuerdo jamás haberte visto enferma o con algún malestar.

—Mi cuerpo tiene prohibido enfermarse, esta vez me falló —bromeó Verónica.

—Yo tampoco me enfermaba nunca, no tenía tiempo para ello, hasta que un día el tiempo se cansó de mí y me llevó a una sala de emergencias con un nuevo amigo llamado: infarto de miocardio.

Verónica recordó el episodio, lo sorpresivo e inesperado que había sido para todos. El exceso de estrés había sido el precursor de ese infarto. Lucrecia tenía casi cincuenta años, y el infarto la había visitado a los cuarenta y un años de edad. La realidad de lo inesperado golpeó en Verónica, intentó disimilarlo ante la mujer.

—Fue una simple gripe, Lucrecia.

—No, no fue una simple gripe, fue un mensaje de tu cuerpo agotado. Necesitabas descansar y me aseguré de que así sucediera. O eso creí.

—Alicia se rindió el viernes, a última hora... así que siéntete satisfecha. Descansé y estoy como nueva, de hecho, estoy con exceso de energía.

—Pues ve a invertirlas donde corresponde, Schultz va a estar aquí a las 10.30 para una reunión.

—¡Maravilloso! Esta fusión es un juego de niños, para mañana, a esta misma hora, todos seremos un poco más millonarios.

—Ah, ¡Millones! Mi palabra favorita. —Recapturó el periódico y bebió un sorbo de café—. ¡Anda, mueve ese lindo trasero fuera de aquí!

Verónica obedeció la orden. Se levantó y abandonó el lugar, ansiaba ponerse en actividad, antes de salir recibió una nueva orden.

—Y disfruta de un buen desayuno, estás muy delgada.



Horacio había tenido un problema familiar, en consecuencia, su ausencia fue inevitable. Desde el inicio del proyecto laboral Gabriel había planteado un organigrama a seguir, como era de esperarse en él, pretendía cumplirlo a como diera lugar; prefería canjear un par de horas extras en el día a una jornada más a futuro.

Ese día llegó a casa pasadas las ocho de la noche sabiendo que la cena no lo esperaba como lo hacía de forma habitual. Lo único que lograba knockear a Noelia eran las intensas jaquecas que, cada tanto, la acosaban. Ella se lo atribuía a un origen cervical, a las malas posturas, sobre todo a los movimientos abruptos que a veces tenía que hacer para levantar a Emilia en brazos cuando ésta entraba en una crisis. Como fuera, ese tipo de jaquecas cedían sólo con un buen descanso, un descanso de todo, por ello Gabriel pasó por alto las indicaciones de comprar comida ya hecha y fue decidido a cargar a las niñas en la camioneta para llevarlas a la hamburguesería que tanto les gustaba.

La bienvenida siempre quedaba a cargo de los mismos, Carola, la menor de las niñas, de cinco años de edad, descalza y con ropa de entre casa; y Tudor, el Golden Retriever de la familia.

—¡Papi! —Carola saltó a sus brazos y él la agarró casi en el aire—.
¿No trajiste bolsas, papi?

—No.

—¿Y ahora que vamos a cenar?

—No traje comida pero traje otra cosa.

—¿Qué?!

—Ganas de ir por una rica hamburguesa, ¿qué te parece la idea?

La niña sonrió de satisfacción, a los segundos frunció el ceño.

—Pero es día de semana, papi, y mamá dice que los días de semana se come en casa porque al otro día hay que levantarse temprano para ir a la escuela.

La regresó a la altura del suelo y se arrodilló frente a ella mientras luchaba con los lengüetazos de Tudor en la cara.

—Quieres una hamburguesa, ¿sí o no?

—Sí.

—Bueno, ve a cambiarte, que yo la convengo a mamá.

La niña salió corriendo con su compañero peludo al grito de: ¡A la hamburguesería! ¡A la hamburguesería! Lo que hizo poner en alerta al resto de la familia.

Emilia estaba parada frente al televisor, al igual que su hermana, descalza. *¡Esa era la casa de las mujercitas descalzas!* Se columpiaba de un lado al otro mientras miraba, por centésima vez, la película de Charlie Brown y Snoopy. La niña tenía siete años pero poseía la altura de una niña de nueve, sin duda, había heredado la altura del padre, Gabriel se detuvo junto a ella, la observó por unos segundos. Disfrutaba de contemplarla, la expresión en su rostro, a excepción de los momentos de crisis, siempre era de calma, detenida en algún punto de atención específico, pero hermosamente calma.

—¿Le das un abrazo a papi?

Emilia extendió los brazos y se enredó a su cuello con la vista aun puesta en la pantalla. Los abrazos de Emilia eran diferentes al de sus otras dos hijas, los de ella te dejaban una extraña sensación, esa sensación de que todas aquellas piezas sueltas del cuerpo volvían a unirse de mejor manera, la correcta. Después de una jornada laboral solitaria y extensa, ese abrazo le sentó de maravillas.

—¿Cajita feliz? —susurró la niña cerca de su oído.

Emilia siempre parecía ajena al mundo, contrario a ello, estaba atenta a todo, percibía todo. Nada se escapaba de ella.

—Sí, cajita feliz, pero ve primero por tus zapatillas.

La niña buscó el control remoto de la tv, se lo entregó.

—Pausa, papá.

Gabriel le puso pausa al video, y Emilia salió al trote con el fin de cumplir los requisitos para la salida.

Noelia formó parte de la situación en silencio desde la puerta de la cocina, cuando Emilia desapareció de la vista de ambos se dirigió a Gabriel.

—¿En serio? ¿Lunes, a esta hora, a la hamburguesería?

—Siempre es un buen día para hamburguesas, más aun cuando tú te sientes mal.

Gabriel abrió los brazos a modo de recibimiento y Noelia se refugió en ellos.

—¿Qué sucedió? —preguntó él con ansias.

Noelia ya le había comunicado por mensaje el problema del día y Gabriel intuía que la causa de la jaqueca, en parte, era por eso. Ahora necesitaba información extra.

—Emilia tuvo un mal día.

—Sí, eso ya me lo dijiste a modo de spoiler, ahora cuéntame la película completa.

—Hoy estuvieron trabajando en la escuela la identificación de los animales con sus nombres y sonidos, a la vez que ejercitaban la memoria. Les pusieron un video, dónde aparecían diferentes animales, y ellos tenía que responder con sonido y nombre respetando el orden de aparición, la maestra me dijo que Emilia participó de forma maravillosa, de hecho nunca antes la había notado tan conectada con ella y con el resto de la clase.

TEA. Trastorno de Espectro Autista, ese era el diagnóstico que ambos habían recibido cuando la niña alcanzó los tres años edad. Asistía a un colegio de educación especial y concurría cinco veces a la semana a diferentes tipos de terapias, todas vinculadas al lenguaje, la conducta y las emociones.

—Tú sabes cómo es ella —continuó con el relato mientras tomaba distancia del pecho de Gabriel para apoyarse sobre la mesa cercana, la expresión “agotada” le queda pequeña ese día—. Estaba tan compenetrada en la actividad, disfrutando tanto que no le dijo a la maestra que quería ir al baño...

Solía hacer lo mismo en la casa, si estaba en medio de una actividad a la cual no le podía poner “pausa” y le daban ganas de ir al baño, Emilia elegía continuar con la actividad a como diera lugar.

—Se orinó encima —Gabriel decidió finalizar esa parte del relato.

—Sí, pero ese no fue el inconveniente, la cambiaron con la ropa extra que siempre le envío y hasta ahí no hubo problema, el problema apareció cuando intentaron ponerle las zapatillas, las que había llevado puestas estaban húmedas. No las quería, no hubo forma de ponérselas, insistieron para que no estuviera descalza en el salón y entró en crisis a los gritos.

El autismo de Emilia venía acompañado de un desorden en el procesamiento sensorial, poseía una gran sensibilidad auditiva, visual, inclusive corporal; sus ropas no debían de tener ningún tipo de etiquetas, o presentar alguna mancha. Era muy rutinaria, pero más aún lo era en lo que se refería a la ropa. Las zapatillas que Emilia llevaba de repuesto en la mochila eran exactamente igual a las que llevaba a diario, Gabriel lo sabía, más que nada, porque él se encargaba de comprarlas.

—¡Pero si le compré las mismas zapatillas, la misma marca, el mismo color!

Se sintió culpable, a veces intentaba responsabilizarse de las crisis de

su hija, era una forma de evadirse de la realidad. No era ella, su trastorno, era el error que “él” había cometido.

—Como sea, me llamaron y tuve que ir hasta la escuela.

—¿Cuál fue el problema?

Existía un “porqué” para cada comportamiento de Emilia, la niña tenía un vocabulario muy escaso, y cuando no podía poner en palabras lo que le sucedía, las crisis de gritos tomaban control de ella.

—Las mismas zapatillas, el mismo color... ¡pero la condenada plantilla interna venía con un reborde negro!

El “porqué”, tarde o temprano aparecía. Las plantillas del calzado de la niña eran blancas, siempre blancas.

—¿Cómo no me di cuenta? —Gabriel balbuceó por lo bajo. Con más razón ahora se sentía responsable.

—¿Cómo no nos dimos cuenta! ¡Los dos!

Noelia lo liberó de la culpa total, eran un equipo. Llevaban casi veinte años juntos.

—Resumiendo, le quité las plantillas, y problema solucionado. Como faltaba poco menos de una hora para la salida, me quedé esperándola en el hall principal, creo que el estar sentada en la escalera no me hizo nada bien, entre la mala postura y la corriente de aire yo misma le abrí la puerta a la jaqueca.

—Date una ducha caliente y ve a la cama. —Gabriel volvió a tomarla entre sus brazos, le obsequió un gran beso en los labios seguido de uno en la frente—. Aprovecha el silencio cuando ya no estemos aquí y duerme.

—Micaela tiene tarea que terminar...

—¡Sí, de volcanes activos en América! —gritó la mayor de las niñas desde el interior de la cocina.

—Bueno, pero los volcanes pueden esperar un poco, dudo mucho que hagan erupción en la próxima hora. ¿No prefieres una cajita feliz?

Micaela se hizo presente en el living, extrañamente, con calzado.

—¡Papá, ya estoy grande para “Cajita Feliz”!

Tenía once años, y en apariencia, respetando los genes familiares, parecía más grande aún.

—¡Pues díselo a tu cara, creo que ella opina lo contrario! —La niña rió—. Ahora ven aquí, dame el beso que me debes, y ve a ver que hacen tus hermanas así nos marchamos rápido.

Micaela se acercó a él y le estampó un sonoro beso en la mejilla,

después le regaló una mirada atenta a su madre.

—Si quieres me quedo contigo, mami.

—No, tú ve y cerciérate de traerme una rica hamburguesa con queso.

La niña fue en busca de sus hermanas almacenando en la memoria el pedido.

—¿Quieres algo más que la hamburguesa? —preguntó Gabriel con intenciones de satisfacerla lo más posible.

—No, en realidad no tengo deseos de comer nada, tengo el estómago revuelto a causa de la jaqueca.

—Sabes que voy a tener que traer esa hamburguesa, ¿no? Micaela va a obligarme a traerla.

—Lo sé, y Tudor te lo agradece de antemano, ¿verdad, Tudor?

El perro ladró y saltó sobre él emocionado. Gabriel lo acarició y luchó una vez más contra sus lengüetazos.

—Ok, tú cuida a mamá, que yo te traigo esa hamburguesa.

Tudor volvió a ladrar aceptando la tarea.

A pesar de estar “grande”, Micaela, se sumó al pedido de un menú de “Cajita Feliz”, y lo hizo bajo el extremo argumento de “hermandad”, para que Emilia y Carola tuviesen un muñeco/juguete extra, nada más que por eso. Pidieron una hamburguesa con queso para llevar, agregaron unos conos de helado de vainilla a modo de postre, y regresaron a casa una hora y media después. Noelia dormía, y las niñas, convencidas que “mamá” no iba a comer, le dieron la hamburguesa a Tudor.

Gabriel se encargó de llevar a Emilia y Carola a la cama, luego le dedicó tiempo al trabajo de volcanes con Micaela. Finalizaron la tarea justo después de que el reloj marcara las 23 hs, la niña fue a la cama, y Gabriel le brindó la última hora del día a acomodar el desorden cotidiano causado por el huracán “Niñas Oates”.

Una ducha caliente para él, y finalmente... la cama.

Programó el despertador un rato antes de lo habitual para dedicarse con tiempo a la preparación del desayuno y darle un momento más de descanso a Noelia, los martes Emilia tenía terapia y Micaela clase de patinaje, a todo eso se le sumaba las actividades comunes del día. Lo mejor era que iniciara el frenético día lo más descansada posible. Se recostó junto a ella con suavidad, no quería despertarla, el agotamiento se hacía sonoro en ella,

roncaba. Gabriel sonrió, iba a valerse de esos ronquidos para burlarse de ella a la mañana siguiente; cerró los ojos, y el cansancio hizo lo suyo en él también, se durmió al instante.

A las 6 AM ya estaba arriba. Preparó una jarra de café, con ella llenó el termo que se llevaría al trabajo, y dos tazas más, a la de Noelia le agregó leche. Las niñas se despertaron de a una sin necesidad de motivación alguna. Emilia era la primera en levantarse, y en consecuencia lo hacía Carola, que compartía la habitación con ella. Tudor se encargaba de Micaela.

Dos vasos de chocolatada listos, tostadas con mantequilla, y cereales azucarados para Emilia.

—¿Quién se encarga de levantar a mamá? —Gabriel disfrutaba de darle esa tarea a las niñas.

—¡Yo! —Carola abandonó el lugar en la mesa y salió a la carrera sin darle chance a nadie más.

Los minutos de espera se extendieron más de lo normal y Gabriel le adjudicó eso a la pereza de Noelia, una pereza que la caracterizaba.

Carola regresó a la cocina con una extraña expresión en el rostro.

—No pude despertar a mamá —Había tristeza en la voz de la niña.

—¡Ay! ¡Déjame a mí! —Micaela se levantó dispuesta a cumplir el cometido que se le había encomendado a la más pequeña—. ¡Con tu vocecita no despiertas a nadie!

El juego de las niñas lo distrajo, solían competir entre ellas a diario, hasta en situaciones como ésta.

Los minutos se suplantaron de uno en uno, una repentina inquietud invadió a Gabriel, se levantó para ir a comprobar él mismo el motivo de la demora. A mitad de camino se encontró a Micaela, pálida, con la mirada perdida, cuando se enfrentó a él estalló en lágrimas.

—¡Papá... Mamá no despierta! ¡Mamá no despierta!



CAPÍTULO 4

Así, como el caudal de un río que fluye sin siquiera proponérselo, la vida de Verónica encontró la corriente que la regresó a la fuente de su entera existencia. El trabajo se convirtió, una vez más, en el eje central de todo. El departamento retomó el antiguo rol, un lugar de tránsito en dónde poder satisfacer las necesidades básicas, invertía pocas horas de presencia en él. Lo abandonaba pasadas las siete de la mañana y regresaba a última hora. La mayoría de las veces cenaba en la oficina, disfrutaba de la calma nocturna mientras hacía lo que mejor sabía hacer, leer en entrelíneas, conocer el lenguaje secreto de las leyes.

La mayoría de los empleados del Bufete abandonaban las funciones a las cinco de la tarde, y esa hora del día era la que mejor le sentaba a Verónica, más aun cuando ese horario conjugaba con el día favorito de todos, salvo para ella: viernes. Ni el zumbido de una mosca se oía una vez que el reloj llegaba al número cinco. Por si se lo preguntan, el día favorito de Verónica es el lunes.

Alicia formaba parte de esa “mayoría” que disfrutaba de la vida y no consideraba como prioridad alguna al trabajo, las agujas del reloj, a esa hora tan mágica del día, también la ponían en acción.

—Las cinco en punto. —Alicia se asomó por la puerta de la oficina, Verónica no quitó el rostro de la pantalla del computador ni por un segundo—. Me marcho ¿Necesitas algo antes de mi partida?

—No, ve, huye como el resto de las ratas remuneradas que alberga éste Bufete.

Alicia llevaba cuatro años desempeñando funciones para Verónica, el comportamiento petulante de su jefa no le molestaba, tomarse de manera personal aquellas palabras era un acto idiota. Verónica misma se la había dicho en su primer día de trabajo:

“Estas son mis formas, y si piensas tomártelas como algo personal, haznos el favor de renunciar ahora a ambas”.

Después de tanto tiempo juntas, Alicia, detectaba los verdaderos humores en ella, y sobre todo, los momentos de completa abstracción; Verónica podía focalizarse en una actividad hasta el punto de olvidarse de la

realidad misma.

Alicia comprendió que estaba ante uno de esos momentos.

—Sabes qué día es hoy, ¿no?

—Viernes —Ni siquiera pestañeó al decir eso.

—¿Qué viernes del mes? —Alicia intentaba hacerla reaccionar por propia voluntad, no siempre lo conseguía.

—El segundo del mes —respondió perdiendo la certeza en la voz.

—¿Día calendario, Verónica? —Alicia elevó el tono a modo de reprimenda, tenían esa confianza.

La insistencia quebró la atención de Verónica, su mirada abandonó la pantalla de la pc y fulminó de una sola embestida a Alicia.

—¿Acaso importa eso?

—Importa y mucho.

Fue hasta ella, le corrió las manos del teclado, y apropiándose de la almohadilla táctil de la laptop, desplegó la agenda del día ante ella.

Ahí, señalado en todas las tonalidades posibles, estaba marcado el día y la hora.

Viernes 10/02. 19.30 Hs. Aeropuerto. Ignacio. Vuelo AA105.

—¡Mierda! ¡Le he dicho veinte veces a Ignacio que odio que me use de chofer!

Ese fue el primer pensamiento en Verónica, al margen había quedado el deseo de reencontrarse con su “amado” luego de tres semanas de separación obligada por cuestiones laborales. La imagen real de la pareja no tenía buen pronóstico; la imagen pre-fabricada por ellos mismos y vendida al público circundante, auguraba un futuro prometedor.

—Es evidente que no se lo estás diciendo de la forma adecuada. Déjame recordarte que tú misma lo incluiste en la agenda.

—¡Gracias! ¡Gracias por recordarme las dos cosas! —El sarcasmo brotó de ella.

—Como sea, estás con el tiempo justo, ¿pido un auto para que vaya por él, o vas tú?

Maldiciendo por lo bajo, cerró los archivos en los cuales estaba trabajando y bajó la pantalla hasta cerrarla.

—La próxima vez que veas que incluyo algo como esto en la agenda, recuérdame lo mucho que odio conducir.

—Y también, lo mucho que amas a Ignacio —agregó Alicia sólo para

fastidiarla.

Abandonó la comodidad de la silla y se paró firme frente a ella. Alicia era pequeña, Verónica tenía una altura estándar, nada de otro mundo, lo que si era de otro mundo eran los tacones que utilizaba a diario. Alicia tuvo que extender el cuello bien hacia atrás para seguir el juego provocador de los ojos de su jefa.

—Con que me recuerdes lo primero es suficiente. Vamos —Le indicó la puerta—, después de ti, hoy tienes el honor de compartir el elevador conmigo.

—Tus honores son muy agradecidos, pero tengo una imagen que sostener ante el público todavía presente.

—¿Reniegas de mí? —preguntó Verónica tratando de contener la risa.

—No, por supuesto que no, gracias a ti soy la heroína del lugar, soy la Katniss Everdeen del Bufete.

—¿Katniss? ¿En serio? ¿Eso lees? Tengo una biblioteca muy grande en casa, si quieres puedo facilitarte alguno mejor.

—Lo dices de envidia, porque sabes muy bien que aquí tú eres el Presidente Snow. Como sea, no queda bien que abandone la oficina junto a ti, debemos mantener las apariencias.

—Haz lo que gustes hacer. —Guardó el móvil en el bolso, tomó el maletín y se encaminó a la puerta—. Pero la que espera eres tú, yo me marcho ya, al fin de cuentas, las apariencias a mí no me importan en lo absoluto. Buen fin de semana.

—¿Buen fin de semana? Lo dudo, tengo que prepararme psicológicamente para el lunes.

No iba a marcharse con la inquietud.

—¿Qué sucede el lunes? —inquirió antes de desaparecer de la vista de Alicia.

—Dan inicio los verdaderos “Juegos del hambre”: empiezo la dieta.

El silencio de las oficinas provocó que la risa de Verónica se extendiera por todo el Bufete. Una vez dentro del elevador, el mal humor tomó control de ella y la risa se le evaporó.

¡Detestaba conducir! ¡Ufff, cómo detestaba conducir!



El vuelo arribó en tiempo y forma. Verónica no. Las conductas en extremo cuidadosas frente al volante del coche transformaban a los minutos en horas, respetaba la velocidad sugerida, seguía al pie de la letra cada una de las señalizaciones, era una obsesiva compulsiva con licencia de conducir. Aquellos pocos que conocían la historia pasada de Verónica sabían que el argumento “conducir es tiempo mal invertido para mí”, no era más que un hecho de supervivencia, una forma psicológica que le hacía esquivar la bala, evitar el recuerdo de la muerte de su madre en un accidente automovilístico muchos años atrás. Ignacio conocía esa parte de la historia, pero estaba siempre tan sumergido en las propias necesidades que lo olvidaba.

El encuentro, que debería de haberse convertido en un reencuentro lleno de abrazos y caricias, se convirtió en un intercambio de comentarios impropios y subidos de tono que derivó en un único acto posible, Ignacio tomando control del automóvil en el viaje de regreso a casa.

Gracias a la destreza automovilística de Ignacio, la distancia existente entre el aeropuerto y el departamento de Verónica, fue recorrida a la velocidad de la luz. Para las nueve de la noche ya estaban en la calidez del hogar. El apetito en suspenso del hombre, que evitaba comer en pleno vuelo por razones sólo entendibles para él, cobró un protagonismo feroz.

—¡Te sugerí ir a un restaurante antes de venir para aquí, he hiciste oídos sordos!

—Por si no lo recuerdas, tuve ocho horas de vuelo, estoy cansado, quiero una ducha, ropa limpia, y prefiero disfrutar de una de las cenas congeladas de Estela antes que cualquier plato de menú de un restaurante desconocido.

Verónica se encontraba en la habitación desarmando la maleta que Ignacio había traído consigo, él, iba en busca de lo deseado.

—Pues, buena suerte con eso —musitó por lo bajo sabiendo que él no iba a escucharla.

El abrir y el cerrar de puertas del refrigerador fue el prelude de lo esperado.

—¿Han entrado a robar o qué? —gritó desde la lejanía de la cocina el decepcionado hombre.

Nada, absolutamente nada. Ni cenas congeladas, ni nada que pudiese utilizarse para una comida exprés decente. Aderezos, leche, y botellas de aguas saborizadas.

—¡Estela renunció! —gritó ella.

—¡Ya lo veo con mis propios ojos! —respondió él en voz alta para luego continuar por lo bajo—. Me pregunto qué le habrás hecho a la pobre mujer para que tome tal decisión.

Tarde se dio cuenta que Verónica estaba a su lado.

—¡Nada le hice! Envejeció, eso es todo, y está cansada.

—Sí, cansada de ti —bromeó él.

Verónica rió con falsedad, gesticulando con obviedad el sarcasmo.

—¡Porque no te llevas tus bromas a otro lado!

—Porque estoy cansado y mi estómago ruge. —Para apaciguar las aguas entre ellos, le robó un beso de los labios y le palmeó el trasero—. Pidamos delivery y problema solucionado por hoy.

Verónica fue hasta los cajones de la mesada y abrió el segundo, ahí se encontraban los menús publicitarios de las casas de comida cercanas. Los exhibió en abanico ante la vista de su amado compañero hambriento.

—Necesitas buscar otra empleada —agregó él mientras tomaba una decisión que en ese instante le pareció de lo más difícil.

—Lo hice, pero se encarga más que nada de la limpieza y algunas compras, la cocina no está dentro de sus cualidades. Créeme, ya lo comprobé.

—Estoy entre comida china, o carne al asador —Ignacio necesitaba soporte externo para la elección final.

Un sorpresivo llamado a la puerta los distrajo a ambos. Visita de viernes por la noche. ¿Quién demonios podría ser?

—Decide tú, a mí me da igual.

Lo dejó como responsable de la toma de decisión, si la insatisfacción lo invadía después quedaba a cargo de él.

Observó por la mirilla de la puerta y del otro lado se encontró con una figura femenina un tanto familiar.

—¿Quién es?

—¿Verónica? —La boca de la mujer se acercó a la mirilla como si ésta fuese en realidad un micrófono intercomunicador—. Soy Roxana, la propietaria del departamento de arriba, perdón por la hora, pero los escuché llegar y decidí...

Ante tan absurdo escenario, Verónica optó por abrir la puerta para hablar cara a cara.

—Gracias, e insisto, perdón por la hora.

La tal Roxana era extensiva en palabras por mensaje telefónico y en

persona.

—Está bien, descuida, dime...

—Quería avisarte, en esta oportunidad en persona —Sonrió para hacer más ameno el comunicado—, que mañana van a retomar los arreglos en el departamento que quedaron en suspenso, y en consecuencia, es posible que los ruidos molestos regresen.

¿En suspenso?

—Ni cuenta me había dado que los habían finalizado —dijo más que nada para sí que para la mujer.

—No, ese es el inconveniente, no los finalizaron, quedaron a medio hacer, el hombre que contraté dejó todo a mitad de camino.

Gabriel Oates. De seguro ese nombre quedaría impreso en su recuerdo por siempre, él y su tarjeta calendario. En los breves encuentros que habían tenido, ella había percibido que el profesionalismo era algo que el hombre tenía tatuado en la piel, y a Verónica, lo revelado por la mujer, le hacía ruido en el pensamiento.

—¿Qué quieres decir con “a mitad de camino”?

—¡Que no terminó el trabajo, menor dicho, no pudo terminarlo, pobre hombre!

La expresión “pobre hombre” parecía que abría una puerta que a Verónica no le interesaba abrir. Algo le decía que debía mantenerse al margen.

—¡Pobre hombre, no sabes lo que le sucedió!

Roxana demostraba todo lo contrario, no quería mantenerse al margen, tenía una bomba aprisionada entre los labios y deseaba hacerla estallar.

Y Verónica, por una fuerza interior no controlada por ella, se lanzó de lleno y atravesó el umbral de la puerta que le obsequiaban con tanto ímpetu.

—¿Qué le sucedió?

—¡Su mujer murió! —Mientras un repentino frío recorría la espalda de Verónica, la mujer continuaba con el estallido personal—. De la nada, literalmente de la noche a la mañana. Se durmió y no despertó. Al parecer, lo que me contó mi amiga, que es la que me lo recomendó, y que tiene mucha confianza con él, fue un ACV (Accidente cerebro vascular). ¡Ni cuenta se dio, se durmió y se murió! ¿Puedes creerlo? ¡Una mujer de nuestra edad!

A Verónica no solía importarle la vida de los otros, todo giraba en torno a su mundo, pero en esta ocasión comenzaron a comulgar en ella un par de recuerdos cercanos: la sensación de soledad vivida cuando estaba en cama, lo hablado con Lucrecia, el recuerdo de su madre al estar frente al volante

horas atrás. Todo eso hizo que la atención de Verónica fuese activa.

—¿Cuántos años tenía la mujer?

—Treinta y siete, madre de tres niñas. ¡Tres niñas! ¡Y encima, creo que una de ellas tiene “problemitas”!

“Problemitas”. Verónica pasó por alto la expresión, sea cual fuese la razón, le parecía de mal gusto y utilizada en el peor contexto.

—Al parecer, él y su mujer estaban juntos desde la adolescencia, ella era el amor de su vida. ¡Ya no hay amores así! En fin, como dije... pobre hombre —finalizó la mujer—. Retomando el otro asunto, mañana comienzan el trabajo de restauración en el departamento, y quería que lo supieses.

Muy pocas situaciones ponían en estado de shock a Verónica, gran parte de la común frialdad en su pensamiento y actitudes encontraba el fundamento en eso, evitar el colapso ante lo sorprendente. Extrañamente, la muerte de una desconocida había logrado agitarle las estructuras internas que la sostenían. ¿Por qué? Esa era una respuesta que sólo el universo sabía.

—No te preocupes, ya me adapté a los ruidos molestos, puedo tolerar más —dijo esto cerrando la puerta en la cara de la mujer—. Buenas noches.

—¡Buenas noches! ¡Que sigas bien! —se escuchó del otro lado de la puerta.

Cuando regresó a la cocina, Ignacio seguía batallando contra la misma duda: Comida China o carne al asador.

—Sigo necesitando tu ayuda con esto.

—¡Por dios santo, Ignacio, pide comida a los dos lugares y listo! Voy a darme una ducha.

El cuerpo le pedía a gritos calor, el frío comenzaba a correrle por las venas.

El delivery se hizo presente trayendo la cena para todo un batallón. Ignacio se guardó lo protocolar y ceremonial en el bolsillo para saciar con desesperación el instinto animal que guiaba a su cuerpo. En otra circunstancia hubiese sido todo un caballero con modales refinados, le gustaba cuidar las formas y las apariencias, desde ese aspecto, a ambos, se los podría considerar como cortados por la misma tijera. De la puerta para fuera eran una imagen, de las puertas hacia adentro trataban de mantenerla para no salirse del papel, pero cada tanto, hacían agua y se comportaban como seres humanos comunes y corrientes.

La boca del estómago de Verónica estaba herméticamente cerrada, el Chow Mein se le resbalaba por la garganta pero se quedaba atorado al final. Su compañero de vida estaba sumergido en el paraíso alimenticio que él mismo había solicitado, y la actitud inapetente de ella no le fue relevante en lo absoluto.

—¿Tienes algún compromiso para mañana?

La pregunta no llegó a los oídos de su destinataria, se desintegró en el aire. La única actividad que indicaba que Verónica no estaba en estado de catatonía era el movimiento circular de su tenedor en los fideos del plato.

—¿Verónica?

Nada, cero respuesta o acción, la escasa energía que Verónica parecía manifestar estaba invertida en el asesinato del último camarón visible en su cena.

—¿Verónica?! —insistió con tono más alto.

—¿Qué?—Su voz se asemejaba a la de alguien de ultratumba.

—Te pregunté si tienes un compromiso ya hecho para mañana.

Para forzar a que el estado de shock la abandonara, Verónica levantó la vista para forzar al contacto visual.

—Lo siento... no, ningún compromiso que recuerde. ¿Por qué preguntas?

Ignacio le dio tregua al trozo de ternera marinado y cocinado a la leña que estaba frente a él.

—Acabo de recordar que mañana es el cumpleaños de mi hijo.

El hombre era padre de un niño y una niña, los dos pertenecían a matrimonios diferentes. De ambas mujeres se había divorciado en muy malos términos, básicamente porque Ignacio no era un hombre de familia, y no pretendía esforzarse en serlo. Tenía cuarenta y un años, era abogado especializado en derecho internacional, y estaba obsesionado con ascender en la escalera de la diplomacia; aspiraba a un puesto de embajador, y en la actualidad desempeñaba la tarea de asesor para embajadores nacionales en varias partes del mundo. Era refinado, educado, y poseía un atractivo natural que cautivaba a primera vista tanto a mujeres como a hombres. Encontraba en Verónica la compañera perfecta, los dos priorizaban el trabajo, los dos apuntaban a la excelencia, y estaba seguro que juntos lograrían grandes triunfos.

—¿Y con eso quieres decir... ?

Ignacio devolvió a la vida a Verónica, y lo que ella oía, no era para

nada de su agrado.

—Que estaba pensando que tú podrías venir conmigo.

Una carcajada salió de la boca de Verónica atravesando el aire como un rayo.

—¡Sí, por favor, ponme primera en la lista de esa fiesta de cumpleaños! —Estaba siendo irónica, muy irónica—. Las fiestas infantiles me alteran, y lo sabes. Niños corriendo, música estúpida, y comida chatarra por doquier. ¡No, gracias, prefiero quedarme aquí contemplando este camarón hasta el fin de los tiempos! —Señaló al crustáceo descuartizado en el plato.

—No es una fiesta infantil, cumple... —Hizo una pausa, ni él recordaba la edad exacta—. Cumple quince o dieciséis.

Quedaba bien claro que el concepto, “hombre de familia”, era algo por completo desconocido para Ignacio. Si veía a sus hijos dos veces al año, era mucho. El dinero que les enviaba de forma mensual, para él, subsanaba todo. Verónica veía eso como una cualidad conveniente, al fin de cuentas, ella tampoco era una “mujer de familia”, y no pensaba serlo.

—¿Quince o dieciséis? A veces me resultas patético.

Ignacio Segovia sentía tanto amor propio que nada le afectaba, menos que menos los comentarios de la Señorita Perfecta: Verónica Suárez Andrade.

—Sí, pero lo que tengo de patético lo tengo también de atractivo, y eso compensa todo.

—¡Tienes un buen punto ahí! Pero en este caso ni el atractivo te alcanza. Considerando lo mencionado, dudo que le festejen el cumpleaños con un castillo inflable o magos sacando monedas de oídos ajenos, pero aun así... ¡Ni en tus sueños! Tu ex mujer, tu ex suegra, y agrégale todo los “exes” que se te ocurran. ¡No pienso poner un pie en esa plantación de mujeres destiladoras de odio! ¡No Señor! ¡Tus mujeres, tus hijos, tu responsabilidad!

Sin mucho ánimo de discusión, Ignacio se dedicó a la actividad más placentera del momento: comer. El móvil, que se encontraba de forma paralela a su plato, vibró ante la recepción de un mensaje. Por supuesto indagó en él, lo que sucedía en ese aparatito siempre era más importante que el alrededor.

—Oh, mira tú... —dejó que su pensamiento se manifestara en voz alta sin quitar la vista de la pantalla—. Me acaban de informar que tengo a mi disposición dos entradas preferenciales para los plays off de la Copa Davis.

—¡Wow, mira tú! ¡Dos hombres golpeando una pelotita durante horas! —se burló ella.

—Son para mañana. —Ignacio pasó por alto el comentario de Verónica —. Creo que el universo coincide contigo en lo de “poner un pie en esa plantación de mujeres destiladoras de odio”. ¿Qué me dices? Un desayuno cerca del río, y luego, tenis.

—¿Y el cumpleaños de tu hijo?

—No va a ser ni el primero ni el último cumpleaños que me pierda, de hecho, adelantándome a tal asunto, no le avisé a nadie que llegaba al país hoy, sólo a ti.

—Porque me necesitabas de chofer, por eso me avisaste.

—¡Ay dios, contigo no hay posibilidad alguna de romance, ¿no?!

—¿Romance? ¡Eso me lo dice el hombre sentado en mi cocina, en camiseta y calzones, comiendo como un animal desesperado!

Hizo a un lado el móvil, el plato, los cubiertos, todo.

—¿Ah, sí? Deja que “este hombre” haga lo suyo en la cama y después me cuentas.

Verónica también hizo a un lado el plato. Estaba cansada, el día se había extendido en demasía, pero su cuerpo estaba tenso a causa del extraño impacto que le había originado lo comentado por su vecina.

—Bueno, estuviste más de tres semanas fuera... y tienes la obligación de recuperar el tiempo perdido —Lo provocó.

—Y pienso hacerlo, después de un tiempo prudencial de digestión, me acabo de comer media res de ternera.

—¡Ay, dios, y después te atreves a utilizar la palabra “romance” en una oración!

—¡Ey, estuve horas en un avión!

—Como sea... —dijo ella levantándose—. A propósito del vuelo, yo te hice de chofer...

—Medio chofer, el regreso estuvo a mi cargo —alegó.

—No importa, yo te hice de chofer, tú me haces de mucama... la limpieza de los platos queda en tus manos, cariño.

Sin permitirle réplica alguna, abandonó la cocina.

—Me voy a la cama.

—¡Trata de no dormirte!

—Lo dudo, pretendo disfrutar de un libro hasta tu llegada, así que... demórate todo lo que puedas.

No fue el mejor sexo de su vida, pero cumplió, la llevó al clímax por simple inercia, relajándola lo justo y necesario para provocarle el sueño.

El paseo por el mundo onírico la arrojó sin contemplación a una realidad desconocida que albergaba un único rostro, Gabriel Oates.

Él, una vez más, infiltrándose como el peor espía, tomando control como si fuese el dueño de sus sueños.

La imagen se presentó de una extraña manera, no había un alrededor definido, las imágenes se perdían, iban y venían como imágenes de una película proyectada en un lienzo de pared, lo que se mantenía constante era el rostro de Gabriel, sonriente, feliz, y de la misma manera, así se sentía ella, feliz. Una felicidad que le inundaba el cuerpo, que la hacía sentirse viva, un sentimiento nunca antes experimentado ni por su cuerpo, ni por su corazón.

Él. Ella. Los dedos de sus manos entrelazados. Y la nada misma en el alrededor.

Ellos en un mundo posible, muy posible, lejos del ahora.

La combinación de emociones la desbordó hasta el punto de despertarla. Abrió los ojos, la habitación estaba levemente iluminada por la

luz proveniente de la televisión; Ignacio se había dormido mirando una película, y la tv continuaba encendida. Buscó el control de la tv por entre las sábanas y sin querer despertó a su compañero de cama.

—¿Qué? —Reaccionó él con un movimiento involuntario del cuerpo.

—Nada, te dormiste con la televisión encendida.

—Ah, ¿estás bien?

—Sí, tuve una pesadilla, eso es todo.

Él se acomodó en la cama y extendió el brazo para que ella se abrazara a su cuerpo. Verónica lo hizo, apoyó la cabeza en su pecho, y lo abrazó con ganas, como buscando un sostén perdido en él.

—Si lo del tenis de mañana sigue en pie, cuenta conmigo.

—Perfecto —murmuró él, y su voz se apagó víctima del sueño profundo.

Sí, dos hombres golpeando una pelotita por horas, nada mejor que eso para entretener a su mente desquiciada.

¡Por dios Santo! ¿Qué clase de inconsciente sádico tenía?

¡El hombre acababa de perder a su mujer!

Conocía muy bien la naturaleza real de los sueños, gran parte de ellos se generaban por los residuos diurnos, aquellos hechos o sucesos del día que habían sido de impacto para uno. ¡Sí, esa era la explicación! El impacto de la noticia, eso había traído a Gabriel a sus sueños.

Intentó dormirse, por supuesto no pudo, solía dormir poco. Cuando cerraba los ojos al final del día se dormía con intensidad por tres o cuatro horas, luego se despertaba y el insomnio le hacía compañía. Detestó al insomnio esa noche, porque traía consigo algo más, un rostro de hombre.

El torneo de tenis lo borraría definitivamente de su pensamiento.

¡Dios santo! ¡El hombre acababa de perder a su mujer!

Se repitió eso una y otra vez, y aun así, la felicidad, esa sensación que la había colmado en sueños a su lado, no desaparecía... no, no desaparecía.



CAPÍTULO 5

Gabriel parecía dispuesto a postularse a una categoría del libro Guinness de los récords: el hombre con menos horas de sueño del mundo.

No dormía, tiempo atrás lo había intentado, y al no conseguirlo, se transformó en una maldita costumbre, el metabolismo se le había puesto en sincronía con el insomnio y sobrevivía. Dormía cerca de dos horas por noche, pero no de corrido, por supuesto que no; los ojos se le cerraban de a ratos, quince o veinte minutos, ese era el tiempo que le llevaba resetearse, luego se mantenía despierto por un par de horas hasta que los ojos se le cerraban de nuevo y comenzaba el proceso de reinicio de sistema por segunda, tercera o cuarta vez.

Dos motivos lo privaban del descanso real, el temor y el recuerdo. Acostaba a las niñas cerciorándose que todo estuviese perfecto, y durante el resto de la noche, regresaba en silencio a sus habitaciones un centenar de veces para sentir las respirar. La madrugada tenía un sabor a muerte para Gabriel, un sabor que no quería volver a sentir en la boca.

Después del temor quedaba lo otro, el recuerdo. Todavía podía sentir el perfume de Noelia en el lugar, en las almohadas, en todo. Se aferraba a ese recuerdo, dormir en la cama o apoyar la cabeza sobre las almohadas que habían compartido era un acto propiciador del olvido. Tarde o temprano, el olor de su piel se mezclaría con el perfume de ella, y desaparecería. Gabriel pretendía hacer perpetuo ese “tarde o temprano”.

Utilizaba un saco de dormir para descansar el cuerpo, lo colocaba junto a la cama y ahí se recostaba, en compañía de Tudor y la luz de la pequeña lámpara de noche como soporte. Observaba el techo, se conocía cada imperfección del cielo raso de memoria, se repetía, mañana voy a solucionar esa grieta, o tapar esa mancha de humedad; se lo repetía, nunca lo hacía. Las manchas de humedad eran el entretenimiento nocturno que lo mantenía en vela.

Esa era la rutina, saco de dormir, manchas de humedad, cerrar los ojos durante un suspiro, para luego levantarse en silencio, sentir la dulce melodía de la respiración de las niñas, regresar a la habitación, y repetir el mismo proceso. De una u otra manera el amanecer lo encontraba siempre despierto, y cuando la luz natural del día se confundía con la artificial, apagaba la lámpara, enrollaba la cama improvisada, la ocultaba debajo de la cama real, y se metía a la ducha para que el agua tibia le borrara los rastros de insomnio del rostro.

El verano comenzaba a finalizar y eso traía consigo una ventaja, el amanecer tardío. Esa mañana decidió abandonar el encierro de la habitación a las seis de la mañana, fue a la cocina y se preparó la primera dosis de café matutino.

Aprovechando el tiempo en soledad, preparó con calma el desayuno de las niñas, a las siete estarían arriba, y a los ocho partirían rumbo a la escuela. El inesperado ruido de las llaves en la cerradura lo puso en alerta, Tudor, que como de costumbre estaba a su lado, emitió un pequeño ladrido. Segundos después, la puerta de la cocina, que se comunicaba a la parte trasera de la casa, se abrió trayendo consigo el cuerpo de una figura femenina que Tudor reconoció al instante: Andrea, la hermana mayor de Noelia.

Andrea, su marido y sus dos hijos vivían en la casa lindera; ese había sido el motivo por el que años atrás, Gabriel y Noelia, habían decidido comprar la casa, la cercanía familiar.

En circunstancias como esas, Gabriel se arrepentía de tal elección, la invasión de privacidad por parte de Andrea era cada vez más sorpresiva. Llevaba días pensando en quitarle las llaves, y aun así, ese pensamiento no se trasladaba jamás a la realidad. Dependía en extremo de su cuñada, Gabriel lo negaba ante todos pero lo reconocía en el silencio de su mente, era un maldito zombie. Un zombie que necesitaba ayuda.

—¿El insomnio te trajo hasta aquí, o qué?

En los últimos meses el carácter de Gabriel había sufrido mutaciones, la amabilidad se le escapaba, más aun cuando estaba frente a personas de confianza.

—Sí, el insomnio, pero no el mío, el tuyo.

—Yo no tengo problemas de insomnio.

Colocó leche en una jarra apta para el fuego, encendió uno de los anafes, y la puso a calentar. Intentaba no hacer contacto visual con Andrea, ella buscaba eso, era el puntapié que esperaba para arrojar uno de sus tantos discursos.

—La luz encendida de tu habitación en plena madrugada me dice todo lo contrario. ¡Y no intentes desmentirme con algún cuento! Puedo verla desde mi habitación. ¿Cuántas horas duermes? ¿Cuántas veces deambulas por la casa en plena madrugada, Gabriel?

—No lo sé, dímelo tú, al parecer te fascina espíarme. Yo me pregunto,

¿no tienes hijos y marido a los cuáles atender? —La amabilidad se le escapaba, a veces demasiado. Ni bien dijo estas palabras supo que había cometido un error.

—Tengo marido e hijos, es verdad, me ocupo de ellos, y cuando no lo hago, me ocupo de tus hijas, de esta casa... ¡hasta de Tudor!, por si no lo recuerdas.

Gabriel quiso lanzar una granada y lo único que consiguió fue hacer que la misma le estallara en las manos.

El perro ladró al oír su nombre y los dos lo forzaron al silencio.

—Shhhh, ven aquí pequeño —Andrea acarició al peludo.

—Lo siento. —Gabriel intentó retomar la calma, Andrea merecía un buen trato y respeto, siempre estaba ahí para ellos—. Duermo, duermo lo que necesito dormir, todo marcha bien.

No había hecho contacto visual, se había cerciorado de eso, aun así, Andrea encontró en esas últimas palabras el puntapié que buscaba.

—¿Todo marcha bien?! ¿En qué maldito mundo vives, Gabriel?

¡Dios santo, la mañana se prestaba, desde tan temprano, para la discusión! Gabriel no deseaba iniciar el día así.

—En el que me tocó vivir, en ese mundo vivo —susurró sin intención alguna de pelea.

Fue en busca de las tazas del desayuno para poner fin a la conversación.

—¡No, en eso te equivocas, vives en el mundo que eliges vivir! —Ella alzó la voz sin moderación alguna.

Gabriel intentaba evitar el ruido, no deseaba despertar a las niñas, pero el incesante interrogatorio de Andrea estaba logrando poner en estado de ebullición a su fastidio. Sin darse cuenta, ese fastidio se le trasladó al cuerpo, y las tazas en sus manos golpearon fuerte sobre la mesada.

—Si vienes a esta hora de la mañana a darme algún tipo de lección, evítala, no es el momento, y no me interesa.

Fue en busca del pan para tostar. Apoyó el pan sobre la tabla de cortar y hundió el cuchillo en él.

—Últimamente nunca es el “momento” para nada contigo, sobre todo en lo que se refiere a tus hijas.

¡Suficiente para él!

El cuchillo impactó como una guillotina, el pan fue masacrado, una y otra vez.

—Las niñas están bien.

—Sí, lo están porque intentan demostrarte eso a ti.

La furia naciente en Gabriel se puso en pausa repentina, intentó respirar para recuperar la armonía perdida, estaba enojado con la vida, con el universo, y Andrea no tenía por qué ser una víctima colateral. Ni Andrea, ni sus hijas.

—¿Qué quieres decir?

—Que las niñas te muestran la realidad que tú quieres ver.

—¡Si viniste hasta aquí a arruinarme la mañana, hazlo como corresponde, sé más específica!

Hundir el dedo en la herida, en la peor herida, eso iba a hacer Andrea, lo sabía. Exhaló profundo con la intención de expulsar la culpa que la invadiría en segundos.

—¿Más específica? Perfecto, ahí voy. La mochila de Micaela se rompió, para no molestarte con tal asunto decidió arreglarla por sí misma, la cosió, como pudo, la cosió con un hilo incorrecto y un zurcido inadecuado, en definitiva, al otro día, la mochila volvió a abrirse. Hace días que va al colegio con la mochila unida a fuerza de engrapadora. Pero eso no es todo, las zapatillas de educación física de la escuela le quedan chicas desde hace semanas, y en vez de pedirte que le compres unas nuevas, las sigue usando. ¡Préstale atención a cómo camina y mira sus pies a la noche! Creo que no me alcanzan los dedos de la mano para contar los callos en sus pies.

—No exageres.

Si Andrea sentía culpa al confesar esto, Gabriel sentía algo peor.

—No exagero, escucha lo peor del asunto. Cuando le pregunté porque no te lo decía, me dijo que no quería que gastases dinero porque no estabas trabajando, prefiere comida en el refrigerador para ella y sus hermanas antes que un par de zapatillas nuevas.

Era verdad, desde la muerte de Noelia no había vuelto a trabajar, no sabía cómo hacerlo, no deseaba hacerlo, no tenía fuerza suficiente para ello.

—El dinero no es un problema —dijo al tiempo que su cuerpo se vencía sobre la mesada.

Eso era también una verdad, años de trabajo y años de ahorros le permitían tomarse tal licencia.

—¡Pues díselo a ella y evita que haga sus propias conjeturas! —continuó con la motivación en los labios, deseaba abofetearlo con palabras—. Con respecto a Carola...

—¿Qué le sucedió a Carola? —interrumpió con la acidez quemándole la garganta.

—Se le cayó el primer diente, lo puso debajo de su almohada para que el ratón de los dientes viniera por él, por supuesto no lo hizo...

—No me lo dijo, no puedo adivinar todo.

Andrea omitió el comentario, mantuvo el ritmo en su narración.

—Hace cuatro días que lo espera, y ya está pensando, seriamente, en arrojar el diente a la basura porque al parecer, por algún motivo no comprendido para ella, el ratón no quiere “su diente”, pero sí el de sus compañeritos de escuela.

La leche olvidada en el fuego comenzó a hervir, la jarra metálica resonaba como un pequeño tambor sobre la llama. Gabriel apagó el fuego y tomó el recipiente sin protección. El dolor ante la quemadura lo hizo maldecir.

—¿Satisfecha? —dijo valiéndose de la quemadura como muestra de recepción de mensaje.

La situación también derrumbaba a la mujer, extrañaba a su hermana, se preocupaba por las niñas, y por él. Eran familia, y la familia hacía eso, causar dolor para lograr hacerle ver al otro la herida.

—No, me guardé lo mejor para el final: Emilia.

Gabriel se rindió, sentía que el techo estaba por caérsele encima. Fue hasta la mesa cercana, aquella que utilizaban de forma cotidiana, y tomando un respiro, buscó refugio en una de las sillas.

—Las maestras me dicen que la niña se comunica cada vez menos, han expresado que sienten que el poco lenguaje que Emilia adquirió, se erradicó, desapareció, y éste fue suplantado por gritos.

El proceso de duelo en Emilia era muy diferente al que todos transitaban. Micaela y Carola, habían llorado, habían hecho cientos de preguntas para tratar de entender por qué su madre había muerto; Emilia no, ni lágrimas ni preguntas, y no era que la niña no tuviese emociones, no, simplemente las experimentaba de una forma por completo diferente. Emilia experimentaba el mundo de una forma distinta, y por ello, albergaba la incomprensión de la desaparición de su madre muy dentro de ella, en el más completo silencio, y eso se manifestaba en conductas. Casi no comía, no miraba dibujos animados, se recluía en un juego solitario en la habitación, y el lenguaje erradicado también se ponía en evidencia dentro de la casa; no hablaba, utilizaba gritos o sonidos guturales.

Gabriel trataba de mantenerse entero para sus hijas, algo que le estaba

costando demostrar, fingía que todo marchaba sobre ruedas, y esa actitud fingida sólo conseguía que las niñas le correspondieran de la misma manera, a excepción de Emilia, que le era imposible fingir o mentir, y más que nunca se abstraía en sí misma.

—Igual, me atrevo a decir que el hecho de que no hable es el menor de los problemas. —Andrea no se detenía, no tenía piedad, quería derrumbarlo de una vez por todas para que después no le quedase más alternativa posible que levantarse—. Cada día, a la hora de salida de clases, tienen que sacarla a la fuerza del salón, y cuando me la entregan, se tira al suelo y ahí se queda, sentada, con la mirada perdida en la distancia. ¡Cada día lo mismo! ¡Cada maldito día tengo que sentarme junta a ella e inventarle excusas para que se venga conmigo! —Recordarlo era vivirlo, Andrea dejó que las lágrimas que contenía a diario cuando se enfrentaba a la misma situación con Emilia, salieran—. ¡Cada maldito y miserable día, tengo que recordarle que su madre no va a ir por ella! ¡Que su madre no va a ir por ella nunca más!

Las lágrimas de Andrea sirvieron de antesala para las de Gabriel, desde aquellos primeros días en dónde el llanto era algo imposible de contener, nadie más lo había visto llorar. Golpeó la mesa con el puño y como una tormenta furiosa, las lágrimas brotaron de él.

—Yo también la extraño, Gabriel, la extraño a diario, y voy a extrañarla cada día por el resto de mi vida. —Fue hasta él, se mantuvo firme a su lado a pesar que la mirada de Gabriel estaba puesta en un punto fijo sobre la mesa—. Pero eso no aleja la realidad de mí, una realidad que me recuerda que ya no está, se fue... no va a volver, murió.

—Lo sé, no necesito que me lo recuerdes —musitó, y las palabras le dolieron. Le rompieron el alma.

—No, pero necesito recordarte que tú estás vivo, que las niñas están vivas, y te necesitan. ¡Dios santo, mírate al espejo! ¡Tú te necesitas!

Iba a ahogarse. Iba a ahogarse en sus propias lágrimas, Gabriel lo sentía así.

Tomó uno de los brazos de Andrea y la atrajo hacia él, se abrazó a ella, y aprisionó el rostro contra el vientre de la mujer. Lloró y ocultó el sonido de ese llanto en Andrea. Eran familia, y la familia hacía eso también, te ayudaba a secar las lágrimas.

Nada volvería a ser lo mismo para Gabriel, le dolía pensar en una vida sin Noelia, no podía pensarse sobreviviendo en esa vida, y sin embargo, ahí

estaba, sin ella, roto por dentro en cientos de miles de pedazos. Pero era un necio, Andrea acababa de arrojarle esa necedad en el rostro, la maldita vida seguía caminando a su par y él ni siquiera la miraba de reojo.

¡El desgraciado egoísmo del dolor! ¡El peor egoísmo de todos!

¡Cómo si estuviese solo! ¡Cómo si nada existiese después de ella!

La voz de Noelia se le filtraba por el pensamiento. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¡La vida pasaba a su lado trayendo a las niñas de la mano, y él ni siquiera se daba cuenta!

Las niñas luchaban con el dolor, y a la vez, luchaban con un padre presente de manera física, pero ausente en todos los otros aspectos.

¡No permitiría eso! ¡No permitiría que su dolor fuese el causante de más dolor!

Se concedió las últimas lágrimas, eran lágrimas de culpa. Estaba juzgando mal a la vida, no era una maldita desgraciada. No, la vida todavía era bella, y le sonreía, le sonreía a través de tres hermosas niñas.

—¿Puedo pedirte un último favor? —Luego de unos minutos, Gabriel regresó a la realidad con un murmullo cargado de una nueva energía.

—Puedes pedirme un favor sin necesidad de que sea el último.

Gabriel le obsequió a su cuñada una pequeña sonrisa, no estaba solo, en verdad no estaba solo. No más necedad, se repitió para sí.

—Es un gran favor —agregó.

—¡Eso lo decido yo, vamos, dime!

—¿Puedes encargarte de las niñas por el resto de la mañana? ¿Llevarlas a la escuela?

—A ver, déjame pensar... ¿Me estás pidiendo que haga lo que vengo haciendo los últimos tres meses? —bromeó regalándole una sonrisa a modo de respuesta—. Por supuesto que puedo.

—Perfecto, yo voy por ellas luego, incluyendo a Emilia.

Se levantó movido por esa extraña energía renovadora que lo invadía.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, te diría confía en mí, pero considerando mis actuales comportamientos, no me siento merecedor de su uso.

—De todas maneras, confío en ti, aun siendo el desastre que eres.

—Si las niñas preguntan por mí, diles que salí por unas compras.

Andrea no se aguantaba la ansiedad, había ido con todas las armas que tenía para acribillararlo, bombardearlo con el fin de que entraba en razones. Lo había conseguido. ¿Lo había conseguido? No lo creía, no, todavía no lo creía,

y a pesar de ello no podía evitar sentirse a gusto consigo misma.

—¿Y a dónde vas, si se puede saber?

—Voy por unas compras, y por todo aquello que sea necesario. —La besó en la frente y palmeó sobre su pierna para capturar la atención del perro —. ¡Ey, Tudor! ¡Vamos!

El perro se motivó a la carrera, saltó sobre él. Salieron por la puerta trasera, se subieron a la camioneta, y utilizaron al instinto como GPS. Una hora después habían atravesado la ciudad hasta la costanera ubicada en la zona norte. Se sentaron frente al río, respiraron el aire fresco de la primera mañana, disfrutaron del armonioso sonido del agua. Necesitaba calma para reorganizar las prioridades. Necesitaba calma, y la obtuvo.

Se puso en contacto con Nicolás Mónaco, su primer empleador, arquitecto de renombre con una gran impronta en el mercado laboral. Había trabajado para él como Jefe de obras años atrás, y todavía mantenían una cordial amistad. El encuentro no se hizo esperar por parte del hombre, feliz de tener noticias suyas, lo invitó a un desayuno de media mañana con el fin de ponerse al día, tanto de los asuntos laborales como familiares. Gabriel llevaba más de tres meses fuera de circulación, y la peor desventaja de ser un contratista independiente involucraba el factor “ausencia”. Siempre había otro dispuesto a hacer el mismo trabajo. Para Nicolás esa ausencia era un punto a favor para él, un hombre con las capacidades y la experiencia de Gabriel siempre era bienvenido. Mónaco se encontraba en las preliminares de un nuevo proyecto, deseaba personas de confianza y con talento, Gabriel poseía ambas cualidades. Palabra mediante, se despidieron hasta un próximo encuentro.

El termómetro que media la nueva energía de Gabriel seguía en alza, retomar el trabajo era uno de los puntos en la lista de prioridades, pero no el más importante.

Retomó el lugar en la camioneta junto a Tudor, y fue en busca de un paseo de compras.

Mochila nueva, zapatillas. Papel y sobre de carta color rosa, con el agregado de unas pegatinas brillantes con forma de corazón. Luego fue hasta una casa de muebles para el hogar e hizo la inversión más grande de todas:

almohadas, y colchón nuevo.

Al regresar a casa, el brunch que Mónaco lo había obligado a tomar comenzaba a alborotársele de a poco en el estómago. Tener una idea y planearla era una cosa, llevarla a la práctica, otra... diferente y dolorosa.

Pensó en las niñas, en nada más que ellas. Si pensaba en Noelia se quedaría por siempre ahí, estacado en un único momento.

Quitó las almohadas y las sábanas de la cama que durante años había compartido con la mujer que amaba, colocó todo dentro de una bolsa, y finalizó la tarea retirando aquellos artículos personales de Noelia que todavía se encontraban a la vista. Lentes, cremas, perfumes, todo fue a llenar el espacio vacío de una caja que guardó en lo alto del armario. No tenía la fortaleza para despojarse de ello aún, el mismo tiempo lo haría, al fin y al cabo, no necesitaba nada de eso para recordarla, Noelia estaría por siempre en él.

Reemplazó el colchón, reacomodó la habitación, y llevó toda lo que estaba en condiciones de ser utilizado al albergue de gente sin hogar de la iglesia cercana. Él jamás volvería a encontrar el descanso y la comodidad en esa cama, tal vez otros sí.

Con la tarde pisándole los talones, se subió una vez más a la camioneta sin compañía de Tudor, y marchó rumbo a la escuela de las niñas. Micaela y Carola, asistían a la misma institución, Emilia, iba a una institución de Educación especial, las tres hacían jornada de doble escolaridad; durante las mañanas tenían clases, y en el transcurso de la tarde, llevaban a cabo talleres de dibujo, música y educación física.

Las primeras en ser retiradas eran Micaela y Carola, y en esta ocasión en particular, no fueron la excepción a la regla. La felicidad de las niñas al verlo fue la expiación definitiva para Gabriel. La común oscuridad de sus días nublados comenzaba a despejarse, a través de los ojos de sus niñas, podía ver los primeros rayos del sol.

Ni bien pusieron un pie en la camioneta, las niñas disfrutaron de una maravillosa sensación: Su padre estaba de regreso. Micaela recibió con una sonrisa la mochila y las zapatillas, de hecho, no les dio respiro a las mismas, se deshizo de los elementos de tortura que tenía en los pies, y se calzó las nuevas. ¡Con qué poco se es feliz!

Las dos niñas iban en el asiento trasero, Carola comprendía el motivo de los regalos para con su hermana, pero como todo niño, no podía evitar

sentir el deseo de recibir también una sorpresa.

—¡Ey, Carola, encontré algo para ti en el buzón de casa! —El pecho de Gabriel se hinchó de satisfacción al ver la cara de sorpresa en su hija.

—¿Para mí? ¿Qué es? —La ansiedad hizo que Carola diera pequeños saltos en el asiento.

—¡Una carta! —Abrió la guatera, extrajo un pequeño sobre rosa decorado con pegatinas de corazón, y se lo entregó—. Por supuesto no la abrí, es para ti. ¡Aquí tienes!

Carola se apropió del sobre, despegó el corazón que cumplía la función de sello de cierre y desplegó la carta ante sus ojos.

—¡Papi! —susurró la niña víctima de la frustración.

—¿Qué? —respondió sin quitar los ojos del camino.

—Sólo sé leer un par de palabras y los días de la semana.

—¡Uh, cierto. Por suerte para ti, tienes a tu lado una experta lectora!

Micaela desempeñaba a la perfección el rol de hermana mayor, estaba para todo aquello que sus hermanas pequeñas necesitaban, y la mayoría de las veces lo hacía con gusto, aun así, parte de su “rol” implicaba demostrar lo contrario.

—¡Dame! —dijo con aires de fastidio quitándole la carta de la mano—. ¿Acaso no te enseñan nada en la sala de 5?

—¡Sí, los días de la semana!

Micaela pasó por alto lo expresado, y cumpliendo con la función asignada, leyó en voz alta.

Estimada Carola

Lamento mucho haberte decepcionado a ti y a tu diente, quise hacerme presente pero me fue imposible. ¡Cientos de niños han perdido sus dientes en los últimos días! Especialmente en la zona en dónde vives.

—¡Es verdad, a Mía, Josefina y Mateo también se les cayó un diente! —alegó Carola con la sorpresa en la voz. No podía creerlo... ¿El ratón de los dientes le había enviado una carta? ¿A ella?

Micaela continuó luego de obsequiarle a su padre una mirada cómplice.

De ser posible, me gustaría ir por tu diente esta misma noche. Aunque no lo creas, tu diente es indispensable para mi colección.

Sin más que disculpas, me despido.

Atentamente.

El ratón de los dientes.

—¿Aún tienes tu diente, no? —indagó Gabriel con la esperanza de que el mismo no se encontrara ya en la basura.

La niña sonreía de par en par, no podía ni hablar. Asintió, y sacando el diente del bolsillo, lo exhibió.

—Perfecto, hoy pones ese diente debajo de tu almohada.

La niña volvió a asentir, guardó el diente dentro del sobre, y atesoró la carta por el resto del camino.

Como era de esperarse, conseguir que Emilia abandonara el salón fue todo un desafío. La sorpresa de la presencia de Gabriel en el hall principal junto a las otras dos niñas llenó de esperanzas a las maestras. Y estaban en lo cierto con respecto a esas esperanzas, ni bien Emilia puso un pie en ese hall y detectó a los lejos a la figura de su padre, su cuerpo cobró vida propia y salió a la carrera. No hubo gritos, ni palabras, sólo el cuerpo de la niña impactando con fuerza contra el de su padre. Se abrazó a él con tanta fuerza y felicidad que todos los presentes no pudieron evitar derramar una lágrima ante la escena vista.

La propia inercia de amor fraternal hizo que Micaela y Carola se sumaran al abrazo. Ahí estaban, las tres abrazadas a su cintura, buscando soporte la una en la otra.

Noelia ya no estaba, jamás regresaría, y de seguro, una parte de él la amaría y la necesitaría por siempre. Aun así, en ese momento comprendió que él estaba vivo, que la vida no estaba en pausa, y que podría seguir adelante siempre y cuando tuviese junto a él a todo lo que amaba. Y lo tenía, todo lo que amaba en este mundo estaba ahí, entre sus brazos. Todo lo que amaba le cabía en un abrazo.



CAPÍTULO 6

El tiempo envejece deprisa. Las días se transforman en semanas, las semanas en meses, y los años se convierten en recordatorios de lo que no hicimos.

Verónica medía el tiempo por logros, no por fecha calendario, y la exitosa abogada tuvo consciencia real del tiempo pasado cuando supo que su nombre estaba siendo considerado para la gerencia definitiva. Podía visualizarlo.

Castellanos – Uriarte – Suárez Andrade Asociados

La felicidad la había desbordado en una primera instancia, el ego movido por el hambre de poder se hizo manifiesto en ella. No era cuestión de dinero, era una necesidad existencial, debía seguir siempre a ritmo constante, avanzar, conquistar más y más.

Conquistar más y más.

Pero no había más. El límite ni siquiera era el cielo, no, el límite estaba sobre su cabeza. El ámbito del derecho corporativo no podría extenderse eternamente, llegaría ese punto en dónde no habría puertas para abrir, y ese pensamiento extendía las raíces en su interior.

No tenía intenciones de darle la razón a Ignacio, que pretendía arrastrarla al otro lado del mundo con el mismo argumento. Le quedaba la posibilidad de trasladarse a otro Bufete, uno de mayor importancia y envergadura, de relevancia internacional, o en su defecto, conformar el propio.

¡Sí, su propio bufete de abogados!

*Suárez Andrade
Asociada*

Ese sería el nombre del Bufete, sólo ella, porque nunca encontraría alguien a la altura de su ego. Pensarlo desde la egolatría, resultaba reconfortante, pensarlo desde la realidad, resultaba penoso.

¡Malditos y desgraciados pensamientos!

En vez de dedicarse a la adquisición legítima de acciones para Jefferson Jackson, uno de sus más preciados y nuevos clientes, divagaba con la posibilidad de un futuro que la agobiaba.

No comprendía que le sucedía, por momentos se sentía perdida en una especie de limbo, plagada de dudas. Estaba a semanas de cumplir treinta y ocho años, y ese recordatorio le agitaba la mente. En verdad el tiempo envejecía deprisa. El reflejo de su rostro se hizo notorio en el monitor. *¡Dios santo! ¿Acaso ya tenía arrugas?*

Frunció el ceño una y otra vez.

¡Las muy desgraciadas ahí estaban! Bailando ante ella, burlándose.

Abrió la agenda personal y agregó: Solicitar sesión con esteticista.

Perfecto. Un problema menos. Ya podía regresar al trabajo.

No, imposible. El estómago se le sacudió ante la presencia de dos acontecimientos, uno, el eco de los calambres premenstruales que la torturaban desde la mañana, y el otro, la necesidad de responder a uno de los instintos más básicos: el hambre.

El olor a café mezclado con vainilla se le coló por la nariz, perdió el control de sí misma, y como un hechizo, siguió el camino del aroma deseado. Por suerte ese camino no la llevó muy lejos, se detuvo en Alicia, su gran taza de café, y el cupcake gigante con buttercream de caramelo que aprisionaba en la mano.

—Abusando de las calorías como de costumbre, ¿no?

—¡Qué puedo decir! De algo hay que morir, y yo prefiero morir con una sonrisa —sentenció al tiempo que clavaba los dientes en el cupcake.

El buttercream le decoró los labios, y con todo el placer del mundo, se lamió los restos de crema con la lengua.

Verónica la observó por unos segundos, estaba perdida en la brillantez de esa crema. Cuando cayó en cuenta de la imagen que tenía frente a sí, agarró una servilleta de papel del escritorio y se la arrojó.

—¡Basta! Límpiame la boca como un adulto, estamos en un Bufete, no en la filmación de una película porno de bajo presupuesto.

—Lo de bajo presupuesto dilo por ti, mi tarifa siempre es alta —

agregó Alicia.

—Lo sé, he visto tus recibos de sueldo, y la verdad, creo que estás sobrevalorada.

—Puedo buscarte un cupcake, si quieres —Alicia encontró la salida perfecta al comentario tendencioso de su jefa—. A ver, déjame chequear algo —indagó en la agenda mensual—, sí, mi ciclo menstrual está por finalizar, eso quiere decir qué... entre mañana y pasado, tú tienes visitas. ¡Definitivamente necesitas un cupcake, algo dulce, lo que sea!

—¿Tu ciclo y mi ciclo están sincronizados?

—¡Por supuesto que sí, la naturaleza es sabia! Y gracias a dios, el mío termina y el tuyo inicia. ¡Nada bueno podría suceder aquí si fuesen simultáneos!

El intercambio de palabras absurdas logró aquello que el trabajo no había podido conseguir, distraer a Verónica, aislarla de los pensamientos pesimistas que la venían atacando.

—Tienes razón... —dijo Verónica con firmeza. El estómago reclamaba con desesperación uno de esos manjares de dulce caramelo—, en dos cosas.

—Soy toda oídos.

—Nada bueno podría suceder si nuestras hormonas se enloquecen al mismo tiempo, y... sí, necesito uno de esos pastelitos con crema, ya.

—Pues tienes un paraíso de pasteles en la cocina comedor, y dada tu inmediata circunstancia, creo que lo mejor es que elijas por ti misma.

Alicia le marcó el camino desde la comodidad de su asiento.

—¿Un paraíso de pasteles en la cocina comedor? —Verónica sentía que ni todo el dulce del mundo le iba a ser suficiente.

—Sí, ¿conoces la franquicia Bakery & Delicatessen?

—¿Quién no la conoce? —bromeó Verónica.

—Por algún motivo que todos desconocemos, y con todos me refiero a “todos”. Créeme, intenté conseguir información y no la obtuve...

Alicia no tenía una maestría en asesoramiento legal, lo que sí tenía era un título de grado en lo que se refería a “inmiscuirse en asuntos ajenos”.

—Ve al grano, Alicia —la interrumpió.

—Resumiendo, tenemos una mesa repleta de manjares dulces para el consumo de todo el Bufete.

—¿Cocina comedor dijiste? ¡Mi lugar favorito! —murmuró Verónica para sí.

El Bufete contaba con una cocina comedor y una sala de esparcimiento, la mayoría de los empleados utilizaban la hora de almuerzo para abandonar las instalaciones y gozar del afuera, otra pequeña parte, optaba por la sala de esparcimiento. La cocina comedor era el paraíso de pocos, Verónica solía almorzar a solas ahí, y los empleados lo sabían, por tal motivo, no osaban poner un pie en el mismo dentro de esa franja horaria. A Verónica le fascinaba la calma del lugar, era como el fin mismo del mundo.

Cuando ingresó al comedor, la expresión paraíso le pareció que le quedaba pequeña, estaba repleta de pasteles, tartaletas, cupcakes de todos los colores posibles. Los empleados que deambulaban haciendo una selección de los manjares, al notar su presencia, capturaron lo primero que tuvieron a mano y abandonaron el lugar con un respetuoso saludo. No estaban acostumbrados a compartir el mismo espacio con los socios, menos que menos, cuando se trataba de Suárez Andrade. Nadie pronunciaba su nombre de pila, al parecer, hacerlo era considerado como la invocación al demonio mismo. Cuando se referían a ella, utilizaban el apellido.

El diablo disfrutó del paraíso. A solas.

Regresó a su despacho trayendo consigo dos porciones de tarta. Una para ella y otra para Alicia. La depositó sobre su escritorio.

—Frutos rojos con chocolate blanco —le murmuró en confidencia.

Los ojos de Alicia bailaron en las órbitas.

—No me atreví a trozarla... ¿Por qué te piensas que te envié a ti?

—Por lo visto, no sólo nuestros ciclos están en sincronía.

—No se lo digas a nadie, pero a veces, siento que eres la mejor jefa del mundo —dijo por lo bajo Alicia.

Verónica ocultó la sonrisa.

—No se lo digas a nadie, pero en verdad, no creo que estés sobrevalorada.

Alicia estaba siempre al pie del cañón. Se valió de las palabras confesas por Verónica.

—De ser así... —agregó.

—No, no pienso darte ningún aumento de sueldo, confórmate con la tarta, y... ¿Quién sabe? Tal vez, el día que me vaya de aquí, te lleve conmigo.

La mujer se burló por lo bajo.

—¿Tú? ¿Irte de aquí? ¡Por favor, ni aunque demolieran el maldito edificio te irías de aquí! ¡Este Bufete es tu vida!

Verónica quería argumentar algo para detener a Alicia. No tenía

palabras, la mujer hablaba con conocimiento de causa. Los pensamientos vestidos de negatividad volvieron a ubicarse en lugar preferencial dentro de su cabeza. Clavó el tenedor en la porción de tarta y, de camino al interior de su oficina, se llenó de cremosa dulzura la boca para intentar eliminar el sabor amargo de la triste realidad contemplada por los ojos de Alicia, y de seguro, por todos los demás. Antes de desaparecer en la soledad de su despacho, recordó algo y se volvió hacia ella.

—A propósito, no sé si lo notaste, pero el piso de cerámica en la cocina tiene una pequeña elevación.

Cualquier cosa servía para la distracción y el olvido.

—¿Te refieres al piso cercano a la mesada con la bacha principal?

—Sí, ahí mismo.

—Debe de ser alguna filtración, ya lo informé a mantenimiento, aún no han hecho nada al respecto.

—Pues vuelve a insistir.

La presencia repentina de Lucrecia hizo que el buen clima generado por el consumo de dulces calorías, desapareciera.

—Veo que están disfrutando de los placeres de la buena pastelería.

Alicia retomó la actitud de secretaria formal y laboriosa, alejó la porción de tarta y se dedicó a trabajar en el computador.

Verónica continuó con su actividad alimenticia frente a Lucrecia.

—Sí, debo confesarlo, es un auténtico placer.

Los pasteles habían caído como un regalo del cielo ese día, el descontrol hormonal la invadía con cólicos y pensamientos no propios en ella. Todo marchaba perfecto, su vida era perfecta. Debía repetírselo, debía.

—Pues me da gusto que lo pienses, porque te necesito a ti para perpetuar ese placer.

El desconcierto hizo notorias las arrugas en la frente de Verónica.

—¿Podemos hablar en mi oficina, por favor? —indicó Lucrecia antes que su asociada favorita intentara otro movimiento.

La sorpresa y el desconcierto se conjugaron en las palabras de la mujer.

—Sí, por supuesto...

Verónica intentó abandonar la tarta sobre el escritorio, Lucrecia se lo impidió.

—No, trae la tarta contigo, al fin y al cabo, la reunión se trata de ello.

“Bakery & Delicatessen” era mucho más que un lugar que ofrecía deliciosos pasteles, era una empresa internacional, construida por su dueña desde la nada a fuerza de trabajo y voluntad. Poseía puestos de ventas propios en todo el país, además de cientos de franquicias en los países limítrofes. Cafeterías, food sweet trucks en las zonas céntricas, venta de productos on line, organización de eventos. “Bakery & Delicatessen” era un mundo inagotable de productos y servicios, un mundo que estaba siendo amenazado.

—Marisa Tomeo es la cara detrás de la empresa, una mujer extraordinaria y talentosa, llevó el negocio de la pastelería a otro nivel en el país.

El sentimiento filtrado entre las palabras de Lucrecia le dio a Verónica la presuposición de que el asunto tenía una connotación personal.

—¿Y tú la conoces...

—La conozco desde la infancia —interrumpió Lucrecia—, compartimos estudios y extensos veranos juntas, inclusive la ayudé a organizar su boda, aun a costa de detestar al desgraciado con el que se casó. ¡Un maldito bueno para nada! Y el tiempo me lo confirmó.

Sin lugar a dudas había un sentimiento de por medio, el piso vibró debajo de los pies de ambas cuando la expresión “bueno para nada” abandonó la boca de Lucrecia.

—No necesito la historia personal de Marisa, simplemente dime lo que tengo que saber. Sí quieres, más tarde, tomamos un café y hablamos de tus anécdotas pasadas.

Lucrecia sonrió ante lo dicho, Verónica era su mayor logro profesional, era incorruptible desde lo emocional, y eso lo convertía en la mejor cierra contratos de la historia del Bufete.

—¡Así me gustas, carente de emociones!

La expresión fue letal, y no estaba lejos de la realidad, de todas maneras, Verónica la corrigió.

—Estoy en contra de tener emociones, es verdad, pero no en utilizarlas. Lamento decepcionarte, todavía no me he convertido en robot.

—Como sea, te necesito así como eres. Ella quiere el divorcio y está dispuesta a entregarle todo, menos una parte de la Compañía. El maldito bueno para nada, no quiere nada, salvo una parte de la Compañía.

Verónica no tenía concesiones por nadie, más aun cuando se trataba de asuntos que no eran de su agrado o interés profesional.

—Lo siento, no me dedico a divorcios y lo sabes —dijo levantándose dispuesta a finalizar la conversación.

—Por favor, Verónica... —Lucrecia lo tomó de la mano—. En este Bufete nadie se especializa en lo civil, las dos lo sabemos, yo no puedo tomar su caso, estoy vinculada de forma directa a la situación, tiraría todo por la borda en la primer mediación.

—Perder el tiempo en una división de bienes a causa de divorcio es casi una tortura para mí.

—Ya lo sé, pero tú eres la mejor...

Lucrecia la conocía, había que atacar a su ego, alimentarlo, el ego de Verónica era un maldito mercenario.

—¿La mejor?

—La mejor consiguiendo lo mejor —agregó la mujer.

—¿Mejor que tú?

—¡Dios santo, no puedes conformarte con lo que ya te he dicho!

—No, detesto los divorcios.

Estaban en el punto de flexión, era ceder, o perder la oportunidad. Lucrecia evaluó las posibilidades que le quedaban. ¡Mierda!

—Mejor que yo, en muchos aspectos —confesó a regañadientes.

Verónica volvió a tomar asiento, su ego y ella misma habían sido conquistados.

—Te escucho.

—Dieciocho años de casados, sin hijos de por medio. Una casa gigantesca en la mejor zona de la ciudad, tres departamentos en edificios de categoría, dos casas en la playa, un condominio en el exterior, media docena de autos, y una Empresa Multinacional millonaria. Todo eso está puesto en juego.

—¿Hubo contrato pre-nupcial?

—No, todo lo obtenido fue durante el matrimonio.

—¡Me estás tomando el pelo! ¿Qué demonios quieres que haga? Le corresponde lo que le corresponde, punto. No hay más vueltas aquí.

—Sí, la hay. Ya te lo he dicho, ella está dispuesta a darle todo, inclusive un veinte por ciento de la empresa para que obtenga ganancias mensuales por el resto de su vida, pero él no lo acepta. —La furia dominaba a Lucrecia, tenía razón estaba imposibilitada de manejar el caso—. Quiere el cincuenta por ciento de las acciones, quiere ser socio mayoritario junto a ella, y Marisa y yo sabemos muy bien que él odia a esa Compañía. ¡Quiere destruir

lo que ella construyó con tanto esfuerzo!

—¿Y qué pretendes que haga?

—¡Qué retuerzas al maldito gusano! ¡Que lo acorrales! Algo sucio tienes que encontrar.

—¿De eso se trata? ¿De encontrar la suciedad oculta debajo de la alfombra?

—A eso te dedicas, y en eso nadie te iguala.

Cientos de contratos millonarios cerrados en base a eso, siempre existía una entrelínea, la letra pequeña no leída, la firma en el lugar incorrecto, el trapo sucio en medio de la ropa limpia. Siempre, y ella lo encontraba. Lucrecia tenía razón, en eso nadie la igualaba.

—A veces las chicas buenas tienen que hacer cosas malas para que los chicos malos paguen —dijo por lo bajo Verónica para que la expresión quedara como una frase secreta entre ellas.

—Exacto. ¡Y Tomás ha sido un chico malo, muy malo!

—Dile a Marisa que se ponga en contacto con Alicia para organizar una reunión —Se levantó de forma definitiva en dirección a la salida.

—Ya la tienes, mañana a primera hora está aquí.

—Pues dile que traiga más de esos pasteles, nada es gratis en la vida.

—¿Quieres pasteles? Mantén esa empresa lejos de las manos de ese desgraciado y vas a tener pasteles de por vida.

Había un pedido de auxilio legítimo en Lucrecia, y Verónica no podía negarse a responder a él a pesar que cada fibra de su cuerpo la motivaba a huir del asunto. No había favores pendientes entre ambas, Verónica llevaba la cuenta de todo, pero de una u otra forma, sabía que le debería por siempre a la mujer. La confianza, la oportunidad, todo eso le había entregado Lucrecia con los ojos cerrados. La amistad de años le pedía a cambio sólo un divorcio. Lo aceptó.

A la salida, como de costumbre, Daniel la esperaba para llevarla de regreso a casa. Consciente de que su ciclo menstrual la estaría esperando en casa, decidió cambiar de recorrido para hacer unas compras.

—Daniel, ¿cómo estás de tiempo?

Consultó con el hombre antes de tomar la decisión definitiva. Le pagaba por un servicio, pero no tenía intenciones de abusarse del mismo. Sentía cierto afecto por el hombre, esa clase de afecto que te genera la

confianza cotidiana.

—¿Qué necesitas?

—Ir de compras a un mercado.

Hizo un recuento mental de lo que necesitaba, algunos alimentos, tampones, vino. Mucho vino, más ahora que había aceptado hacerse cargo del divorcio.

—Un mercado grande —agregó—, pienso hacer uso de mi estatus económico como corresponde.

Daniel rió.

—Hay uno a diez minutos de aquí.

—Perfecto, vamos.

Las cajas de pago estaban ataviadas de gente, y su carro de compras desbordaba. No existía alternativa más que esperar sin posibilidad de demandar privilegio alguno, ahí era una simple mortal.

Le envió un mensaje a Daniel para ponerlo al tanto de la situación.

**Tengo unos treinta minutos de espera.
La demora será recompensada, tengo un
Cabernet Sauvignon con tu nombre.**

Navegó por un rato en la internet móvil y, aburrida de la nada misma, invirtió la espera en observar las estanterías con mercadería cercanas. De camino por ellas se encontró con la hilera de personas que aguardaban como ella en la caja lindante. Los observó de a uno, se consideraba una experta en leer a las personas, la vestimenta y actitudes decían todo. El aburrimiento halló su punto exponencial, nada interesante en las insulsas personas que la rodeaban. Nada, excepto...

El corazón, primero, se le paralizó, luego dio un salto, giró sobre sí mismo, y finalmente encontró el eje que lo llevó de nuevo al reposo.

De rodillas, parado, o marchándose... cómo sea, jamás olvidaría esa espalda.

En el lugar menos pensado, la persona menos esperada, sepultada en el olvido: Gabriel Oates.

La energía abrumadora del momento la llevó a golpetear los tacones. Ansiedad pura. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un año? ¿Más? Y sin embargo, ahí estaba ahora.

Estaba acompañado por dos niñas, presupuso que eran sus hijas. Una de ellas cargaba en las manos una tablet conectada a unos grandes auriculares, deambulaba alrededor del carro, una vuelta, y otra vuelta, sin detenerse. La otra niña, a simple vista más pequeña, hablaba, él la oía con atención. La situación se presentó ante los ojos de Verónica como una escena de película dramática, el pobre hombre, viudo, con sus hijas haciendo compras a último momento después de un eterno día de jornada laboral. Gabriel llevaba ropas de trabajo, podía notarse en su calzado, borcegos reforzados en la punta y suela antideslizante. Lo observó, no pudo hacer otra cosa más que eso.

Micaela, estaba en casa de una compañera finalizando un trabajo práctico grupal, y eso le había permitido darse una escapada al mercado. Lamentablemente, la ausencia de Andrea a causa de asuntos similares con sus niños, no le dio más alternativa que concurrir al mercado con Emilia y Carola.

La espera se estaba haciendo eterna y eso comenzaba a preocuparlo, a Emilia solían inquietarla los lugares con muchas personas y ruidos constantes. Agradecía el hecho de llevar la tablet consigo: los auriculares y youtube le salvaron la vida. La niña miraba videos y el sonido ambiente, junto a las personas desconocidas al alrededor, dejaban de ser un elemento perturbador.

Lo que Emilia hacía no siempre era comprendido por su padre, en ese caso en particular, para Gabriel, la niña daba vueltas alrededor del carro de compras para calmar la hiperactividad que solía mantenerla en acción, siempre necesitaba estar en movimiento. La función real era otra, una que sólo la niña sabía, caminaba una y otra vez alrededor del carro contando cada uno de los productos, repitiendo sus nombres en silencio, almacenando en la memoria los colores, las letras, los números, cada detalle en cada uno de los productos. El alerta se hizo manifiesto a la décima quinta vuelta, Emilia detectó un faltante en el carro, algo que la involucraba de manera directa.

—Oh, no ¡Cereales, papá! —dijo en un tono alto debido a los auriculares—. ¡Mis cereales! ¡Cereales, papá!

Gabriel se maldijo a sí mismo, a los cielos, y al maldito supermercado que había cambiado los productos de las estanterías y él lo había olvidado. La peor consecuencia de todas: Emilia sin cereales, y eso era algo que la niña no iba a dejar pasar. Era en extremo rutinaria, y esa mañana los cereales se habían terminado, una mañana sin cereales era el apocalipsis para la niña. Para la niña, y en consecuencia para el resto de la familia.

—Papi, yo voy por los cereales —balbuceó Carola, ella también reconocía los comportamientos de su hermana. Hasta no obtener esos cereales, no se detendría.

—¡Cereales, papá! ¡Cereales! ¡Mis cereales!

No, no se detendría.

El mercado era inmenso, y las estanterías con cereales se encontraban en el piso superior, ni en su más alocado sueño permitiría que Carola fuese sola hasta ahí. Gabriel estaba en una encrucijada, necesitaba esos cereales, los necesitaba ya.

El alrededor comenzó a focalizarse en él y en el pedido reiterativo de la niña, que poco a poco, comenzaba a intensificarse al punto de parecer un grito de capricho. No lo era, así eran las formas de Emilia, diferentes.

—Ya voy por tus cereales —murmuró en el oído de Emilia luego de correrle unos centímetros el auricular.

Giró en busca de ayuda, si abandonaba la hilera con el carro en busca de los cereales luego tendría que regresar al final de la misma, y eso incluía cientos de minutos más. Carola estaba cansada, Emilia, con cereales o sin cereales, colapsaría ante la intensa espera, y él... él también estaba agotado. Tal vez podría dejar el carro en la hilera, tomar a las niñas, ir por el cereal y regresar al lugar.

La mujer que se encontraba detrás de él comprendió lo que pretendía hacer.

—Si te sales de la hilera pierdes tu lugar. ¡Ya quisiéramos todos dejar el carro aquí e ir en busca de las compras para ahorrarnos el tiempo!

Personas como esa mujer hay por todo el mundo, sin un ápice de empatía por el otro.

Gabriel no tenía intenciones de ser descortés, menos que menos, de discutir con una mujer como esa, se aferró al carro dispuesto a ir por esos cereales en compañía de las niñas.

Antes de que pudiera salirse de la hilera, una voz cercana clamó por su atención. Carola fue la primera en darse cuenta de ello, tiró de la camisa de su padre y le indicó la dirección en la cual lo reclamaban.

En el lugar menos pensado, la persona menos esperada, también sepultada en el olvido de Gabriel. Ella sonrió.

—¡Ey, Señor contratista independiente! —Verónica intentó sonar distendida y amable. Lo consiguió.

Gabriel no recordaba su nombre, pero recordaba quién era.

—¡Señorita... “Llueve en mi cocina”!

—¡Sí, esa misma! Y ahora que te veo, ¿sabes qué recuerdo?

Gabriel no respondió, la situación con los cereales, la mujer detrás de él, sumado a ese extraño reencuentro, lo tenían desconcertado.

—¿Qué? —preguntó Carola ante la ausencia de palabras de su papá.

—¡Que le debo un favor a tu padre, y ese favor tiene el nombre de un cereal!

Verónica estaba realmente feliz, el famoso discurso que ella esgrimía sobre “no deberle favores a nadie”, no era en verdad relevante aquí, estaba feliz porque sus palabras le habían robado al hombre una sonrisa.

—Si vas por esos cereales, pierdes tu lugar en la hilera —dijo no como excusa, sino como una forma de extender el intercambio de palabras con ella.

—¡No te preocupes, a mí el tiempo me sobra! —Emilia continuaba con el hit musical de la noche, cada vez a más volumen: ¡Mis cereales!—. Y por lo que veo, tú no puedes decir lo mismo —finalizó haciendo obvia referencia al comportamiento de la niña.

Verónica tomó el control de su carro dispuesta a abandonar la hilera, detrás de ella había un hombre de mediana edad, al verla dispuesta a marcharse, colocó su pie evitando el avance.

—No te preocupes, a mí no me molesta que dejes el carro —alzó la voz al decir eso mirando de reojo a la mujer que se había negado ante Gabriel—. Y si a alguien le molesta, que venga y me lo diga.

—Gracias...

—No hay de qué —respondió el hombre al tiempo que le obsequiaba una mirada amable a Gabriel, él le agradeció con uno de esos gestos que sólo los hombres comprenden.

Verónica se acercó a Gabriel, si iba en busca de algo, iba ir en busca de lo correcto.

—¿Algún cereal en particular?

—Sí, muy en particular.

Carola, atenta a todo lo sucedido, optó por hacerse partícipe de la búsqueda, sin pedirle permiso a su padre, tomó de la mano a Verónica y la arrastró por entre las estanterías al ritmo de sus palabras.

—Ven, vamos, yo te acompaño... sé dónde está el cereal.

Se alejaron ante la mirada sorpresiva de Gabriel, la niña manejaba el cuerpo de Verónica como si ésta fuese una cometa, de un lado a otro,

escabulléndose por entre la gente. Llegaron al segundo piso y se detuvieron frente a la gran variedad de cereales.

—¿Y ahora? —preguntó Verónica—. Dime, tú eres la experta.

—Buscamos los copos de maíz azucarados con el dibujo de un conejo.

¡Jackpot! Verónica los encontró al instante. Tomó una de las cajas y la exhibió ante la niña.

—¿Éste?

—Sí, ese. Ahora necesitamos los copos azucarados que tienen al tigre.

—¿Dos cajas de cereales del mismo sabor?

Carola encontró la caja.

—Sí, a Emilia le gustan esos cereales —señaló a los del conejo—, pero le gusta ésa caja. —Sacudió la caja del tigre en su mano—. Papá, vacía la caja del tigre y la llena con los cereales del conejo.

—Pero si son los mismos —Verónica se manifestó ante el absurdo planteado por la niña.

—No para Emilia —agregó mientras volvía a tomarla de la mano—. Teníamos la caja del tigre, pero la tía Andrea no se dio cuenta y la arrojó a la basura. Por eso hay que comprar de los dos.

—¿Segura?

—Recién dijiste que yo era la experta ¿no?

La niña la fulminó con esa contra respuesta.

—Sí.

—Llevamos las dos.

Hicieron el mismo recorrido frenético en el viaje de regreso a la hilera, cuando llegaron, la caja de Gabriel había agilizado el trabajo y ya estaba a pasos de su turno.

Dejó las dos cajas de cereales en el carro, y se despidió de Carola. La sinfonía musical de gritos de la otra niña había cedido.

—Gracias, me hiciste un gran favor —Toda la actitud de Gabriel, no sólo las palabras, le decían “gracias”.

—¿Puedo considerar saldada nuestra deuda entonces? —inquirió ella con esa costumbre tan suya.

—Nunca hubo tal deuda, pero si te sientes feliz con eso, sí... considérala saldada.

Avanzó, era su turno en la caja. Las niñas comenzaron a poner los productos sobre la cinta deslizante, y él se volvió hacia ellas para ayudarlas. Verónica regresó a su lugar, por desgracia, la cajera que le tocó a ella era una

especialista en lentitud, finalizó con su incursión en el mercado veinte minutos después que Gabriel.

Había conseguido mucho más de lo que había ido a buscar: alimentos, tampones, vino, y un viaje repentino al pasado.

Un pasado que se convirtió de nuevo en presente, Gabriel Oates había vuelto a su vida, peor aún... esa noche, Gabriel Oates regresó a sus sueños.



CAPÍTULO 7

Abrió el buscador de google, sus dedos teclearon las siguientes dos palabras: Gabriel Oates.

Más de cinco perfiles diferentes de Facebook. Linkedin. Twitter. Una cuenta en Pinterest. El mundo no estaba plagado de “Gabrieles Oates”, pero tenía los suficientes como para desconcertarla a primera hora de la mañana.

Gabriel Oates. Linkedin: *Embedded Systems Recruiter at Tesla Motors. Palo Alto, California.*

Definitivamente no era él.

Gabriel Oates. Facebook: Jugador de videojuegos en Youtube.

¿En serio? ¿Jugador de videojuegos?

¡Dios Santo, madura, y búscate una vida!

Ese perfil no era serio. Tampoco lo era ella con esa actitud adolescente de buscar a Gabriel en las redes. Más aún cuando no existía argumento que justificara tal búsqueda.

¿Qué era lo que la impulsaba? ¿Un encuentro fortuito en un mercado? ¿Unos sueños recurrentes?

Se preguntó cuál sería la cantidad de sueños necesarios para considerar algo como una obsesión.

¡Suficiente ya! No podía perder el tiempo con éste tipo de tonterías.

Abandonó la pantalla con el buscador para ingresar a los contactos de su agenda. Seleccionó uno de ellos: Cristian IP. Desplegó la información del mismo, y con su número telefónico a la vista, hizo la llamada.

Todavía no estaba a pasos de la obsesión. Intentó convencerse.

Sólo era simple curiosidad. Alegó con su propia mentira.

—¡Dichosos los oídos! —contestaron de inmediato del otro lado de la línea—. Es un placer oír tu voz, aunque si me das a elegir, siempre prefiero verte en persona.

Cristian Donofrio, ese era la voz del otro lado del teléfono, desempeñaba tareas de investigación para grandes compañías y bufetes como los de Verónica. En cierta forma, él era el que se encargaba de encontrar la suciedad debajo de las alfombras ajenas, por supuesto, lo hacía a cambio de una importante remuneración. Los honorarios del muchacho no eran nada económicos, pero para Verónica valía cada centavo, llevaba utilizando sus servicios desde los últimos tres años. Cristian iniciaba cada llamado y cada encuentro de la misma manera, con la peor estrategia de seducción del mundo.

—¡Mira tú! A mí me sucede lo contrario —Verónica le siguió el juego.

—Algún día comprenderás que lo que buscabas estaba justo delante de tus ojos, y en consecuencia, caerás rendida a mis pies.

—¡Sólo en tus más alocados sueños llegará ese día!

Verónica, que solía ser directa en sus charlas telefónicas, se permitió un instante de ocio con él. No le venía mal distraerse con una conversación casual.

—Tú y yo sabemos muy bien cuál es la mejor herramienta de conquista en este mundo —alegó con aires de altanería el muchacho. Era joven, todavía no alcanzaba los treinta años.

Información, esa era la clave. El conocimiento es la llave que conduce al poder. Los dos lo sabían.

—Te conozco más de lo que crees, Verónica —continuó—. Te conozco tanto que podría decirte hasta el color de ropa interior que hoy llevas puesta.

Donofrio parecía dispuesto a alcanzar límites impensados ese día, Verónica lo presionó para desestabilizarlo, ella también lo conocía. Él conseguía la información, pero la que la utilizaba de la forma correcta era ella.

—¿Sí? Pues te escucho... dime, ¿qué color?

Lo puso en un aprieto, la pausa inmediata del muchacho se lo confirmó.

—Color crema, posiblemente una tonalidad Champagne—finalizó arriesgándose al tiempo que intentaba mantener una sensualidad ficticia en la voz. En realidad no tenía la menor idea de lo que decía, sólo era un común juego de provocación, uno que nunca avanzaba más allá de la primera línea de diálogo con ella. La excepción del día lo inquietaba.

Verónica llevaba puesta una blusa gris con escote profundo en V, desabrochó el primer botón poniendo en evidencia la unión de su sostén color azul petróleo, sostuvo el móvil a una distancia prudencial, tomó la fotografía, y se la envió.

—Te has quedado en silencio, ¿estoy en lo correcto, verdad? —insistió el muchacho ansioso de la confirmación. ¡No podía creer que había acertado!

—No sé, dímelo tú...

El sonido de recepción de mensaje se oyó a través del auricular.

Silencio abismal del otro lado. La imagen había llegado a destino.

—La próxima fotografía va a tu esposa —finalizó ella esperando el momento perfecto de ese silencio.

—Nunca te dije que estaba casado. —Cristian recuperó la palabra dejando de lado toda intención de sensualidad—. Por favor, no se la envíes — La provocación inicial se transformó en ruego.

Verónica dio la estocada final. No le enviaría la fotografía a nadie, el muchacho le agradaba y le era funcional.

—Cristian, la próxima vez que inicies un juego...

—Ya sé lo que me vas a decir —la interrumpió—. La próxima vez que inicies un juego, asegúrate de conocer realmente a tus adversarios.

—No, apréndete las reglas, sobre todo las que están en letra pequeña.

—¡Maldita arpía! —susurró del otro lado de la línea sabiendo que no iba a ofenderla. Las provocaciones de ese estilo nunca hacían eco en ella.

Verónica rió.

—¡Y ahí sí demuestras que me conoces! Arpía es mi segundo nombre.

—No, tu segundo nombre es “Paz”, pero creo que se confundieron, eres por completo lo opuesto. —Cristian tomó una nota mental de lo sucedido, no más provocaciones al teléfono, retomó el camino hacia el profesionalismo—. Dejemos las lecciones de lado, dime... ¿A qué se debe tu llamado? Por qué si es para que te ponga al tanto de lo que obtuve sobre Tomas Orsi, pierdes tu tiempo.

—No, es por algo personal —agregó ella víctima de la propia ansiedad. Gabriel Oates y su reaparición inesperada la habían empujado a eso.

—¿Personal? ¿A quién pretendes acosar?

“Acosar”, la palabra impactó en Verónica. Cristian no estaba muy alejado de la realidad. Contratista de la construcción, viudo, padre de tres hijas. Esa era la información que tenía, esa era la información que ella necesitaba para quitarlo de su pensamiento. ¿Qué más pretendía del pobre hombre?

¡Nada! ¡Nada pretendía, nada quería!

Intentó seguir los pasos de Cristian hacia el sendero del profesionalismo. Lo que acababa de oír no era nada bueno. Tomás Orsi podía llegar a convertirse en una piedra en el camino.

—Olvídate... recapitulemos lo que acabas de decir. ¿No tienes nada en contra de Tomás Orsi?

—¡No, el hombre es un auténtico santo! ¡El amo de casa perfecto, el desgraciado no tiene ni una mancha!

—No puede ser posible.

Marisa le había comentado que llevaba más de cuatro meses “separada de hecho”, viviendo en uno de los departamentos de los que era propietaria, él se había quedado en la casa. En cuanto a la relación en sí, no funcionaba desde meses atrás.

—No tienen intimidad desde hace más de un año —agregó Verónica recordando las palabras de Marisa—. Él puede ser un santo, lo que tiene entre las piernas, no.

—¿Desde cuándo no crees en mis palabras? He revisado todo, los últimos cinco años de su vida, y lo que he encontrado, créeme, es una herramienta en contra. ¡Hasta hace trabajo voluntario en una protectora de animales!

—Busca más, algo tiene que aparecer. Quiero todo, cada uno de sus movimientos registrados. Si se levanta a las tres de la madrugada para beber un maldito vaso de agua, lo quiero registrado, de preferencia en fotografías. ¿Está claro?

—Verónica, no todas las personas de este mundo son una mierda, lo sabes, ¿no?

—Repito, Cristian, quiero cada movimiento registrado.

—Lo que pides es otro precio, esos servicios son costosos.

—Tú pon la cifra, nosotros firmamos el cheque. ¡Sólo tráeme a cambio las condenadas fotografías!

—Como gustes, pero te lo advierto desde ahora, él está reluciente

como un espejo. Tal vez estás buscando la suciedad en el lugar equivocado, piénsalo.

—No te preocupes, yo pienso, pienso en todo, todo el tiempo. Ponte a trabajar.

Estaba dispuesta a finalizar la comunicación.

—¡Ey, espera! Dime lo que necesitabas en primera instancia, lo “personal”.

—Como te dije antes... ¡olvídalo! Ya no me interesa. ¡Feliz cacería!

¡Marisa Tomeo y los mismísimos cielos!

Quería maldecirla, y si no lo hacía, era por respeto a la amistad que ésta tenía con Lucrecia. Nada bueno podía profetizarse con respecto a ese divorcio, sería eterno, el primer contacto con el abogado de Orsi lo había dejado claro, él no estaba dispuesto a ceder.

El fastidio era uno de los sentimientos más predominantes en Verónica, brotaba de ella con una facilidad abrumadora, y en ese minuto crítico, después del llamado telefónico desesperanzador, ese malhumor naciente le dio una patada en el trasero para forzarla a levantarse de la silla. La gran oficina le pareció pequeña.

Salió al hall de recepción individual, Alicia no estaba en su escritorio, de seguro estaría en la sala de archivo y copiado, intercambiar un par de palabras con ella siempre tenía un beneficio positivo en Verónica. En vista de la ausencia, y la extraña sensación de falta de aire, se dirigió a su zona de confort favorita, la cocina comedor principal.

Era pasada la media mañana, como era de esperarse, todos estaban metidos de lleno en las actividades diarias, los estudiantes y los abogados recibidos de primer año no se podían permitir tiempo alguno para el ocio si tenían intenciones de obtener un lugar de renombre en el Bufete, todos eran unos maniáticos del trabajo en pos de un beneficio futuro.

Fue en busca de su taza y se preparó una infusión de té de vainilla. Disfrutó del aroma mientras éste se asentaba, el perfume de vainilla tenía esa cualidad maravillosa de relajarla. Tomó asiento en la mesa central de la habitación con la espalda hacia la puerta y la vista en el luminoso ventanal. Estaban en el piso veinticuatro, el cielo podía tocarse desde ahí. Bebió la tibia preparación de a pequeños sorbos. Ahí todo era silencio, el bullicio cotidiano de la realidad no se atrevía a atravesar la puerta. Cerró los ojos, y por primera vez en semanas se dio cuenta del cansancio que cargaba consigo, no dormía

bien, llevaba años sin tener un sueño nocturno completo, y como si eso no fuese suficiente, hacía tres días que su insomnio iba acompañado de Gabriel Oates.

Verónica era una escéptica, no creía en nada, menos que menos en la posibilidad de un destino trazado por una fuerza superior. No creía en nada, y sin embargo, luchaba contra la idea de otorgarle al encuentro con Gabriel Oates algo más que una simple casualidad.

—¡Sabía que iba a encontrarte aquí!

Las suposiciones que comenzaban a gestarse dentro de la cabeza de Verónica fueron reemplazadas por una voz que la empujó de nuevo a entregarse al malhumor. Lucrecia.

—¡En verdad, no sé qué le encuentras de atractivo a este lugar! — agregó la mujer. Su cuerpo se interpuso a la bella vista de Verónica.

—Me gusta, eso es todo, hay cosas que no necesitan explicación.

Mintió, existía un motivo, pero le pertenecía a ella. Sus debilidades se encontraban encerradas bajo llave, no todos tenían el ingreso.

—Como sea, fui a tu oficina, no estabas, y la lógica de tus costumbres me trajo hasta aquí.

Lucrecia, al igual que Verónica, vivía para el trabajo, ese Bufete era su niño preciado, y cuando tu vida gira en torno a ámbitos tan poco relajados, el frenetismo se transforma en una parte de tu ser. La mujer iba de aquí para allá, recorriendo cada esquina del salón a medida que hablaba.

—Voy a encontrarme a almorzar con Marisa, pensé que tal vez estarías interesada en acompañarnos — Los tacones de Lucrecia se tambalearon cuando pasaron por la cerámica más elevada.

—Si tú lo deseas, les hago compañía... de lo contrario, prefiero mantener la distancia correcta con mi clienta.

¡Marisa, Marisa, Marisa!

Estaba hasta el hartazgo de Marisa Tomeo, su empresa, y sus malditos pasteles.

—¿Lo dices por algo en particular?

—No, lo digo porque no quiero hacer de este divorcio una cruzada personal.

La tensión de Lucrecia se focalizó en el piso, retrocedió, caminó una y otra vez sobre el desnivel del mismo.

—Sin mi presencia pueden criticar sin límite al “maldito gusano” —La ironía revistió a la expresión.

Lucrecia pasó por alto lo dicho, la había oído, pero su atención estaba dedicada al reciente descubrimiento.

—¿Qué le sucede a este piso?

Verónica recordó lo hablado con Alicia.

—Creo que es una filtración interna, alguna de las tuberías internas se debe de haber roto.

—¡Y me lo dices así, con tanta calma!

La perfección debía ser siempre total para Lucrecia, ella estaba en todos los detalles, inclusive en estos.

—¿Por qué no se tomaron medidas al respecto?

—Alicia habló con el servicio de mantenimiento, ellos no se hacen cargo de esta clase de inconvenientes, sugirieron que contratáramos a alguien para que se encargara del asunto.

“Sugirieron que contratáramos a alguien para que se encargara del asunto”.

El cielo se iluminó de la misma manera que lo hizo el pensamiento y el rostro de Verónica.

¿No existen las casualidades? ¿Existe el destino?

¡Vaya que sí, existe!

—Necesitamos un contratista independiente, de seguro va a tener que levantar las cerámicas y cambiar las cañerías internas.

—Bueno, hagámoslo... hagámoslo antes que sea peor, antes de que algún tacón quede prisionero entre estas endeble cerámicas. ¿La gente de mantenimiento no te facilitó ningún nombre?

Otro sentimiento, muy diferente al fastidio, le volvió a dar una patada en el trasero a Verónica y la levantó de la silla.

—No, pero conozco uno que puedo recomendar para el trabajo. Le puedo decir a Alicia que se ponga en contacto con él.

—Perfecto, que lo haga... —Recorrió el lugar con actitud pensativa, segundos después se detuvo frente a Verónica para observarla—. Y sabes qué, ya que estamos, podríamos remodelar el lugar. ¿Qué te parece? Al fin de cuentas, éste condenado lugar es “tú” lugar.

—¡Me parece una maravillosa idea! —La sonrisa de Verónica se extendió hasta límites nunca antes alcanzados—. Regreso a mi oficina, la pongo al tanto de esto a Alicia, busco mi bolso y nos vamos rumbo a ese almuerzo.

—¿Vienes? —Sorpresa mezclada con satisfacción—. ¿Y lo de no

convertir esto en “cruzada personal”, dónde quedó?

—¿Qué puedo decir? ¡Se me abrió el apetito!

La ansiedad no le permitiría trabajar, pensar, nada. Un almuerzo fuera era una buena opción, aun a costa de la compañía.

La suela de sus tacones le sacó lustre al suelo de regreso a la oficina. No caminó, voló motivada por los nuevos hechos. Se forzó a recordar dónde había guardado la bendita tarjeta. Revisó los primeros cajones del escritorio, no la encontró. Hurgó en el último, ahí había una pequeña caja en dónde guardaba contactos irrelevantes. Una a una se deshizo de las tarjetas, y cuando le quedaban apenas unas pocas en la mano, la tarjeta calendario apareció.

—¡Alicia! ¡Alicia! —La convocó a gritos, y ella se hizo presente a los segundos.

—¿Qué sucede? —El comportamiento inhabitual de Verónica la puso en alerta.

—Ten... —Le entregó la tarjeta—. Llámalo, dile que necesitamos una remodelación general de cocina, y probablemente, un cambio de cañerías internas.

—¡Ay, qué susto, pensé que había sucedido algo grave! —dijo tomando posesión de la tarjeta.

—Es algo grave, Lucrecia casi pierde el tacón entre las grietas de las cerámicas rotas. —Llevó la exageración al máximo exponente para justificar su comportamiento—. Ponte en contacto con él y no aceptes un no como respuesta —sentenció al tiempo que se aferraba al bolso con intenciones de partir.

La sonrisa de su jefa, la efusividad en las palabras, todo el comportamiento que expresaba, le confesaba a Alicia que detrás de esa urgencia había algo más.

—Ok. Pero de ser necesario, yo puedo conseguir otros contratistas.

—¡No! —Verónica se detuvo en seco, la atravesó con la mirada—. Sólo él, y si no puede tomar el trabajo ahora por compromisos pendientes, lo esperamos. ¡Dile eso! ¡Lo esperamos! —finalizó—. Voy a almorzar fuera, cualquier inconveniente me localizas en mi móvil.

—De acuerdo.

La tarjeta bailó por entre los dedos de Alicia mientras veía alejarse a su jefa. Por supuesto que no aceptaría un “no” por respuesta, quería saber que tenía de “especial” ese contratista. Porque lo era, sin duda era único y

especial para Verónica.



Los viernes nunca era un buen día para Gabriel, ya desde la mañana debía correr de un lado a otro al tiempo que luchaba con el agotamiento semanal de las niñas. Levantarlas de la cama el último día de la semana se transformaba en un acto de guerra, una que terminaba ganando a duras penas.

Emilia tenía terapia a primera hora, en consecuencia, cargaba a las niñas en la camioneta bien temprano, dejaba a Micaela y Carola en la escuela un poco antes del horario habitual, y después atravesaba la ciudad hasta el centro terapéutico; esperaba ahí la finalización de la sesión y repetía el camino anterior hasta la escuela de Emilia.

Andrea solía ayudarlo en esos días, pero los malestares matutinos de su reciente embarazo le estaban jugando en contra desde hacía semanas, él prefería no importunarla. Gabriel ya tenía diagramada una rutina, podía con ella, a excepción de ese viernes. Había aceptado hacer una visita y presupuesto a un trabajo surgido de la nada. ¿Un bufete de abogados? Intentó unir piezas para encontrar la posible fuente de recomendación. Desistió a los minutos, no importaba, la persona que se había puesto en contacto con él había sido tan insistente y persuasiva que no pudo evitar decirle que sí. Una remodelación de cocina no podría llevarle mucho tiempo, y además, estaba bastante libre de tiempo; acababa de finalizar un trabajo de instalación eléctrica en un edificio a estrenar, y según Nicolás, el arquitecto en jefe, estaba de vacaciones hasta el próximo trabajo.

Batalló con Micaela y Carola olvidándose por completo de Emilia.

¡Maldición! Sí la niña ponía la atención en la televisión podía ser un inconveniente.

Tarde, Emilia estaba vestida, ella misma lo hacía de forma automática si le dejaban el vestuario a utilizar frente a ella, pero su atención estaba puesta en la condenada tv. Gabriel, utilizó el recurso más básico, tomó el control de la tv y la apagó. Emilia la volvió a encender presionando el botón inferior de la pantalla.

—¡Rabbids invasión! —dijo la niña a modo de reclamo.

—No, nada de rabbids invasión, Emilia, al baño —volvió a apagarla.

Emilia repitió la acción anterior, la encendió una vez más.

—¡Hola, Rabbids Invasión!

Ese era un juego que Emilia podía mantener por horas. Gabriel actuó rápido, accionó el botón de off en el control remoto.

—¡Adiós, Rabbids Invasión! —Se arrodilló junto a ella, reclamó su atención, e intentó inmovilizarle los brazos para que desistiera de la tv—. Emilia, mírame.

—¡Rabbids Invasión! —repitió Emilia por lo bajo mientras sacudía los brazos para zafarse.

—Mira a papá, Emilia. —Lo hizo, la niña cedió a la pequeña lucha corporal, giró hacia él sin hacer contacto visual completo. La mirada de la niña se posaba por segundos en los ojos de su padre y por segundos en un punto más lejano—. Escúchame... —continuó Gabriel liberándola de la contención para exhibir el puño cerrado a la altura de sus ojos—. Primero... —dijo extendiendo el pulgar ante ella—. Al baño. —La niña conocía las rutinas de baño, no era necesario aclarárselas. Continuó extendiendo los dedos de a uno—. Dos, mochila. Tres, camioneta. Cuatro, Mirta. —Así reconocía la niña a su terapeuta de lenguaje, así comprendía que ese día la ruta a la escuela cambiaba—. Cinco, escuela.

Extenderse en palabras complicaría a la niña, indicaciones simples, eso se requería, indicaciones que le dieran un contexto sin saturarla de información. Emilia, recordaba todo, aunque no pareciese que su atención estaba puesta en lo dicho, oía y registraba cada palabra, cada indicación.

—Repíte conmigo... Uno —Gabriel la motivó a hablar repitiendo el mismo movimiento con los dedos.

—Baño —Ella lo imitó, desplegó los dedos al mismo ritmo.

—Dos...

—Mochila... —Emilia continuó con el orden a la perfección, y ante sorpresa de su padre, cuando llegó al punto cinco, agregó—. ¡Y seis... rabbids invasión!

Gabriel rió con ganas.

—Ok, cuando regresemos a casa, vemos rabbids invasión, prometido, pero ahora... al baño.

La niña se puso en acción, se olvidó de la tv y marchó al trote.

—¡Ey, ven aquí... antes un beso a papá!

Emilia regresó y le estampó un ruidoso beso en la mejilla, luego retomó la carrera en dirección al baño. Micaela la reemplazó en presencia.

—Papá, se me olvidó algo —Ya estaba vestida para la escuela y cargaba consigo la mochila.

—¿Qué?

—Un mapa político de América.

No quería preguntar, sabía la respuesta, de todas maneras la hizo albergando la estúpida idea de estar equivocado.

—¿Para cuándo?

—Para... —fingió pensarlo moviendo sus pestañas sin parar—, dentro de una hora más o menos.

Quería fulminarla con la mirada, le fue imposible, Micaela conseguía conquistarlo con el más mínimo pestañeo.

—¡PAAAAAAA!

El grito de Carola se oyó por toda la casa, a los segundos estaba al lado de su hermana con la falda del uniforme en alto.

—Se me descoció el dobladillo, papi.

Los viernes nunca era un buen día para Gabriel.

Confirmado, no, no lo era.



Castellanos – Uriarte
Asociados

El lugar parecía un Bufete de abogados sacado de una serie televisiva. La recepcionista general, una atractiva joven queapestaba a perfume importado, lo recibió con falsa sonrisa y lo forzó a esperar lejos del sector de recibimiento al público.

Gabriel se sintió fuera de lugar al instante. ¡No quería ni pisar la alfombra con las botas de trabajo! Contempló su imagen en el espejo del recibidor. Pantalón de jean, por suerte sin manchas de ningún tipo, camiseta negra, y chaqueta cazadora marrón desgastada por el paso de los años. No estaba tan mal. Si pretendían un contratista de la construcción en traje y corbata, se habían equivocado de hombre.

¿Se habrían equivocado de hombre?

Lo pensó una y otra vez, y ese pensamiento cobró auténtico sentido. No había otra explicación, no conocía a nadie que lo pudiese vincular al lugar. Se inquietó, no deseaba pasar un mal momento, y esa sensación comenzaba a manifestarse gracias a las miradas de reojo que recibía por parte de los empleados.

Los minutos pasaron, muchos minutos pasaron, nadie le decía nada, lo observaban, y en algunos momentos, hasta tenían el atrevimiento de murmurar ante él y sobre él.

Cinco minutos más, se dijo. ¡Cinco minutos y me marcho de éste endemoniado lugar!

Pasaron diez, la paciencia de Gabriel alcanzó el punto del “adiós definitivo”, si no se sentía cómodo estando a la espera, menos cómodo se sentiría. Se acercó de nuevo al mostrador de la recepción dispuesto a trasladar la irrevocable decisión de despedida.

—¡Gabriel!

Lo único que reconoció de la voz fue el tono femenino. Nada más, giró dispuesto a encontrarse con la mujer que lo convocaba con tanta confianza.

Ella le sonrió, y él no pudo más que corresponderle.

Verónica brillaba, tal vez por el juego de luces sobre la combinación del negro de su vestido con el rojo caoba de su cabello lacio perfecto. Verónica brillaba ante la satisfacción de su presencia.

—¿Hace mucho que esperas? —dijo ni bien estuvo a centímetros de él para romper el hielo inicial de la conversación.

—Sí, de hecho, ya estaba por marcharme —Gabriel fue sincero, así era él.

—A mí me informaron de tu presencia hace escasos segundos. —Ante la mirada esquiva de la recepcionista, Verónica dio por hecho que Gabriel no exageraba. La furia se hizo presente en ella, por supuesto la moderó para que el hombre no huyese despavorido—. Dame un minuto, Gabriel —dijo apartándose en dirección a la mesa de recepción—. Evelyn, el caballero me acaba de informar que lleva esperando aquí un buen rato. Me podrías decir el motivo de tal demora, por favor.

La joven se hizo pequeñita en el asiento, y todos los empleados que se hallaban cerca, desaparecieron como por arte de magia ante la mirada atenta de Gabriel. Recordó el primer encuentro con la mujer que estaba a su lado, el tono altivo, la voz demandante y provocadora a pesar del estado gripal.

Sonrió ante la simple rememoración y se preparó para el espectáculo.

—Preguntó por Alicia —alegó la joven con el primer rastro de temeridad en la voz—. Intenté comunicarme con su interno y como me dio ocupado, esperé... esperé más de la cuenta.

—Evelyn, repasemos juntas las normas de recepción que involucran a las visitas de los socios. —El sarcasmo de Verónica abofeteó de forma imaginaria a la joven—. Si el interno está ocupado... ¿qué se hace?

—Informamos de la presencia de forma directa —respondió como repitiendo un manual.

—Dime entonces, ¿por qué descartaste esa opción en éste caso?

—Preguntó por Alicia —volvió a repetir la joven a modo de excusa.

Verónica no pudo con sí misma, abofetearla con su ego no era suficiente, quería arrancarle los cabellos rubios de un tirón, pero como eso podría considerarse violencia física en el trabajo, recurrió a lo emocional. Volcó el peso de su cuerpo sobre el mostrador, la atravesó con la mirada. Si antes brillaba, ahora ardía.

—Ten presente esto desde hoy en adelante —Verónica prácticamente gruñó—, aquí nadie pregunta por Alicia, si preguntan por Alicia, preguntan por mí, y si preguntan por mí, levantas ese lindo trasero tonificado a base de clases de spinning y corres a mi maldita oficina, ¿de acuerdo?

¡Dios santo, recuérdame no tenerla de enemiga! Pensó Gabriel forzándose a mantener oculta la sonrisa. La jovencita perfumada al extremo se merecía que alguien le quitara los aires de superioridad.

—De acuerdo —repitió la joven.

—Perfecto, ahora sé buena chica y tráele al caballero algo para beber. —Verónica se volvió a él—. ¿Café, alguna infusión, o bebida en particular, Gabriel?

Él no tenía deseos de nada, pero la mirada cómplice de Verónica lo impulsó a responder.

—Un café, un café estaría perfecto.

—Ya lo escuchaste.

La sentencia fue definitiva. Evelyn salió a la carrera en busca de lo solicitado.

—En verdad no deseo nada —agregó él una vez que la joven ya no estaba presente.

—Ya lo sé, pero ella no tiene por qué saberlo, el tiempo que tendría que haber invertido en informar tu presencia, ahora lo va a invertir en preparar

ese café. ¡Y eso, Señor contratista, se llama karma laboral! —Le indicó el camino a seguir—. Ven, lo único que nos importa se encuentra al final de este pasillo.

Ella avanzó, él no lo hizo, y la actitud puso en alerta a Verónica.

—¿Sucede algo?

Gabriel todavía tenía sus reticencias hacia el trabajo, la actitud de la recepcionista valía por el resto. Existían pequeñas empresas dedicadas a trabajos empresariales, con una imagen más acorde al Bufete. A él le gustaba trabajar libremente, con botas viejas y chaqueta desgastada.

—¿Qué hago aquí? —preguntó.

Esa pregunta puso en jaque a Verónica.

—Vienes a realizar un trabajo —alegó tratando de ocultar unas intenciones que ni siquiera estaban claras para ella.

—No, dime, en verdad... ¿qué hago aquí?

Gabriel era un hombre de fe, creía en la naturaleza secreta de las casualidades, confiaba en el destino; ella se presentaba como la más extraña de las casualidades e intentaba entender el porqué de ello.

¿Qué hago aquí? Verónica también quería una respuesta, y esa respuesta sólo se la podía dar él.

No quería mentirle ni regalarle un falso discurso, le respondió rememorando el pasado.

—No me gustan los extraños, me resulta muy difícil vincularme con personas desconocidas, no me agrada, está en mi genética. No suelo confiar en las personas... tiempo atrás me dijiste, “confía en mí”, ¿lo recuerdas?

Gabriel viajó a aquel encuentro pasado, lo poco habitual del mismo, sin duda, jamás lo olvidaría.

Él asintió.

La soledad vivida de esos días volvió a Verónica, la piel se le erizó ante la rememoración. En su momento de mayor debilidad y soledad, un extraño se había hecho presente. Él se había hecho presente, y no se había marchado, seguía ahí, en ella.

—Sin más alternativa, lo hice, confié en ti... aún lo sigo haciendo. Te necesito.

Las palabras de Verónica le transmitieron una agradable sensación, ella era una tormenta furiosa, bastaba un segundo para darse cuenta de eso, su actitud, toda ella arrasaba con lo que tenía en el camino. Pero no era eso lo que le atraía, no era la furia, era lo otro... la calma que al final, de manera

irremediable, siempre llegaba.

El último año de su vida había sido un alocado viaje para Gabriel. Era tiempo de calma, la deseaba, la necesitaba y pensaba tomarla, aunque esa calma viniese en tacones altos.

—De ser así —dijo rompiendo el silencio—. ¡Estás contratada! —bromeó y agregó—. Lo siento, no recuerdo tu nombre.

—Verónica.

—¡Estás contratada, Verónica! —repitió al tiempo que le extendía la mano.

Ella sonría, cuando estaba junto a él se le antojaba sonreír y sonreír. Se acercó a él, le estrechó la mano con firmeza.

—¡Gracias, Gabriel... espero no decepcionarte con mi trabajo!— Verónica hizo extensiva la broma.

—Eso ya lo veremos... el tiempo lo dirá.

El tiempo lo dirá.

Los dos se repitieron eso en silencio.



CAPÍTULO 8

Establecer un presupuesto acorde a los deseos de remodelación no fue algo que se resolvió en horas. Entre los arreglos críticos, que involucraban la zona en dónde las tuberías internas se encontraban dañadas, y los gustos y preferencias de las dos socias femeninas del Bufete con respecto a la nueva cerámica y mobiliario del ambiente, el inicio del trabajo se postergó casi por una semana. Para Gabriel, ese tiempo extra de dudas y conflictos de colores, le sentó de maravillas; organizó el cronograma de su vida incluyendo la

reciente adquisición laboral.

El trabajo de refacción en sí llevaría tres días de intensa actividad; la reposición de cerámica y el cambio de rostro al lugar, otros tres días, en su defecto cuatro. El gran edificio en pleno centro de la ciudad albergaba empresas y bufetes, en consecuencia, los horarios eran limitados, y los fines de semana, cerraban las puertas, lo que lo forzaba a trabajar sólo días hábiles. Haciendo cálculos, se sentenciaba a una condena de semana y media. Podía con ella sin problemas.

Volvió a pisar la alfombra de la recepción el día pactado y a la hora pactada. Durante la semana anterior se había dado un par de vueltas por el bufete para tomar medidas y demás, gracias a ello, y a la furiosa presentación inicial en manos de Verónica, la relación con Evelyn había alcanzado otro nivel.

—¡Sr. Oates, buen día! —La falsa sonrisa de Evelyn se estaba perfeccionando hasta el punto de parecer natural.

—¡Buen día! —Gabriel no debía forzarse a nada, sonreír era parte de él.

La joven abandonó el lugar en la recepción para ponerse a su lado y marcarle los primeros pasos del recorrido.

—La Srta. Suárez Andrade todavía no ha llegado. De todas maneras, ya conoce el camino, por favor, siéntase como en su casa.

¡Sentirse como en su casa!

Ese era el comentario más absurdo que había oído en años.

—Si es posible, primero me gustaría pasar por el baño.

—Por supuesto, todo suyo. —Le indicó la puerta a los toilettes individuales—. Si necesita algo, no dude en solicitármelo.

—Gracias —respondió con brevedad y respeto.

Había salido de casa con el tiempo justo para dejar a las niñas y llegar al horario establecido. Las necesidades fisiológicas habían sido olvidadas y ahora pedían a gritos clemencia.

Para cuando se hizo presente en el área destinada a su trabajo, una mujer ya lo esperaba.

—Gabriel, un gusto conocerte. —La mujer extendió la mano a modo de saludo y continuó a modo de presentación—. Alicia, hablamos por teléfono en varias oportunidades.

—Alicia, sí —reconoció la voz y le correspondió el saludo al tiempo

que hacía un recorrido por el lugar—. Un gusto... wow, así da gusto iniciar la labor.

Habían retirado casi todos los muebles a excepción de una pequeña mesa, dos sillas, y armario de pared. Todo el resto del mobiliario, incluyendo el gran refrigerador, ya no estaba. En su lugar había cestos plásticos para los futuros desechos, y en una de las esquinas, ordenados con maestría absoluta, los materiales que él había solicitado para dar inicio al trabajo.

—Tal cual lo hablamos, tal cual lo pediste —agregó Alicia satisfecha ante la expresión del hombre—. Tú haz tu magia, que de lo demás se ocupa el área de mantenimiento. Y si necesitas algo, no dudes en solicitármelo.

A Gabriel se le escapó una pequeña risa.

—¿Qué? —Alicia era una entrometida en cada momento de su vida, y en ese momento lo fue más que nunca.

—No, nada... simplemente oí esa misma expresión hace escasos segundos, y tanta atención me asombra. Mis necesidades no suelen ser prioridad.

—Por lo visto nunca tuviste una empleadora como Verónica. Ella es un tanto... —Lo pensó, lo saboreó en la punta de los labios, y finalmente lo dejó salir—... única.

Verónica parecía ser una caja de sorpresas, una caja de sorpresas explosivas.

—Única —murmuró Gabriel por lo bajo—. Es verdad, creo que lo he comprobado. —Poniéndose en actividad, finalizó—. Si no te molesta, ya mismo pongo manos a la obra.

—Por favor, trabaja... el espacio es todo tuyo.

Alicia se valió del momento de introspección en el hombre para evaluarlo con ojo voraz. No era un contratista sacado de un catálogo de modelos masculinos, se notaba a la legua, pero ahora que lo contemplaba sin chaqueta y en camiseta, el tal Gabriel tenía lo suyo. Los músculos nacidos a base de trabajo siempre le ganan a los adquiridos en gimnasio. Gabriel, así como estaba, con su estilo rudimentario y rostro de amable hombre, barría el suelo con cada uno de los empleados del Bufete. El mejor perfume de hombre no siempre es el francés, y Gabriel destilaba el perfume más afrodisíaco de todos con su simple imagen: de cuclillas al suelo, cabellos oscuros arremolinados en lo alto, y firmes manos sobre la maza dispuestas a hacer temblar el piso de cualquier mujer.

¡No aceptes un no como respuesta!

Ahora comprendía el porqué de la insistencia en Verónica. Lo comprendía muy bien.

Ante el primer golpe, Alicia se consideró invitada a salir. Lo hizo. Gabriel quedó en la mejor compañía, la propia.



La estructura de poder del Bufete respondía a una jerarquía muy bien organizada. Estaban los socios gerentes, Elvio Uriarte, socio fundador, que pasaba escasas horas en el bufete a causa de su edad, y Lucrecia Castellanos. Ellos dos no eran los únicos, para sostener un Bufete de tal envergadura se necesitaba más, y ahí entraban en juego el resto de los socios mayoritarios, que no participaban en las actividades del bufete pero recibían beneficios económicos del mismo. Para ser socio mayoritario se necesitaba dinero, mucho dinero, porque el dinero, si está bien invertido, hace lo que tiene que hacer, genera más dinero. Verónica poseía una excelente posición económica, era socia con escalón directo a la gerencia, pero ese escalón aún estaba lejos. Se requería de una cuota inicial para integrarse a esa mayoría, y esa cuota involucraba una cifra de seis dígitos. La cuenta bancaria de Verónica tenía en sus reservas esa cifra, utilizarla no era sólo decisión de ella.

Los detestaba, Verónica detestaba a cada uno de los socios mayoritarios y no podía ocultarlo en el rostro, de seguro, ese era el motivo por el cual le negaban el pasaporte directo al cielo del éxito total. No todos congeniaban con sus formas, pero a la vez, no tenían más alternativa que lidiar con ella, la base de enriquecimiento del Bufete tenía su firma puesta. Si todos querían perpetuar las ganancias hacia el infinito, debían mantenerla a gusto, eso sí, a gusto pero con la soga al cuello, para que la “perra” no devorara la mano de su dueño. “Perra” así la llamaban por lo bajo y en secreto.

Lucrecia se arrepentía de la decisión de haberla convocado para la reunión, lo había hecho de buena fe, pensando que, de una vez por todas, los socios le abrirían las puertas a las acciones del Bufete. No sucedió así, y la decepción desfiguraba el rostro de ambas.

En realidad, la decepción en el rostro de Verónica nada tenía que ver con la negativa de los socios, los malditos cobardes (porque casi todos eran hombres) no querían ceder el control, no deseaban cortar el pastel en más trozos, y ella lo comprendía. Todo tenía su tiempo, en el algún momento estarían sofocados entre las cuerdas y clamarían por ella. En el mientras tanto, la decepción nacía por el hecho de que Gabriel estaba allá, en el Bufete, y ella estaba ahí, perdiendo el tiempo, sentada a la mesa con ocho sabandijas en el salón gourmet de un hotel de lujo.

Con la amabilidad brutal que la caracterizaba, pasado el mediodía, se excusó.

—Si me disculpan, tengo otros asuntos que atender. Como lo saben, mi

tiempo es dinero y su tiempo es dinero, lo paradójico del asunto es que yo hago que “sus tiempos sean dinero”, en fin... disfruten de la nada misma mientras yo soy productiva.

¡Por la borda se fueron las recomendaciones de Lucrecia ante los socios!

¡Por la borda!

Ni bien llegó a la oficina, Alicia la puso al tanto de los movimientos del “Sr. Contratista”, y Verónica halló la excusa perfecta para ir a confirmar en persona lo dicho.

Era hora del almuerzo y no le sorprendió encontrar a Gabriel sumergido en tal asunto. Sentado junto a la única mesa disponible, alzaba en su mano lo que parecía ser un apetitoso sándwich. Con un suave golpe sobre la puerta, Verónica insinuó su presencia en el lugar.

—Disculpas por la interrupción —dijo al notar que él giraba con la boca cerrada y repleta de un bocado reciente.

Gabriel masticó con rapidez al tiempo que se limpiaba la boca con una servilleta de papel, una vez comprobado que no existía resto posible de comida a la vista, se dispuso al habla.

—Por favor, el lugar es todo tuyo.

—Vengo por mi taza. —Esa era la excusa perfecta, una que le había caído como gracia del cielo. Señaló el mueble todavía empotrado en lo alto de la pared—. Mantenimiento se olvidó de vaciar su interior. —Fue hasta el mueble y capturó lo que había ido a buscar, exhibió la taza ante él como justificación real de presencia—. ¿Cómo te trata la jornada laboral? ¿Todo marcha bien? —Verónica cayó en cuenta que se encontraba trabajando solo. Indagó en ello por el simple hecho de conversar—. ¿Sin compañía? ¿Sin Horacio de por medio?

Gabriel rió e hizo a un lado el sándwich, ella había buscado su total atención y ahora la tenía.

—Sí, sin Horacio. Me sorprende que recuerdes su nombre.

—Tengo muy buena memoria.

—¡Lo compruebo! Sin duda lo compruebo—dijo con la sorpresa aun en los labios—. Pero no, Horacio se ha retirado del oficio, tuvo una lesión en el hombro y le dijo adiós a la construcción. ¿Es un problema que trabaje solo?

—No, en lo absoluto —afirmó ella.

Por supuesto que no lo era, al contrario, era una gran noticia.

—Puedo con el trabajo sin una mano de ayuda extra —agregó él para asegurarle a su empleadora que el trabajo no correría riesgo alguno.

Gabriel hablaba en estrictos términos laborales, ella hablaba con la simple intención de generar una conversación entre ambos. Los dos iban por caminos distintos.

—¡Ya lo creo que sí! Mi pregunta fue de simple curiosidad, de entrometida, nada más.

No deseaba incomodarlo, a veces, sin proponérselo, ella podría ser una gran inquisidora. Volvió a alzar la taza en el aire.

—Voy por mi bebida caliente. —Al decirlo comprobó que en los alrededores de Gabriel no había evidencia alguna de bebida o sustancia similar. Pensó: Con algo debe de acompañar ese gigantesco sándwich—. ¿Te traigo algo a ti? ¿Agua, alguna bebida en particular? —Se animó a bromear señalando el sándwich—. Me parece que lo necesitas.

Algo para beber. Era un detalle que Gabriel había olvidado debido al frenetismo familiar de la mañana, no le importaba.

—No te preocupes, puedo beber agua del grifo —Estaba acostumbrado a hacerlo.

“Agua del grifo”

Para Verónica eso fue casi una herejía.

—¡Por favor, no! Tienes agua embotellada a tu disposición en el otro salón. —El rostro de Gabriel confesaba que no iba a poner un pie fuera de la cocina comedor a menos que fuese por una urgencia. El agua embotellada no lo era. Verónica decidió actuar por cuenta propia—. Dime que prefieres y te lo traigo, yo voy para allí.

—No es necesario —volvió a indicar.

—Lo es para mí.

No hacía falta viajar al pasado para recordar la terquedad de la mujer, Gabriel podía oler su necedad a kilómetros de distancia, ya era un aroma característico en Verónica.

—De ser así, agua... con agua me basta.

Ella sonrió satisfecha.

—Ya estoy de regreso.

Así lo hizo, en cuestión de minutos, regresó trayendo consigo una taza humeante y una fría botella de agua mineral embotellada. Se la entregó, apoyó

su taza del otro lado de la mesa, y reacomodó la silla libre con obvias intenciones de sentarse en ella.

—Permiso —dijo esperando una aceptación por parte de Gabriel.

¿Permiso?

Gabriel tenía ganas de responder de la siguiente manera: *¡Dios santo, mujer, es tu bufete, haz lo que se te plazca!*

Lo modificó a fin de mantener una respetuosa distancia.

—El lugar es todo tuyo. —No pudo con su genio y agregó—. Pero tampoco esto es necesario.

Verónica se apropió del asiento con el desentendimiento impreso en el rostro.

—¿A qué te refieres?

No se estaban entendiendo. Estaba claro. La línea que separaba lo laboral de la personal era fluctuante, y Gabriel decidió cruzarla para aclarar cualquier posible duda a futuro.

—Puedo ser sincero —indicó.

Verónica asintió, intentaba comprenderlo.

—No tienes por qué hacerlo, no tienes que sentarte conmigo sólo para que yo me sienta cómodo. No necesito sentirme cómodo para hacer mi trabajo.

Lo que Gabriel decía era en parte cierto y en parte no. Sí, deseaba hacerlo sentir cómodo porque su presencia, para ella, era algo más que un simple trabajo. A la vez, estaba ahí porque ese era su lugar, su espacio favorito.

—No te des tanto protagonismo en el asunto—respondió ella a modo de broma, y con eso silenció por completo a Gabriel—. No eres tú, es el lugar —agregó para recuperar la atención y respuesta del hombre—. Por eso te contrate a ti, alguien de confianza, para que pusiera sus manos en mi espacio favorito.

A medida que intercambiaba palabras con ella, más extraña le resultaba.

—Puedo volver a ser sincero —Gabriel retomó el habla dispuesto a cruzar la línea de manera definitiva.

—Por supuesto que sí, te escucho.

—El hall de recepción de este Bufete es más grande que el living y la cocina de mi casa. Ni hablar del resto del lugar, es un pequeño palacio ciudadano.

—Sí, y con eso quieres decir, ¿qué?

Verónica bebió de su taza reacomodándose en la silla, no se marcharía, ella había estado dispuesta a cruzar el límite de lo personal desde el momento en que había atravesado la puerta.

—Que me extraña que digas que éste es tu “espacio favorito”.

—Soy una mujer de gustos particulares —argumentó sintiendo que él también daba un paso más allá del formalismo—. Me gustan éste tipo de ambientes, las cocinas sobre todo.

—En gustos, no hay nada escrito, dicen —Y ese fue el cierre de la conversación para él.

Gabriel no estaba acostumbrado a las conversaciones casuales, menos en un ámbito como ese, con una mujer como ella. Si en ese preciso momento le dieran a elegir, conversar o romper el suelo a martillazos, elegiría lo segundo, porque eso era lo que sabía hacer a la perfección.

El perfume de la vainilla danzó en la nariz de Verónica... eso siempre la relajaba. Él poseía un efecto similar en ella, calmaba la fiera interna que solía dominarla.

Té de vainilla con el agregado de Gabriel Oates. ¡Una combinación que le estaba sentando fatal a Verónica!

—Puedo ser sincera yo también —rompió el silencio de una manera tan abrupta que hasta ella misma se sorprendió. Él asintió—. Las cocinas comedor, ésta en particular, me recuerda a mi infancia. —Verónica viajó al pasado de la mano de un fugaz recuerdo—. Los mejores momentos de mi vida los he vivido en un lugar similar a este.

¡Cuánta verdad inesperada en esa confesión!

Verónica se sintió indefensa, víctima de la libertad de uno de sus mayores secretos: el dolor ante una pérdida pasada.

Había cierta tristeza en las palabras y en la evocación de la mujer, Gabriel y su común empatía, no pudieron mantenerse al margen.

—¿Qué hubo en tu infancia que no hay ahora?

Evadir la pregunta era el más idiota de los sin sentidos. Verónica lo había empujado a ese camino.

—Mi madre —confesó finalmente.

Gabriel conocía el dolor ante la pérdida. La empatía creció.

—Murió en un accidente automovilístico cuando yo tenía diez años —agregó sin pensar que su recuerdo evocaría otro en el hombre frente a ella.

¡Sus niñas! Pensó Verónica. ¡Qué mal momento para hacer catarsis sobre el pasado!

—Lo siento —dijo con la intención de volver atrás.

Las palabras de Verónica habían dado en el blanco, Gabriel había pensado en las niñas, en el dolor que ellas habían albergado, y que de seguro, todavía guardarían dentro. *¡Dios santo, vaya día intenso de trabajo!*

—No tienes porqué. De todas maneras, me sorprende que lo sepas.

Dejando de lado las amabilidades y el repentino brote de sinceridad, eran dos perfectos desconocidos. Que estuviera al tanto de esa parte de su vida, lo intrigaba.

—La mujer que te contrató en aquel entonces me lo comentó. —A Gabriel la explicación le pareció aceptable—. Ahora que lo pienso, recién me doy cuenta del tiempo que...

—Un año, cinco meses, tres semanas... —Gabriel la interrumpió—, y así puedo continuar hasta las milésimas de segundos si quieres.

Hay pérdidas atemporales, no importan los días y los años transcurridos, duelen siempre como el primer día.

La de Gabriel era atemporal y perpetua.

Verónica se responsabilizó de la tristeza provocada.

¡Por algo encerraba sus recuerdos y emociones bajo llave!

¡Verónica, eres una auténtica estúpida!

—Lo siento —volvió a repetir—. De todos los comentarios posibles, elegí el peor de ellos.

Gabriel mantuvo el silencio por unos segundos. No, no era el peor de los comentarios.

—No te sientas responsable de nada, de hecho, creo que lo que acabas de compartir me puede ayudar a tratar de entender más allá de mí.

—¿Qué quieres decir?

Verónica no fue la única influenciada por la necesidad de catarsis. Gabriel estalló, le dio la vía libre a la sensación que más lo agobiaba, el dolor ante la pérdida que enfrentaban sus hijas.

—Yo he lidiado a mi manera con la muerte de mi mujer, pero lo he hecho desde mi lugar de hombre, de adulto. Es muy posible que el dolor de no tenerla más a mi lado me siga acompañando por el resto de mis días, lo sé, y puedo enfrentarme a ese sentimiento, pero no sé ellas... no sé mis hijas. He intentado ponerme en sus zapatos, y no importa cuanto lo intente, no puedo. — La angustia se hizo presente en su voz, ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos, habían caído en el pozo juntos, y juntos deberían salir—. No puedo, y siento que les estoy fallando como padre al no poder acompañarlas. Tú que sí

estuviste en sus zapatos, háblame, cuéntame, por favor.

La muerte de su madre había sido igual de sorpresiva, sin un adiós auténtico, y los otros Suárez Andrade, que no eran muchos, tampoco eran muy buenos trabajando con los sentimientos, en consecuencia, Verónica se había enfrentado a ese adiós en la más completa soledad.

Hizo a un lado la taza. No tenía ganas de beber nada ya. Gabriel parecía sentirse igual que ella, el sándwich yacía abandonado a un lado.

Verónica podía hablar del dolor. Lo recordaba. Jamás olvidaría el encuentro cara a cara con la muerte que tuvo a tan temprana edad.

—Creo que, cuando somos niños, el concepto de la muerte no cobra una verdadera relevancia. Nos hablan de la muerte pero no la comprendemos, ¿cómo hacerlo? Cómo podemos creer que hay un fin cuando día a día aprendemos algo nuevo y descubrimos que el mundo es gigante. ¡Imposible! Nuestra inocencia no nos permite eso. No existe la posibilidad de un fin cuando tienes en la punta de tu nariz toda una vida por delante. —Le había dicho adiós a su madre, había dejado un puñado de flores en una tumba, pero aun así, cada día, durante muchos años, la había seguido esperando—. Lloras, aceptas lo que te dicen: “Ya no va a volver”, pero luego miras a tu alrededor y todo cambia, todo es nuevo, nada permanece igual. ¡Ni siquiera la muerte puede permanecer igual! Aceptas el adiós, pero no lo crees, esperas... día a día esperas por el regreso, y esa espera es la que te mantiene firme, fuerte. Esperas hasta que el tiempo pasa... luego creces, la vida avanza, y ya no esperas más.

En caída libre directo al abismo, así se sentía Gabriel.

¿Estaba en una sesión de terapia o qué?

La angustia lo devoró, le jugó en contra y se lanzó a los brazos de la mujer desconocida que tenía frente a él.

—No sé cómo hablarles, peor aún, no sé si ellas necesitan que lo haga.

Echarse atrás no era una alternativa, las historias personales ya estaban sobre la mesa. Barajó la mejor respuesta posible para él.

—Déjalas construir su propia idea de muerte. Déjalas esperar y prepárate para el día en que esa espera llegue a su fin, ahí es cuando van a necesitarte. Cuando el mundo cambie de color rosa a gris, van a necesitarte. Asegúrate de estar ahí para ellas. Mientras tanto, acepta la otra verdad.

—¿Cuál?

—Hoy por hoy, tú las necesitas a ellas.

Era verdad, sus hijas eran lo que le hacía abrir los ojos cada mañana,

compartir el aire que ellas respiraban era lo que lo mantenía vivo. A pesar de ello, el dolor ahí estaba, clavado como una estaca.

—¿Por qué es tan jodidamente difícil para nosotros? —murmuró por lo bajo luchando con el remolino interno de sensaciones.

—Porqué ya nos dimos cuenta que este mundo, en muchos aspectos, es una gran mierda. Aquello que antes estaba en la punta de nuestra nariz, ahora lo tenemos a nuestra espalda. Y créeme, cuando pierdes la ilusión de lo que vendrá, pierdes todo.

Verónica tenía pensamientos extremistas, y esos pensamientos siempre se quedaban en ella, no los compartía con nadie. Ella tenía conversaciones trascendentales consigo misma. Dejar salir a esos pensamientos era como desnudarse, poner al descubierto sus partes más íntimas. Sí, Verónica era una “maldita arpía”, era una “perra”, pero también era esto. Y esto salía a flote por él, para él.

—Mira lo absurdo de la vida y nuestro comportamiento —continuó. Nada la detenía, y Gabriel, que la observaba atento y deslumbrado, tampoco estaba dispuesto a hacerlo—. Todo cambia, nada permanece, eso es una ley universal. —Su cuerpo se movía al ritmo de las palabras, Verónica era otra Verónica, una que nadie reconocería por fuera de esas cuatro paredes—. Cuando somos niños aceptamos ese cambio con fascinación, sin embargo, cuando llegamos a la adultez, sucede lo opuesto. No lo aceptamos, queremos que todo permanezca igual. Nos aferramos al momento, y el dolor de la pérdida de ese momento es lo que nos destruye poco a poco. Cambiamos, y hacemos lo imposible para luchar contra ese cambio. El mundo cambia, y como tampoco aceptamos ese cambio, creamos un mundo individual. Así, este mundo, se conforma de miles y miles de mundos individuales. Cada uno vive su vida, sin mirar a su alrededor.

—Pareciera que tú tienes las respuestas a todas las preguntas. ¡Eres envidiable! —Gabriel no quiso sonar irónico, de todas maneras, así pareció.

Verónica estaba subida al tren de los pensamientos radicales, el tono de Gabriel, con intención o sin intención, no la sacó de los rieles.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes alguna pregunta?

—Por supuesto que sí, tengo miles de preguntas, pero dudo mucho que tengan respuestas.

Mejor dicho... que tú las tengas.

Gabriel prefirió no decir eso último en voz alta.

—Todas las preguntas tienen respuestas, el problema es que muchas de

ellas se transforman de forma inevitable en más preguntas.

La situación comenzaba a alzarse como un debate de a dos. Oír a Verónica era reconfortante, y a la vez, provocador.

Gabriel actuó en función de esa provocación latente en entrelíneas. Se hacía muchas preguntas a diario, una de ellas lo atormentaba desde el día de la muerte de Noelia.

—Dime, responde entonces. ¿Por qué tenían que morir?—Sin desearlo, alzó la voz—. ¿Por qué tu madre? ¿Por qué mi mujer? ¿Por qué?

Verónica se había hecho esa pregunta mucho tiempo más que él, y de seguro, muchas veces más que él. Por desgracia, ella sí tenía la respuesta, y esa respuesta era una nueva pregunta que abofeteaba con fuerza al rostro.

—Sólo puedo responderte con otra pregunta... dime, tú: ¿Por qué no? ¿Por qué no, ellas? ¿Qué las hace diferentes? Peor aún, ¿por qué piensas que la vida tendría que tener un trato privilegiado con nosotros?

La razón oculta en esas palabras golpeó el corazón herido de Gabriel.

Él había odiado al mundo, al universo entero. La fe que albergaba dentro había sido puesta en el banquillo de los acusados. Maldijo, responsabilizó a los Cielos por su dolor.

La mujer frente a él hablaba con una certeza tan intensa que le helaba la sangre.

“Miles y miles de mundos individuales. Cada uno vive su vida, sin mirar a su alrededor”.

El dolor estaba en todas partes, al igual que estaba todo lo demás.

—La vida sucede, Gabriel, y el hecho de que no estemos de acuerdo con ella no la va a hacer detener.

Inmóvil, con sus bellos ojos cafés atravesando el profundo color verde de los de Verónica. Así estaba Gabriel, paralizado ante la rememoración, entregado al reconocimiento de que su dolor no era el único en el mundo.

El dolor emocional es el sentimiento más egoísta de todos, se autoabastece, siempre encuentra el camino a la retroalimentación para quedarse ahí, en nosotros. Cuando te quitas el rol protagónico dentro de esa maquiavélica ecuación, el dolor se transforma en algo mejor: fortaleza.

Él aún estaba débil, caminaba de manera tambaleante por la vida.

Ella era una roca, dura y fuerte.

Descansar en ella no parecía una mala opción.

Verónica se apoderó de la botella de agua que le había llevado, la

abrió para colocarla a la fuerza entre las manos de Gabriel.

—Ten... bebe. A veces el recuerdo nos seca la garganta.

Aceptó la sugerencia. Bebió.

—Gracias —dijo después de beber media botella de un trago.

—¿Tienes alguna pregunta más? —Verónica intentó ponerle aires de broma a la situación.

—No, por hoy tuve demasiadas extrañas respuestas —Gabriel hizo extensiva la broma.

—En mi defensa —agregó ella—, me gusta leer, mucho, y cuando lees te enfrentas a tantas realidades y posibilidades que tu cabeza se reformula a su manera. ¡Esta es mi manera! Tómala o déjala.

Un golpe en la puerta los interrumpió, acto seguido, el rostro de Alicia los acosó con la mirada, la situación de intimidad inesperada entre los dos la desconcertó. Dudó, no sabía si marcharse o quedarse.

—¿Alicia? —Verónica la hizo reaccionar.

—Tu cita de las dos de la tarde ya está aquí.

—Hazla pasar a la sala de reunión para que espere ahí —indicó.

Cuando se marchó, Verónica se incorporó con pesadumbre ante el deber que la convocaba. Recogió la taza y bebió unos sorbos a modo de despedida.

—Termina tu sándwich, mi hora de almuerzo terminó, pero la tuya no.

¿Comer?

Gabriel no podría probar bocado por horas.

Bebió para aclararse la garganta mientras la veía marcharse. Una parte de él no quería dejarla ir. Se preguntó: ¿Por qué? No lo sabía, pero era posible que ella tuviera también esa respuesta. Buscó las palabras... las palabras adecuadas.

—Por hoy tuve demasiadas respuestas extrañas. Por hoy... —repitió —, mañana es otro día, ¿quién sabe?

Verónica reconoció la invitación escondida.

—¿Quién sabe? —dijo ella también.

Sonrieron y ocultaron esas sonrisas a la par. Ella le dio la espalda y él se refugió en el almuerzo olvidado.

Ya en soledad, después de digerir el momento junto a ella, retomó el trabajo sintiéndose en parte otro.

Por primera vez en muchos meses, Gabriel, se sintió fuerte.



CAPÍTULO 9

Iniciar la mañana del martes en compañía de Walter Braxton significaba una sola cosa, el día iba a ser una auténtica catástrofe.

Braxton, abogado del ámbito civil, era considerado un verdadero depredador. Si detrás de las bambalinas del mundo judicial, Verónica era considerada una arpía, él, era la peor de las sanguijuelas. Lo que lo había llevado hasta el Bufete esa mañana tenía nombre y apellido: Tomás Orsi. Walter tenía la tasa de acuerdos de divorcio más ventajosa en la historia del derecho civil. El muy desagraciado podía desplumar a un águila viva y salir ileso de tal asunto.

Verónica y él, compartían dos cosas, la ambición desmedida y el desprecio mutuo, y como obvia consecuencia de eso, las palabras entre ambos provocaban chispas desde el contacto cero. Negociar los términos de un divorcio millonario se transformaba en un acto de guerra para ellos.

Frente a frente, en la sala de juntas más grande, con mesa gigante de por medio para separar la colisión de cuerpos.

—Esto es el ABC del divorcio, Verónica. Tú sabes lo que nosotros queremos, y nosotros sabemos lo que nos merecemos. PUNTO. No veo necesidad de mediación alguna.

—“Merecer” es una expresión muy ambigua, yo que ustedes no la utilizaría, porque si de merecer se trata, no estaríamos aquí.

—Sé que estás buscando alguna laguna legal, y déjame decirte que pierdes tu tiempo, no la hay.

—No te preocupes por mi tiempo, yo me encargo de él. Con respecto a lo otro, no necesito ninguna laguna, tengo un océano ante mí. —Verónica tenía en su poder una carpeta que describía la nueva propuesta final. En ese instante

vio oportuno deslizarla por la mesa en dirección a Braxton—. Cincuenta por ciento del total de los bienes, con intereses y ganancias anuales.

Walter hizo un recorrido por la propuesta, una mueca burlesca fue la antesala a la respuesta.

—Esto es sólo una cifra.

Estaba en la cierto, se había realizado el cálculo del valor actual de las propiedades y bienes compartidos, incluyendo las acciones de la Compañía con la correspondiente especulación a futuro.

—Es más que una cifra, es la mitad de todo. Acepta el dinero, Walter, es lo único que vas a obtener, a menos que tu cliente esté dispuesto a partir por la mitad a su amado Porsche.

La propuesta volvió a desfilarse sobre la mesa en vía directa a Verónica.

—Verónica, hay dos cosas sobre las cuales no debe bromearse frente a un hombre, una, es el tamaño de su miembro, el otro, su auto. No nos trates como niños, ni a mí ni a mi cliente. Si quieres su firma en este acuerdo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Todo giraba en torno a Bakery & Delicatessen, y el control mutuo sobre la misma.

Verónica contuvo las ganas de exhalar con furia, no iba a darle ese logro a Braxton.

—Mi clienta posee el cincuenta y tres por ciento de las acciones, si consideramos la absurda propuesta que tú y tu cliente plantean, ella perderá el control de la Empresa.

La lógica de la selva judicial analizaba la situación de la siguiente manera, Braxton, el extranjero, fuera de su territorio habitual, debería mostrarse temeroso y dubitativo. Verónica, la reina de ese pequeño espacio selvático, debería alzarse soberbia e impotente. Por muy extraño que pareciera el asunto, los roles se habían invertido. Verónica no estaba presente ahí, no deseaba estarlo, vagaba en la posibilidad del futuro cercano. Calculaba los minutos y los pasos que la separaban de su reciente paraíso personal: Gabriel.

—Perpetuarse en el poder nunca es bueno para nadie, menos para una mujer —Fue irónico y lo disfrutó. Walter Braxton se sentía dueño de la situación.

¡Hablarle de poder con aires de machismo barato! ¡Por favor!

El hombre, con esas palabras, comenzó a cavar su propia fosa.

—El valor equivalente a las acciones de la Empresa que tu cliente

reclama como parte del patrimonio a dividir, se encuentra reflejado en la cifra que te entregué. De hecho, esa cifra contiene ceros que no corresponden, considera eso como una bonificación para ambos, acéptala y finalicen con esta cacería de brujas empresarial incoherente —La ironía también se reflejó en la voz de Verónica.

—En eso te equivocas, no es cuestión de dinero —alegó Braxton para otorgarle a su demanda un tenor de importancia casi trascendental —, va mucho más allá de eso. Hay cuentas pendientes entre ellos, tu estimada clienta lo sabe —finalizó revelando una confidencia no conveniente.

—Entonces sí es una cacería de brujas, personal, directa a mí clienta.

A Verónica, las presuposiciones la alteraban, y el hecho de barajar la posibilidad de que existía información que ella no poseía, la sacaba de su lugar común. Tal vez el investigador privado tenía razón y estaba buscando la suciedad debajo de la alfombra equivocada. Intentó que el reciente malestar no se reflejara en ella, irguió la espalda y se acomodó en la silla.

—Dime, ¿qué cuentas pendientes hay? Así le ponemos un valor y terminamos de una vez por todas con esta fantochada de divorcio.

—Te lo vuelvo a repetir, no es cuestión de dinero.

Una vez podía ser considerado un comentario decorativo.

Dos veces, era una proclamación certificada.

“No es cuestión de dinero”

Eso fue melodía para los oídos de Verónica.

—No es cuestión de dinero, me da gusto saberlo.

La tranquilidad en las palabras de Verónica en combinación letal con la sonrisa que le decoraba el rostro, fue suficiente para despertar el alerta en Braxton. Verónica puso en evidencia otra carpeta, una que había mantenido al margen hasta el momento.

—Me imagino que estás al tanto de la economía de tu cliente — continuó ella repasando con la mirada la información contenida en la carpeta —, y que sus gastos son por completo financiados por Bakery & Delicatessen. Todo, absolutamente todo, los pagos de las tarjetas de crédito, los sueldos de los empleados que utiliza para las labores diarias, los servicios generales de la casa, en fin... aquello que le permite darse el lujo de mantener una vida de “Señor” —resaltó lo último con aires de triunfo y deslizó por la mesa una copia de la información que recitaba—. Como puedes ver, de esa cuenta bancaria fluye el dinero que sostiene a tu cliente. Dados los recientes acontecimientos, y viendo y considerando que no podemos llegar a un acuerdo

final de divorcio sin utilizar la misma premisa machacona de: “No es una cuestión de dinero”, supongo que no será un problema para Tomás Orsi prescindir de él.

El depredador se convirtió en presa. Walter Braxton se retorció en el asiento dejando que la furia interior tomará control de sus palabras.

—¡No puedes hacer esto!

—No puedo hacer esto ¿por qué?... ¿Por qué no es legal? ¿No es moral o ético? Los dos conocemos la respuesta, Walter.

—Están jugando sucio.

—No, ustedes lo hacen, nosotras decidimos imitarlos. —Verónica se levantó como un claro indicador de que el encuentro había llegado a su fin—. Déjame decirte algo, el juego que están planeando es algo que a mí no me interesa, es más, voy a ser rabiosamente sincera contigo, este condenado divorcio no me interesa en lo más mínimo. Tengo asuntos más importantes a los cuales prestarles mi atención, tu infantil procedimiento y la necedad idiota de tu cliente están colmando mi escasa paciencia.

—Esto es igual de infantil —contraatacó Braxton haciendo un bollo de papel con la hoja que le había sido entregada—. Es una buena jugada, pero es una jugada momentánea, en unos días voy a conseguir que esto no tenga efecto.

—Y no dudo que lo hagas, pero mientras tanto voy a disfrutar al imaginar la expresión de tu cliente cuando descubra que la membresía de su adorado club de alta sociedad fue suspendida por falta de pago.

—Pues hazlo, nosotros seguiremos firmes con nuestras demandas.

Verónica se tomó unos segundos para elaborar el alegato de despedida, no deseaba volver a ver el rostro de Walter Braxton a menos que fuese para un acuerdo definitivo.

—¿Sabes dónde estamos, Walter? —Lo provocó. Él reaccionó.

—No, dime... ¡Ilústrame, por favor!—Sarcasmo en máximo esplendor.

—Estamos en un laberinto, y no importa que lleguemos al centro con intenciones de buscar la salida, no la vamos a encontrar, porque esa salida no existe. Vamos a pasar la eternidad dando vueltas sin sentido, mordiéndonos el trasero mutuamente, ¿y sabes qué?... mi especialidad es esa, morder traseros, así que te aconsejo que corras, corras muy lejos, o en su defecto, aceptes el maldito acuerdo.

Braxton la imitó en la acción, abandonó la postura cómoda que había mantenido hasta el momento para acercarse a ella y enfrentarla en la puerta.

Los tacones altos de Verónica no lo superaban en altura, Walter era un par de centímetros más alto, y se valió de esa milimétrica característica para marcar la diferencia.

—Conozco al Juez Balmaceda... —sentenció creyéndose con un “As” en la manga—. Jugamos juntos al tenis.

Balmaceda era el juez que representaba al juzgado civil en el cual estaba iniciada la demanda del divorcio.

—¿Juegan juntos al tenis? ¡Bien por ti!—recorrió el cuerpo de Walter con obvio detalle—. Necesitas el ejercicio.

Con ese comentario no hizo más que arrastrarlo a la inevitable ebullición.

—Disfruta de esto mientras puedas —gruñó él por lo bajo.

—Me parece a mí, o eso suena a amenaza —Ella mantuvo la calma, el triunfo todavía le pertenecía.

—Tómalo como quieras.

Braxton dio un paso adelante con intenciones de marcharse y dejar esas palabras como finales. Verónica no se lo permitió, interpuso uno de los tacones para acercarse a su oído y murmurar:

—Yo también conozco a Balmaceda, conozco a su mujer, y como si eso no fuese suficiente, también conozco a su amante. Ve a él, pídele un favor, dos favores, todos los que quieras, y después, haz lo que sabes hacer mejor: arrastrarte... arrastrarte ante mí. Soy la mejor negociadora de esta ciudad, no lo olvides, y la cifra que te di tiene fecha de vencimiento. Por el bien de tu reputación, acepta el trato.

—Por hoy —Braxton imitó el susurro de Verónica—, te dejo la satisfacción de quedarte con la última palabra, sólo por hoy.

Movió el tacón y él tomó posesión del camino que lo llevaba lejos de ahí.

Verónica exhaló con fuerza mientras sus dedos descargaban la tensión golpeando con frenesí la puerta de vidrio. Los deseos de correr hacia la oficina de Lucrecia para gritarle a todo pulmón su desvinculación inmediata del divorcio la agitaban por dentro. El derecho corporativo se prestaba al juego sucio, y esa era la especialidad de Verónica, pero el ámbito familiar no le sentaba tan bien. Los lazos empresariales eran muy diferentes a los sentimentales, y ponerle una cifra a estos últimos no era de su agrado. Marisa Tomeo y Tomás Orsi tenían una historia pasada que ella no conocía y no quería conocer.

Exhaló una vez más balbuceando un par de insultos. Necesitaba un par de minutos para una catarsis fugaz. Chequeó la hora, y los deseos de carrera fueron dejados de lado por la motivación repentina que le concedió el reloj de pared; las agujas indicaban “esa hora del mediodía”. Fue hasta su oficina, revisó el correo electrónico, contestó los mails de mayor importancia y se dispuso a asistir a una cita que consideraba preestablecida desde el día anterior. La esperaban una cocina en reestructuración, un aromático té de vainilla, y la compañía de un hombre que con su sola presencia le obsequiaba un escape del mundo cotidiano.

Cada tanto, huir a mundos ajenos, era la mejor decisión a tomar. Verónica, comenzaba a sentir la necesidad de huir, por supuesto vivía esa sensación de manera inconsciente, la realidad la sofocaba sin que ella cayera en cuenta de ello.

Gabriel no huía, ni siquiera tenía la necesidad de hacerlo, conocía la realidad de su mundo y había aprendido a lidiar con él. Además tenía otros mundos que giraban a su alrededor como diminutos planetas anexos. ¡Un pequeño sistema planetario, eso era Gabriel! Y era un sistema planetario dispuesto a compartir el universo con otros. Verónica se comportaba como la Vía Láctea misma, los aires de supremacía que ella generaba la hacían concebirla como tal, pero con una taza humeante de té de vainilla entre las manos, demostraba todo lo contrario; ni siquiera era un mundo, era apenas una estrella, una estrella que brillaba de una manera un tanto especial. A Gabriel, lo “especial”, lo diferente, lo hacían sentirse a gusto. Verónica y su luz, en aquel instante en particular, iluminaban más de lo esperado.

—¿No almuerzas? —Intentó no parecer inquisitivo. Para Gabriel, una taza de té no era un almuerzo. Ni para su robusto cuerpo ni para nadie.

Cuando uno se ponía a contar el tiempo real que Verónica y Gabriel habían compartido juntos, sobraban los dedos de una mano; para ellos, tal sumatoria no era relevante. Existía una extraña simbiosis entre ambos, y el tiempo/ hora calendario no formaba parte de eso, la confianza se había instaurado como un acto común y cotidiano.

—Aunque te parezca absurdo, la mayoría de los días me olvido de almorzar, y la verdad, ya se me hizo una costumbre.

—No me parece absurdo, es absurdo —sentenció el Señor contratista.

Verónica tensionó la boca con una mueca, consideró de suma

importancia mantener en secreto el origen de la misma, si la liberaba no sabía que era lo que iba a manifestarse: una sonrisa o un gesto de desagrado. Si esas palabras hubiesen salido de otros labios, el desagrado y un comentario brusco hubiese sido la respuesta, pero con Gabriel, nada estaba dicho. Él generaba efectos contradictorios en ella.

—Para tu suerte... —agregó mientras indagaba en el interior de su bolso de trabajo.

—¿Para mi suerte? —interrumpió ella dejando libre la expresión contenida: una sonrisa.

—Sí, para tu suerte —Exhibió dos sándwiches envueltos por separado—. Yo vine predispuesto a compartir el mío.

¡Cómo negarse a ese sándwich!

—Y a eso le llamas tú “almuerzo” —Lo provocó con ganas.

—Para mí, sí. Para ti... no lo sé —Le extendió uno con cortesía—. Los dos tenemos estándares diferentes de vida, eso está a la vista.

Esa era una verdad innegable, tenían estándares diferentes en “todos” los aspectos. Se los podía catalogar como polos opuestos, y todos sabemos lo que sucede cuando esos polos se enfrentan, deseándolo o sin desear, se atraen. Reconocerse como polos opuestos ponía en evidencia el posible resultado de esa reciente y extraña amistad.

—Por supuesto que está a la vista, yo llevo falda, tacones, y tú, tú sostienes un sándwich de... —capturó el objetivo e indagó—. Pollo, queso... y un surtido de hojas verdes.

—Sin aderezo para ti. Lo presupuse —bromeó Gabriel.

—Y lo bien que hiciste. ¡Soy una mujer sin aderezos! —Ella devolvió la broma.

Gabriel rio, y la sonrisa que le regalaron sus labios fue el condimento perfecto para Verónica. Dejó la taza de té a un lado, y a pesar que la comida que no necesitaba de tenedor y cuchillo entraba en su lista de “comida no grata”, hincó los dientes en el pan hasta conseguir un bocado que satisficiera al hombre expectante.

Inesperadamente sabroso. El estómago de Verónica bailó de felicidad, como bien ella había manifestado, se olvidaba de almorzar, y el pobrecito ya se había adaptado a ese mal hábito.

—Bueno, considerando la evidencia —Ya libre del bocado, finalizó—, puedo dar un veredicto. Para ti, esto es un almuerzo, y para mí... sin lugar a dudas, también lo es. ¡Superaste mis expectativas!

—Ese es tu apetito reprimido hablando.

—No, no, es la pura verdad. Gabriel Oates, es usted un hombre muy talentoso.

Ella quería regalarle palabras bonitas para obtener como ganancia más sonrisas, le gustaba mucho verlo sonreír.

—No es talento, es práctica. Tengo tres niñas con un gran apetito que avalan eso.

Tres niñas, ese era el detalle que siempre se le escapaba de la mente a Verónica. Cuando pensaba en él, porque lo hacía, más a menudo de lo que quería, las niñas estaban fuera de juego. Gabriel era un menú completo, debía de tenerlo presente.

—Como sea, talento, práctica, tienen suerte de tenerte.

Al decir eso, la mirada siempre atenta de Verónica, se escabulló hacia el cristal del ventanal. Ella también cargaba con muchas más ausencias que la de su madre.

—Somos cuatro contra el mundo —agregó él con un tono melancólico que se mezcló con la melancolía repentina de la mujer que le hacía compañía.

—¡Todo un equipo! Si yo fuese el mundo, me doy por perdida con ustedes —Verónica intentó retomar el camino que la llevaba de forma directa a los intensos ojos oscuros del amable contratista.

El anterior comentario de Verónica abrió un paréntesis en el pensamiento de Gabriel, no tenía intenciones de inmiscuirse en la vida privada de la mujer, pero la conversación del día anterior había quedado rebotando en él como una pelotita de ping pong.

Desenvolvió el almuerzo mientras elegía las palabras menos invasivas.

—Perdón por llevarte de nuevo al pasado, ayer hablaste de tu madre, hoy no puedo evitar pensar que el tono de tu voz combinado con el “tienen suerte de tenerte” dice mucho más de lo que creo —dudó, él conocía las cicatrices que te dejaban las partidas inesperadas, no deseaba abrir alguna herida—. ¿Tu padre... está...

—¡Vivo, bien vivo! —Verónica rió por lo alto al comprender el ángulo que tomaba la pregunta de Gabriel—. Y ahora que lo pienso, es muy posible que el muy desgraciado, sea eterno. Lo de “el muy desgraciado” lo digo a modo de broma —agregó para no dar una idea equivocada de su progenitor.

—¿Entonces tienes una buena relación con él?

La intensa paternidad de Gabriel en el último año lo había transformado en un hombre mucho más sensible, veía todo desde otro cristal:

lloraba en compañía de sus hijas cuando miraba películas de Disney. Los tentáculos de padre con los que cargaba estaban disponibles para cualquiera que lo necesitara, y eso incluía a la mujer de cabello rojizo que se alzaba del otro lado de la mesa como una fémica súper poderosa.

—Podría decirse que sí, aunque hace tres años que no lo veo, los dos tenemos vidas ocupadas.

¿Vidas ocupadas? Esas dos palabras no parecían encajar en una ecuación de padre-hija. La frente de Gabriel se frunció como muestra de incomprensión.

—Y tenemos un océano de por medio. —Verónica intentó suavizar la historia familiar con más información—. Lleva viviendo en Inglaterra más de veinte años.

Una vez más, la ecuación en la mente de Gabriel parecía no tener posible solución.

—¿Viviste en Inglaterra? —La curiosidad lo empujaba a preguntar más y más.

—No, conozco Inglaterra pero nunca he vivido ahí.

El sándwich de Gabriel no había sufrido ningún ataque por parte de su boca hambrienta, y ahora, la necesidad de comprender lo que Verónica compartía, le hacía imposible echar bocado alguno. Cubrió el pan con el papel que le había hecho de protección y lo hizo a un lado.

—Espera, espera... ayer me dijiste que tu madre murió cuando tenías diez años, ¿verdad?

—Sí.

—Y ahora me dices que tu padre lleva viviendo más de dos décadas lejos de ti.

—Exacto.

—¿Cómo es posible? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo sola? —La indignación ante la situación lo llevó al límite.

Verónica estalló en una carcajada, la confusión y la adorable preocupación de Gabriel la motivaron a ello. El pobre, de seguro, se imaginaba a una adolescente viviendo sola, desamparada, sin afecto.

—Mi padre me dio a elegir, ir con él y radicarme en aquél país, o quedarme aquí junto a mi abuela. Elegí quedarme.

—¿Y él eligió marcharse?—La indignación seguía, no podía imaginarse lejos de sus niñas.

—Sí, y yo hubiese hecho lo mismo. Me dio a elegir, respetó mi

elección, y yo lo respeto por eso.

—¡Eras una adolescente, qué decisión hay que respetar! Si hubiese sido yo, te vienes conmigo o te vienes conmigo. Punto.

—¿Aún a costa del odio que me generarías por tal resolución?

—Prefiero que me odies en la habitación contigua, a que me ames a diez mil kilómetros de distancia. Yo no te lo hubiese permitido —sentenció a modo de finalización.

“Lo sé, y por eso estoy aquí contigo”

Dijo esas palabras en el silencio de su mente, no pensaba compartirlas con él, a cambio de eso, sonrió, con tristeza, con dulzura, con la sensación de estar invirtiendo en esa acción todos los sentimientos que de forma cotidiana se quedaban encerrados a la fuerza en ella. Cuando sus ojos comenzaron a brillar a causa de las sensaciones manifestadas, volvió a rehuir de la mirada de Gabriel. Le robó otro mordisco al sándwich para generar una distracción que los llevara a cambiar de tema.

—Come algo tú también, al fin de cuentas, la única que lo está haciendo soy yo, la inexperta.

Gabriel aceptó la ruta de escape de Verónica, tal vez hablar de banalidades en vez de recuerdos que te cierran la garganta era lo más conveniente. Recapturó el almuerzo y disfrutó de él. Lo saboreó. En verdad le había quedado delicioso, había sazonado la pechuga de pollo antes de cocinarla y eso le daba el toque magistral.

—Tienes razón... —balbuceó a modo de juego—. Aquí —alzó el sándwich—, aquí hay talento.

Era talento, práctica, era la compañía, el sentirse a gusto con alguien más.

El móvil de Gabriel vibró en el interior de su bolsillo, antes de prestar atención al llamado entrante, pidió disculpas por la intromisión. Se hizo a un lado para responder con mayor tranquilidad.

Verónica observó de reojo los comportamientos del hombre ante el llamado, al parecer no estaba recibiendo buenas noticias. Cuando finalizó la conversación, la expresión en su rostro consagró como definitiva esa suposición.

—¿Algún inconveniente?

—Sí, uno inesperado. Era la Escuela de mis hijas, hay un problema técnico en la zona de la Institución, no tienen luz, y al parecer la misma no va a

regresar pronto.

—¿Y entonces?

La vida familiar no entraba dentro de las experiencias de Verónica, los problemas vinculados a esa vida excedían la lógica de su pensamiento judicial.

—Alguien tiene que ir a retirarlas.

—Ve tú... ¿Cuál es el problema? —interrumpió con ganas. Verónica se especializaba en buscar soluciones rápidas.

—El problema no es quién va, sino quién se queda con ellas. La tía de las niñas suele encargarse de situaciones como estas, pero en este momento no se encuentra en la ciudad.

¡Mierda, Mierda, Mierda! Gabriel insultaba así, siempre para los adentros.

¿Dónde dejarlas? Sin Andrea se sentía atado de manos. Tal vez podía intentar con Matilde, la vecina de la casa de enfrente, en alguna que otra oportunidad le había servido de niñera. Buscó el contacto de la mujer en el móvil. Volvió a excusarse con Verónica antes de iniciar la conversación.

¡Mierda, Mierda, Más Mierda! La mujer no estaba en casa, se encontraba lejos, calculaba el regreso pasadas las tres de la tarde, de esa hora en más se ofreció con placer a la tarea.

Verónica decidió ponerle fin a lo que parecía ser una tortura para Gabriel. Se levantó, fue hasta él, y le quitó el móvil de las manos mientras él tecleaba frenético en busca de más ayuda.

—Ve tú, encárgate tú de las niñas, esto... —Extendió los brazos indicando el protagonismo de la cocina—, puede esperar.

—No, de hecho no, no puede esperar. —La certeza en su voz generó una interrogación en Verónica. Antes de que ella preguntará, dio un por qué—. Ves esas tuberías. —Le indicó el sector del suelo en dónde había estado trabajando toda la mañana—. Deben reemplazarse hoy, con exactitud, dentro de una hora y cuarto.

—¿Y a qué se debe tal exactitud?

—A la columna de agua que abastece el sector. Para reemplazar las tuberías dañadas se debe cortar el suministro de agua, y para que eso suceda, envíe una solicitud por escrito al sector de mantenimiento del edificio. Me asignaron ese horario para trabajar con el fin de no perjudicar al resto del edificio.

—Sé conclusivo, Gabriel —Le ordenó, la forma demandante tan

común en ella salió a flote.

—Ok —refunfuñó como primera respuesta a la orden. Luego agregó—. Puedo ir por ellas, pero no tengo tiempo para nada más, tengo que regresar aquí.

La mejor negociadora de la ciudad habló.

—Considerando los hechos, tienes dos alternativas. Una, posponer para otro día el trabajo y lidiar después con las personas de mantenimiento. Dos, ir por las niñas, traerlas aquí, cambiar las molestas tuberías, y FIN.

—¿Las niñas aquí?

—Sí, aquí.

¡Qué demonios estaba diciendo! Ni ella se reconocía.

—No quiero causar inconvenientes.

—Son sólo un par de horas y un par de niñas.

Una vez más... *¡Qué demonios estaba haciendo!*



No recordaba cuando había sido la última vez que se había puesto nerviosa ante una situación. Ella era la Señorita Temple de Acero, tal era el control de sí que tenía que, cuando se lo proponía, no movía ni un sólo músculo del rostro. Sin embargo ahí estaba, ante el espejo de toilette practicando sonrisas amables. Se había enfrentado a grandes líderes corporativos, jueces de renombre, reporteros insidiosos, pero nunca a un grupo tan selecto. El terror comenzaba a tener un rostro para Verónica, y ese rostro era la combinación exacta de dos niñas con coletas en el cabello y uniforme de colegio.

Alicia fue el soldado enviado a la vanguardia. A los minutos regresó con la información necesaria. Gabriel estaba dedicado de lleno al reemplazo de las tuberías, y las niñas habían tomado el control de la mesa con elementos de estudio. Todo parecía en calma.

Verónica se arriesgó a una intromisión, asomó el rostro por la puerta, su cuerpo se quedó del otro lado a salvo. Sí, a salvo...

—Perdón por la interrupción. —Los tres rostros se elevaron en dirección a ella. Verónica tragó saliva a la fuerza, ya era demasiado tarde para huir—. ¿Todo bien? ¿Necesitan algo?

—Estamos perfectos, gracias. —Gabriel fue el que respondió en primera instancia, luego giró hacia las niñas que observaban a la mujer en

completa mudez—. Niñas...

Padre e hijas tenían una dinámica muy fluida, se entendían con pocas palabras. Las dos pequeñas mujeres saludaron al unísono y Gabriel consideró oportuno una presentación formal.

—Carola y Micaela—Al oír sus nombres, reaccionaron como en el colegio, levantaron la mano.

—Carola y Micaela —repitió Verónica con la sonrisa ensayada en sus labios—. Un gusto, yo soy Verónica.

Micaela era la mayor, y tenía la costumbre de mantener siempre a flor de piel las reglas sociales, había saludado y eso ya era suficiente, continuó con lo suyo. Carola no podía con su genio de niña que todo lo quiere saber, que todo lo tiene que decir.

—Eres la Señora de los cereales, ¿no?

—Sí, tienes buena memoria —Verónica sonrió, esa sonrisa fue auténtica.

Alejando de sí el comportamiento absurdo de mujer refugiada, le permitió a su cuerpo formar parte de la conversación e ingresó al lugar.

—¿Puedo ir al baño? —Carola arremetió con rapidez. La pregunta fue para Verónica.

—Por supuesto que puedes ir al baño.

—Les pregunté si querían ir al baño cuando llegamos —Gabriel intervino ante la demanda de su hija. No quería causarle molestias de ningún tipo a Verónica.

—Cuando llegamos no quería ir al baño, ahora sí —respondió la niña sin prestar atención a la expresión de su padre.

Gabriel resopló, se deshizo de los guantes de trabajo con la intención de incorporarse para satisfacer las necesidades de su hija.

—Deja... —Verónica lo detuvo—. Yo la llevo hasta el toilette.

Él le agradeció por lo bajo y retomó la postura de rodillas al piso, antes de retomar el trabajo, recurrió a la ayuda de la mayor.

—Micaela, por favor, ve con tu hermana.

Micaela cumplía siempre con el mismo rol, ayudar a sus hermanas, y aunque lo hacía por el gusto de ayudar a su padre, lo hacía siempre con expresión y actitud de desgano. Empujó con delicadeza a Carola y las dos avanzaron hacia la mujer de cabellos rojizos que se prestaba como guía momentánea.

En primera opción, Verónica consideró lógico llevarlas a los baños de la recepción, desestimó la idea de inmediato al hacer la cuenta mental de las personas que los usaban a diario. Más allá de la limpieza, los gérmenes deberían de ser cientos.

¡No, no iba a someter a las niñas de Gabriel Oates a tal foco infeccioso!

Recurrió a la opción dos, los baños privados dedicados a los socios y gerentes.

Ya en el interior de los baños, Micaela vio oportuno valerse también del recorrido, en consecuencia, ocuparon dos de los retretes individuales. Carola aprovechaba todos los momentos, inclusive los tiempos perdidos en el baño, al fin y al cabo, cuando tienes seis años tienes más preguntas que respuestas, y esas preguntas se originan en las situaciones más extrañas.

—¿Eres la jefa de mi papá?

—No, no lo soy —respondió Verónica sin pensar.

—¿Y qué eres entonces?

—¡Carola! —Micaela intentó llamarle la atención desde el retrete contiguo.

Si respondía con un tecnicismo podría decir que el Bufete era el empleador de Gabriel, en consecuencia ella era...

—Una compañera de trabajo, eso soy.

—Papá no tiene compañeras de trabajo, es un “tratista independiente”

Verónica no pudo más que reír ante lo dicho.

—Es un contratista... con-tratista —Micaela la corrigió y salió a la fuerza del retrete para ir en busca de ella.

—¡Eso dije!

—No, no dijiste eso, dijiste cualquier cosa. Abre la puerta.

Carola abrió la puerta todavía con los pantalones por lo bajo. No necesitaba ayuda para ese tipo de situaciones ya, aun así, Micaela intervino y se los acomodó.

—Bueno, con-tratista —repitió la niña—. Como sea, no tiene compañeros de trabajo, hace las cosas solo.

Micaela y Carola, las dos parecían dispuestas a la conversación ahora, ambas niñas la miraron en busca de una respuesta.

¡Dios santo, qué niñas metiches!

—Esto... —Verónica hizo alusión a toda la oficina—, es un Bufete de abogados. Yo soy abogada, trabajo aquí. Su padre, de momento, trabaja para

el Bufete reparando un sector en particular, compartimos el mismo lugar de trabajo, en consecuencia, somos compañeros.

Fin del asunto. *¡A lavarse las manos y a marcharse de ahí!*

Pero no, las niñas tenían otra intención.

—Pero tú conoces a mi papá de antes, ¿verdad? —La intriga comenzó a motivar a Micaela.

No había muchas mujeres en el entorno familiar, desde la muerte de su esposa, las únicas mujeres que rondaban a Gabriel eran, Andrea, la tía de las niñas, Matilde y Marta, dos viejas vecinas, y la abuela Yolanda. Las demás rostros femeninos eran todos circunstanciales.

—Sí —respondió Verónica con cierto aire de duda. El “todo lo que digas podría ser usado en tu contra” cobró un auténtico realismo para ella.

—Es la mujer de los cereales —volvió a decir Carola a modo de confirmación para su hermana.

—¿Se conocen del mercado?

¡Al diablo, ni que les tuviera que ocultar algo pecaminoso!

—No, de antes.

—Son amigos, entonces —Micaela elaboró una hipótesis.

La amistad era una expresión muy relativa para Verónica. Había personas que llevaban años formando parte de su vida y, a pesar de ello, no los consideraba amigos. Gabriel generaba un sinfín de sensaciones en ella, muchas desconcertantes, pero la mayoría agradables.

—Sí, podría decirse que somos amigos —afirmó con gran satisfacción.

Silencio. Hubo silencio repentino acompañado de un recorrido visual exhaustivo por parte de las niñas. Carola, luego de observar cada detalle del cuerpo de Verónica, retomó la palabra.

—¿Amiga cómo en las películas de hombre y mujer, o cómo en las otras películas?

Micaela golpeó con el codo a su hermana.

—Esas cosas no se preguntan, Carola —intentó que su voz no se escuchara pero las paredes del baño le jugaron en contra. Esas palabras resonaron por todo el lugar.

—¿Por qué?

Y así comenzó la común batalla de palabras entre hermanas, esa batalla que anulaba de la escena a todos los demás.

—Porqué no.

—¿Y por qué, no? ¿Por qué lo dices tú?

—No, porque lo dice papá, y lo dice la tía también. Hay cosas que no se preguntan porque son cosas de adultos.

—Yo no sé qué cosas son de adultos y qué no.

—¡Por eso mismo, deberías de callarte y no preguntar!

—¡Y si no pregunto cómo sé qué cosas no preguntar!

Carola tenía un buen punto.

Verónica decidió interrumpir el pequeño conflicto.

—¡Ey , niñas! —Aplaudió fuerte, no sabía de qué otra manera capturar la atención. Funcionó, se callaron y giraron en su dirección—. Primero, tu hermana tiene razón, la única forma de aprender es mediante la experiencia, en este caso preguntando. Segundo, si te estás refiriendo a lo que creo que te estás refiriendo con películas de “hombre y mujer”, no, definitivamente no. Tercero... lávense las manos y regresemos con su padre.

Sin comentario alguno, las dos niñas llevaron a cabo la acción sugerida.

Cuando estaban abandonando el toilette, Carola se aferró con delicadeza a la mano de Verónica provocando con esto el encuentro de sus miradas.

—¿Tienes computadora?

Ajá, una manipuladora en envase pequeño, pensó Verónica.

—Sí —respondió otra vez con duda. La pequeña se traía algo entre manos.

—Podemos ver videos de youtube en tu computadora, estar con papá es aburrido.

Ese era el momento perfecto para que Micaela ingresara al juego diciendo: ¡Carola, esas cosas no se piden!

Pero no, la complicidad estaba implícita en el silencio de la hermana mayor.

—¿No tienen tarea de colegio o algo similar?

—Ya la hicimos —respondieron en perfecta sincronización.

Verónica descubrió la estrategia escondida detrás de esa “necesidad de ir al baño”. Tenía a su lado, no una, sino a dos manipuladoras.

Se detuvo a unos metros de la cocina. Se sentía un cazador cazado. Las niñas habían hecho un juego magistral, debía de reconocerlo.

Y lo reconoció.

—Está bien, pero sólo por un par de minutos, no más. ¿Está claro?



No estaba bien reírse de una mujer con tacones altos resbalándose en la calle, más aun considerando que esa mujer podría ser ella en cualquier momento a futuro. Tarde, con Carola sentada sobre la falda, y Micaela en una silla continua, reía a carcajadas contagiada por las risas de las niñas. Un video las había empujado a otro, y así sucesivamente, comenzaron con videos de mascotas graciosas, y terminaron con las mejores caídas del mundo.

Alicia se divertía a la distancia, escuchar la risa de Verónica era algo de trascendencia sobrenatural, propio de un universo alternativo. Hasta los empleados del Bufete, guiados por los rumores de la situación, se veían obligados a immortalizar en la memoria ese día, el mismo sería reconocido a futuro como: “El día en que la arpía máxima se transformó en un ser humano”.

Como es de esperarse, los rumores viajan rápido, y dos niñas en un Bufete de abogados prestigiosos, es un rumor que corre más rápido que un coche de Fórmula Uno.

Lucrecia se hizo presente en la oficina de Verónica, la caricaturesca imagen que tuvo frente a sus ojos, una por completo inesperada y fuera de lugar, vistió de un fastidio feroz su voz.

—Podemos hablar, en mi oficina, ahora.

Ni “hola”, ni ningún tipo de cordial saludo. Las niñas fueron objetos invisibles para ella. Terminadas esas palabras, se marchó esperando que Verónica hiciese lo mismo. La expresión seria y cotidiana de Verónica reemplazó a la del ser humano sonriente y feliz de segundos atrás.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, dímelo tú. ¿En qué momento dejaste de ser abogada para convertirte en maestra de kindergarten?

—No exageres, Lucrecia.

—No exagero, las risas de fiesta de cumpleaños se oían hasta aquí. — La mujer descargó el peso del cuerpo sobre el escritorio apoyando el trasero en una de las esquinas. Lo que estaba ocurriendo en “su bufete” no le agrada en lo absoluto—. Deberías invertir tu tiempo en hechos concretos y relevantes, no en esas dos... —Lucrecia no sabía que le fastidiaba más, el hecho de que las niñas estuviesen en el lugar, o el hecho de referirse a ellas.

—Niñas, Lucrecia, dos niñas.

—Sí, eso... que dicho sea de paso, dime, ¿de dónde demonios

salieron? ¿Quién se atrevió a traerlas aquí? No, mejor aún. —El sarcasmo brilló en sus ojos—. ¿Qué hacían contigo?

El motivo que había llevado a las niñas hasta ahí era complejo y sin sentido para la mentalidad de Lucrecia, intentó ser breve y directa con la justificación.

—Son hijas de un amigo.

—Tú no tienes amigos.

No funcionó, Lucrecia la conocía muy bien.

—Amigo o no amigo, no importa, están aquí y están conmigo porque yo lo autoricé. ¿Algún inconveniente con eso? ¿Tengo que darte un parte previo de todas mis resoluciones a ti?

El arte de la provocación era algo que ambas desarrollaban a la perfección. Lucrecia era una amante de la discusión, pero no era una idiota, entrar en el terreno de la discusión con Verónica era una mala elección.

—No, te considero una mujer de criterio, y espero que ese mismo criterio te regrese al lugar que tienes que ocupar.

—No dibujes tus palabras, sé directa conmigo.

Verónica reaccionó a la defensiva, todo el cuerpo se le manifestó así, sus brazos cruzados al frente no pudieron ocultar la tensión.

Lucrecia fue sincera al extremo.

—Si tu reloj biológico te está pisando los talones, dile que lo haga en horarios no laborables.

—Mi reloj biológico sigue al pie de la letra mis requerimientos, así que guárdate tus comentarios tendenciosos para otra. —Quiso ponerle fin a la reunión—. Me llamaste para hablar de este asunto o tienes un tema relevante y concreto que exponer.

—Por supuesto que lo tengo, para eso estamos aquí.

—Pues habla entonces.

Lucrecia le entregó una de las carpetas que se encontraban en el escritorio, fue violenta al hacerlo. Verónica actuó de la misma manera, se la quitó de las manos con la misma intensidad.

CINAR S.A - Planta Fabricadora de productos químicos. Uno de los clientes de mayor importancia del Bufete a causa de las vinculaciones que éste tenía con el gobierno.

Verónica repasó el contenido. Lucrecia se adelantó con un breve resumen.

—Dos demandas, alegan complicaciones respiratorias como

consecuencia de las emanaciones de la planta y los residuos químicos que contaminan los alrededores.

Todos los contratos legales de la planta llevaban impresa la firma de Verónica, ella estaba al tanto de los requerimientos y permisos gubernamentales que la misma poseía. La población más cercana se encontraba a los kilómetros necesarios.

—La planta respeta el perímetro legal.

—Exacto, y tenemos la documentación que sustenta eso. Las dos familias que presentan la demanda viven en asentamientos no aprobados por la municipalidad de la ciudad.

—¿Quieres un acuerdo o una respuesta a la demanda?

—No, un acuerdo significa culpabilidad, y...

—Admitir culpabilidad te convierte en responsable, lo sé —finalizó Verónica. Era la discípula perfecta—. Va a llevarme unos días preparar la contra-demanda.

—Pues ponte a trabajar ya, necesitamos que sea rápido, según me han comentado, la parte demandante pretende hacer público el conflicto.

Los contratos vinculantes que la Planta poseía con el gobierno de turno empujaban todos los conflictos a la línea de lo político. Era fundamental que los medios de comunicación se quedaran al margen.

—Con lo mencionado, me da a sospechar que estas demandas tienen un interés político detrás —Verónica elaboró una lógica hipótesis.

—Sin lugar a duda tienen un interés político, y lo que sea que pueda llegar a suceder, debes impedirlo a tiempo.

—Lo haré.

—Perfecto, entonces deja de jugar a la casita con esas dos niñas y ponte a hacer lo que sabes hacer. ¡Rómpeles bien el trasero!

Dio un repaso a los nombres inscriptos en la demanda.

—Víctor Méndez. —Ese era el nombre del abogado demandante. Era la primera vez que leía ese nombre—. ¿Lo conoces?

—No, es un Don Nadie, con más razón estate atenta. Estamos ante un abogado mediocre que quiere conseguirse un nombre a como dé lugar. ¡Demuéstrale como se hace una auténtica demanda judicial!

Estaba en sus genes, no podía evitarlo, se activaba como un volcán dispuesto a hacer erupción. Verónica creía que había nacido para esto, llevaba una vida auto convenciendo de ello. Tenía el triunfo tatuado en la frente. Lucrecia tenía razón, jugar a la casita no era una actividad combinable con

ella.

Regresó a la oficina dejando enterrada la sonrisa con la cual se había marchado, las niñas seguían riendo, disfrutando, interrumpirlas le generó una sensación más que amarga.

—Niñas, su padre las ha llamado. —Mintió y ante la decepción de las niñas agregó—. Además dijimos un par de minutos... y fueron muchos más. Lo siento, Alicia las va a acompañar hasta el salón comedor.

Ya en soledad, reconfiguró la línea de sus pensamientos. Un divorcio detestable, y ahora CINAR, eso debería de estar presente en su mente. Gabriel Oates, sus hijas, su historia compartida entre bocados, deberían quedarse bien lejos.

Carola irrumpió en la oficina a la carrera.

—¡Me olvidé mi hebilla de cabello! —manifestó en tono alto con esa vocecita tan dulce y simpática que la caracterizaba. Estaba agitada, posiblemente por la carrera improvisada. Le sonrió.

Ahí estaba la hebilla, junto al teclado.

—Aquí tienes —Imposible no sonreír ante tanta pequeña dulzura.

—¡Gracias!—dijo al tiempo que recuperaba el objeto y le estampaba un sonoro beso en la mejilla.

Sin más que decir, así como regresó, se marchó... a la carrera.

Gabriel Oates, sus hijas, su historia compartida entre bocados, deberían quedarse bien lejos.

Tarde... se habían quedado ahí, con ella, en su mejilla.



CAPÍTULO 10

Lo sabía, la vida actuaba así, a modo sorpresa, y él no le reprochaba nada a esa vida, la aceptaba, aunque cada tanto le imploraba en silencio un poco de piedad. Ese día imploraba eso y algo más: Piedad y calma. ¿Acaso era mucho pedir?

No alcanzaban los días de la semana para compensar a Verónica con almuerzos improvisados. No sólo lo había librado del inconveniente de falta de niñera, también se había convertido en una por un par de horas, lo suficiente para permitirle llevar a cabo el grueso del trabajo. A pesar de eso, sentía que el tiempo le pisaba los talones. Había planeado finalizar el reemplazo de las tuberías y el consecuente relleno del suelo para comenzar la colocación de nueva cerámica al día siguiente. Viendo los hechos, eso no iba a suceder.

¡No iba a suceder si él se lo permitía!

A veces, cuando el tiempo no juega a tu favor, la única alternativa que te queda, es jugarle en contra.

Le hizo un nuevo llamado a Matilde, cargó a las niñas en la camioneta, las dejó a cargo de la mujer por un par de horas, y a pesar de que era más tarde que temprano, regresó al Bufete para terminar aquello que deseaba dar por finalizado. Quería, debía, necesitaba respetar el cronograma de trabajo que él mismo se había estipulado.

Según el personal de seguridad del edificio, podía mantenerse en las instalaciones hasta que el último de los empleados registrados del Bufete se marchara. Eran pasadas las seis treinta de la tarde, podía darse el lujo de una hora y media de trabajo sin interrupciones, exagerando dos, si contaba con la complicidad de algún empleado. Luego regresaría a casa con la satisfacción de saber que todo marchaba según lo previsto.

Cumplió con el objetivo y emparejó las asperezas del suelo dejándolo liso perfecto. Después de eso restaba la mezcla adhesiva impermeable y la colocación de las baldosas cerámicas nuevas. Ese era trabajo para el día siguiente. Fue hasta el baño para lavarse las manos y cambiarse de ropa: tenía restos de polvillo hasta en los oídos.

En el hall de recepción había un rostro femenino y familiar esperándolo, Verónica, que a pesar de la hora, se mantenía igual de elegante y sonriente como a primera mañana.

—¿Haciendo horas extras? —Verónica siempre estaba dispuesta a la conversación con él.

El día también había sido agotador e inusual para Verónica. Separando los acontecimientos ocurridos, podría decirse que desde lo personal había vivido una experiencia sorpresiva y grata; y desde lo profesional, había llegado al extremo de la paciencia. Esa noche, el Bufete le pareció pequeño, carente de oxígeno. Verónica comenzaba a ahogarse en su realidad.

El llamado del personal de seguridad recordándole el cierre de las instalaciones generales la puso al tanto de la otra persona que todavía se encontraba presente en las oficinas.

Esperó por él...

Esperó ahí todo lo necesario, y él apareció.

Una brisa de aire fresco, así sintió su presencia.

Cuando lo tuvo a escasos metros, accionó el botón de llamada del elevador como una excusa que le permitiera ocultar el brillo de felicidad que tenía en la mirada.

—Creo que lo más conveniente es decir, “aprovechándome de ellas” para poder finalizar el trabajo en el tiempo pactado.

—Tómame el tiempo que necesites Gabriel, un día más, un día menos no creo que afecte al resultado final.

—No, es verdad, pero prefiero ser fiel a mi palabra —dijo colocándose junto a ella, el indicador del elevador informaba que estaba próximo a llegar—. Si le doy una posibilidad de libertad a la rutina laboral, por muy pequeña que esta sea, siento que va a aprovecharse y valerse de ella siempre.

Las puertas automáticas se abrieron, Gabriel le cedió el paso, luego volvió a colocarse junto a ella.

—¡Mira tú! ¡Qué demandante eres contigo!

Gabriel sonrió. Intentaba ser demandante consigo, debía de serlo, el caos se encontraba siempre atento, dispuesto a colarse por cualquier ventana o puerta. Con tres niñas a cuestas era muy sencillo sucumbir.

—¡Mira quién lo dice! —Se burló él—. Yo tengo una excusa para salir de aquí a esta hora de la noche, dos niñas vestidas con uniforme escolar.

—Otra vez... ¡Mira tú! Yo tengo la misma excusa.

La culpa abofeteó con fuerza el rostro de Gabriel. Pequeño detalle, lo que para él había sido un par de horas libre de la atención de las niñas, había sido todo lo contrario para Verónica.

—Lo siento, lo siento mucho...

—¿Sientes qué?

—Siento haberte puesto en el ojo de mi tormenta familiar.

—Tú no me pusiste ahí, yo lo hice, y con gusto.

¡Dios santo, si el universo se hubiese manifestado en ese instante, el elevador se tendría que haber detenido para iniciar un descenso veloz y mortal!

“Yo lo hice, y con gusto”

Confirmado, Verónica estaba al borde del desequilibrio mental, y la causa de su locura, era Gabriel.

—Aun así, pensándolo en retrospectiva, debí actuar, rescatarte a tiempo...

—No te preocupes —Lo interrumpió al corroborar que el elevador ya estaba llegando a la planta baja y el adiós era inminente—. El trabajo me rescató a tiempo, aunque ahora me marcho con un gran dolor de cabeza, y no justamente por ellas. En retrospectiva, pienso, debí quedarme con las niñas.

Eso es lo que se suele llamarse una mentira piadosa. Estaba dispuesta a mentir por él todo lo que fuese necesario.

Las puertas del elevador se abrieron.

—Quisiera creerte pero se me hace imposible, conozco a mis hijas. De todas maneras, gracias. —Dio un paso y se interpuso al cierre automático de puertas, al parecer ninguno de los dos tenía deseos de abandonar esas cuatro paredes móviles—. Gracias por todo lo que has hecho hoy, aunque yo... —La culpa volvió a abofetearlo, y no satisfecha con el efecto logrado, trajo consigo al remordimiento plagado de recuerdos familiares junto a su mujer... yo no tendría que haberlo permitido —Y esto último fue una reprimenda cargada de severidad

Debía de repetirse a diario el mismo mantra: Su vida, sus hijas, su problema. No podía depender siempre de una ayuda extra, tenía que encontrar el equilibrio, salir del camino fangoso por propia fuerza.

La característica inflamable de Verónica hacía que cualquier comentario de posible doble interpretación la hiciera arder en llamas, Gabriel provocaba todo lo contrario en ella, pero en ese instante ocurrió la primera excepción a esa regla.

La mediación frustrada con Braxton, la conversación con Lucrecia, la nueva demanda judicial, la combinación en pequeñas dosis de todo eso la habían llevado a una ebullición lenta e inevitable. Como una olla a presión... boom ¡Estalló!

Ella cedía, cedía... Comía sus sándwiches, pasaba el tiempo en una cocina en dónde el polvo era un tercer compañero, discutía con Lucrecia, reorganizaba su agenda diaria...Y él...él...

¡Yo no tendría que haberlo permitido!

¿Qué pretendía decir con eso?

—No tendrías que haberme permitido, ¿qué? —La severidad de

Gabriel se hizo contagiosa, y en Verónica se oyó más potente. Se valió de los tacones altos, extendió su cuerpo lo más que pudo y se enfrentó a sus ojos—. ¿Qué quieres decir con eso?

Gabriel se quedó observándola sin decir palabra alguna, recorrió cada centímetro de su rostro, lo disfrutó; Verónica tenía la frente tensa y los labios retraídos, y él rió para sus adentros al pensar que sin lugar a dudas, esos labios, estarían preparándose para salir a batallar con algún tipo de comentario fuera de lugar. Ella siempre estaba dispuesta a la batalla. De hecho, así había aparecido en su vida, a punta de cañón, dispuesta a la pelea. Tal vez era por eso que le agradaba tanto su compañía, él batallaba también, tenía su guerra personal diaria, y aunque no se permitía decirlo o aceptarlo, muy dentro de sí estaba cansado de combatir solo.

—Mi vida no es sencilla Verónica —habló antes de que la irracionalidad lo empujara a deseos imposibles con ella—. Tengo responsabilidades, prioridades que siempre están por encima de mí. No puedo permitirme la no acción, la duda, y como te dije antes, no puedo permitirme una libertad que no tengo. —Estaba cerrando una puerta que ni siquiera se había imaginado que existía—. Te agradezco lo que hiciste, aun así, no debí aceptarlo. No siempre voy a tener a alguien dispuesto a llenar mis espacios en blanco, tengo que acostumbrarme a rellenarlos solo. —Hizo una pausa, no era el lugar ni el momento para confesiones profundas. Aprovechándose del silencio de Verónica, se despidió—. Nos vemos mañana, buenas noches.

Había más que una confesión escondida allí, había un sentimiento que pedía a gritos crecer. No podía. No. Noelia estaría en su recuerdo por siempre, se quedaría tatuada en su corazón hasta el fin del tiempo, y el hecho de permitirse la posibilidad de desear algo nuevo lo hacía sentirse el peor de los infieles.

Atravesó el hall del edificio dejándola atrás. Verónica se mantuvo firme junto a los elevadores viéndolo marchar.

Esa despedida era un punto final. Así lo sintió ella.

Era lo mejor.

Sí, los polos opuestos se atraen, y esa es una verdad científica. Pero lo que estaba sucediendo ahí no era ciencia, era realidad, una realidad por completo diferente para ambos.

Y sin embargo... la sangre se le agitaba, el corazón se le aceleraba, y el aire comenzaba a faltarle al verlo partir.

¡Al diablo la ciencia!

¡Al diablo la maldita realidad!

¡Al diablo todo!

Los tacones le sacaron chispas al suelo. Siguió los pasos de Gabriel a máxima velocidad, evitó correr para no darle tanto dramatismo a la escena y evitar que su cara se estrellase contra el piso.

—¡Gabriel! —gritó con suavidad.

Él se detuvo con la sorpresa impresa en el rostro, y ahí se quedó, esperándola. Ella lo alcanzó a la altura de las escalinatas externas.

—¡Gabriel!... —Ni siquiera le permitió hablar, moverse. No, ese era su momento, esa era su confesión—. Tú tienes tus prioridades, lo sé, yo tengo las mías, y demás está decir que esas prioridades nunca van a conjugarse en una misma... más allá de eso, la mayor parte de mi vida he estado sola, muy sola. —Reconocerlo dolía, y aceptaba ese dolor, lo traía a la superficie porque sentía que la medicina estaba frente a ella—. Conozco esos espacios en blanco de los que hablas, los conozco muy bien... con el tiempo aprendí a llenarlos, sé cómo hacerlo, y si quieres... —Lo quería en su vida, acababa de tomar esa decisión, lo quería en su vida y esperaba que él le diera la bienvenida—... puedo ayudarte, puedo enseñarte.

¿Cuál era el mantra que se había dicho a sí mismo que tenía que repetir?

¿Cuál era?

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Más mierda!

Tenía que haber pensado tantas cosas en ese momento, tantas... pero no. No pensó. Tampoco habló. Volvió a perderse en ella, en su rostro... Era hermosa, bajo la luz de las estrellas, bajo cualquier luz... era hermosa.

Verónica era un principio o un final, y si elegía la segunda opción debía marcharse de ahí, debía decir “adiós” de una forma que ella comprendiera que no eran nada más que dos personas que coincidían en un lugar y un tiempo.

No deseaba decir adiós, y a la vez, no sabía cómo enfrentarse a un nuevo principio.

Intentó buscar una respuesta, convocó a los cielos, se enfrentó al silencio ensordecedor de su mente, y sin embargo, halló lo que buscaba en el peor lugar de todos... en sus ojos. Pudo verse en ellos, y el reflejo lo hizo sentirse a gusto, lo hizo sentirse en calma. Esos ojos fueron un refugio, un refugio muy parecido al hogar.

Habló.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio? Tengo la camioneta estacionada aquí a la vuelta.

Fue lo único que pudo decir. Y eso fue suficiente.

Fue una invitación directa a su vida, y Verónica la aceptó con una gran sonrisa en los labios.

—Me vendría de maravillas, hoy fue un día muy largo, y si pudiera, me tele-transportaría a casa. ¡Los tacones altos me están matando!

Rieron, rieron juntos. La ilógica familiaridad que los empujaba una y otra vez hacia el otro lograba eso.

—Perfecto, espera aquí que vengo por ti.

Cuando Gabriel se alejó, buscó el móvil y tecleó a la velocidad del rayo.

Contactos: Daniel

Mensaje:

¿Adivina qué? Tengo otro chofer designado.

Te espero mañana a la hora de siempre.

Daniel estaba estacionado en la vereda de enfrente, la respuesta fue un juego de luces. Segundos después, ante la mirada atenta de ella, puso en marcha el motor y se marchó.

Gabriel regresó a los minutos al mando de una camioneta Ford Ranger doble cabina con unos cuantos años de vida. El arrepentimiento de Verónica también fue fugaz como un rayo. *¡Vaya estupidez... Canjear la comodidad de su Sedán compacto de cinco puertas por eso!*

La sonrisa de Gabriel bastó para desaparecer ese estúpido y superficial arrepentimiento. Se estacionó a pasos de ella, descendió del vehículo con gran entusiasmo y la invitó a subir abriéndole la puerta del acompañante.

—Me aseguré que no hubiese rastros de polvo en el asiento —dijo extendiéndole la mano—. Ven, vamos... es hora de darle tregua a tus pies.

Gabriel dio en el punto indicado, no resistiría mucho más de pie. Tomó su mano para valerse de la ayuda y disfrutar del contacto con su piel. Suave y reseca a la vez, tibia y fuerte. Pensó en las manos de Ignacio, que recibían sesiones de manicura semanalmente, y no pudo más que reír para sí.

Tuvo que tomar un pequeño impulso para subir, la falda ajustada hasta las rodillas le quitaba toda tentativa de flexibilidad, ponerse cómoda en el asiento fue todo un acto revolucionario. Gabriel le brindó su atención a cada

paso, hasta el cinturón de seguridad le colocó. Ese asiento llevaba mucho tiempo vacío y la reciente e improvisada compañía le causaba una confusión de emociones, estaba nervioso y eso lo llevaba a ser un excesivo detallista. Una vez frente al volante, la calma cotidiana regresó.

—¿A gusto? —Le preguntó.

Verónica no iba a mentir, lo estaba, desde el aspecto físico. En cuánto a lo demás, se sentía muy fuera de lugar y su rostro parecía dispuesto a no disimularlo.

Con manos en el volante, él inició la marcha.

Aprovechando que Gabriel volcaba la atención al camino, liberó a sus pies de la tortura que le estaban provocando los zapatos de tacón. ¡Mal día para estrenar tacones! Lo más gracioso del asunto es que lo había hecho para capturar la atención del hombre sentado junto a ella. Zapatos color borravino que hacían juego con la blusa del mismo tono. A eso se le sumaba falda y chaqueta negra.

En vano, las cañerías dañadas fueron lo único relevante para Gabriel ese día.

—Sí, aunque la experiencia del asiento delantero es casi nueva para mí.

—¿No tienes automóvil?—Lo dijo con cierto aire de extrañeza. Verónica aparentaba tener un buen nivel económico, un coche era esperable.

—Sí, pero no lo conduzco yo.

La respuesta le sentó como una broma a Gabriel.

—¿Y quién lo conduce? ¿El espíritu santo?

—No, Daniel, mi chofer —afirmó ella con naturalidad.

Si lo anterior le había parecido a Gabriel una broma, lo recién oído, más. No pudo evitar estallar en una ruidosa carcajada.

—Si necesitas clases de manejo, yo me ofrezco, en vista de todo lo que has hecho por mí, es lo mínimo que puedo hacer.

—No, no... sé conducir, prefiero no hacerlo.

Gabriel recordaba la dirección de Verónica, y según sus cálculos, tenían por delante un viaje de treinta minutos, con suerte y buen tránsito, veinte. La conversación era necesaria para evitar silencios que podían llegar a mal interpretarse.

—Y esa preferencia encuentra su sentido en... —Dejó la oración sin terminar para que ella la finalizara.

—Hacer todo eso que tú no puedes hacer en este momento.

—¿Cómo por ejemplo?

El destino, de seguro aburrido y sin nada que hacer, decidió formar parte de la conversación: El teléfono móvil dentro del pantalón de Gabriel vibró y sonó al mismo tiempo.

—¿Cómo por ejemplo eso, responder un mensaje o llamado!

—Hay cosas que pueden esperar... hay cosas que deben esperar. —La vibración había sido el alerta de un mensaje, eso podía esperar. Cuando el asunto se refería a las niñas recibía un llamado telefónico, siempre un llamado —. Esto puede esperar —agregó en alusión a la situación.

—Es posible que tengas razón, aunque siento que no es aplicable a mi persona. El tiempo corre deprisa para mí.

—El tiempo corre deprisa para todos, créeme, yo lo aprendí de la peor manera.

Sin auténtica intención, Gabriel se adentró a ese punto sensible de su vida.

Sin auténtica intención, Gabriel la adentró a ese punto sensible de su vida.

El silencio se hizo amigo de ambos por un par de minutos.

¡Ay, ay , Ay... Gabriel! ¡A veces no sabía si detestarlo o adorarlo! Pasar tiempo junto a él era como subirse a una montaña rusa de sensaciones ocultas. Verónica fingía, se engañaba a diario, y ella compraba esa mentira, sin embargo, cuando estaba junto a Gabriel, la necesidad de quitarse la máscara la dominaba. Sabía que tenía dos opciones, ser ante él lo que era ante los demás, o por una vez, ser lo que en verdad era.

—Es una excusa... —Verónica dejó salir a su yo auténtico.

—¿Qué es una excusa? —El semáforo en rojo le permitió ir en busca de su mirada.

—Aprovechar el tiempo mientras otro conduce por mí. —Verónica sintió la mirada de Gabriel y se refugió en ella—. Eso es lo que me digo, lo que le digo a todo el mundo. Mi madre murió en un accidente automovilístico estando al volante, me aterra conducir, y esa sensación es sólo una parte de la verdad... —La garganta se le cerró, no pudo continuar.

—¿Cuál es la otra parte? —Él la motivó a más, y ese más pedía con desesperación salir de ella.

El semáforo se puso en verde, Gabriel no tuvo más alternativa que regresar la mirada al camino.

—Basta un segundo frente al volante para que la culpa me destroce.

—¿Culpa? ¿Por qué? —Ni bien dijo eso se corrigió—. Perdón, no tienes que contármelo si no quieres.

Verónica quería hacerlo. Lo hizo.

—Mi madre era médica, especializada en cirugía, recuerdo que había días en que ni siquiera la veía, a veces trabajaba quince horas de corrido, tal vez más... no sé, en aquel entonces no llevaba la cuenta. A pesar de ello, siempre se esforzaba por estar presente para lo importante, para mí. —La narración se teñía de diferentes matices, tristeza por la rememoración del final trágico, y alegría a causa del paseo por el pasado—. Lo que voy a decir ahora se presta a la burla, y desde ya te digo, siéntete libre de manifestarla.

—Por favor... creo que puedo burlarme de ti en otros momentos, no creo que en este sea necesario.

—Desde muy pequeña, y con pequeña me refiero al año de edad, comencé a tomar clases de natación. Al principio fueron sesiones de hidroterapia que luego, se convirtieron en una práctica exhaustiva del deporte. Era casi una joven promesa, diez años y tres medallas de primer puesto en competición.

—¿Y qué fue de esa promesa deportiva?

—Quedó en el peor de los recuerdos y se transformó en abogada. —Hizo una pausa, las lágrimas querían salir—. Mi madre murió de camino a una de mis competencias, y después de eso, nunca más puse un pie en el agua. No puedo hacerlo. La noche anterior a la competencia mi madre había hecho doble guardia, y dijeron que se durmió en plena carretera. No tendría que haber conducido, tendría que haber ido a casa a descansar... pero era yo, y yo siempre era lo importante. Lo importante le quitó la vida.

Las lágrimas no le dieron tregua, salieron.

Gabriel buscó dentro de la guantera la caja de pañuelos descartables que siempre llevaba por las niñas. Le entregó uno y aparcó el auto para brindarle contención.

—No te hagas eso, no te culpes, porque esa es la acción más idiota de todas, te lo dice un especialista.

La culpa era como una sombra que lo acechaba, pero a diferencia de Verónica, él no estaba sólo, las niñas le alejaban todos los fantasmas. Las palabras de Verónica de minutos atrás regresaron a él: “la mayor parte de mi vida he estado sola”. Se le estrujó el corazón. Los deseos de abrazarla para reconfortarla le agitaron el cuerpo. No le pareció correcto, se limitó a entregarle otro pañuelo y continuó.

—Mi mujer murió de un accidente cerebro vascular en plena noche y durante meses la idea de culpa me llevó a un sinfín de pensamientos: Si tal vez yo me hubiese esforzado más, si tal vez la responsabilidad de la casa y las niñas no hubiese recaído sólo en sus hombros, si hubiese tenido más tiempo para ella, si el estrés no hubiese sido tanto... si yo, una y mil veces más, si yo esto, si yo aquello... tú misma lo dijiste Verónica, me lo dijiste, la vida sucede. Eso nos sucedió a nosotros, eso le sucedió a tu madre, a mi mujer... la vida.

—La vida sucede —repitió ella—. Cómo te habrás dado cuenta, yo predico sin dar el ejemplo —Rió mientras se secaba las últimas lágrimas.

—Tú y yo somos dos casos para terapia —manifestó Gabriel a broma tratando de cambiar los ánimos tristes.

—No tengo tiempo para terapia.

—Eso es lo que yo siempre digo, tres niñas, una casa, el trabajo... si el tiempo me sobrara, me iría de paseo con Tudor.

—¿Tudor?

Gabriel buscó el móvil, hurgó en la galería de fotos y cuando encontró una fotografía del perro, se la exhibió con una gran sonrisa.

—¡Wow! Ese es un GRAN Tudor.

Verónica no era amante de los animales, su inexperiencia y rechazo canino la llevaban a pensar que hasta un perro chihuahua era grande. Quiso corresponder la sonrisa al ver la imagen. Lo único que consiguió fue una mueca incomprensible.

Por suerte, Gabriel no la vio. Ya con el móvil en mano se tomó un minuto para revisar el mensaje que había recibido.

—¡Dios santo!—gritó.

Verónica saltó del asiento.

—¿¿Qué ha sucedido?! — preguntó con preocupación.

Él volvió a exhibirle el móvil.

Otra fotografía: parecían cabellos. No, no parecían, eran mechones de cabello en el piso. En el margen inferior de la fotografía podía leerse: Papi, Emilia encontró la tijera.

La palabra de relevancia para Verónica fue “tijera”, la asoció con el nombre de la niña. La niña con “problemitas”. En palabras de Carola, la niña “especial”. Pensó lo peor.

—¿Se lastimó? —La preocupación era sincera en ella.

—No, no se lastima, tiene un extraño dominio de la tijera. ¡Ese es el

problema y por eso la escondemos! Ella corta, le gusta cortar, y corta lo que sea... papel, la cortina de baño... los botones de tu blusa, SU CABELLO. ¡TODO!

Puso en marcha el motor.

—Lo siento, vamos a tener que dar por finalizada la conversación.

—Eso no tienes ni que decirlo, es más, no te preocupes por mí, puedo bajarme aquí y tomarme un taxi —No quería ser la causa de demora. Sin pensarlo dos veces, se desabrochó el cinturón.

Él la detuvo, capturó su mano y volvió a inmovilizarla.

Rostro contra rostro, así quedaron. Y ninguno de los dos tomó distancia. Estaban a gusto entremezclando sus respiraciones, reconociendo el perfume de la piel del otro. No había distancia entre ellos, ni la habría desde ese instante en adelante. La vacante vacía dentro de la camioneta de Gabriel acababa de llenarse.

—Lo hecho, hecho está —finalizó en un susurro—. No me extraña, mi día fue un tanto caótico, es lógico esperar que la noche también lo sea.

—Con más razón, insisto —Verónica intentó volver a zafarse del cinturón de seguridad.

—Tú no te vas a ningún lado a menos que sea conmigo.

Esperaba esas palabras. *¡Ay, cómo las esperaba!*

Verónica sonrió asegurándose con mayor intensidad el cinturón.

—Ok. No me voy a ningún lado, a menos que sea contigo.

Esa afirmación sonó como una perfecta melodía para ambos.

Gabriel retomó el camino tratando de alejar de su mente la imagen de los cabellos de su hija, ya se haría cargo de la situación cuando llegara a casa. Ahora, lo que merecía su atención era eso, era ella. Tenía la compañía de una bonita mujer, una mujer que parecía disfrutar también de su compañía. Eso podía compensar el día, una conversación adulta, circunstancial o intensa, eso no importaba, por un par de minutos podía hacer a un lado las tareas escolares, los cabellos cortos, la ropa a lavar, la cena de la noche... por un par de minutos era libre de ser él.

Hablaron de libros, Verónica era una gran amiga de la lectura, él también, el insomnio nocturno lo había forzado a adquirir ese saludable hábito. Desde Cortázar hasta Erri De Luca, pasando por Le Carré, P.D. James, con un parada técnica en Ken Follet y las hermanas Bronté.

Sin proponérselo, Gabriel se entregó a la tarea de leer “Cumbres borrascosas” para intercambiar opiniones.

“*No es mi estilo de lectura*”. Repitió varias veces hasta darse cuenta que se encontraba ante un enfrentamiento con una sola ganadora. Ella no estaba acostumbrada a perder, peor aún, no estaba acostumbrada a ceder. Menos en lo referido a libros.

Le agradaba esa cualidad en ella. Sí, era soberbia en muchas ocasiones, y sus aires de superioridad te elevaban por lo alto sólo para dejarte caer con más fuerza después, a pesar de eso, cuando la observabas de cerca, cuando la sentías, era única a su manera. ¡Era un auténtico caramelo agridulce!

Gabriel saboreó ese caramelo con calma, con mucha calma.



Verónica le había regalado la libertad a sus pies durante todo el trayecto. ¡Muy mala idea! Volverse a colocar los zapatos era una tarea imposible de concretar sin dolor. Después de casi doce horas con tacones altos y nuevos, sus pequeños dedos gritaban: ¡No más!

Gabriel había descendido del vehículo, iba a socorrerla en el descenso, hecho que no sólo llevaba a cabo por la caballerosidad cotidiana en él, sino también por la manija de la puerta que solía trabarse a menudo. Esos pies descalzos le dieron la bienvenida. La situación lo sorprendió.

—¡Veo que realmente estuviste a gusto!

Verónica se enrojeció de vergüenza. Escondió los pies y los tacones bailaron solos ante la brusca acción.

—¡Vamos mujer, no hay de qué avergonzarse, si hubiese estado en tú lugar, de seguro habría hecho lo mismo!

El hombre había convivido con cuatro mujeres, ahora convivía con tres, no era un improvisado, sabía de lo que hablaba.

—¿Si estuvieses en mi lugar? Pues ten, aquí tienes. —Le entregó los tacones, prefirió jugar el papel de mujer desinteresada ante el asunto para opacar la obvia vergüenza —. Te los regalo, al fin y al cabo, los malditos se niegan a aceptar mis pies de nuevo. En lo que a mí respecta, están despedidos.

Gabriel los aceptó sin intención de quedarse con ellos, de todas maneras, se los colocó debajo del brazo como si fuesen un paquete o periódico.

Verónica calculó la distancia que separaba al choche de la entrada al edificio. Unos seis, en su defecto, siete metros. Podía con ello...

La punta del pie derecho hizo contacto con el suelo.

¿Podía con ello?

¡No!

Había intentado hacerse la despreocupada, algo no propio en ella. Afrontar las consecuencias de tal idiota comportamiento se convertía en la peor de las experiencias.

Desistió en menos de lo que canta un gallo.

—¡Devuélveme mis tacones!

—Lo siento, tomaste una decisión. —Se alejó unos metros para que no pudiera capturar los tacones a la fuerza—. ¿Acaso eres de esas mujeres que se echan atrás sin intentarlo? —la provocó entre risas.

Reírse era una buena medicina. Gabriel necesitaba un elixir para el dolor de su alma rota, sin siquiera esperarlo, Verónica también era eso para él, la medicina correcta.

¡Jamás se echaba atrás!

Gabriel dio en el blanco, y no fue la provocación en si la que la llevó a abandonar el auto descalza, fue lo otro, ese conocimiento tan certero de ella. Una vez más la familiaridad entre ellos, esa extraña confianza, ese reconocimiento del uno en el otro. Eso los unía más y más cada segundo.

¡Jamás se echaba atrás!

Suelo, allá vamos.

Los dos pies en contacto directo con el suelo.

¡Si no fuese por la compañía de Gabriel, esa situación sería catalogada al olvido perpetuo!

Se juró nunca más aparentar lo que no era. No era una mujer despreocupada, sin prejuicios, libre. Todo lo contrario, su vida subsistía a base de rutinas estereotipadas. Gabriel era un factor desestabilizante para ella, y se convencía que estar a su lado traía como plus una gran función terapéutica.

Dio dos, tres pasos. Al cuarto paso se detuvo, respiró para tomar coraje. Por suerte estaba oscuro y no había vecinos que dieran testimonio de lo que estaba sucediendo ahí.

—Lo odias, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

Dio un paso más.

Gabriel estalló en una intensa carcajada, reaccionó.

—Sí, lo odias. ¡Ven aquí!

Sin pensárselo dos veces, la cargó en brazos y la llevó hasta la puerta

del edificio.

Ella olía a primera hora de la mañana, a campos de flores silvestres. Olía a arcoíris, si es que el arcoíris huele a algo.

El perfume de Verónica lo embriagó, lo hizo transitar por un camino que sabía tenía un único fin. Ella, en sus brazos, una vez más, y otra vez... y otra vez...

Él olía a última hora del día, a mezcla de materiales y tierra. Olía a lo nunca antes conocido, si es que lo nunca antes conocido huele a algo.

El perfume de Gabriel la atravesó, la hizo pedazos en sus brazos. De ahí en más, para mantenerse en pie, iba a necesitarlo... sí, iba a necesitarlo.

—Ay, ay, ay... Ustedes, las mujeres, sus manías, coqueterías, tacones y todo—finalizó cuando la devolvió a la verticalidad. El humor fue la herramienta que encontró para luchar con las sensaciones que lo incitaban a no abandonarla—. Aquí tienes —Le entregó uno de los tacones que cargaba debajo del brazo, el otro había caído a mitad de camino sin que él se diera cuenta. Fue en su búsqueda.

La seguridad del edificio le abrió la puerta de forma automática. Verónica se sintió segura en el hall de entrada. El piso era fresco, limpio y brillante, le agradaba a sus pies desnudos. Desde la comodidad del lugar contempló la corrida de Gabriel hacia el zapato perdido.

¡Qué bello y absurdo ese cuento de hadas que ambos estaban protagonizando!

El tacón perdido regresó a las manos de su dueña.

—¡Eres todo un príncipe azul!

Y sí, después de dicha escena cabía sólo ese comentario.

—Ni yo soy un príncipe azul, ni tú una cenicienta.

La pura verdad, los dos lo sabían.

—De hecho, si lo pienso bien —agregó Gabriel no pudiendo contener la sonrisa—. Si aquí hubiese una historia... los papeles protagónicos serían al revés.

—¿Tú dices que yo sería el príncipe...

—Princesa —corrigió.

—Bueno, Princesa. ¿Yo sería la princesa azul aquí?

—Mira mi carruaje —dijo señalando la vieja camioneta—. Con eso digo todo, ¿no te parece?

Gabriel no quería marcharse, la hubiese cargado hasta su departamento

subiendo por las escaleras, por el simple gusto de pasar un par de minutos más con ella. Pero miró la hora, y esa hora le recordó la realidad de su vida.

Sí, él era la cenicienta de esa historia.

—Quisiera seguir compartiendo más minutos contigo, no puedo, mis hermanastras... —Lo dijo a modo de broma—. Perdón, mis niñas y sus peculiares travesuras me esperan.

No importaba la historia para Verónica, importaban los roles. Siempre era la protagonista, su ego lo demandaba. Con Gabriel, sólo sería un personaje secundario, con suerte un personaje soporte del protagonista principal.

—Buenas noches, Gabriel. El cabello de tu niña te necesita —Los dedos de sus pies bailaron ante la vista atenta de él como juego de despedida—. Gracias.

—Buenas noches.

Él ya había roto todas las barreras posibles al cargarla en brazos, en ese “Buenas noches”, no hubo ni besos en la mejilla, ni apretón de manos. No podían permitírselo.

Se refugiaron en un adiós de miradas, y ese fue el peor de los adioses, porque es la clase de adiós que confiesa que no quiere serlo.

Ya no eran polos opuestos. Eran un acto desmedido de la naturaleza. Eran la crónica de un amor ya anunciado. Y su historia ya había comenzado a escribirse sola. Para los dos sólo quedaba una alternativa... dar vuelta la hoja y seguir leyendo.



CAPÍTULO 11

La luz encendida en el interior del departamento la puso en alarma. Todavía estaba perdida en el infantil cuento de hadas vivido segundos atrás en los brazos de Gabriel, y la desorientación inicial la llevó a pensar lo peor. Marcó el nueve once en el móvil, antes de accionar la llamada, cayó en cuenta de la tontería que estaba por llevar a cabo. Era un edificio de primera

categoría, con cámaras en cada piso. No era ningún maleante a la espera de su víctima, era...

Colocó la llave en el cerrojo, abrió la puerta, y el rostro de Ignacio se hizo presente.

La observó de arriba abajo.

—¿Qué haces descalza?

Ni un “Hola”, ni ninguna otra palabra cortés de bienvenida, el detalle obvio fue lo importante para él.

Verónica no pensaba dar ningún tipo de explicación. Al contrario, las explicaciones las reclamaba ella.

—¿Qué haces en mi departamento?

Ignacio fue hasta ella, la besó en la mejilla.

—Viaje relámpago y de improviso —dijo tomándola del brazo—. Ven, necesito hablar contigo.

Llevaban más de ocho meses distanciados, desde que Ignacio había aceptado un puesto de trabajo en Dubái sólo habían intercambiado llamados telefónicos y mails. Ninguno de los dos había hecho mención alguna de la relación en todo ese tiempo, y la última vez que habían hablado había sido tres semanas atrás. Él estaba allá, ella estaba aquí, cada cual con lo suyo, sin etiquetas que los uniera a una relación a largo plazo.

—Y yo necesito una ducha —respondió Verónica zafándose del contacto de su cuerpo.

Sin considerarlo de mala educación, lo dejó con la palabra en la boca. Ya en su habitación, arrojó los zapatos en el armario, se quitó la chaqueta, la colgó, tomó una camisola de uso hogareño, ropa interior limpia, y fue directo al baño. Hizo correr el agua de la ducha para que se templara, aprovechó los minutos de espera y se removió el maquillaje. Cuando el vapor comenzó a invadir la habitación, se desnudó y metió a la tina. La eternidad del día le tensionaba la espalda, dejó que el agua caliente hiciera su trabajo terapéutico. Cerró los ojos. Las sensaciones vividas minutos atrás, en contraposición con aquellas que había sentido al reencontrarse con Ignacio, confesaban mucho más de lo que ella quería. Una pregunta ineludible y postergada, finalmente se manifestó: ¿Qué lugar tenía Ignacio en su vida?

El roce de otro pie la forzó a abrir los ojos. Ya no estaba sola en la ducha. El cuerpo desnudo de Ignacio le hizo compañía.

¡Sí que era oportuno Ignacio!

—Yo también necesito una ducha, estuve en un condenado avión la

mitad del día. —Presentó su caso antes que la abogada de diera un ¡no, ha lugar!—. Tú me enjabonas a mí y yo te enjabono a ti, ¿qué te parece?

Verónica encontró el vacío legal dentro de esa expresión y se aprovechó, conocía al hombre desnudo frente a ella, no iba a abandonar la tibieza de la ducha, ella tampoco. Debían de co-existir en ese mismo espacio, algo que habían hecho un sinfín de veces.

—Ok, pero con masaje incluido, y tú comienzas.

—Pásame la esponja y date la vuelta.

Uno de los pocos puntos a favor que traía consigo Ignacio era ese, la predisposición y el buen desempeño en los masajes.

Manos mágicas. Sí, manos mágicas tenía el desgraciado. Verónica gimió de placer, gimió tanto y más que con un orgasmo.

—Me parece que alguien está necesitando algo más que un masaje.

Verónica estaba sumergida en una nube de relajación tal que perdió el control de las palabras, dejándole el camino libre a sus deseos más ocultos.

—Sí, una pizza de pepperoni.

Ajá... ese era uno de sus deseos ocultos. Una pizza grasosa y cargada de calorías.

La culpa era de Gabriel y sus sándwiches. Todo era culpa de él. Todos los deseos ocultos de Verónica encontraban el camino hacia él.

Ignacio detuvo el masaje y la giró para mirarla a los ojos.

—¿Quién eres tú? ¿Qué has hecho con Verónica?

Verónica rió con obvia falsedad. Volvió a darle la espalda.

Él continuó masajeándola con la única intención de continuar con la broma iniciada. Pasó la esponja por sus caderas...

—Mmmm... ahora que te dedico atención, tu trasero está más redondo. Yo que tú, me olvido de las pizzas y el pepperoni por un buen tiempo. —Así era Ignacio, un perfecto metrosexual obsesionado con el cuerpo y la estética. Continuó—. Descalza y con deseos de pizza. ¿Acaso tienes nuevas amistades? ¿Qué has estado haciendo estos últimos meses sin mí?

Punto final para Verónica. No más juego de palabras en tono de broma, no más intenciones de inmiscuirse en su vida. Giró hacia él, le arrebató la esponja, y comenzó con su parte del trato.

—Mi vida sin ti no es de tu incumbencia —dijo ella con una frialdad tan intensa que hizo que el agua caliente de la ducha se sintiera tibia—. Y antes de que digas algo, sí, es recíproco. Tu vida sin mí no me interesa.

—Gracias —Una áspera ironía se apoderó de Ignacio—. Pensé que

éramos amigos.

Verónica se merecía la ironía, había utilizado las palabras equivocadas. Eran amigos, por supuesto que lo eran, por sobre todas las cosas lo eran.

—Lo siento, tú sabes a qué me quise referir con eso.

A lo sexual, a las relaciones amorosas, a eso se refería.

—¿Estuviste revolcándote con algún otro hombre en mi ausencia?—
dijo tomándola por la cintura.

—¡Eres un idiota! —Magistral forma de eludir una respuesta.

—Soy un idiota, es verdad, pero aun así me gustaría una respuesta.

No se había revolcado con nadie más, esa era una realidad. Ahora, en su cabecita, en las últimas semanas, la creatividad inventaba las mejores escenas antes de irse a dormir, sus juguetes sexuales hacían lo demás.

—No, no tengo tiempo para eso.

—En eso estamos iguales —agregó él.

Verónica rió.

—Eso sí que no te lo creo.

—He trabajado como nunca antes en estos meses para conseguirme un nombre y una imagen prestigiosa, no voy a tirar por la borda eso por un simple par de piernas bonitas. Lo estoy consiguiendo Verónica. —La emoción se hizo presente en él, todavía seguía prendido a sus caderas, y con la emoción ya en el cuerpo, se abrazó a ella con más intensidad.

—¿Qué estás consiguiendo?

—El nombramiento de Embajador en los Emiratos Árabes.

Ese era un gran logro personal para él. Verónica estaba feliz por Ignacio. A la vez, eso significaba una ruptura definitiva.

—Felicitaciones.

—Gracias, aunque todavía faltan un par de situaciones por resolver, por eso estoy aquí, sin previo aviso. Necesito de tu ayuda.

Desnudos, ahí en la ducha, y lo único que podían hacer era hablar de trabajo y de las expectativas de un futuro exitoso. La libido de ambos siempre estaba en pausa.

—¿Qué necesitas?

—Conoces al juez Cosentino, ¿verdad?

—No, conozco al Juez Esquiavi, su pareja. Mejor dicho, su esposo.
Compartimos estudios juntos.

Congelado como un iceberg, así quedó Ignacio ante lo oído.

—El juez Cosentino es hombre —dijo más que nada para él mismo.

—Sí, ¿cuál es el inconveniente? Contrajeron matrimonio igualitario.

—No, ninguno... ninguno es el inconveniente.

—Cariño, tu tiempo en Dubái te está afectando. La cualidad “homofóbica” no te sienta bien —Le palmeó la mejilla.

Ignacio regresó a la realidad. La cultura extranjera adquirida le estaba jugando sucio en casa.

—Que cada cual haga con su trasero lo que guste —agregó para dejar atrás su reacción sin sentido.

—Exacto, ese es el Ignacio que me agrada. Y ese es el Ignacio que obtiene siempre mi ayuda. Dime, ¿qué “ayuda” necesitas con Cosentino?

—Una reunión. Algo que al parecer se ha convertido en una tarea imposible. Hemos intentado comunicarnos con él desde Abu Dhabi y ha sido una travesía sin buen fin. Ahora puedo entender por qué —bromeó.

—Una reunión para hablar de qué.

—Prefiero mantener esa información para mí.

Utilizar su nombre, reputación y contactos para obtener beneficios dudosos era algo que ella no permitía jamás.

—¿Una reunión a ciegas? ¡Olvidalo!

—Créeme, es mejor que te mantengas al margen, hay muchas más que cuestiones políticas detrás de esto. El juez Cosentino tiene las manos bien sucias y yo puedo encontrar la manera de que se las limpie si intercede por mí en la magistratura.

—No, lo siento, no voy a poner mi nombre en juego.

—No tienes que poner tu nombre en juego, sólo un favor, y ese favor es una cita personal con él. Confía en mí, Cosentino y yo, los dos saldremos beneficiados.

Confiable en él, tenían una historia escrita con una gran lista de favores mutuos. Juntos eran dinámicos, proyectivos, funcionales. Eran nada más que eso.

Verónica exhaló con fuerza. La tensión de su espalda poco a poco se iba, el calor, los masajes, los episodios del día vividos junto a Gabriel, todo sumaban a favor de su relajación. Obtener y aceptar el cargo de Embajador en Abu Dhabi significaba la distancia definitiva. Verónica estaba dispuesta a dejarlo partir de una vez por todas, el único espacio en blanco que quedaba en su vida no iba a ser llenado por él.

—Pásame el shampoo —dijo a modo de cierre de trato. Le conseguiría

esa reunión.

Ignacio hizo más que pasarle el shampoo, le colocó el producto en la cabeza, la hizo girar para colocarla de espaldas a él una vez más, y con delicados movimientos, le lavó el cabello.

—Voy a extrañarte —murmuró ella luego de unos minutos de intensos masajes.

—No, no vas a hacerlo. No tienes tiempo para ello, yo tampoco lo tengo.

Rieron en complicidad. Rieron, y esa fue la manera de decirse adiós.

No hubo sexo esa noche, los dos estaban demasiado agotados de la vida cotidiana.

No hubo sexo, hubo algo diferente, diferente para ambos... pizza de pepperoni. Un crujiente y grasosa pizza de pepperoni, para dos, y en la cama.



¡Por todos los cielos! Si no salía de ahí en cuestión de minutos, la mezcla adhesiva para las cerámicas iba a transportarlo a una realidad alternativa.

¡Edificios de primera categoría... Una mierda!

Los ventanales no eran más que paredes de cristales, no podían abrirse. El aire que circulaba por los respiraderos no era suficiente para disipar los elementos químicos que flotaban en la habitación. Para no contaminar con el mismo perfume a las oficinas cercanas, Gabriel se había encerrado en el lugar, y después de cinco horas continuas de trabajo arrodillado al suelo, decidió salir por aire puro.

Si la noche anterior había dormido poco, la noche que lo esperaba en breve, de seguro, no lo dejaría dormir. Le dolía todo el cuerpo.

Abandonó las instalaciones, dio un par de vueltas a la manzana para activar a las articulaciones dormidas, y ya de nuevo en la puerta del edificio, cruzó hacia la cafetería de la vereda de enfrente.

No se había llevado almuerzo, el proceso de colocación de cerámicas siempre le quitaba el apetito, aun así, su dolorido cuerpo reclamaba algo, un

antiinflamatorio y un café. Ya no tomaba tanto café, lo hacía sólo cuando se sentía agotado. Lo estaba, física y mentalmente. Lo último era lo peor: el corte de cabello de Emilia, el próximo cumpleaños de la niña, sumado a Carola y su feria de ciencias la semana siguiente. El cuerpo le dolía y la cabeza le estallaba.

Un café y una galleta con chispas de chocolate. ¡Vaya placer!

Tomó asiento en una de las mesas colocadas en el exterior de la cafetería, y se distrajo con el movimiento ciudadano a su alrededor. En un par de días no pondría un pie más por esos alrededores caóticos. Regresaría a trabajar junto al arquitecto en la tranquilidad de los edificios en proceso de construcción. No extrañaría para nada esto.

No, no lo extrañaría.

... la extrañaría a ella.

En ese momento la extrañaba. El día no había sido un día grato sin su presencia. Menos que menos después de una noche plagado de insomnio con el recuerdo de ella en su camioneta y en sus brazos.

En un par de días no pondría un pie más por esos alrededores caóticos, se repitió. Tal vez era lo mejor.

Mordió un trozo de galleta. La saboreó. Estaba deliciosa. Pensó en sus niñas. A la salida compraría un par de esas galletas para ellas. Bebió café, y mientras la caliente bebida le atravesaba la garganta, cerró los ojos y los enfrentó al sol. Así se quedó.

Así se quedó hasta que una repentina sombra se interpuso ante la luz y el calor que el astro amarillo le regalaba.

—¿A eso le llamas tú almuerzo?

Esa voz. Extrañaría esa voz.

Abrió los ojos. Le sonrió. El cansancio desapareció.

—Cada tanto me doy uno de estos permisos —Exhibió el café y la galleta ante ella.

—Tú y yo nos vamos entiendo, ese es el almuerzo ideal para mí.

Verónica había corrido de aquí para allá toda la mañana. El Juez Esquiavi, el Juez Cosentino, Ignacio, Marisa... Lucrecia al teléfono una y otra vez. Bajarse del auto y encontrarse con Gabriel a mitad de la calle fue esa clase de sorpresa única que sólo el destino puede regalarte.

—De ser así... —Se levantó, hizo a un lado la silla contigua para invitarla a sentarse y continuó—. Un café y una “cookie”, como le dicen aquí —bromeó con lo último.

Verónica aceptó todo, se sentó esperando que él regresara con lo prometido.

En un par de minutos tuvo a Gabriel a su lado, una cookie en su mano, y un café en la mesa. El perfume del café traía consigo un aroma más, un toque de vainilla y caramel. El café de elección cotidiana para ella. No pudo resistirse, había almorzado en compañía de los jueces un par de horas atrás, aun así, no podía resistirse a lanzarse de inmediato al placer de saborear tal bebida.

Los labios le hicieron contacto con el dulce y caliente líquido. Un sorbo, dos...

La expresión en su rostro dijo todo. Placer y más placer.

—¿Cómo lo supiste? Amo la vainilla.

—Sí, me he dado cuenta de ello. Tu taza de té ha perfumado mi pequeño lugar de trabajo, supuse que te agradecería también en el café.

Acompañó el café con un trozo de galleta. Las chispas de chocolate estaban tibias y ni bien hicieron contacto con la lengua, se fundieron dentro de su boca.

—¿La galleta está tibia? —dijo indagando en el motivo que hacía que la galleta, esa galleta que tantas veces había comido, tuviese un punto extra de maravillosa.

—Sí, hice que la calentaran para que las chispas de chocolate tuviesen la textura perfecta.

La galleta tenía un punto extra de maravillosa. Gabriel tenía un punto extra en perfección. Maravilloso ya era.

—He comprado café y “cookies” —utilizó el mismo tono bromista que él había utilizado—. Más veces de las que recuerdo. No sabía que las calentaban a gusto del consumidor.

—No suelen hacerlo, si se lo pides de buena manera, lo hacen.

Emilia comía las galletas con chispas de chocolate así, tibias, por eso Gabriel estaba acostumbrado a pedir ese tipo de cortesía a las empleadas de las cafeterías, utilizaba su tono amable y sonrisa, por suerte, eso siempre le vaticinaba un “sí” como respuesta.

—Entonces, si de buena manera se trata, me doy por fracasada desde ahora.

Se burlaba de sí misma, hecho que hacía desestabilizar hasta al universo. Gabriel tenía efectos no esperados en ella.

Verónica estaba envuelta en cadenas, y estaba tan acostumbrada al

peso que le provocaban, que no era consciente que la aprisionaban. Él la despojaba de ellas, con su compañía, con la hermosa presencia de su simpleza. Él la liberaba.

—No te preocupes, yo puedo conseguir galletas tibias para los dos de ser necesario. Cuando tienes niñas y vas a comer a cualquier lugar fuera de casa, te ves en la obligación de solicitar “extras”. ¡Mis niñas siempre necesitan más de todo!

Mis niñas... Sus niñas. El menú completo.

Verónica estaba dispuesta a arriesgarse. La presencia de Ignacio no parecía ser casual, no, era otro obsequio del destino. Él había sido la imagen de la perfecta relación amorosa para ella. La relación que habían mantenido había sido catalogada por Verónica como perfecta. Esa creencia, ahora, se derrumbaba ante los pies de Gabriel.

No era cuestión de sentir mariposas en el estómago, algo que, dicho sea de paso, nunca había experimentado. Era una extraña sensación de pertenencia y semejanza. Una bocanada de aire fresco mezclada con una dolorosa necesidad: le ardía la piel, le dolía, tenerlo tan cerca y no poder tocarlo... No poder acariciarlo se estaba convirtiendo en la peor de las torturas.

Sí, estaba dispuesta a arriesgarse.

—Ahora que mencionas a las niñas —dijo al tiempo que apoyaba su mano en la de él como un simple acto de convencionalismo—. ¿Cómo te ha ido con el asunto del cabello?

Quitó la mano, un segundo más sobre la de él era un atrevimiento. Un atrevimiento en el lugar y el momento equivocado.

—¡Pésimo! Creo que lo he empeorado. No, déjame corregirme, no creo... —Buscó el móvil dentro de su chaqueta, ingresó a la galería de imagen y le exhibió una fotografía de Emilia con el nuevo corte de cabello—. Lo empeoré sin lugar a dudas.

Verónica se cubrió la boca con la mano para ocultar el espanto y la risa que le causaba la triste situación del hombre. Espanto como mujer, el corte de la niña era por completo disparejo, mechones de cabellos por debajo de la oreja derecha y por arriba de la oreja izquierda: inaceptable. La risa era esperable, la mirada perdida de la niña combinada con los cabellos revueltos invitaba a esa acción.

—¡Dios santo, Gabriel! ¿Se lo has cortado tú?

—Sí, otra alternativa no me ha quedado.

—¡Tienes otra alternativa, llevarla a un salón de belleza!

—Ojalá fuese tan simple —murmuró por lo bajo.

—Es simple —agregó ella pasando por alto lo obvio, el nombre de la niña.

—No lo es con Emilia. Ella es diferente... un salón de belleza no es lo mejor para Emilia.

La niña con “problemitas”, la niña “especial”, “diferente”. Ya era hora de quitar esas apreciaciones y adentrarse en lo concreto.

—¿Qué quieres decir con “diferente”?

Gabriel no sentía vergüenza por la condición de su hija, pero tampoco era algo que iba confesando a los cuatro vientos. Tratando de evitar todo posible dramatismo, le reveló esa parte tan importante de su realidad.

—Emilia tiene autismo. —Hizo una pausa para contemplar el rostro de Verónica, la expresión en ella no cambió, no había actitud misericordiosa o de pena, tampoco había intención de distancia y rechazo. Habló con libertad ante ella—. ¿Conoces o has oído hablar sobre el autismo?

—He leído y visto películas sobre ello.

—Por favor... —La interrumpió con intenciones de darle un buen clima a la situación—. No me digas Rain Man.

—No, no iba a decirlo, es más, ni siquiera estaba en mi pensamiento. De momento, lo que se me viene a la cabeza, es un libro biográfico que leí sobre grandes genios de la historia, ahí hacían referencia sobre la posible condición de autismo en muchos de ellos.

—¿Cómo quiénes? ¿Einstein? ¡Siempre utilizan a Einstein! —rió Gabriel.

—Nikola Tesla —rememoró Verónica.

—También suelen utilizarlo.

—Thomas Jefferson—agregó con rapidez.

—¿Jefferson? Él sí que es nuevo. No lo sabía.

—¿Estoy en lo correcto entonces?

—No lo sé, habría que preguntárselo al médico de Jefferson, yo no estoy capacitado para dar diagnósticos. Aunque debo reconocer que hay una idea común de que el autismo puede ser sinónimo de genialidad, algo no equivocado, aunque aplicable a un pequeño porcentaje de niños. Mi niña es mi niña, y ella es única, única hasta en su condición.

—¿Y cómo es tu niña?

—Es hermosa, cariñosa, por completo rutinaria... con una energía

inagotable, y con una sensibilidad tan pero tan grande, que lo cotidiano para mí o para ti, puede dañarla. Por eso llevarla a que le corten el cabello no es lo adecuado. Llevarla a un salón de belleza es comparable a encerrarla en una sala de tortura sensorial: los ruidos fuertes, las voces, las personas... hasta las luces intensas, todo, literalmente todo, le hace daño. Sé que es difícil de comprender, pero le hace daño, sufre. En palabras de Carola, su hermana tiene súper poderes de otro planeta, y es por eso que este planeta la asusta y la pone mal.

El autismo era un mundo desconocido para Verónica. Un mundo...

—Tal vez Carola no está tan equivocada —Los pensamientos de Verónica se escaparon.

—Tal vez... —La melancolía comenzaba a salir a flote en Gabriel, hablar de Emilia siempre le incitaba eso. El temor del futuro incierto en su hija lo angustiaba a diario.

Verónica sintió el cambio de actitud en Gabriel, a pesar de la sonrisa que había nacido a causa del recuerdo de su hija, un halo de tristeza se reflejaba en el brillo de sus ojos.

Sin intenciones de profundizar en la condición de autismo de la niña, Verónica retomó el asunto cabello.

—¿Cómo le han cortado el cabello antes? Por qué me imagino que se lo habrán hecho en estos... ¿qué edad tiene?

—Siete, casi ocho.

—Casi ocho, en ocho años alguien le debe de haber cortado el cabello, ¿no?

—Sí, su madre lo hacía.

¡Maldita entrometida! ¡Sí, lo eres, la peor de todas!

Ay, ay, ay, Verónica, saliste del camino "autismo", justo para girar en la esquina de la "esposa fallecida".

Verónica se obligó al silencio.

—Le cortaba el cabello cuando dormía —continuó Gabriel notando la repentina incomodidad en ella—. Es la única manera posible que hay para cortarle el cabello, cuando duerme, y mi incursión en la estética femenina nocturna no fue para nada buena.

En algo no tienes que ser perfecto, pensó Verónica.

Gabriel Oates ya estaba en el podio de la perfección, ese podio se encontraba ubicado a mitad de la escalera directa al enamoramiento total. A Verónica le quedaban un par de escalones más.

Una idea se gestó en la mente de la abogada corporativa. Ella tenía un sinfín de conocidos, más aún en el área de servicios. Siempre había favores pendientes.

—Entonces hay que buscar a alguien capacitado en la estética del cabello que trabaje en horas nocturnas...

—Y a domicilio —intervino Gabriel consciente de la absurda solución planteada.

—¡Exacto! Y creo que yo conozco a ese alguien.

Gabriel frunció el ceño mientras Verónica se organizaba en silencio.

—Hoy es miércoles... mañana dudo que sea posible. —Se hablaba a si misma—. Viernes... sí, viernes, ideal. —Finalizada la organización mental, volvió a Gabriel, que todavía la observaba con el ceño fruncido—. ¿A qué hora se duerme la niña?

—Pasada la medianoche.

—¿Pasada la medianoche?!

—Lo de energía inagotable lo dije en serio. Es la primera en despertarse y la última en dormirse.

No había posibilidad de arrepentimiento. Se había lanzado al abismo Oates, y lo había hecho con plena consciencia y deseo.

—Ok, este viernes, después de la medianoche.

—¿Qué va a suceder este viernes después de la medianoche? — Gabriel estaba desorientado al extremo.

—Tu casa, a medianoche, y la mejor estilista de cabello de la zona norte de la ciudad. Eso va a suceder. Y mi presencia, por supuesto, si es que somos bienvenidas.

¿Bienvenidas? ¡Por supuesto que lo eran!

¿Cómo decirle que no?

No podía negarse, desde ese instante en adelante, Gabriel, jamás podría negarse a ella.



Los dos hicieron la cuenta regresiva en silencio.

Los dos tenían el calendario marcado.

No era un simple favor, era trascender una barrera, bajar los muros. La

decisión de no quererse dejar ir.

Gabriel era rápido y bueno en su labor. Todo había marchado al ritmo planeado, para la tarde de ese viernes el trabajo ya estaba casi finalizado. Quedaban los últimos controles y la colocación del mobiliario restante para dejar el lugar como nuevo.

En esos últimos dos días, los encuentros con Verónica habían sido fugaces. Ella estaba desbordada de responsabilidades. Él también.

Luego de aquel café habían intercambiado números telefónicos. Lo que no se decían cara a cara lo decían por mensaje.

La medianoche del viernes los esperaba con ansías.

Constanza Prado era la estilista personal de Verónica. Llevaba casi una década dedicándose al cuidado del cabello rubio rojizo de su abogada preferida. No tenían una profunda amistad, a pesar de ello, cada vez que ambas se encontraban compartían sus vidas como si ambas estuviesen en plena terapia. Constanza estaba al tanto de la significancia de Gabriel para Verónica, ella misma le había contado de él semanas atrás, cuando había ido a que le reforzara el tinte de cabello. Las actualizaciones ahora recibidas la habían dejado boquiabierta, y por supuesto, no puso “pero” alguno al pedido extraño de su mejor clienta.

La casa de Gabriel resultó más acogedora de lo esperado para las dos recientes invitadas nocturnas. Se respiraba perfume a hogar, a familia. El desorden ordenado saltaba a la vista: juguetes, calzado por aquí y por allá; la mesa central del living había perdido su real funcionalidad para transformarse en depositario de cajas de rompecabezas y útiles escolares. Un perfecto caos. En otra circunstancia de su vida, Verónica hubiese huido despavorida, en su departamento hasta las paredes eran relucientes, ahí, en aquellas paredes, había manchas, rayones, y dibujos hechos por las más pequeñas e inexpertas manos.

No iba a huir. Sí, se lo tuvo que repetir.

Se recordó que estaba ahí porque lo quería así, porque...

¡Mierda! ¡Por todos los hijos del mismísimo infierno!

Intentó seguir maldiciendo para sus adentros. Le fue imposible, la lengua de esa gigante criatura peluda llamada Tudor le recorría el rostro sin piedad alguna, impidiéndole toda posible reacción o elaboración de pensamiento.

Por pura suerte no fue a parar de nalgas al suelo.

—¡Tudor! ¡Vamos muchacho, ven aquí!—Gabriel lo tomó de la correa y lo alejó de ella—. Perdón, no solemos tener visitas, se emociona mucho. — Buscó ayuda a su alrededor, junto a la puerta de la cocina estaba la mayor de las niñas—. Micaela, llévalo hasta el jardín trasero, por favor.

La niña se acercó, estaba ya lista para la cama, saludó a las dos mujeres con un beso en la mejilla.

—Mejor lo llevo conmigo a la habitación, afuera va a ladrar.

Micaela era la segunda en mando en la casa, la mano derecha de Gabriel, él consideraba cada una de las sugerencias que la niña hacía.

—Tienes razón. —Le sacudió el cabello y la besó en la frente—. Cierra la puerta así no se escapa.

La niña se despidió llevándose al perro con ella.

Verónica disimuló el asco que le causaba sentir que la saliva del perro comenzaba a secársele en el rostro. Se quitó los pelos de la ropa para ocultar esa expresión ante Gabriel. Constanza, estaba enrojecida de la cabeza a los pies, no podía quebrarse en carcajadas, y eso le provocaba dolor en el cuerpo.

Después de la bienvenida oficial, el señor de la casa se excusó unos segundos para hacer el control del estado de sueño en Emilia. Ni bien abandonó la habitación, Constanza sacó el móvil para tomarle fotografías a Verónica. Todavía continuaba quitándose pelos del perro de la chaqueta azul.

—¡Quita ese móvil de mi rostro!—dijo en tono severo y susurrante.

Constanza no consideró para nada la indicación, contrario a ello, se ubicó junto a ella y tomó una selfie.

—De aquí a unos meses, vamos a reírnos mucho con esto.

—Sí, sobre todo cuando coloque esa foto en tu funeral —gruñó Verónica—. Después de cortarle el cabello a la niña, córtale el pelo a ese animal también.

—¡Ni loca! Tiene un pelo hermoso y brillante, tú de envidiosa porque él es un rubio natural. —Volvió a ubicarse junto a ella para tomar otra fotografía—. Ahora practica sonrisa y quítate esa cara de amargada, presumida, y ser superior que tienes ¡Selfie!

Sonrió de forma forzada, y lo consiguió, borró de su rostro la expresión de amargada, presumida... y todo lo demás, tan común en ella.

Cuando Gabriel regresó, la sensación de pasar un momento a gusto impreso en el rostro de Verónica lo hizo sentirse satisfecho con la decisión de haberla invitado a ingresar a su vida de esa manera.

Lo había dicho, no solían tener muchas visitas, y menos de ese estilo, como ella.

Para Gabriel, Verónica era algo más, mucho más. A su lado había vuelto a sentir viva esa parte de él que había creído muerta con la partida de Noelia. Las mariposas olvidadas de su estómago comenzaban de nuevo a agitar las alas.

—Emilia lleva más de media hora dormida —confesó en voz baja.

A pesar de ser viernes por la noche, la calma invadía la totalidad de la casa Oates. Vida de familia, una auténtica vida de familia.

—¿Y con eso nos quieres decir...? —Las palabras de Constanza siempre sonaban amables.

—Que está desmayada y ni un terremoto puede despertarla.

—¡Manos a la obra entonces! —intervino Verónica motivándolos.

Gabriel les indicó el camino a la habitación de la niña, detrás de ellas fue él, agradeciéndole una y otra vez a ambas por el inmenso favor.

La habitación de Emilia era compartida con Carola, y la más pequeña del clan familiar, se encontraba despierta a la espera de las visitas.

—¡Verónica! —La niña saltó en la cama feliz.

Su padre la silenció, Emilia dormía de manera profunda, aun así era preferible no tentar al destino. Lo del terremoto podía fallar.

—Lo siento —dijo apretando los labios y sentándose en la cama como un indiecito.

Gabriel tenía la necesidad de compensarlas como sea y a como diera lugar. Luego de insistir tres veces, y sólo para hacerlo sentir feliz consigo mismo, Verónica y Constanza aceptaron una infusión caliente para acompañar la noche otoñal. Su ausencia transformó la habitación en un pequeño e improvisado club femenino.

Constanza hizo un recorrido visual sobre la bella durmiente que próximamente se convertiría en víctima de su tijera. Dormía boca abajo. El cabello era asimétrico por los cortes irregulares que se le había proporcionado, y como si eso no fuese ya suficiente, era de naturaleza semi-rizada, lo que complicaba todo el cuadro estético, debía desenredar esos rulos.

—Niña dormida, mejilla contra la almohada, y con rulos... la pesadilla de toda estilista —bromeó mientras continuaba con la evaluación de la situación—. Si mal no recuerdo, me dijiste que el lado izquierdo era el más complicado, ¿no?

—Sí.

Las dos observaron la pose de la niña. Dormía sobre la mejilla izquierda.

Se miraron. El subtítulo de esa mirada fue un insulto compartido.

—Estamos en problemas —balbuceó Verónica.

Carola, que era muy perspicaz para su edad, se invitó a la conversación.

—Puedes moverla si quieres, no va a darse cuenta.

—¿Estás segura?

Carola no respondió, resopló mostrando el fastidio que le causaba que la pusiesen en duda, se levantó en dirección a la cama de su hermana, y con un movimiento magistral, le quitó la almohada provocando que moviera la cabeza: Emilia se acomodó del lado derecho y continuó durmiendo.

—No va a despertarse, sólo se despierta cuando el sol da en nuestra ventana o se siente mal.

Constanza puso los elementos a utilizar sobre la mesa contigua a la cama, tomó el peine y se lanzó al cabello. Debía extender los rulos para saber el largo real del cabello. Parada, en la posición más incómoda del mundo, comenzó a desenredarle los bucles.

—Puedes sentarte si quieres —Carola volvió a intervenir—. Siéntate en la cama, ahí... —Le indicó el punto estratégico al borde de la cama—. No va a notar lo.

No iban a poner en tela de juicio lo que la niña decía, ya estaba claro que sabía de lo que hablaba. Compartía la habitación con su hermana, era una experta en ella.

Constanza se acomodó en el borde medio de la cama, la comodidad obtenida lograba un efecto más óptimo en el trabajo. Con plena atención en la bella durmiente, se dedicó a hacer aquello que sabía hacer, embellecer el cabello femenino.

—Tú puedes sentarte aquí... —Con una gran sonrisa, Carola le indicó un lugar en su cama a Verónica—. Conmigo.

¡Cómo negarse a tal dulce invitación!

Era una auténtica hija de su padre. Una sonrisa y la conquistaba.

Hombro contra hombro quedaron, con las espaldas apoyadas en la pared, y las piernas de Verónica colgando de la cama.

—¿Ella sabe cortar el cabello de niñas? —preguntó Carola mientras observaba cada uno de los movimientos de Constanza.

—¡Ella es la mejor cortando el cabello!

La niña suspiró como quién se saca un peso de encima.

—¡Que suerte, pobre Emilia! Si yo fuese ella, no hubiese salido así de la casa. Le dije que vaya al colegio con mi gorra de Hello Kitty, no me hizo caso... no le gusta usar gorras. —Carola estaba predispuesta al monólogo y Verónica fue toda oídos—. ¡Ni siquiera en los días de mucho sol! ¡Y eso que en los días de mucho sol hay que usar gorra porque el sol te hace mal! Pero no, a ella le gusta el sol... y no le gustan las gorras. Y me parece que también le gusta el cabello corto, por eso usó las tijeras. Lo tenía muy largo. Creo que le molestaba. A mí no me molesta el cabello largo. —Exhibió su extensa cabellera castaña ante ella—. Si lo tengo largo la tía Andrea me puede hacer peinados, como los peinados que yo le hago a las muñecas. A Emilia no le gustan los peinados. Tampoco le gustan las muñecas.

—¿Y qué le gusta a Emilia? —La necesidad de querer saber más sobre la niña hizo que Verónica interrumpiera el monólogo infantil.

Carola se quedó en silencio, pensó la respuesta sin quitar la mirada sobre el rostro de su hermana dormida.

—A Emilia le gusta ser Emilia...

¡Vaya respuesta! Filosofía pura saliendo de los labios de una nena de seis años.

—Ella es diferente, y le gusta que la dejen ser eso... diferente. Por eso mi mamá, a nosotras, nos llevaba al salón de belleza, y a ella le cortaba el cabello aquí, en la casa, cuando dormía, porque sabía que le gustaba eso: levantarse y darse cuenta que su cabello estaba diferente. ¡Como si fuese por magia! —No había tristeza en la voz de la niña, hablaba de su madre refugiándose en los buenos recuerdos y no en el recuerdo de su muerte. La muerte, desde esos pequeños ojos, era contemplada y vivida de otra manera—. Papá lo intentó pero no pudo. —Buscó contacto visual, y una vez que sus ojos se encontraron con los de Verónica, continuó con la misma calma y dulzura—. Mi mamá ya no está, ¿lo sabes?

Verónica tragó saliva. No se había propuesto hablar de la muerte un viernes a la medianoche con una niña de seis años.

—Sí, tu papá me lo dijo.

—Está en el cielo... y aunque eso no parece tan lejos, lo es. Papá me lo dijo, está muy lejos, y es por eso que no podemos ir a buscarla. Se necesita una nave espacial o algo parecido. Cuando sea grande voy a estudiar mucho así aprendo a construir una de esas naves y la voy a buscar.

¡Dios Santo! Un nudo en la garganta, un nudo en el estómago.
La niña sonreía, sonreía pensando en el futuro y lo que lograría con él.
Y ella, ella contenía con todas sus fuerzas las ganas de llorar.

—¿Tú tienes una mamá todavía?

Iba a llorar. ¡Dios Santo, iba a hacerlo!

—No. Ella también está en el Cielo.

—Bueno, cuando tenga mi nave espacial y traiga a mi mamá de vuelta, si quieres, puedo traer a la tuya también.

La primera lágrima salió, le recorrió la mejilla.

—Me encantaría... en verdad me encantaría eso.

Carola sonrió, la idea “recuperación de mamás” le había iluminado el rostro, y las compuertas que contenían el resto de las lágrimas de Verónica se quebraron.

—Permiso...

Se excusó y salió de la habitación. No deseaba llorar de esa manera ante la niña. El silencioso pasillo entre habitaciones fue su resguardo. Respiró y exhaló. Respiró y exhaló. Intentaba recuperar la calma y detener las lágrimas.

La puerta de una de las habitaciones se abrió y Tudor salió a la carrera.

Una vez más sobre ella.

Una vez más, la húmeda lengua del canino le invadió el rostro.

El peludo rubio natural le secaba las lágrimas de la manera más desagradable posible.

Verónica no quería llorar más. Tampoco quería maldecir. Sin más alternativas, rió. Rió y se dejó vencer por el gran Tudor.

—Ok, Tudor. ¡Tú ganas!... ¡Tú ganas, muchachote!

Dejándose caer al suelo por él, le devolvió las caricias.

¡Sí, Verónica Suárez Andrade acariciaba un perro!

¡El universo estaba loco, muy loco!

El operativo “S.O.S - Salven al cabello de Emilia”, fue un éxito rotundo. Todos estaban satisfechos con el resultado, y la aprobación de Carola fue comparable a la recepción de un premio de la Academia para Constanza.

Pensar que Verónica se consideraba una clienta exigente y demandante.
¡Qué equivocada estaba!

Luego de que las niñas se fuesen a dormir de manera definitiva, Gabriel compartió el café junto a sus dos visitas. El pobre no encontraba palabras de agradecimiento, y para no quedar en deuda con ellas, buscó un sinfín de alternativas. Se ofreció a pagarle. Ni Constanza ni Verónica lo aceptaron. Se ofreció a futuros trabajos de reparación sin costo alguno. Tampoco lo aceptaron. Nada, al parecer, el pobre hombre no tenía nada interesante para ofrecerles.

Constanza vio una oportunidad en la insistencia de Gabriel. Sabía que era muy posible que Verónica la odiara por ello, aun así se arriesgó...

—Ahora que lo pienso, creo que hay una forma de compensar esto.

Los ojos atentos de Gabriel se posaron en ella.

Los ojos inquisitivos y desafiantes de Verónica, también.

—En realidad, técnicamente, el favor se lo debes a ella —Hizo clara referencia a Verónica.

—Le debo muchos favores ya —agregó comprendiendo el camino que intentaba tomar la mujer.

—Con más razón entonces, esta solidaria mujer se merece algo... algo, no sé, como una cena.

Verónica la fulminó con la mirada. ¡La odiaba por decir eso, y a la vez, la amaba!

—Gabriel, no tienes que devolverme ningún favor...

—Si utilizo tu lógica, sí... a ti no te gusta deber favores ¿no es así?

Moriría a causa de su propio veneno.

—Yo soy yo, tú eres tú.

—Por eso mismo, tú eres tú... y coincido con ella, te mereces algo más que un café y una galleta de chocolate de una simple cafetería.

Él quería. Ella quería. Los dos lo querían. No se atrevían.

El universo ya estaba loco, y esa locura la completaba Constanza.

—¡Perfecto, una cena para dos! Falta el día y la hora.

Sólo faltaba eso en el tablero del destino. Lo demás ya estaba dicho, lo demás... ya se sentía.



CAPÍTULO 12

Desde que habían establecido “el viernes próximo” como el día óptimo para la cena agradecimiento, Verónica suplicó a los cielos que esos días volaran... corrieran rápido.

Los días no corrieron, ella lo hizo.

Parecía que la realidad cotidiana de su vida se había dado cuenta de las vacaciones que se había tomado desde la reaparición de Gabriel Oates, y ahora, la castigaba sin piedad.

Gabriel había dado por finalizado el trabajo la tarde del lunes. La cocina comedor gerencial ya era otra, perfecta, reluciente, dejando el peor recuerdo de su ausencia. Una taza de té de vainilla, a mitad de la tarde, en completa soledad, ya no sería lo mismo para Verónica.

Sobrevivió a la semana sin él gracias a la pequeña dosis de droga que le regalaban los repentinos mensajes de texto entre ambos. Le quedaba un almuerzo de negocios, actividades de oficina, y luego se marcharía a casa para prepararse. No era sencillo elegir el atuendo de una cita que no era cita. Debía seducir sin que se notara, con sutileza, y la sutileza no era propia de ella.

—El almuerzo va a tu cargo —Le susurraron al oído.

La presencia de Cristian, el espía corporativo número uno de Verónica, se hizo notar de esa manera.

—Viniendo de ti, es de esperarse.

Ella había elegido el lugar y la hora. Un restaurante alejado de las oficinas. Prefería que no los vieran juntos.

—Siéntate, llegas tarde —agregó.

Cristian se ubicó frente a ella, tomó el menú, los ojos le danzaron dudosos de la selección que haría.

—Estoy entre langosta o salmón.

Por supuesto iba a ordenar lo más caro del menú. Ella invitaba.

—Ordena ambos así complaces al niño idiota dentro de ti y dejas salir al adulto. Lo que te voy a pedir es importante y de suma confidencia.

—De ser así... —El mesero se acercó, ya había tomado con anterioridad el pedido de Verónica. Cristian dejó los comportamientos

infantiles de lado—. Lomo al vino tinto con patatas asadas. Para para beber, lo mismo que ella.

Agua finamente gasificada con una rodaja de pepino.

Una vez que el mesero se marchó, se comportó como el profesional que era.

—Dime, vamos a acosar sin sentido a alguien más o vamos a hacer un trabajo en serio.

Lo de Tomás Orsi se había transformado en una gran fantochada, dinero perdido y horas de investigación desperdiciadas, él desgraciado no tenía ningún muerto escondido en el armario.

—Tomás Orsi no es más que una piedra en mi zapato. No estamos aquí para hablar de él.

—¿Para qué estamos aquí entonces? Me tienes ansioso.

La relación laboral que los unía se mantenía siempre a distancia, llamados telefónicos, correos electrónicos; en contadas ocasiones se reunían frente a frente. Cuando eso sucedía, la relevancia del asunto inquietaba al joven hombre.

—Estamos aquí por esto. —Sacó una carpeta de su portafolio profesional y se la entregó.

Cristian observó el contenido de la misma manera que lo hizo con el menú, los ojos le volvieron a danzar dudosos.

—¿CINAR S.A?

—Sí, CINAR S.A ¿La reconoces?

—¿Cómo no conocer a la planta química más grande del país que factura billones gracias a sus vinculaciones gubernamentales! —resopló con fastidio.

El sarcasmo utilizado por Cristian hizo que Verónica riera.

—¿Y desde cuándo tú tienes moral? —Se burló de él.

—Desde siempre, pero la moral no paga las cuentas. Menos que menos, los gastos innecesarios de mi mujer. ¿Qué mierda han hecho ahora estos delincuentes, dime?

—Lo mismo de siempre... contaminaciones, emanaciones, etc, etc. En el legajo que te acabo de entregar hay dos familias, quiero un informe general de ellas.

—¿Qué período de tiempo?

—El necesario. Quiero saber todo, dónde nacieron, dónde crecieron, qué maldito aire respiraron...

—Historial completo, entiendo. —Cristian revisó el contenido de la carpeta con más detalle.

—Incluyendo el historial médico.

—Eso no tienes ni que mencionarlo —dijo él levantando la vista—. No hay que ser un gran experto para darse cuenta que esto no es sólo cuestión de resarcimiento o indemnización.

—Lo sé, el nombre del abogado demandante es el primer indicio de ello.

Cristian escaneó el documento hasta que los ojos dieron con el nombre.

—Victor Méndez. —Lo dijo con cierto aire de desprecio—. ¿Lo conoces?

—No, de hecho, nadie lo conoce. Quiero saber de qué agujero salió, o mejor dicho, en qué agujero estuvo metido todo este tiempo y quién lo sacó de allí. O es un idiota que no sabe dónde está metiendo las narices...

—O es un idiota bien pago que responde a otros intereses —continuó él—. Como sea, idiota al fin.

—Mi intuición me dice que es un “idiota a secas”, el chivo expiatorio de alguien... un maldito pueblerino que marcha directo a la hoguera.

No era la primera vez que se intentaba hacer una demanda colectiva en contra de la planta química, la diferencia de ésta con las anteriores, era que dicha demanda tenía la finalidad de hacerse pública. Las intenciones ocultas detrás de eso encontraban el soporte en la puja de poder por parte de los grupos opositores al gobierno. Las cabezas principales de CINAR S.A eran figuras importantes del ámbito económico, y muchas de ellas, respondían como títeres a renombrados jefes del sector político. La realidad socio-económica era clara, la democracia pendía de un hilo y el país era gobernado desde las sombras por grandes grupos económicos. Poner en evidencia las relaciones de la planta química con el gobierno creaba un factor desestabilizante.

—A simple vista, esto es un caso perdido —Cristian esbozó su conclusión.

—A la vista de cualquiera lo es. Con más razón debemos de estar alertas y no dejar nada al azar. CINAR lleva casi veinte años desempeñando tareas en esa región, averigua también la historia vincular de CINAR y el Municipio entre esos años. Demandas anteriores han sido silenciadas, quiero saber el porqué. La respuesta a ese interrogante puede servirnos en el

presente.

Cristian comprendía la seriedad del asunto y el nivel de confidencialidad que Verónica pretendía mantener. Esa era la clase de investigación que le gustaba llevar a cabo, la ansiedad ante lo desconocido de segundos atrás se transformó en la ansiedad previa que lo invadía cuando ponía las manos en trabajos de importancia.

—Una pregunta antes de dar por iniciado este nuevo camino.

—La cifra que quieras. —Verónica interrumpió presuponiendo lo mismo de siempre: todo era asunto de dinero—. Tú pon el número en el cheque, nosotros ponemos la firma.

—No me refiero a eso, no es esa mi inquietud.

—¿Cuál es? Dime...

—¿Quieres lo conveniente para el caso o quieres la verdad?

El silencio inesperado de Verónica los puso en alerta a ambos.

No había duda alguna en esa respuesta. Lo conveniente. Siempre era lo conveniente. Lo que cerraba el trato era suficiente. Meter los pies en el barro profundo era innecesario.

Los pensamientos de Verónica comenzaban a contradecirse cada vez más.

Bebió un poco de agua. Sabía lo que tenía que decir, lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Lo conveniente o la verdad? ¡Vamos, Verónica... quieres que responda por ti! —Una sonrisa burlona acompañó a las palabras de Cristian.

Los pensamientos rebeldes de Verónica ganaron.

—La verdad... quiero la verdad.

La palabra “verdad” debutó en sus labios y ella la sintió de maravillas.

—¿Segura?

—Segura. Rompamos con la rutina. —Intentó vestir con sarcasmo a la sensación que la motivaba a tal cambio en su modo operativo profesional—. Sólo por eso quiero la verdad.

Cristian sonrió. A pesar de las bromas y las indirectas que utilizaban para relacionarse se tenían respeto como profesionales. Esta nueva faceta de Verónica le agradaba al joven investigador.

—La verdad, perfecto. Y para romper yo también con la rutina... el almuerzo va por mi cuenta.



Llevaba la cuenta de las horas. Todavía le faltaban siete.
¡Siete horas! ¡Cuatrocientos veinte minutos! ¡Veinticinco mil...!
La ansiedad la estaba consumiendo como a una simple adolescente.

Después de un almuerzo exprés junto a Cristian, la mejor alternativa para conseguir que las agujas del reloj se movieran era dedicándose a eso que le llenaba la cuenta bancaria mensualmente.

Invertir el tiempo en el trabajo ya era una imperiosa necesidad, sentía mucha presión por parte de Lucrecia. Desde aquel intercambio de palabras nacido por la presencia de las niñas de Gabriel en la oficina, la relación entre Verónica y su mentora estaba tambaleante. Lucrecia percibía en el aire los cambios de la abogada estrella vinculados a la nueva “relación amistosa” con el contratista independiente. Gabriel era considerado un factor desestabilizante para Lucrecia, y como tal debía eliminarse. La mejor manera de hacerlo era bombardeándola con trabajo.

Llegar al Bufete y, encontrarse a Alicia en la recepción dispuesta a interceptarla en el camino, indicaba una única cosa: malas noticias.

—Tienes visitas —susurró ni bien Verónica estuvo junto a ella.

—Sé directa, Alicia.

Verónica no se detuvo ni por un segundo, sus piernas respondían de manera automática, caminaban solas hacia su oficina.

Alicia no tuvo más alternativa que ir detrás de ella.

—Tomás Orsi está aquí.

El nombre fue como activar la luz roja de un semáforo imaginario. Verónica clavó los frenos de los tacones.

—¿En mi oficina?

—No, en la sala de juntas secundaria. Me pareció mejor mantenerlo lejos del alcance visual de Lucrecia.

—Te pareció bien.

Lucrecia tenía al hombre entre ceja y ceja, cada vez que hablaba de él destilaba veneno, tenerla cerca mientras él se encontraba ahí no era una buena idea.

La sala de juntas secundaria se encontraba en el extremo opuesto a las oficinas gerenciales.

Los tacones de Verónica retomaron la actividad. Con Alicia de

acompañante, volvieron a pasar por la recepción ante la mirada atenta de Evelyn.

Los ojos de Verónica se posaron sobre ella, la muy desgraciada tenía la común tendencia de ser la voz oficial del Bufete, Lucrecia se enteraba de todo gracias a ella.

—No te preocupes por Evelyn. —Alicia era la mejor asistente del mundo, comprendía hasta los pensamientos de Verónica—. Va a mantener la boca cerrada.

Verónica sonrió con picardía.

—¿Con qué la sobornaste?

—Hace dos meses la encontré en la sala de copiado en una situación “no muy decente” con el jefe del departamento de finanzas.

—¿Con Ernesto Gallardo? —Verónica estaba sorprendida.

—Ese mismo.

—¡Maldita zorra!

—¡Maldito infiel! —agregó Alicia.

Cuando estuvieron a unos pasos de la sala, se detuvieron. Observaron al hombre que la esperaba.

—Zorra e infiel. ¡Dios los cría y el viento los amontona! —finalizó Verónica con ironía.

—Sí, los amontona en la sala de copiado. —Resopló Alicia mientras su jefa avanzaba hacia el centro de la tormenta.

Sin falsos preámbulos, así ingresó a la sala Verónica.

Golpeó la mesa con su maletín. Tomó asiento del otro lado de la gran mesa. La actitud del hombre indicaba una clara predisposición al ataque. Ni siquiera se levantó ante su presencia.

—Dígame Sr. Orsi, ¿qué lo trae por aquí sin escolta oficial?

Se refería a Walter Braxton, su abogado. Tal ausencia indicaba dos posibilidades: la declaración de guerra o la rendición definitiva.

—Me harté de los intermediarios. En especial de usted, Srta. Suárez Andrade.

—Gracias, suelen decirme eso a menudo. Lo considero un halago.

El aire podía cortarse con el filo de una hoja de papel. Ninguno de los dos estaba a gusto con la presencia del otro.

—Me imagino que sí, su vida se debe reducir a eso.

Confirmado. Tomás Orsi declaraba la guerra en persona.

—¿A qué?

—A ser una molestia en el zapato para alguien.

—Y eso lo dice, justamente, la molestia en el zapato de mi clienta. —

El sarcasmo le ganó al profesionalismo. Verónica no pudo contenerse, ese divorcio la estaba asfixiando.

—Cree lo que quieras creer, jamás he intentado ser eso para ella, ni hoy, ni ayer, ni nunca. Al contrario, está donde está por mí.

—“Está donde está por mí” —repitió ella—. Dime, ¿puedes demostrarlo?

—No importa si puedo o no demostrarlo, es la verdad. Ella lo sabe y yo lo sé.

—Ese argumento no te es suficiente para obtener lo que quieres, y por tal motivo, te sugiero que aceptes lo que te ofrecemos.

Orsi rió con falsedad y hastío. Sus ojos se encontraron con los de Verónica y la insultaron en silencio.

—Lo que ofrecen nunca va a ser suficiente —Esas palabras se escaparon de la boca del hombre.

—¿Y qué es lo que quieres? ¡Vamos, pongamos las cartas sobre la mesa! ¿Qué quiere el Sr. Tomás Orsi para poner fin a esto de una buena vez?

—Mi vida vivida con ella, eso es lo que quiero.

Una intensa carcajada, esa fue la respuesta de Verónica.

—¡Por favor, estamos intentando hablar con seriedad aquí!

—¡Quiero mi vida vivida con ella de vuelta! Devuélveme eso y me doy por satisfecho.

—Tu vida vivida con ella... perfecto. ¿Quieres con eso una pareja de unicornios también?

—No estoy bromeando.

—Eso es evidente, no estás bromeando, estás delirando. ¿Y yo que pensé que el imbécil aquí era Braxton? —dijo Verónica para sí.

—Es evidente que para ti, todo tiene un precio... hueles a eso —dijo él con desprecio.

—¿Huelo a eso? —La mezcla de desconcierto con mal humor estaba generando una extraña combustión en Verónica.

—Sí, hueles a mujer que ama a lo equivocado.

Hasta ese día, el amor para Verónica era sólo una palabra. En ese instante presente, el amor fue un nombre, un rostro, un hombre. Gabriel estaba clavado en su solitario corazón.

—Creo que estás trayendo al amor a un terreno equivocado. —El profesionalismo se había ido por la borda y ella intentó traerlo de regreso—. Aquí se trata de una decisión, de una firma y un adiós.

—Tienes razón, es una firma y un adiós, la decisión de un adiós que tira al bote de la basura quince años compartidos. Me resisto a eso, no puedo aceptarlo. Los sentimientos no pueden arrojarse a la basura.

El destino era un auténtico sinvergüenza, había elegido el día perfecto para poner sobre la mesa algo más que las cartas, arrojaba ahí, con total descaro, un sentimiento llamado amor.

La vida misma le regalaba un spoiler a Verónica. “Cuando le permites a tu corazón ser libre, esto es lo que sucede... el amor sucede”.

Verónica intentó equilibrar su balanza emocional. Esto no se trataba de ella.

—Lo siento, que tú puedas aceptar o no esto, no es de mi incumbencia. Lo único relevante para mí son los deseos de mi cliente, y esos deseos ya no te incluyen en su vida. Acepta el dinero, firma la petición de divorcio, y luego ve a una consulta con un terapeuta, la necesitas. De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué?

—Prepárate para una vida de austeridad.

No le fue necesario ser más directa, hablaba de la inhibición de su cuenta bancaria, él lo comprendió.

—Esa medida es a corto plazo...

—Por supuesto que lo es. —Lo interrumpió con el triunfo en los labios—. Muy a corto plazo. Mira lo rápido que te trajo hasta aquí.

—¡Eres una maldita desgraciada!

—Eso también suelen decírmelo a menudo. Demás está decir que para mí es un halago.

Verónica intentó sonreír. Lo intentó. No pudo ni siquiera fingir. Sentía la mentira en esas palabras. La maldita desgraciada era el vestido que mejor le calzaba, contra todos los pronósticos... ya no se sentía tan cómoda con él.

Tomás Orsi extrajo del interior de su chaqueta lo que parecía ser un sobre y su teléfono móvil. Accionó la pantalla del mismo, indagó en él y cuando llegó a lo que parecía ser la búsqueda definitiva, deslizó el aparato por la mesa para que llegara a las manos de Verónica.

—Ese es el detalle de gastos de la cuenta bancaria que inhibiste. Mira... —La invitó a que indagara en él.

—Los movimientos de tu cuenta bancaria no son apreciables para mí.

—¡Mira, maldita sea! —gritó él con la furia a flor de piel.

Verónica ya no era la Verónica de siempre. No, era la otra Verónica, la olvidada, la perdida... la verdadera.

Miró la pantalla. Recorrió la información ahí indicada.

Hogar de Niños-Nuevos Sueños.

Comedor infantil-Pancitas llenas.

ONG Manos unidas-Activismo social.

—Me importa una mierda la membresía de un club de elite. Me importa Marisa... me importa esto —dijo recapturando con brusquedad el móvil—. Supongo que una mujer como tú, esto no puede entenderlo.

Buscó un bolígrafo dentro de uno de sus bolsillos, abrió el sobre y exhibió los papeles de divorcio. Ante la mirada atenta de Verónica, los firmó.

Le arrojó los papeles firmados y el bolígrafo con furia.

—Dime, ¿cómo duermes por las noches?

Verónica se obligó a fingir. Hurgó en el manual de arpa perfecta que cargaba a cuestas desde hacía años y encontró la respuesta.

—Sin ropa interior y entre sábanas de algodón egipcio... así duermo por las noches.

Esa tarde hubo una inesperada rendición definitiva. Tomás Orsi se marchó arrastrando consigo la bandera blanca menos pensada.

Cuando el hombre abandonó la sala de juntas, Alicia se hizo presente al instante. El rostro perdido de Verónica, acompañado de lo que parecía ser unas ganas desesperantes de llorar contenidas, puso en alerta a Alicia.

—¿Te encuentras bien, Verónica? ¿Qué ha sucedido?

Cuando las repentinas ganas de llorar fueron forzadas al encierro del alma, Verónica recobró el habla.

—Sucedió lo que deseábamos, eso es todo. Dile a Lucrecia que Tomás Orsi ha firmado el divorcio.

—¿Dile? —A Alicia le resultó extraña la indicación, era lógico que tal noticia se la informara ella en persona.

—Sí, tú díselo. Y si pregunta por mí, dile... dile... dile lo que quieras.

Alicia quedó paralizada ante la indicación mientras observaba como Verónica se alejaba con claros indicios de marcharse del Bufete.

—¿A dónde vas?

—A casa... me tomo el resto del día libre.

¿El resto del día libre?

¿En qué ilógico mundo paralelo estaba?!

¿Verónica tomándose un día libre?

Alicia se persignó. Era evidente, el peor de los apocalipsis estaba por llegar.



Verónica no era la única que se sentía como una adolescente. Gabriel también.

Tres camisas y una chaqueta formal ya habían sido descartadas. Pantalones de jean, eso estaba decidido; lo demás...

—¡Dios santo, ponte una camisa! No vas a ir a una cita en camiseta.

Andrea y su vientre de embarazo apenas ensanchado, se asomaron por la puerta.

Insatisfecho con la experiencia “camisas”, Gabriel se había arriesgado a una camiseta blanca básica.

—No es una cita —Gabriel reaccionó ante una parte puntual del comentario.

—Si no es una cita, ¿qué es?

Con la familiaridad cotidiana de siempre, Andrea se invitó al interior de la habitación. Dio una mirada rápida a la ropa sobre la cama, y con un gesto de desagrado, se dirigió al armario.

—Es una cena, una cena de agradecimiento.

Andrea sostuvo su vientre para reírse con ganas.

—Por favor, eso es lo más absurdo que he oído en mi vida. —Le entregó dos camisas, una escocesa en tonos borgoña y una negra—. Si quieres agradecer, envías una cesta con obsequios. Punto.

Esa noche Andrea cumplía la función esencial de niñera. La cena con Verónica era posible por ella. Su comentario no era un reproche, era todo lo contrario. Estaba contenta de que su cuñado regresara a la vida de hombre. No podía ser padre y nada más que padre. A pesar de ello, Gabriel se sentía fuera de lugar ante la idea de “cita”. Deseaba pasar unas horas a solas con Verónica sin materiales de construcción o mechones de cabellos de niñas de por medio. Él y ella, como los adultos que eran, disfrutando de un momento y

una charla de adultos. ¿Acaso era eso tan difícil de entender?

—Hay agradecimientos que no entran en una cesta de obsequio — respondió a la defensiva.

—Véndete a ti el argumento que quieras, si eres feliz pensando que esto es sólo una cena, perfecto. ¡Que así sea! Pero por favor, ponte una camisa.

Andrea estaba dispuesta a la insistencia y Gabriel decidió considerarla, al fin y al cabo ella era una especialista en hombres, la testosterona le inundaba la casa: marido, dos niños, y un tercero en camino.

Gabriel capturó las camisas, las colocó sobre su pecho para contemplarse en el espejo. Andrea se puso a su lado para obtener la misma perspectiva. Las cabezas de ambos se movieron a un lado y al otro.

Escocesa – Negra.

A un lado y al otro.

Negra – Escocesa.

—¡Negra! —dijeron al unísono.

Andrea sonrió ante la victoria obtenida, el fornido hombre se marcharía a la “cena de agradecimiento” como debía de ser: con camisa, chaqueta y zapatos.

Gabriel se quitó la camiseta y se calzó la camisa ante la mirada atenta de ella. Se conocían desde hacía décadas, era más que la tía de sus sobrinas, era casi una hermana para él.

—La chaqueta marrón, pashmina negra al cuello, y listo —finalizó como si la cita fuese de ella.

—¡No voy a ponerme un pañuelo de mujer!

—Primero, no es un pañuelo, es una pashmina y es de hombre. Segundo... te la regalé para tu cumpleaños de hace dos años y nunca te la vi puesta.

—Pues espera sentada, porque eso no va a suceder.

—¡Es tendencia actual!

Sin aceptar la negativa, hurgó en el armario hasta encontrarla, regresó junto a él y se la colocó al cuello. Gabriel se lo permitió, no era un necio, la última vez que había ido a una cita... “cena”, “cena” (se corrigió y se lo repitió). Lo última vez que había ido a una “cena” con alguien había sido en la década de los noventa. Sin más alternativa, se comportó como un maniquí.

—¡Adiós contratista! —Reacomodó la pashmina en su cuello hasta encontrar la torzada perfecta—. ¡Hola Gabriel!

—Pareces Emilia —bromeó refiriéndose a las conductas repetitivas de la niña.

—Emilia tiene más sentido de la moda que tú, eso dalo por seguro.

Pensar en Emilia, en las niñas, lo regresó a la realidad. Habló de lo importante.

—Los viernes es día de pizza, ¿lo recuerdas, no?

Emilia tenía una rutina alimentaria, los viernes debía de comer sí o sí pizza.

—Por supuesto que lo sé, son mis sobrinas.

—Recuerda también que Emilia no come queso mozzarella, en el refrigerador está el queso que a ella le gusta...

—Ya lo sé, no es el primer viernes que paso en esta casa, ¿te olvidas? Emilia tendrá su pizza, y las niñas y yo tendremos la nuestra. ¡No es gran ciencia! —Finalizó con éxito la operación “pashmina-nueva tendencia”. Sonrió feliz—. ¡Perfecto, más guapo imposible! Vas a arrasarse en esa cita.

—No es una cita... —Volvió a repetir.

Andrea borró la sonrisa de su cara y se puso seria ante él.

—¿Por qué no puedes disfrutar de las cosas como son? Una cita, una cena... no importa, lo que sea, tienes permitido hacerlo. Gabriel, tienes permitido vivir tu vida sin darle explicaciones a nadie.

—Mi vida no es simple.

Esa era la excusa que albergaba dentro de sí. Su vida no era simple, no había lugar para nuevas posibilidades, no había lugar para...

—¿Y qué tiene que ver eso con intentar ser feliz?

—Soy feliz, mis hijas me hacen feliz.

—Esa no es la única felicidad que existe.

Sabía a qué se refería, y eso era algo en lo que él no quería pensar. Retornar a la vida amorosa era algo que no tenía planeado. No se veía con otra mujer, no se imaginaba con otra mujer. Verónica... Verónica era una excepción, algo inesperado, había irrumpido a su vida como la más fuerte y hermosa de las tormentas.

—Lo sé, aun así, una parte de mí no se siente a gusto con esto...

—¿Con qué? ¿Con el hecho de relacionarte con otras mujeres?

Gabriel no pudo responder, la garganta se le había cerrado. El recuerdo de Noelia volvía a él.

—Gabriel, el disco rígido del corazón tiene mucho espacio de almacenamiento. —Deseaba empujar a su cuñado lejos del camino de la

tristeza del recuerdo, intentó teñir de humor a las palabras para que no sonaran a sermón de superación personal—. No es necesario eliminar los sentimientos pasados para darle lugar a unos nuevos, ambos tienen lugar. Y en particular, tu corazón, es uno de los más grandes que conozco. Dale el uso que merece, no lo desaproveches, no desaproveches nada... ni siquiera una cena de agradecimiento.

Hablar del corazón, recordar a Noelia, pensar en Verónica. ¡Dios santo!

Gabriel exhaló con fuerza dejando salir los temores, las dudas, los pensamientos equivocados. Luego sonrió.

—Gracias... gracias por esto, por las niñas, por todo.

—No, gracias a ti, cada tanto, una noche de sólo chicas, es necesaria para mí. —Andrea hizo su arte, deslizó el mensaje subliminal perfecto—. Y desde ya te digo, este cuerpo y este vientre piden a gritos apoderarse de tu cama de dos plazas, así que sé libre y aprovecha la noche fuera, porque aquí, te espera el sillón.

Gabriel se sonrojó. Andrea siempre llevaba todo al extremo. Pasar la noche fuera de casa. ¡Por favor!



Le envió un mensaje para informarle de su presencia en la puerta principal del edificio.

“Dame unos minutos”. Esa fue la respuesta.

Regresó a la camioneta para procurarse la espera ahí. La ansiedad y la falta de experiencia en este tipo de situaciones le jugaban en contra. Se permitió descargar los nervios sobre el volante, los dedos tamborileaban a ritmo frenético en él.

Utilizó el espejo retrovisor para chequear el estado de su rostro.

Aggg... debía de haberse afeitado. ¡Maldición! Lucía desprolijo.

Los nervios cumplieron a la perfección con su rol, la primera gota de sudor le nació a la altura de la frente. Bajó el cristal de la ventana. Respiró. Volvió a controlar la imagen en el espejo.

¡Maldición! Tenía el cabello revuelto.

Intentó peinarlo, fue en vano, los remolinos propios de su cabello no se

lo permitieron.

Encendió el reproductor de audio. Puso música suave. Preparó el cinturón de seguridad del acompañante para que estuviese al alcance de la mano.

Hizo un recorrido visual por la camioneta, en especial en los asientos de atrás, las niñas solían dejar cualquier cosa tirada por ahí. Perfecto. Todo parecía perfecto.

Alzó la vista por pura intuición. Ahí estaba ella...

No pudo más que sonreír al verla, y eso fue suficiente para alejar cualquier sensación de nerviosismo. Con ella nada se planeaba, ni se ensayaba, con ella todo fluía.

Estaba vestida informal y elegante, siempre elegante. Hasta para respirar tenía elegancia Verónica. Pantalones de jean estilo chupin, tacones negros altos, blusa blanca, chaqueta negra a juego con un pequeño bolso de mano, y... y una bonita pañoleta blanca y negra al cuello.

¡Es tendencia actual! ¡Es tendencia actual!

La voz de Andrea se repetía en su cabeza.

¡Pashmina, un cuerno!

Desenroscó el accesorio colocado con tanto esmero en su cuello, lo escondió entre los asientos detrás de la palanca de cambios, y abandonó el vehículo para ir por ella.

El personal de seguridad del edificio accionó la apertura de puerta automática, Verónica fue libre. Avanzó hacia él con una sonrisa imborrable en los labios. Cargaba consigo una extraña sensación de felicidad. No recordaba cuando había sido la última vez que había esperado y deseado tanto por algo. Él y ella, sin situaciones rebuscadas para el encuentro. Sólo él y ella, dispuestos a invertir los siguientes minutos de su vida en mutua compañía.

Los ojos de Verónica se conocían de memoria el cuerpo de Gabriel Oates. *¡Las veces que dicho cuerpo la había acorralado en paredes imaginarias dentro de sus sueños! Uffff*

Pero ese no era un sueño, no, era la más bella, sensual y masculina de las realidades.

No sabía que planes traía pensados Gabriel, no le importaban en verdad, Verónica tenía los propios.

Gabriel la esperaba junto a la puerta de la camioneta. Sonreía de esa forma tan irresistible propia de él, haciendo uso y abuso de esos perfectos

hoyuelos que la naturaleza le había dado. ¡Dios, Verónica estaba dispuesta a pagar lo necesario con tal de ver esos hoyuelos a primera luz de la mañana!

—¡Mira tú lo guapo que estás! —Verónica no pudo contenerse.

Lo estaba. Con el cabello revuelto bajo la luz de la luna, Gabriel se convertía en el más inesperado de los Dioses para ella.

—¿Yo guapo? ¡Eso porque no te has visto a ti!

Verónica ya había decidido valerse de cada oportunidad, y en ese instante encontró la primera. Una vez junto a él, le estampó un beso en la mejilla.

Ese beso fue la bandera de largada. El derrumbe de una barrera que se mantenía por una absurda formalidad pasada. Y a él lo tomó por sorpresa.

Verónica transformó el beso en perpetuo, fue delicada e intensa, se quedó ahí, por segundos, con los labios en contacto con su piel, disfrutando de esa tibieza, respirando el dulce perfume de hombre que él le regalaba.

El corazón de Gabriel latió con fuerza fascinado por la cercanía, estaba ansioso de volver a sentir, y ella le hacía sentir miles de cosas a la vez.

Sin proponérselo, sin considerarlo una acción fuera de lugar, Gabriel la tomó de la cintura. Quería disfrutar de esa cercanía todo el tiempo que fuese posible. El deseo de recorrer su espalda con una caricia fue tan intenso que no le quedó más alternativa que fingir... con un ligero movimiento, la invitó a subirse a la camioneta.

—No quiero apurarte, pero hice una reserva en un restaurante.

Verónica respondió a la demanda, se acomodó en el asiento, y esperó que él le hiciera compañía para continuar con la conversación.

—¿Una reserva? ¿En qué restaurante? —Estaba intrigada.

—Sottovoce.

Sottovoce era un restaurant de comida italiana y mediterránea ubicado en la zona más céntrica de la ciudad, cercana al dique del río. Una invitación directa al romanticismo que garantizaba desde ya una exitosa velada.

—¿Sottovoce? —Ya no estaba intrigada, estaba eclipsada ante la sorpresa—. ¿Cómo lograste hacer una reserva en tan poco tiempo? Yo he intentado y me ha sido imposible.

Él sonrió, deslumbrarla no era la intención de la noche, aun así, lo había conseguido. Ella se lo merecía.

—¡Nunca subestimes a un contratista independiente y sus contactos! —bromeó y agregó—. Todas las instalaciones eléctricas del lugar tienen puesta mi firma.

—Gabriel, jamás te he subestimado, y jamás lo haré.

Los ojos de ambos se encontraron. El color verde oliva de los ojos de Verónica se fundió con el intenso café de los de Gabriel.

—Me da gusto saberlo —susurró él con satisfacción.

Esa era la primera de muchas miradas. Lo sabían, ya estaban anclados, el uno en el otro.

Puso en marcha el motor, se lanzaron a la aventura, juntos... y lo que prometía esa noche era una gran incógnita. Ni siquiera el destino lo sabía, porque la historia de ambos, desde ese instante en adelante, dependía de ellos...



CAPÍTULO 13

Era evidente que para ambos, lo único importante de la noche, era el simple hecho de estar juntos. La cena no importaba, menos que menos el lugar. Lamentablemente, el restaurante elegido no estaba dispuesto a aceptar que le quitaran el protagonismo.

Licor de naranjas como aperitivo de bienvenida, una pequeña parrillada de mariscos como entrada, y de plato principal, los mejores espaguetis con salsa ragú del mundo.

—Esto fue una mala elección, voy a seguir comiendo hasta que el plato quede vacío —confesó él sin pena.

Gabriel no pretendía atiborrarse la boca con espaguetis, no, los desgraciados saltaban solos del plato a sus labios.

—No te limites, yo pienso hacer lo mismo. La ansiedad me está haciendo devorar todo lo que me pongas delante. Y eso te incluye a ti también.

Cuando Verónica fue consciente de lo dicho, el rostro le ardió en llamas. Si comenzaba a darle vía libre a sus pensamientos, estaría condenada en cuestión de minutos.

Gabriel se transformó en la víctima de un vulgar mannequin challenge: quedó paralizado con el tenedor a mitad del trayecto. ¿Acaso estaba entendiendo lo que tenía que estar entendiendo? Recapitulando... ¿Qué era lo que tenía que estar entendiendo?

La especialidad en oratoria de Verónica salió en busca de la escapatoria perfecta.

—Ansiedad... ansiedad laboral, a eso me refiero. Tuve un día complicado en la oficina, y antes de torturarte a ti con eso, prefiero saturarme con estas pastas.

Ninguno de los dos creyó esas palabras, las aceptaron para salir del momento. El tenedor de Gabriel volvió al acecho, mientras su cabecita recalculaba la dirección como un GPS.

—Podemos hablar de lo que quieras, y si es de ansiedad laboral, mejor, soy un perfecto inexperto. Trabajar con tuberías dañadas y materiales de construcción no suele generar ansiedad alguna.

Hablar era la mejor alternativa para no saturarse con comida. De a poco, segundo a segundo, los planes nocturnos conjeturados por Andrea no parecían tan disparatados. Gabriel se adelantó a cualquier posible elección, si de él dependía, elegía la noche en compañía de Verónica que la fría soledad del sofá en casa.

Verónica sonrió, la sensación de haberse librado del comentario anterior le devolvió el tono común a sus mejillas.

—¡Trabajo libre de ansiedad! —Re-transformó lo escuchado y lo repitió—. Envidiable, creo que deberíamos cambiar de roles por un tiempo.

—Sin intención de desmerecerte o quitarte la ilusión, dudo mucho que mi trabajo combine bien con tus tacones altos.

—¿Tú dices? —bromeó—. Yo me visualizo perfecta con tacones cambiando tuberías.

—Si tú lo dices, te creo. Con respecto a mí, yo sí dudo mucho que pueda ocupar tu lugar. El dominio de las leyes no está dentro de mis habilidades.

—Lo bien que haces. Entender, utilizar, y manipular las leyes no siempre es una buena habilidad a mencionar. En especial en mi caso.

—¿Por qué lo dices?

Suspiró. De repente, por necesidad, Verónica suspiró.

Gabriel era como un faro en medio de la oscuridad, cuando estaba cerca de él veía todo con más claridad. Esa claridad comenzaba a abrumarla y a generarle planteos del estilo moral que nunca antes la habían molestado.

—Pensando en la trayectoria de mi carrera profesional, puedo decir que he tenido muchos logros, eso es una verdad y es un hecho, y aunque parezca absurdo lo que voy a decir, con sinceridad creo que cada uno de esos

logros, a cambio de lo que me han dado, se han quedado con un pequeño trozo de mi alma como recompensa. ¡El derecho corporativo es una gran mierda! — finalizó con una gran exhalación. Sí, por fin respiraba bien.

—Esas han sido palabras muy bruscas, inclusive para ti.

Ella quería mostrarle sus sombras. Quería entregarle lo peor de ella, porque sólo de esa manera, tras la aceptación, podría entregarle todo lo demás.

—Brusca, esa palabra me define a la perfección. Hoy, esta misma tarde, me golpee contra mi propia pared y comprendí que no tengo límites a la hora de obtener lo que quiero. Arraso con lo necesario, olvidándome que del otro lado, hay algo más que un simple nombre.

—¿Hoy?... ¿A eso te referías cuando mencionaste la ansiedad laboral?

Había mentido para escapar del impropio dicho, y sin proponérselo, había trasladado una verdad silenciada en ella. El enfrentamiento con Tomás Orsi la había afectado más de lo deseado.

—Sí, como te he dicho, mi especialidad es el derecho corporativo, pero como un favor especial a una de las socias gerentes del Bufete, accedí a tomar el caso de un divorcio. Un divorcio millonario que se esgrimía como de irresolución eterna por decisión de ambas partes. Jugué sucio, jugué la peor de las cartas... pensando lo equivocado.

Gabriel la escuchaba atento. Ella le estaba presentando sus fantasmas personales y él les abría la puerta a modo de bienvenida. Gabriel no juzgaba. Gabriel vivía la vida sin emitir juicios sobre otros. Era un hombre simple, a diario y junto a sus hijas aprendía a disfrutar de esa simpleza.

—Intuyo, según la información que me has brindado, que el inconveniente del asunto ha sido el dinero —Gabriel dio una opinión para que ella notara su predisposición a oírla.

—¡Eso mismo! ¡Dinero! Siempre es dinero, separación de bienes, y en algunos casos, la puja por el cuidado de los niños. De ahí que no sea de mi fascinación el derecho civil. Como sea, el divorcio de ambos no se inició en nuestro bufete, venía desde antes, con otros abogados vinculados, nosotros... yo... fui el factor dinamita.

—Entonces, eres algo así como la soldado SEAL del bufete —Gabriel no pudo contenerse, tenía que bromear con ello.

—Un SEAL retirado devenido en mercenario vendido al mejor postor. —Decidió bromear consigo misma—. Creo que eso me define más —finalizó con pena.

—No, eso no te define, créeme.

Fue su voz. La intensidad de su mirada. La calma de sus labios al decir esas palabras. Fue todo él.

El corazón inerte de Verónica, convertido en piedra tiempo atrás a fuerza de propia voluntad... convulsionó, resucitó. Gabriel había abierto una grieta en ese corazón, y se filtraba, poco a poco, gota a gota, dentro de él.

—Quiero creerte, en verdad quiero, no sé si pueda hacerlo después de lo de esta tarde.

—Entonces sé puntual y dime... ¿qué sucedió esta tarde?

—La dinamita estalló, eso sucedió. De la nada, la contraparte del divorcio se hizo presente en el Bufete y firmó los papeles delante de mí. Horas después, mi secretaria me informó que el acuerdo firmado por él había sido el primero, un acuerdo básico en dónde no obtenía todo lo que quería.

—Entonces no era cuestión de dinero.

—Si me lo preguntabas ayer, te hubiese dicho que sí, hoy... pongo todo en duda. Creo que simplemente no quería separarse de ella.

—¿Cuestión de amor, tal vez? —Gabriel elaboró la única suposición posible para él. Era un hombre hecho a base de puro sentimiento.

—Tal vez. No lo sé, no soy una experimentada en esa área.

No podía exigírsele comprensión al corazón de Verónica, el pobrecillo estaba en terapia intensiva, acababa de regresar a la vida.

Gabriel habló desde la experiencia personal, una muy diferente comparable a la de un divorcio.

—Bueno, que alguien te deje de amar no garantiza el hecho de que tú, lo dejes de amar también. El amor no funciona así. ¿Ella solicitó el divorcio?

—Sí.

—Tal vez ella lo dejó de amar, él no, y como última alternativa, buscó la forma de aferrarse a ella de esa idiota manera, negándose.

Recordó las palabras del hombre, recordó toda la situación.

“Me importa Marisa... me importa esto”.

“Hueles a mujer que ama lo equivocado”.

Verónica se resguardó en el silencio. Gabriel decidió entrometerse en él. También debía presentarle a ella sus sombras. Aceptarlo como era, sintiendo de esa manera y respetando esos sentimientos.

—Yo conocí el amor con mi mujer, y ese amor no murió con ella, perdura en mí; una parte de mí va a guardar ese sentimiento por siempre. Que Noelia ya no esté no significa que yo la haya dejado de amar. La amo, y ese

amor se retransformó a causa de su ausencia, es diferente, pero es amor al fin, en su única y mejor expresión.

Hablar del amor así, con tanto sentimiento y pasión, le erizaba la piel a Verónica. Nunca antes había sentido una asignatura pendiente en su vida, y menos aún, hubiese imaginado que dicha asignatura era el amor.

—Quisiera aportar algo al análisis sobre el amor que has hecho, no puedo, no está dentro de mis capacidades o habilidades. —Intentó que lo último saliera de su boca como una broma, no lo era, era una confesión inesperada y dolorosa.

Él rio, la inexperiencia en el amor estaba tatuada de forma invisible en la piel de Verónica. Eso despertaba ternura en el hombre, la exitosa abogada, en lo referido al amor, era un cachorro recién nacido.

—No es un análisis, y he ahí siempre el primer error: analizarlo. El amor es simple de sentir y difícil de comprender, sencillamente porque no debe pensarse. El segundo error del amor es juzgarlo.

Por fin algo en lo que ella era experta. Juzgar...

—¿Juzgarlo? Conozco la palabra, me gusta y la utilizo a menudo. Dime entonces, ¿cómo se juzga al amor?

—Cuando pretendemos que el otro nos ame de la manera que nosotros deseamos, así se juzga, así se desmerece al amor. Que no nos amen de la manera que nosotros deseamos que nos amen, no significa ausencia de amor. Hay muchas formas de expresar el amor, se ama con el cuerpo, se ama con palabras, se ama con acciones...

Sí, ella era una total inexperta en el amor, y esa inexperiencia comenzaba a zumbarle en el oído como una mosquita solitaria a mitad de la noche. Esa inexperiencia le jugaba en contra con Gabriel. Lo que sentía por él era intenso, nuevo... El temor de perderse ante el sentimiento, de no saber dominarlo, y en consecuencia, perder a Gabriel ante la ausencia de expresión, la angustió. Los labios se le movieron solos...

—Se ama como se puede —murmuró.

Gabriel sonrió. Verónica estaba arrinconada entre las cuerdas, rendida ante lo desconocido: algo tan simple como el amor.

—Y en el amor, con eso es suficiente.

Ella respondió a su sonrisa, la acompañó y el rostro se le iluminó.

Cuando estaba con él, ella siempre brillaba. Tal vez era una luz que otros no veían, pero brillaba, y la intensidad de esa luz era todo lo que Gabriel necesitaba. Pasar la noche con ella o sin ella, ya no era lo importante. Ese instante era lo importante, juntos, sonriendo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Verónica estaba dispuesta a lanzarse de una vez por todas a ese dulce y tibio océano que era Gabriel Oates.

—La que quieras.

—Hablaste con tanta intensidad sobre el amor, el amor que sentías... que sientes por tu mujer a pesar de su ausencia, y no puedo evitar pensar en el mañana, en las posibilidades del mañana. ¿Pensaste en la posibilidad de volverte a enamorar?

Si existía esa posibilidad, Verónica la quería. La deseaba con cada fibra del cuerpo. Peor, la deseaba con cada minúscula partícula de su corazón.

—No, la verdad, no. De todas maneras, como te he dicho, el amor no es algo que se va a analizando o pensando, sucede, aparece de repente, te golpea el alma... supongo que si una vez me enamoré, puedo volverme a enamorar otra vez. Aunque...

Gabriel hizo una pausa forzada. Quizás no era conveniente pensar tanto en el amor y en Noelia esa noche. Quizás...

Verónica no le permitió el silencio... No, no cuando él le estaba dando las respuestas necesarias.

—Aunque... ¿Qué?

Gabriel le dio rienda suelta a todo, a sus sombras, dudas, temores...

—A veces me pregunto, después de un amor como el nuestro, tan único, tan intenso. ¿Qué hay? ¿Qué queda?

—Esas son dos preguntas difíciles de responder.

—Lo sé, por eso las comparto contigo... tú que tienes todas las respuestas, o crees que todas las respuestas están por ahí, perdidas, esperando llegar a nosotros. Dime, ¿qué hay después del amor?

Verónica hizo un repentino viaje al pasado. Se recordó en la galería del patio trasero de la casa, abrazada a su madre, viendo la lluvia caer. Aquella tarde, un arcoíris había desfilado brillante ante los ojos de ambas.

A pesar de los años, Verónica seguía aferrada a ese recuerdo.

—Una vez, en una tarde de lluvia coronada por un arcoíris de ensueño, le pregunté a mi madre... “Mamá, ¿qué hay al final del arcoíris?”. Yo amaba los arcoíris, y pensar en el hecho de que simplemente desaparecieran, me entristecía. Yo necesitaba saber que luego de ese arcoíris iba a haber más arcoíris, necesitaba una respuesta para calmar mi angustia. Mi madre me la dio. —Recordaba el momento, recordaba el perfume de la tarde, recordaba su voz. Todo. Verónica cerró los ojos para perderse y disfrutar del pasado. Continuó intentando imitar aquella voz—. Al final del arcoíris sólo hay eso, más arcoíris. —Volvió a abrir los ojos—. Valiéndome de esa respuesta puedo construirte una a ti. ¿Qué queda después del amor? ¿Qué hay al final del amor?... Después del amor, sólo hay eso, más amor.

—Después del amor hay más amor —repitió Gabriel—. Me gusta... gracias, creo que es una hermosa respuesta.

El amor es siempre un principio, nunca un final.

El amor aparece, sucede, se queda en nosotros. Nunca se va.

El amor está en todos lados... el amor estaba ahí, en los ojos de Verónica, en los de Gabriel.

Los dos tomaron la misma secreta decisión, esa noche, juntos, se atreverían a un nuevo principio...



El restaurante les obsequió como cortesía un café al final de la cena. No lo bebieron. Tenían otros planes. La excusa del café se iba a utilizar de la manera correcta.

La noche se vestía con el mejor traje de sorpresa, y esa sorpresa los esperaba a ambos en el departamento de Verónica.

Bakery & Delicatessen, sin planerarlo, le había entregado a Verónica la cereza que completaba el pastel. Sí, la situación de divorcio de Marisa Tomeo y Tomás Orsi había sido comparable a tener una basura en el ojo. ¡Así de molesta, así de insufrible! Para su suerte, esa misma molestia le había surtido el refrigerador con múltiples delicias.

Gabriel Oates tenía una debilidad más aparte de la que le generaban sus niñas, esa debilidad venía saturada de azúcar, cremas, chocolate, etc.

La palabra clave fue: “pasteles”.

El hombre no pudo resistirse.

La cocina de Verónica se convirtió en el lugar de bienvenida.

—Tú te encargas del café, y yo de los pasteles —Verónica estaba en terreno seguro, ahí daba las órdenes que ella quería.

Gabriel fue el perfecto soldado, se puso en acción cuando Verónica le indicó el lugar en donde se encontraban las tazas y las cápsulas de café.

¿Cápsulas de café? Gabriel Oates venía de otra escuela: un filtro de papel con un par de cucharadas de granos molidos de café, agua, y listo.

Indagó en la máquina Nesspreso para no hacer tonterías. ¡Era un contratista independiente, se daba maña para todo, inclusive esto!

—Las opciones son... —Verónica hizo un recorrido por la selección de pasteles—. Tarta de limón, de fresas, brownie y merengue, o en su defecto, coco y dulce.

—Coco y dulce, sin dudarlo, coco y dulce. Eso sí, no desestimo la posibilidad de una segunda porción, así que pon en lista de espera a la de limón.

El enfrentamiento Oates vs. Máquina moderna de café dio como resultado un triunfo para el contratista. Sólo restaba la elección de la bebida.

¡Dios santo, la minúscula letra impresa en las cápsulas de café bailaban ante sus ojos!

Buscó en el interior de su chaqueta los lentes que solía usar para lectura o situaciones de extrema pequeñez de letra como ahora.

Perfecto. Leía con claridad. Analizó las opciones en silencio:

Ristretto. Nunca le había agradado ese nombre.

Espresso Forte. ¿Forte? No, gracias.

Espresso Decaffeinato. ¡Si quieres algo Decaffeinato, bebe un té!

Espresso Vainilla. Ese café traía grabado el nombre de Verónica.

—¿Espresso Vainilla está bien para ti? —preguntó para asegurarse.

—Más que bien... —respondió mientras se dedicaba a servir las porciones de pastel en platos.

Gabriel colocó la cápsula y dejó que el acto de magia sucediera.

Quedaba una última variedad de café a evaluar.

Espresso Caramel. ¡Jackpot para el contratista!

—Tenemos un ganador, espresso caramel para mí —sonrió feliz buscando la complicidad de Verónica.

Se encontró con mucho más que eso al hacer contacto con sus ojos, se encontró con una mujer que deseaba con desesperación estallar en carcajadas.

No fue necesario mucho análisis por parte del hombre.

—¿Acaso nunca antes viste a un hombre con lentes? —bromeó. Estaba a punto de sumarse a la risa de Verónica.

—Sí, cientos. Nunca vi a uno en mi cocina, a esta hora de la noche, feliz con su espresso caramel.

—¿Qué puedo decir? Soy un hombre de gustos sencillos, celebro el disfrute de un delicioso café.

Gustos sencillos: Coco y dulce. Espresso caramel. Verónica podía agregarle un montón de puntos más a eso. Ya no era de extrañar la clase de

hombre que Gabriel era, con razón iba por la vida cargando consigo ese corazón de caramelo.

—Pues aquí tiene, Señor de gustos sencillos. —Le acercó el plato con el trozo de pastel—. Como lo solicitó, coco y dulce.

Gabriel elevó el rostro a modo de juego, como una falsa alabanza al cielo, al hacerlo, sus preparados ojos (con lentes o sin lentes, en ese asunto él era todo un sabueso), se direccionaron a la esquina izquierda del techo. Después de más de año y medio, la grieta aún estaba a la vista.

—¿Todavía no has solucionado eso?

Verónica había dejado en el pasado tal situación. La grieta ya formaba parte de la expresión decorativa de la cocina.

—Sí... —murmuró ella confesando el verdadero porqué—. En aquel entonces esa grieta esperaba por ti. Luego sucedió lo que sucedió... y así quedó.

Y así quedó, esperando por ti.

No lo dijo, lo pensó, y ese pensamiento le aceleró el corazón.

El destino, algo en lo que ella no creía ni confiaba, parecía confesarle a gritos la historia ya escrita para ambos. Una historia escrita en borrador un año y medio atrás, que ahora comenzaba a reescribirse con tinta indeleble.

El recuerdo del pasado no caló profundo en Gabriel, ya había transitado por su duelo, ya había derramado ríos de lágrimas. El presente era otro, un presente con una ausencia y un profundo sentimiento unido al corazón.

—Bueno, habrá que hacer algo al respecto. —Exhaló el aire contenido—. No hoy... —agregó mientras se quitaba los lentes y los regresaba al bolsillo de la chaqueta—. Pero algo al fin. De momento...

Las dos tazas de café estaban listas. Las porciones de pastel también. Faltaban ellos. Verónica colocó todo en una bandeja y Gabriel la capturó con las manos. Abandonaron la cocina en dirección al salón principal. Un gigantesco y cómodo sofá los invitaba al relax nocturno.

Al cabo de quince minutos, Gabriel se sintió saturado de información visual. El salón principal estaba por completo decorado con fotografías de viajes y recuerdos de diferentes partes del mundo. La pregunta del millón era: ¿Qué país no había conocido aun Verónica?

—Mi carrera profesional me ha permitido estos gustos y más... Soy

una mujer sola, sin compromisos, viajo por el mundo y cuelgo imágenes en las paredes de mi casa para recordarme a diario que mi vida es interesante y vale la pena.

Era la pura verdad, no intentaba ostentar ante nadie esa maravillosa vida, no, al contrario, la retrataba para verla a diario y justificar su existencia vacía.

No tienes familia. No tienes amigos. No tienes aquello...

¿Adivina qué? Tienes esto. Un recorrido completo por Europa, Sudoeste Asiático, y parte del Caribe.

Esa era su vida. Un falso retrato en la pared.

—¿Te hablé de mi padre, verdad? —Verónica sentía que Gabriel merecía toda la información posible.

—Sí, el hombre que se marchó a vivir al otro lado del mundo dejando sola a su hija, sí, me hablaste de él. —El tono de su voz fue severo. No comprendía esa actitud de padre, no la comprendería nunca.

—No me dejó sola, me dejó aquí, justamente aquí, en este departamento, con mi abuela.

—¡Cómo sea! —gruñó por lo bajo.

Verónica ya amaba esa parte de él. Hombre y padre sobreprotector. Nunca había conocido a uno.

—Toma... —Verónica le entregó la mitad de su tarta. Gabriel ya había devorado la suya—. Ten, alivia tu mal humor paterno con esto.

Gabriel aceptó la tarta para dejarla hablar sin interrupción, la situación podía llevarlo a elaborar algún comentario tendencioso.

—Retomando, mi padre, ahora retirado al descanso de la vejez, ejerció durante mucho tiempo la profesión de cirujano especializado en lesiones deportivas. Cuando fue a Inglaterra, fue convocado por uno de los Clubes de fútbol más importantes del país. Se ha llenado los bolsillos de euros durante décadas, y yo me valí de eso, gran parte de mis aventuras por el mundo fueron financiadas por él.

Gabriel escuchó atento, sin palabra mediante, con la tarta entre los labios. Cuando Verónica finalizó, lo incentivó con la mirada a un comentario. Deseaba conocer su “opinión al respecto”.

OK. Lo invitaban a dar opinión, iba a darla.

Abandonó la tarta en la mesa cercana. Se aseguró de quitarse cualquier rastro perdido en los labios, y habló.

—O sea, no sólo te dejo “sola” aquí —resaltó la palabra—, sino que

también te permitió que viajarás por el mundo “sola”.

Estaban en un camino sin retorno, Gabriel se manifestaba inflexible. Si Verónica seguía brindando más detalles, Antonio Suárez Andrade sería condenado a la horca por sus acciones o la ausencia de ellas.

—Ya veo que mi padre no es un buen tópico de conversación. — Aunque ella disfrutaba a lo loco de las reacciones paternas de Gabriel, decidió llevar la charla hacia el otro ángulo: Él—. Cuéntame de los tuyos.

Verónica presuponía que ambos estaban vivos, la experiencia de los años le había otorgado tal presunción. En líneas generales, cada vez que ella trasladaba la información de madre fallecida, el interlocutor acompañante, si había atravesado por una situación similar, también lo compartía.

—¿Mis padres? Mis padres viven en una zona rural a novecientos kilómetros de aquí, felices y saludables. Este año, si mal no recuerdo, cumplen cuarenta y cinco años de casados.

—¿Cuarenta y cinco años? ¡A eso le llamo yo perseverancia!

Jamás de los jamases Verónica había considerado la posibilidad de unir su vida a alguien durante tanto tiempo. Se consideraba un espíritu libre, una mujer autosuficiente, sin necesidad de ataduras, físicas o emocionales.

—No sólo es cuestión de perseverancia, también debe existir compañerismo, tolerancia, la aceptación del otro tal y como es, y por supuesto, amor. Mis padres son el ejemplo de eso. Atravesaron muchas situaciones juntos, sobrevivieron juntos. —La melancolía se filtró en su voz. Bebió unos sorbos de café para ocultarla—. Noelia siempre bromeaba con ellos, les decía que nosotros íbamos a superar su marca de convivencia. Supongo que esa proyección no estaba tan errada, hubiésemos cumplido veinte años juntos.

Verónica se arrepintió de la jugada, todos los caminos de Gabriel conducían a Noelia. De una u otra forma, siempre lo harían.

No era correcto escabullirse del asunto, estaban hablando, conociéndose de una forma más que personal. No deseaba que Gabriel fuese un extraño para ella, anhelaba todo lo contrario.

—Se conocieron de muy jóvenes, ¿verdad?

—Sí, yo tenía dieciocho años y ella dieciséis. Yo había venido aquí a estudiar.

¿Gabriel con una carrera universitaria? No, no se lo imaginaba.

No quería sonar prejuiciosa. No pudo evitarlo.

—¿En la universidad?

—Sí, en la universidad. —Gabriel no se tomó a mal la incrédula interrogación—. De todas maneras, nunca terminé esos estudios.

—¿Cuál era la carrera elegida, si se puede saber?

—Arquitectura... Sólo hice los primeros dos años. Ahí conocí a Andrea, la hermana de Noelia, fuimos compañeros de estudio y con el tiempo, amigos. Esa amistad me llevó a conocer a mi mujer.

La melancolía se marchó dejando la sensación de dulce recuerdo en los labios. A pesar de la inesperada traición del destino, Gabriel estaba satisfecho con su vida. La evocación le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Resumiendo la historia, después de cuatro años de noviazgo, nos fuimos a vivir juntos. Durante ese tiempo de convivencia, trabajamos lo suficiente para ahorrar dinero y comprarnos una casa. Lo hicimos, compramos la que hoy es nuestra casa, una casa que en aquel entonces estaba en completo estado de deterioro. Como te imaginarás, trabajé en esa casa día y noche, día y noche, y cuando logré la restauración total, cuando la convertí en “nuestra casa”, nos casamos.

Quería odiar esa historia. Detestaba que la historia de amor de Gabriel fuese digna de ser retratada en un libro. ¡Sí, quería odiar esa historia!

—El final, ya lo conoces. —Agregó Gabriel ante el silencio repentino de Verónica—. Y prefiero no ahondar en él, prefiero otras historias, la tuya por ejemplo.

Gabriel le brindó un salvavidas. Verónica se valió de él, esa noche le pertenecía a ellos: debía alejar al hombre de los recuerdos de su idílico amor.

—¿La mía? Una parte de mi historia está colgada como decoración en estas paredes, la otra parte, vive en el bufete.

—Hablo de tu historia en el amor.

Él también quería conocer todo de ella. Gabriel todavía se preguntaba cómo habían llegado hasta ese momento presente. Siendo realistas, existía un abismo de distancia entre ambos, y aun así, de alguna extraña manera, esa distancia se había reducido al mínimo.

—¿Ah, esa historia? —El sarcasmo se adueñó de ella—. Seré breve. No hay historia alguna. Punto final.

La crudeza en sus expresiones, la forma salvaje y altanera cotidiana en ella, despertaban ternura en Gabriel.

—Me da la sensación que estás exagerando.

—No, estoy siendo realista. Hubo un par de hombres en mi vida con interacción humana básica. Nada de amor.

—¡Interacción humana básica! Pon un freno ahí, no sé si estoy preparado para tanto romanticismo junto.

Verónica comprendía el sarcasmo repentino del contratista.

—Intenté no sonar directa para no herir tu susceptibilidad romántica, y por lo visto no me funcionó. Voy a recurrir a lo opuesto... Sexo. ¡Sólo hubo sexo en mi vida! El uso momentáneo de cuerpos para la satisfacción personal.

—¿Me estás diciendo que en todos estos años jamás te enamoraste o tuviste una relación sentimental auténtica?

—Jamás me enamoré, eso es una confirmación, lo de relación sentimental tiene un punto y aparte. He estado en pareja durante casi cinco años.

Gabriel estaba decidido a hacer un comentario, antes de que pudiera hacerlo, Verónica tomó uno de los tenedores que había sobre la mesa, pinchó un trozo de pastel olvidado, y se lo metió en la boca.

—Pero... porque aquí sí hay un pero —Verónica continuó con su descargo amoroso—, el tiempo real juntos no superó el año. Su carrera vinculada a la diplomacia lo ha llevado a estar fuera del país por extensos períodos.

¡Un diplomático! ¡Vaya! Si de profesiones se hablaba, Gabriel sabía que salía perdiendo.

Tragó a la fuerza el trozo de pastel que le habían colocado en la boca.

—Como sea, tuviste una relación de pareja, y nadie mantiene una relación si no hay sentimiento mediante.

Verónica no deseaba extenderse en palabras sobre la relación con Ignacio. No merecía un rol importante en la noche.

—Hubo sentimientos de por medio...compañerismo, un intenso y extraño compañerismo vinculado a los deseos profesionales. Nada más que eso. —No pensaba, hablaba, y sin pensarlo, dijo lo siguiente:—. ¡Ni siquiera el sexo era tan bueno! Con eso digo todo.

Los restos de pastel que estaban atravesando la garganta de Gabriel se agitaron y el pobre hombre se atragantó. El café fue la única salvación.

—El sexo no es todo en una relación —murmuró él mientras bebía lo que quedaba de la tibia bebida.

—Esa expresión es lógica para ti pero no para mí.

Ella era lo que era, no pensaba ocultárselo. Si existía otra Verónica, esa Verónica nacería desde ese momento en adelante, después de él, de su presencia... de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú hablas desde un lugar, desde una experiencia que yo desconozco. Y claro está, que tú desconoces la mía.

La respuesta no fue suficiente para Gabriel.

—Espera... ¿Te refieres al... amor? —Parecía absurdo tener que preguntarlo— ¿Acaso crees que uno le quita lugar al otro? ¿O hay amor, o hay sexo?

¡Dios, santo, ella sola se metía en un callejón sin salida haciendo ese tipo de comparaciones!

—No quise decir eso. Quise decir que en mis experiencias, el factor sentimiento siempre ha estado fuera de juego, y cuando no hay amor, hay sexo. Y si el sexo no es bueno... ¡para qué perder el tiempo! —Demasiado tarde para volver atrás, debía manejar el asunto como si de un apósito adhesivo se tratara: había que jalarlo de un tirón. No sentía vergüenza de sí misma—. Disfruto de la satisfacción del sexo. Disfruto del placer en sí, con compañía o sin compañía.

Todo lo que estaba llegando a los oídos de Gabriel lo motivaba al silencio.

Amor y Sexo. Se sentía a gusto hablando del primero, del segundo, no tanto.

—¡Ni siquiera voy a preguntar sobre lo último! —dijo a modo de broma para escaparse del asunto.

Verónica no interpretó de manera correcta la broma y la consideró como una invitación a expandirse en argumentos.

—No hay mucho que preguntar. Auto-satisfacción... y te digo, que desde mi experiencia, he obtenido más placer conmigo misma que con otros.

Gabriel se bebió el café que le quedaba de un solo trago. Fondo blanco de Espresso caramel a la una... a las dos... a las tres...

Los ojos del contratista iban de aquí para allá con la intención de no hacer contacto visual con ella. Verónica fue hábil, ella misma los buscó y los confrontó.

—¡Vamos Gabriel! Tú eres hombre, la auto-satisfacción en ciertos momentos es necesaria.

La vida de Gabriel era vivida con otra intensidad, una que no le permitía ni pensar en sus necesidades, menos que menos aquellas referidas a la libido sexual.

—¡Tengo tres niñas en casa! ¡Tres! Hay necesidades postergadas en mi

vida.

Habló, no le quedó más alternativa, era eso o marcharse. Todavía no quería marcharse.

—Sí, tienes tres niñas en la casa, y también tienes puertas.

—Tienes razón, tengo puertas, y a la vez, tengo cientos de cosas en mi cabeza, y de esas cosas, ninguna tiene que ver con sexo.

—Pues debería.

Así, directa, sin límites. Verónica fue a todo o nada. Lo atacó como leona hambrienta a gacela desorientada.

—¿Debería? —repitió con sorpresa en la voz. ¿Qué diablos quería manifestar con eso?

Verónica intentó suavizar sus palabras, ponerlas a la altura de un hombre corazón de caramelo como Gabriel.

—Eres un hombre joven, y puede que ahora no estés preparado para ello, aun así, las oportunidades con otras mujeres van a aparecer en tu vida, ¿has pensado en eso?

—No, la verdad que no lo he pensado... y creo que lo mejor es no hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo hacerlo. No sé cómo pensarlo sin sentir que traiciono a mi pasado.

—Esa actitud es muy severa y limitante.

—Lo sé. Por eso digo, prefiero no pensarlo. Es demasiado, ¿sabes? Cuando has vivido una historia de amor como la mía, es demasiado difícil intentar olvidarla y perseguir otra. Mi mujer fue la única mujer que conocí, sus labios, su cuerpo, fueron únicos para mí. No me atrevo a otros labios, no me atrevo a otra piel... en otro cuerpo, creo que estaría perdido.

No se atrevía a otros labios...

No se atrevía a otra piel...

Él y su pensamiento, su manera de amar y sentir... todo eso comenzaba a transformarse en el más intenso afrodisíaco para Verónica.

Quería más de él. La distancia entre sus cuerpos comenzaba a quitarle el aire.

Ni siquiera pensó. Habló su deseo por él.

—¿Cuándo fue la última vez que tus labios estuvieron en contacto con otros?

Sin que él lo notara, el cuerpo de Verónica se desplazó por el sofá.

—Ya sabes la respuesta, no me hagas decírtela...

—Tienes que ponerlos en acción, ellos también necesitan regresar a la vida.

—No es tan simple... —murmuró él.

Una porción de pastel y un café, esos eran los planes de la noche.

Para bien, para mal, la noche se había salido de los carriles.

El fuego interno de Verónica comenzaba a arder.

Él no podía evitar manifestarse de la misma manera, la cercanía del cuerpo de Verónica le enviaba mensajes al suyo, y en esos mensajes le recordaban que era un hombre.

—Sí, lo es... es tan simple como esto.

Con un beso inesperado, así lo sorprendió, así lo asesinó, dulcemente.

El tiempo se detuvo, en ellos, en ese beso. Lo transformó en eterno.

Y esa eternidad trajo consigo más de lo esperado. Trajo el recuerdo de otros labios, de otro cuerpo, de una forma de amar única e irrepetible. Peor aún, trajo la sombra de una traición que no existía.

Sí, había intenso deseo en ese beso.

Sí, había un sinfín de sensaciones nuevas.

No fue suficiente. No para Gabriel.

El pasado fue un invitado travieso, se filtró como un huracán en medio del momento, derrumbando con su viento voraz, el castillo de arena que habían construido juntos durante toda la velada.

Obligándose a tomar distancia, se separó de esos labios que se empeñaban en tomarlo como prisionero.

—Lo siento... —musitó con el fuego quemándole la garganta.

La desorientación golpeó a Verónica. Se sentía girar y girar como un trompo.

“Lo siento”.

Esas dos palabras no tenían cabida ahí.

—¿Sientes qué?

—Esto, lo siento, no puedo —dijo abandonando el sofá predispuesto a la huida.

Verónica recobró el equilibrio interno. *¿Qué demonios estaba sucediendo?*

—Te agradezco la maravillosa noche, el café, el pastel, la compañía... todo.

El hombre no tenía palabras, no las encontraba, y ella se sentía

responsable.

Los pensamientos de Verónica se enfrentaban a una situación de divergencia contra sus deseos. Estaba en pausa, sin reacción, sintiéndose ardiente, excitada y culpable a la vez.

La pausa de Verónica fue la ruta de escape perfecto para Gabriel. Se colocó la chaqueta dispuesto a abandonar el departamento sin más explicaciones que las ya dadas.

—Buenas noches.

El cuerpo de Verónica gritaba mientras se mantenía inmóvil, petrificado, viéndolo partir.

Cuando el ruido de la puerta impactó en su consciencia, Verónica recuperó el estado de reacción.

Por segunda vez, dentro de esta nueva y breve historia que juntos escribían, Verónica corrió hacia él.

Ella no pedía disculpas, no daba explicaciones. Ella tomaba lo que quería. Tenía el control, siempre.

Abrió la puerta. El elevador comenzaba a cerrarse. Interpuso la mano y consiguió que las puertas automáticas se abrieran.

Verónica tenía siempre el control.

Siempre. Menos con él.

Buscó el contacto con sus ojos. Lo encontró.

—Lo siento... —dijo. Y esas palabras debutaron en los labios de la mujer corazón de piedra—. Lamento haberte causado tan extrema incomodidad, en verdad lo siento... Por favor, no te marches. —La confesión necesaria se hizo presente—. No quiero que te marches.

La maldita sombra del pasado siempre estaría a su alrededor, detrás de él, junto a las niñas. La maldita sombra del pasado estaba en todos lados, menos ahí, en ella, en el hermoso color verde oliva de sus ojos.

Verónica era el presente.

Los corazones estaban sobre la mesa. Lo justo era lo justo. Él también iba a regalarle una confesión.

—Y yo no quiero marcharme.

Era un niño volviendo a dar los primeros pasos en el amor. Dudaba, se envolvía en la timidez, reaccionaba en cámara lenta. No importaba, Verónica estaba ahí, dispuesta a enseñarle el camino directo a sus brazos.

Los labios de ambos volvieron a encontrarse, impactaron con fuerza en el otro. Ya no eran dos desconocidos, tenían un pasado de segundos, y eso

bastaba. Gabriel se negó a los pensamientos para entregarse de lleno a las emociones. El cuerpo le respondía sólo a ella, al calor de su cercanía. Bebió de sus labios, descubrió el sabor secreto de su boca... sublime. Un instante, una sensación sublime.

Total empatía de besos. Esos labios no volverían a abandonarse jamás. Eran como imanes, atrayéndose una y otra vez por una fuerza ajena a ellos.

Sus cuerpos danzaron juntos, convocándose con caricias. Golpearon contra todas las paredes posibles hasta refugiarse de nuevo en el interior del departamento. Y entre beso y beso, se sonreían. Porque deseaban eso, porque lo sentían.

La ropa se convirtió en el enemigo, uno que combatieron con desesperación y violencia. Piel contra piel, esa fue la meta a alcanzar. Llegaron a ella, y las víctimas de la batalla fueron abandonadas en el suelo sin contemplación alguna.

Casi desnudos, así llegaron a la habitación. Los pantalones de jean habían sido los únicos insurrectos. Los labios, los cuerpos y las intenciones, tomaron distancia por unos segundos. Verónica se dejó caer en la cama para deshacerse de sus pantalones. Gabriel hizo lo mismo mientras la contemplaba con picardía. Ya no era un niño dando primeros pasos, no, de alguna fugaz manera, había alcanzado la adolescencia.

—¡Te ha faltado algo! —Verónica lo provocó desde la calidez de la cama.

Lo único que lo separaba de la desnudez total eran los boxers. Ella todavía estaba en ropa interior.

No había lugar para vergüenza. Gabriel se quitó los boxers exponiendo su erección y fue hasta ella. Con delicadeza la tomó de las piernas y reacomodó su cuerpo sobre la cama mientras le deslizaba con gentileza las bragas. Cuando la tuvo por completo recostada expectante de él, volcó el peso de su cuerpo caliente y desnudo sobre ella.

Le bajó uno de los breteles del sostén dejando expuesto a su pecho derecho. Lo besó, y luego buscó el contacto con sus ojos.

—Voy a enseñarte algo que por lo visto nadie te ha enseñado... —murmuró mientras besaba su otro pecho desnudo.

—¿Qué? —murmuró con el fuego quemándole la voz.

El sostén dejó de ser un entrometido, aterrizó en el suelo, lejos de ellos.

—Voy a enseñarte a hacer el amor.

Gabriel trazó un camino de besos sobre su abdomen, mientras sus manos, ásperas y delicadas a la vez, acompañaban con una caricia el recorrido.

Sus labios hicieron travesuras en el cuerpo Verónica con un claro destino final, la humedad de su sexo.

Las manos de Verónica se aferraron a las sábanas como respuesta. Estaba perdida... se entregaba, se rendía en cada roce de labios, en cada...

Verónica dejó escapar su primer gemido cuando la lengua de Gabriel decidió sumarse al travieso juego. Arqueó la cintura para elevarse más hacia él. La lengua la invadió en lo profundo...

Gimió otra vez, con intensidad.

Él no se detuvo, al contrario, sentirla vibrar y disfrutar ante sus caricias lo motivaba a más. Utilizó la yema del dedo para arrastrarla al éxtasis definitivo.

Verónica ahogó el placer en la garganta...

Lo maldijo en silencio. ¡Sí, lo maldijo por hacerla sentir de esa manera!

—Detente... detente, ven aquí —Si no se detenía, moriría de placer ahí.

—No, aún no he terminado... quiero darte todo el placer que necesites. Quiero ser lo único necesario para ti.

Y Gabriel no tuvo piedad. La devoró, bebió de su humedad hasta agotarla, y ella gritó, se quebró, se desbordó en un orgasmo tan intenso que dejó una huella en su piel.

Así continuó, sin piedad, porque él también ardía, estallaba de placer. Con ella se redescubría. Era como si su cuerpo y sus sensaciones se hubiesen reseteado, con ella volvía a reiniciarse, a encenderse.

Una vez salvado el inconveniente “protección”, porque para que negarlo, él no había ido preparado para eso, regresó a los labios de Verónica, besarla se estaba convirtiendo en algo necesario. Acomodó el cuerpo sobre ella, y volviéndose a sonreír mutuamente, la penetró con suavidad, con calma, para conocerla, para sentirla. La miró a los ojos, atento a sus expresiones, y Verónica no le ocultó nada, fue un mapa perfecto para él.

Le hizo el amor, pero también le hizo la guerra. La más sensual de las guerras.

Y Verónica se rebeló contra sí misma. Se hizo adicta a él. No deseaba

más sexo, quería esto, lo que él le daba, lo que le hacía sentir. Quería que él y sólo él gobernara su cuerpo.

El placer los sació a ambos por partes iguales, quedaron rendidos. Desnudos y rendidos juntos, en la cama, hasta que el amanecer los obligara a otra cosa.

Gabriel fue víctima del sueño, ese sueño que el placer auténtico obsequia. Se durmió abrazado a ella.

Verónica no quería dormir, prefirió dialogar en silencio con la noche. La noche era su amiga desde siempre, se contaban todo. Hablaron de Gabriel durante un largo rato, y las dos llegaron a la misma conclusión.

No era cantidad, ahora lo comprendía, era calidad. Veinte años amando a una misma mujer, perfeccionándose en ese arte del sentimiento.

Lo observó, grabó en la memoria cada parte de su cuerpo, el ritmo de su respiración dormida, las pequeñas arrugas de su rostro, la forma de sus labios. No iba a olvidar esa noche. ¿Cómo olvidarla?

Como olvidar la noche, en la que por primera vez, hizo el amor.



CAPÍTULO 14

El amanecer llegó, jugó con ellos, se rió en sus caras, los provocó de todas las maneras posibles. Lo que consiguió fue la más grande y perfecta nada.

Estaban perdidos, el uno en el otro, disfrutando de un sueño compartido con los cuerpos rendidos por el deseo satisfecho y las emociones vividas.

Si se hacía la sumatoria de descanso nocturno diario de ambos, apenas alcanzaba la cantidad de nueve horas. El insomnio era una característica común en ellos, posiblemente, lo único en común que tenían. Gabriel había

perdido la confianza en la noche, cerraba y abría los ojos, una y otra vez, nunca se permitía el descanso verdadero. Verónica, gracias al estado de frenetismo mental que siempre la dominaba, había desarrollado habilidades sobre humanas en las horas oscuras: podía oír hasta el cantar de un pajarillo en Corea del Norte. Eran dos insomnes profesionales, ambos dialogaban con la noche, y le permitían a sus pensamientos ser libres mientras la luna estaba en lo alto.

No esa noche.

Esa noche los pensamientos se silenciaron con algo tan simple como un abrazo.

Hasta la luna y las estrellas se tomaron el tiempo para observarlos. Esa noche fue distinta hasta para el universo mismo.

Durmieron entrelazados. ¿Dónde comenzaba el abrazo de uno? ¿Dónde finalizaba el del otro? Eso era algo imposible de dilucidar. Cuerpo contra cuerpo, fundidos por el propio calor. Y dentro... dentro de ellos, corazones latiendo al mismo compás.

Como el amanecer no fue suficiente, la realidad se vio obligada a romper el hechizo de sueño en ambos: sirena de ambulancia, bocinas de autos, una obra en construcción cercana.

No hubo efecto alguno.

Utilizó el último recurso, el que siempre daba resultado: un llamado telefónico. ¡Los call-centers siempre estaban dispuestos a interrumpir la mañana de sábado de cualquiera!

La voz del contestador automático de Verónica fue un eco lejano en los oídos de Gabriel. Tardó un par de segundos... unos cuántos segundos hasta provocar su cometido. Cuando lo hizo fue bestial. Gabriel se levantó como un muerto recién resucitado. No entendía nada de lo que sucedía. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era?

La primera respuesta lo encontró a él.

La mano de Verónica se deslizó por su espalda, y esa caricia bastó para devolverle todos los recuerdos.

—¿Te encuentras bien? —interrogó ella todavía perdida en el sueño.

—Sí... —Al darse cuenta de la brusca reacción de su cuerpo, se disculpó—. Lo siento, no quería despertarte —Regresó junto a ella para besarla.

Verónica recibió ese beso con una sonrisa. Le acarició el rostro, por

simples ganas y para cerciorarse que él no fuese un sueño. No lo era, estaba ahí. Volvió a sonreír. Volvió a besarlo.

—Necesito saber la hora... —balbució Gabriel entre beso y beso.

El teléfono móvil estaba en sus pantalones. Sus pantalones estaban en algún lugar de la habitación. Verónica lo liberó y se hizo a un lado, regresó con el móvil en su mano. Exhibió la pantalla ante él: 10.24 AM.

¡MIERDA! ¡MIERDA!

Por supuesto maldijo en silencio, no iba a romper justo esa costumbre ese día y con ella.

—¡Dios santo, ni en mi peor pesadilla duermo tanto!

La brusquedad le regresó al cuerpo. Abandonó la cama, capturó bóxer y pantalón, se los calzó a pura velocidad; casi trastabilló al hacerlo, por suerte, la cama le sirvió de apoyo. Se sentó en el borde de la misma para chequear el móvil, de seguro tendría mensajes y llamados. Sí, sí, los tenía. Tres mensajes y un llamado, todos de Andrea.

Verónica no hizo grandes conjeturas, a su mente venían dos palabras: tres niñas. Además de eso, coincidía con él en algo, ella tampoco dormía tanto, ni en sus peores pesadillas, ni en sus mejores sueños. También debía despabilarse. Se levantó, caminó desnuda, fue hasta el armario, tomó una bata y se cubrió con ella.

—¿Algún problema? —Se sentó junto a él.

—Sí —respondió luego de escribir un fugaz mensaje de texto. Volteó hacia ella, y continuó—.Tú... —Sonrió cuando hizo contacto con sus ojos—. Tus labios, tu sonrisa... tú fuiste el más hermoso problema de mi noche —Con su mano buscó la de ella y se entrelazó a sus dedos.

El pecho de Verónica estaba que explotaba a causa de una sensación poco reconocida en ella. Era felicidad, aunque todavía no había caído en cuenta de ello.

Como estaba feliz, no podía parar de sonreír.

—No estaba en tus planes, ¿verdad?

—No, no lo estabas —confesó Gabriel con dulce honestidad—. De ahora en más, si tú lo deseas, vas a estarlo.

El corazón de Verónica golpeó fuerte, el pequeñín estaba respondiendo, le gritaba a su portadora la respuesta correcta.

—Eso me encantaría... —dijo dejando libre al sentimiento. Sin poder controlarse, se aferró a su mano, la acercó hasta sus labios, la besó con ternura.

Esa clase de amor era Gabriel para ella, puro e intenso. Esa clase de amor en dónde se ama todo, cada centímetro de piel, cada latido, palabra, caricia, cada instante.

—¿Quieres algo antes de marcharte? ¿Un café...un...

—No, lo siento. —La interrumpió con pena—. Tengo que huir, los sábados...

Verónica le colocó la mano sobre la boca invitándolo al silencio.

—Gabriel, no tienes que darme explicaciones.

No deseaba ponerlo en una situación incómoda, comprendía la razón de sus explicaciones, tenían nombre de mujer y coletas de cabello.

—Tal vez... —Alejó la mano de Verónica—. Pero quiero dártelas.

Esa respuesta aceleró aún más el corazón de Verónica.

De hecho, aceleró a ambos corazones. Gabriel también estaba desbordado por lo vivido, y a pesar de la revolución que tenía en la cabeza, quería más momentos junto a ella.

—Los sábados Emilia hace actividades físicas adaptadas en un club no muy lejos de aquí. Esa salida sólo se posterga por causas mayores... Emilia ama y espera su día de club. Por suerte, mi cuñada se encargó de ello... me esperan allí, por eso tengo que marcharme, marcharme ya.

—Pues no se diga más, ve...

Que lo aceptara tal y cómo era, y por sobre todas las cosas, que lo aceptará con la compañía que traía consigo, era muy importante para Gabriel. No sabía si esto era el inicio de algo, y en consecuencia, no podía visualizar o imaginar ningún posible final. Ante eso le quedaba una única alternativa posible, dejarse arrastrar por la corriente del sentimiento, y esa corriente, como una ola salvaje, lo llevó a impactar directo en su boca. Le robó un beso, quería recordar su sabor, quería llevársela en los labios.

Y así sucedió, una pequeña parte de Verónica se fue con él, se fue en sus labios, en su cuerpo. La otra parte quedó ahí, en la soledad de un departamento que ya no agobiaba. Verónica se sintió a gusto con ella misma, después de mucho tiempo, su soledad y ella se sintieron bien juntas.



Después de un extenso desayuno a base de té de vainilla y pastel de

coco, se encomendó a una búsqueda del tesoro para localizar las prendas de ropa perdidas de la noche anterior. Un tacón debajo del sofá, otro a mitad del pasillo entre living y dormitorio, y junto a él, la blusa abandonada en el frío suelo.

Ya en la habitación, recogió el sostén, y se acuclilló para buscar la pieza faltante, de seguro estaría extraviada en la oscuridad baja de la cama.

Confirmado, su braga estaba ahí, y no estaba sola, estaba en la mejor compañía de todas: la billetera de Gabriel.

Dinero, documento de identidad y de seguro social, tarjetas de crédito... su vida en credenciales estaba ahí.

No lo dudó ni un segundo, fue en busca del móvil y le envió un mensaje, no quería entrometerse en su momento familiar con un llamado repentino.

La respuesta duró un par de segundos más. Gabriel afrontó la irresponsabilidad, era consciente de que no tendría el tiempo suficiente para ir en busca de lo olvidado, se lo comunicó a ella. El lunes, en algún momento de la mañana iría por la desgraciada que se había escapado de su bolsillo sin autorización.

Verónica proyectó en su mente un sinfín de escenas imaginarias, la mayoría de ellas ponían a Gabriel en situación de demostración de identidad. ¿Y dónde estaba la documentación que confirmaba tal identidad? ¡Ahí, en sus manos!

No, no podía permitirlo.

Escribió un nuevo mensaje, uno que corrigió una decena de veces. No quería entrometerse en el momento familiar, en verdad no quería, la situación la forzaba a eso. Chequeó la dirección en la web que Gabriel le brindó. El club se encontraba a unos veinte minutos del departamento. Tomó la única decisión que consideraba posible, subirse a un taxi y entregarla en persona. Gabriel aceptó cada uno de los argumentos que ella le detalló para justificar tal acción, si Verónica deseaba tomarse esa molestia, él la aceptaría con gusto.

Los mensajes entre ambos crecieron a ritmo exponencial a medida que ella se acercaba a destino. Verónica no deseaba importunarlo, por eso se negó a que la esperara en la puerta. Eran él y las niñas, ya se había enfrentado a un encuentro similar, podía con otro.

«Puse en aviso al personal de recepción sobre tu llegada. Les di tu descripción. No creo que haya problema alguno».

«Me gustaría saber cuál fue esa descripción».

«Una hermosa mujer de cabellos rubios rojizos, ojos verdes, y tacones altos. Esa fue la descripción».

«¿Cómo sabes que llevo tacones altos?».

«¿Cuándo tú no llevas tacones altos?».

«Los domingos».

«Es sábado».

«Buen punto. Llevo tacones». «Estoy en la puerta».

«Ok. Si la descripción no fue suficiente, recurre a tu nombre, también se los mencioné».

El personal de recepción le facilitó el ingreso sin problema alguno.

«Mujer hermosa y tacones altos fue suficiente al parecer. ¿Y ahora?».

Podían ponerle fin al intercambio de mensajes con un llamado telefónico fugaz. No lo hicieron, estaban disfrutando de la aventura textual.

«Atraviesa el parque central, cuando llegues a los columpios de niños, toma el sendero a tu derecha y sigue el olor a hamburguesas y patatas fritas». «No te detengas en los columpios».

«Columpios. Hamburguesas y patatas. Entendido».

«Repito. No te detengas en los columpios».

Verónica no pudo resistirse, cuando estaba con él o hablaba con él era una persona diferente. Se sentó en los columpios, tomó una selfie, se la envió.

«¿Qué no me detenga dónde?».

«Ok. Lo presuponía. Voy a tener que ir por ti».

«No, no. Huelo las patatas fritas».

A unos cuantos metros se encontraba un edificio techado que aparentaba ser un patio de comidas general. Llegó hasta la puerta y observó a la concurrencia, en una de las mesas encontró a Gabriel, a las niñas...

¡Maldición! Encontró a Gabriel, las niñas, una pareja y otros niños.

Socializar a nivel tan familiar no entraba dentro de sus capacidades. Gabriel y las niñas eran una cosa, el agregado de niños y adultos desconocidos, otra.

¡Demasiado tarde para huir o hacerse invisible!

Carola la reconoció a la distancia, agitó las manitos al aire para indicarle el lugar.

Gabriel estaba perdido en la pantalla del móvil atento a los mensajes y dispuesto a escribir otro...

Un repentino golpe en la pierna por debajo de la mesa le hizo levantar la cabeza: Andrea lo atravesaba con la mirada.

—¡Ey, deja de sonreírle al teléfono... y sonríe en persona! —Con un sutil movimiento le indicó el punto exacto en dónde Verónica se encontraba.

Sin pensárselo dos veces, fue hasta ella. Juntos regresaron a la mesa.

La presentación formal fue rápida. Andrea y Ricardo. Los tíos de las nenas, los cuñados de Gabriel, la hermana de su mujer fallecida.

¡Perfecto, ideal! ¡LA HERMANA! ¡Ábrete tierra y trágame!

No fue necesario enterrarse viva, Andrea fue por demás amable. Intercambiaron un par de palabras y le presentó a los niños: Matías y Emanuel, de nueve y siete años, en ese respectivo orden.

Verónica intentó librarse del momento familiar, la idea era entregar la pertenencia olvidada y marcharse. No se lo permitieron, ni Gabriel, ni Andrea, ni Carola...

Sin mucho pensamiento mediante, aceptó. Podría haberse inventado alguna excusa, era buena en esa tarea. No lo hizo, muy dentro no lo deseaba. ¿Adónde iría? ¿A casa a trabajar? Porque eso era lo que hacía, siempre. En su defecto salía a gastar dinero, en lo que fuere, con tal de ganarle al tiempo y volver a la rutina de la semana.

La decisión de ser una más en la mesa fue bien recibida por el grupo. Estaban en pleno almuerzo, por supuesto optó por acompañarlos. No iba a quedarse sentada viendo como otros comían, no era de buena educación.

Gabriel le detalló el menú.

—Las alternativas son hamburguesa y patatas, o hot-dog y patatas.

Nada de eso entraba en su dieta regular de alimentación.

—Wow, ¡Qué difícil elección! —bromeó mientras observaba las elecciones de los compañeros de mesa. Todos con hamburguesa. No iba a desencajar—. Creo que me quedo con la hamburguesa.

Hizo un recorrido del lugar, confirmado, era un patio de comidas. ¡Los detestaba: tener que ir a pedir tu comida, esperar y cargarla hasta la mesa! ¡Un espanto!

Gabriel se levantó dispuesto a ir por el pedido, ella lo detuvo.

—No, deja, yo me encargo.

La mirada de desaprobación en Gabriel fue notoria.

—Déjame acompañarte entonces.

Él era lo que siempre era, atento, dispuesto, caballero.

—Recién te acabas de sentar... no te preocupes, déjame a mí.

No era cuestión de estar sentada y descansar, era cuestión de no quedarse a solas con el ejército familiar.

La mano de Gabriel, apoyada sobre su hombro, le imposibilitó la acción. Sin más alternativa, aceptó el cruel destino. Sonrió con timidez ante la mirada de los demás.

Gabriel se alejó unos pasos y de inmediato regresó, le murmuró al oído.

—¿Tenías algo mío, verdad?

¡Pobre hombre, comprando almuerzos sin dinero!

—Uh, disculpa... —Le entregó la billetera por debajo de la mesa para no llamar la atención de las niñas—. Aquí tienes.

—Gracias, por hoy ya abusé demasiado de la caridad de mi cuñado.

Retomó el camino en busca de lo solicitado: hamburguesa y patatas.

Sin la compañía de Gabriel se sintió como un animalito enjaulado en un Zoo, en breve alguien le tiraría una patata al rostro para ver si comía o reaccionaba. A excepción de Ricardo, que se dedicaba al almuerzo con gran disciplina, y a su hijo mayor que jugaba con una consola portátil, el resto de los compañeros de mesa, le dedicaban la atención a ella al tiempo que disfrutaban de la comida. Verónica mantuvo la sonrisa lo más que pudo, y cuando comenzó a hacerse evidente que los pequeños músculos de su rostro se estaban acalambrando, Andrea se apiadó de ella.

—Verónica, ahora que te tengo en persona, hablando en nombre de la belleza femenina y de Emilia, te digo: gracias por el hermoso corte de cabello que le han hecho.

—No hay necesidad de agradecimiento, no ha sido gran cosa.

Verónica no se daba tanto mérito por lo hecho. En verdad no lo hacía.

—En eso te equivocas, ha sido algo muy... importante. Un detalle que no se olvida fácilmente, así que espero que Gabriel te lo haya agradecido como corresponde.

Hubo doble sentido en lo que dijo. Y ese doble sentido fue percibido por los adultos de la mesa. Ricardo se atoró con la hamburguesa, y Andrea se vio en la necesidad de palmearle la espalda. Verónica se enrojeció de vergüenza. Por suerte, la inocencia infantil salió al rescate.

—Le gusta mucho su corte de cabello, ahora se lo deja peinar, antes no... le presté mis hebillas de mariposa y todo.

Carola. Dulce Carola. Verónica se olvidó de lo anterior al oír a la niña, el tono común le volvió al rostro, sonrió.

Andrea acarició con dulzura la cabeza de Emilia, la niña estaba sentada junto a ella.

—Aunque no lo parezca, Emilia es muy coqueta, y el nuevo corte de cabello le sienta de maravillas. ¡Le encanta! ¡Sin duda necesitaba las manos de una experta!

Andrea volvió a agradecerle, esta vez en silencio, moviendo los labios con obviedad.

Verónica se sintió obligada a interactuar con la niña. Era la tercera vez que la veía, y ahora estaba despierta, no tenía excusa. Emilia era la niña que le faltaba, con Carola ya se sentía amiga íntima. Con Micaela... bueno, con ella todavía nada estaba definido.

—¿Te gusta tu corte de cabello? —Esa fue la única pregunta que se le ocurrió a Verónica. La dijo con timidez.

Emilia pasó por alto cada una de esas palabras. No levantó la mirada de la bandeja.

Verónica no se dio por vencida. Insistió con algo tan simple como un:

—Hola...

No hubo respuesta. Todos parecían estar atentos al comportamiento de la niña y nadie decía palabra alguna. El silencio se hizo incómodo. Micaela intercedió, por Verónica, o tal vez por su hermana. Posiblemente por las dos.

—Tienes que decirle: “Hola Emilia”. Si le dices sólo “hola” ella cree que se lo estás diciendo a otro y no a ella.

Un detalle relevante. Muy relevante.

—Oh, comprendo. Gracias... —Intentó hacer contacto visual con la niña. Casi que lo consigue. Emilia la evadió con gran destreza. Repitió el saludo con el agregado indicado—. Hola Emilia.

La respuesta se mantuvo en el anonimato. Lo único que Emilia hizo fue acomodar las patatas sobre la bandeja.

—A veces hay que darle un tiempo. —Andrea decidió evitarle más incomodidad a Verónica. Relacionarse con Emilia no era una tarea sencilla—. A veces...

—¡Estrella!

Sin levantar la vista, aun acomodando las patatas en la bandeja, así irrumpió Emilia en la conversación, con una sola palabra.

—¡Estrella! —Volvió a repetir.

La sorpresa de la palabra desconcertó a todos menos a Verónica. Un estrella, esa era la forma del dije que llevaba al cuello con una cadena de oro muy pequeña. Apenas estaba a la vista, la camisa que llevaba la ocultaba para la mayoría de los ojos menos para los de la niña. Cómo o en qué momento Emilia había notado esa estrella era una incógnita que no merecía ser siquiera pensada. Verónica consideró esa palabra como un “Hola”, y sonrió. Sonrió mientras acariciaba el dije revelando el motivo por el cual la niña había dicho tal palabra.

Así era Emilia. Nunca decía nada al azar, nunca actuaba sin justificación alguna. Esa era la forma en que la niña le decía: Oye, tú, mujer desconocida de cabellos rubios rojizos, te veo... sin mirarte te veo.

Al cabo de unos minutos Gabriel estuvo de nuevo junto a ella con una montaña de patatas y una hamburguesa que parecía haberse comido a otra hamburguesa.

Verónica compartió patatas con todos, menos con Emilia, al parecer no había tanta confianza entre ambas. Cuando intentó hincar los dientes en la bestial hamburguesa, provocó un espectáculo inesperado para los niños y niñas de la familia. No era buena comiendo sin cuchillo y tenedor, y por lo visto, eso resultaba por demás gracioso.

Minutos, minutos y más minutos, rodeada de personas que eran conocidos desconocidos, si es que tal cosa existe. Pensó en la noche anterior, en la billetera extraviada accidentalmente bajo su cama y la decisión de regresarla con tanta urgencia. Los sábados de su vida no eran para nada parecidos a este. Afuera había más niños, corriendo, gritando, un gran caos. Adentro era peor, se le sumaba el molesto ruido de los artefactos de cocina. Se pensó en otro lugar. Podría estar en la tranquilidad del departamento, o en el salón de belleza decidiendo de qué color iba a llevar las uñas esa semana. Podría haber hecho tantas otras cosas, sin embargo ahí estaba, luchando con la mancha de ketchup en su jean, que de seguro, dejaría una marca por un largo tiempo.

Convencida por Andrea, fueron hasta el baño en compañía de Carola. Mientras la tía ayudaba a la niña, Verónica se dedicó a limpiar la mancha con agua. Fue peor. Suspiró con un poco de fastidio aprovechando la ausencia de sus compañeras de baño, no le gustaba para nada el hecho de andar caminando con una llamativa mancha en el pantalón. Se comprobó el rostro en el espejo, se reacomodó el cabello, y cuando finalizó, sus ojos se encontraron con una

frase escrita sobre la pared contigua:

*No existen las coincidencias,
nosotros caminamos cada día hacia lugares y personas
que nos esperaban desde siempre.*

A modo final, la frase estaba decorada con el dibujo de una estrella.

Verónica volvió a capturar el dije entre los dedos. Tenía ese colgante desde los ocho años, se lo había regalado su madre. No lo llevaba a diario, sólo cuando lo sentía necesario.

Pensó en la noche anterior, en la billetera extraviada bajo la cama y la decisión de regresarla con tanta urgencia. Pensó una y mil veces en lo mismo, hasta que la mano de Carola se aferró a la de ella y la regresó a la realidad.

Abandonaron el baño las tres de la mano, Andrea en un extremo y Verónica en el otro. Carola en el medio, sonriente.

—Verónica, el sábado que viene es el cumpleaños de Emilia, si quieres puedes venir —Carola se esgrimió como la vocera familiar.

¿Qué decirle? La intención de ese día había sido la de un simple favor. Ese favor se había transformado en un almuerzo familiar, y ahora, ese mismo favor mutaba en algo mucho más grande.

—¿Te parece? ¿Crees que le gustará que yo vaya a su cumpleaños?

—Yo creo que sí —afirmó la niña.

Verónica intentó encontrar la respuesta correcta en los ojos de Andrea. No quería ser una intrusa en un momento tan especial.

Andrea sonrió por lo bajo y para no generar algún tipo de duda en ella, agregó:

—Yo también lo creo.

Entre la espada y la pared, así quedó. Andrea y Carola la interrogaron con la mirada.

—¿No habría que preguntarle a tu padre primero? —Esa fue el último recurso vivo.

—¡No! —Las dos lo dijeron a coro.

—Nosotras te invitamos —agregó Andrea—. Con eso es suficiente. ¡Los hombres no sirven para esas cosas!

Confirmado. Sin escapatoria. Verónica anotó en su agenda mental: Próximo sábado – Cumpleaños de Emilia.

—De ser así, con gusto iré.

—Perfecto —sentenció la niña satisfecha—. Le gustan los rompecabezas y los patos. ¡Sé creativa!

“¡Sé creativa!”

Andrea y Verónica se miraron en complicidad hasta que no pudieron más. Juntas estallaron en una carcajada.

—Muy bien... lo intentaré. ¡Lo intentaré!



—¿Sé creativa? ¡Explícate, por favor!

Alicia era funcional, expeditiva, y conocía a la perfección las entrelíneas de Verónica. En esa oportunidad se sentía caminar a ciegas.

Abrió la agenda digital compartida en el computador de Verónica. Señaló la nota adjunta agregada días atrás.

“Comprar regalo para niña de ocho años. Sugerencia: Rompecabezas o patos. ¡Sé creativa!”

—¿Qué quieres que te explique? Un regalo para una niña de ocho años.

Estaba acostumbrada a que sus tareas traspasaran la línea de lo laboral. Obsequios de cumpleaños, atenciones a clientes, retirar ropa de la tintorería, reservas de vuelos, hoteles y restaurantes. Ufff un sin fin de cosas, a pesar de ello, en esta situación en particular, Alicia se sentía fuera de lugar: Regalo para niña de ocho años.

—Sí, eso lo entendí perfecto. También comprendí la parte de rompecabezas o patos. ¿Pero qué es lo que quieres con exactitud? ¿Un rompecabezas? ¿Un pato... de felpa, de goma? Y si es un rompecabezas, ¿de cuántas piezas hablamos? ¿50, 100... mil?

Verónica se hundió en la silla, también se sentía sapo de otro pozo. Los cumpleaños de niños no eran una actividad común para ella, desconocía el protocolo, desconocía todo.

—No lo sé, ¿crees que será mucho cincuenta piezas para una niña de ocho?

—Supongo que depende de la niña.

Condenada. Emilia era una niña de ocho años fuera de lo común.

—Mejor un pato. ¡Sí, un pato!

—¿Un pato de felpa? No te parece más conveniente una muñeca, a esa edad le gustan las muñecas.

Debía tener en cuenta lo que Carola le había dicho, si no había mencionado muñecas, por algo era.

—No, muñecas no, es otra clase de niña.

—¿Qué clase de niña es? Espera, no, no me lo respondas. Mejor dime, ¿niña de quién es? Porque tú y un cumpleaños infantil no encajan. Algo hay detrás de todo esto.

No tenía que andar soltando a los cuatro vientos quién era o no era la niña, no importaba.

—Sí, algo hay detrás de todo esto —fue irónica—. ¡Un cumpleaños, eso hay!

El fastidio hizo lo suyo en Alicia, no le agradaban los enigmas. Este sin duda lo era. Verónica se guardaba parte de la información para sí.

—Ok, veré lo que consigo para esa “otra clase de niña”—resopló—. Ahora dime, ¿dónde envío el obsequio? Te olvidaste ese detalle.

Ese dato era imprescindible, ella se encargaba de comprar lo pedido y enviarlo al destinatario correcto con una hermosa tarjeta, escrita también por ella, y firmada por Verónica.

—Eso no es necesario, yo me ocupo de entregarlo en persona.

No había saliva suficiente en la garganta de Alicia como para atragantarse, toser fue la única salida. ¿Había escuchado bien? ¿Yo me ocupo de entregarlo?

—¿Estás bajo el efecto de alguna droga? —Alicia no daba crédito a lo oído. Le puso la mano en la frente para chequear la temperatura de Verónica—. ¿Te sientes bien?

—¡Alicia! —Apartó la mano con brusquedad.

—¿Qué?

—¡Déjate de payasadas! ... —El teléfono del escritorio de Alicia comenzó a sonar. Verónica se valió de él—. ¡Haz tu trabajo! ¡Atiende el condenado teléfono!

Alicia regresó al escritorio y accionó la llamada que provenía de recepción. Intercambió un par de palabras con Evelyn ante la mirada atenta de Verónica, a medida que los segundos pasaban, la expresión en el rostro le fue variando: el fastidio fue reemplazado por una sonrisa traviesa. Finalizó la conversación y desde la puerta le trasladó la información recibida.

—Esperan por ti en la recepción.

¡Diablos! Pensó Verónica, la hora se le había ido volando.

Controló su imagen en el reflejo del monitor del computador, guardó el móvil en el bolsillo, tomó el bolso y abandonó la silla sin siquiera pensarlo.

Sabía quién era. Y ahora también lo sabían Alicia y Evelyn. En breve lo sabría toda la oficina.

—¡Voy a tomar mi almuerzo fuera! —Le informó cuando pasó junto a ella.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello... Ahora comprendo el asunto del cumpleaños. —Le murmuró con picardía en el oído—. Saludos al contratista.

Verónica hizo oídos sordos a lo último. Se alejó sin más despedida que lo anterior. Alicia le recordó a voz de grito.

—¡Recuerda que a las 16 hs tienes reunión en las oficinas de CINAR!

Verónica alzó la mano en lo alto para darse por informada. Tenía un único destino, y ese destino esperaba por ella en la recepción.



El tiempo no le sobraba. Al tiempo tenía que organizarlo. Y cuando podía, el tiempo se lo regalaba a ella. Aunque fuesen minutos, no importaba. Atravesaría la ciudad por un par de minutos a su lado.

Desde el sábado que no se habían vuelto a encontrar. Mensajes, llamados, pensamientos... ya no era suficiente. Estaban a mitad de la semana, y un almuerzo improvisado les sentó de maravillas a ambos.

Un pequeño restaurant a un par de calles del bufete. Un almuerzo sencillo, sólo para justificar el momento. La verdadera función del encuentro eran las caricias por debajo de la mesa, el encuentro de manos, el roce inocente de labios. Sí, inocente, porque no eran adolescentes que se devoraban con desesperación ante la mirada atenta del mundo. Eran un hombre y una mujer con una historia cargada a sus espaldas que los hacía disfrutar del amor de una forma diferente. En cada beso querían sentirse, reconocerse, en cámara lenta y con delicadeza.

—Siento haberme presentado así —Gabriel se excusó luego de saciarse con todos los besos posibles.

—¿Así cómo?

—Así de improviso, en la recepción del bufete. Tendría que haberte enviado un mensaje diciéndote que estaba abajo, esperando por ti. No quiero generar ningún...

Suficiente. Esos labios habladores reclamaban algo, un beso. Verónica se encargó de satisfacerlos. Adueniéndose de su boca, lo llevó al silencio. Gabriel sonrió entre esos labios, comprendió el mensaje que traían de forma implícita.

—Tú generas muchas cosas, eso dalo por hecho —balbuceó Verónica mientras recobraba la compostura lejos de su boca—. Ahora, si con eso quieres referirte a comentarios o rumores...

—Me refiero con exactitud a eso.

Gabriel no era necio, sabía que Verónica tenía una imagen que mantener, y él no podía olvidar que unos cuantos días atrás había estado haciendo reparaciones en el lugar. La historia del contratista y la abogada era fácil de imaginar, sobre todo desde lo equivocado.

—¡Pues mira tú que egocéntrico resultaste!

Gabriel se echó a reír. Parecía absurdo, pero sentía que ya la conocía. Su cabeza se adelantaba a las palabras de Verónica, se las imaginaba... y él no podía evitar reír.

—En ese Bufete hay comentarios y rumores sobre mí para tirar al techo, y todos ellos, absolutamente todos, me los he ganado yo sola. Ven al Bufete todas las veces que quieras, oír el rumor de tu presencia siempre va a ser una buena noticia para mí.

Cuando se perdía en lo cotidiano y la alejaba de su pensamiento por un instante, las dudas comenzaban a acecharlo. ¿Era lo correcto esto? ¿Estaba preparado para lo que ella podría llegar a significar de ahí a un tiempo?

Un segundo a su lado y obtenía todas las respuestas. Inclusive las de aquellas preguntas que nada tenían que ver con ella. Verónica le daba un extraño sentido a su vida, a esta nueva vida que tenía.

—Es bueno saberlo, y aunque confieso que me encantaría ser ese rumor a diario, de aquí a unos días no va a ser tan sencillo.

El interrogante en el rostro de Verónica fue suficiente para que se extendiera en argumento.

—El lunes comienzo con un nuevo trabajo de restauración, una vieja casona va a convertirse en club nocturno. El trabajo va a llevarme mucho tiempo, y si a eso le agregamos las responsabilidades con las ni...

Otro beso... ella le robó otro beso.

Para silenciarlo. Para hacerle saber que todo iba a estar bien. Que encontrarían la forma. Verónica aceptaba los besos robados, los minutos contados, las llamadas a plena madrugada. Aceptaba todo. Lo aceptaba a él.

—Cuando sea, cómo se pueda... tú y yo, con eso basta.

Tú y yo. Eso sonó a dulce melodía.

Gabriel se convirtió también en ladrón. Fue por esos labios, los recorrió, se quedó en ellos todo el tiempo que pudo. Le acarició el rostro, jugó con su cabello, olió su perfume...

—Tú y yo —repitió él.

—Sí, tú y yo... aquí o en un cumpleaños infantil.

Gabriel volvió a reír.

—¿Estás segura de estar preparada para eso?

—No, no estoy preparada en lo absoluto, pero no soy de las que se acobardan. Así que si la invitación sigue en pie...

—¡Por supuesto que sigue en pie! —interrumpió él.

—De ser así, sin dudarlo... ahí estaré con mucho gusto.

Y no mintió. Lo decía con toda la sinceridad que existía en su corazón.

—De ser así, ahí estaremos, esperándote con mucho gusto.

Esa fue la más extraña de las citas para ambos.

La historia de amor que quería nacer en ellos se escribía de esta manera, saltando los obstáculos, valiéndose de todo. Verónica comenzaba a comprender las palabras de Gabriel, a sentirlas como propias.

Se ama con el cuerpo, se ama con palabras, se ama con acciones...

No necesitaban una cena a la luz de las velas, con un pastel de cumpleaños de por medio, les era suficiente.



Si le daban a elegir, lo elegía a él por el resto del día.

No fue posible. No por ella y la reunión que ya tenía pactada con los ejecutivos de CINAR S.A, sino por Gabriel. Las niñas no eran una actividad que podía postergarse. Debía ir por ellas a la escuela para regresarlas sanas y salvas a casa.

Daniel la esperaba en el estacionamiento del edificio, siempre

dispuesto a las necesidades de su empleadora. Las salidas a mitad de la tarde para reuniones laborales eran bastante frecuentes.

Las oficinas centrales de CINAR S.A no se hallaban muy lejos del Bufete, aunque el tránsito de ese día las proyectó como a kilómetros de distancia. Las reparaciones de los carriles exclusivos para autobuses disminuían la capacidad de tránsito para el resto de los vehículos. El tiempo de espera muerto fue utilizado de una manera poco común en Verónica.

—Daniel, ¿puedo entrometerme en tu vida personal?

Estaba llena de pensamientos y dudas, necesitaba compartirlos con alguien en particular.

La pregunta desestructuró al hombre, aprovechando que el auto estaba detenido en medio del embotellamiento, giró hacia ella para contemplarla.

—Después de... —Hizo memoria—, más de seis años, sí, creo que puedes.

Tenían una larga historia juntos sobre esas cuatro ruedas, a pesar de ello, Verónica era reservada, no sólo con su vida personal, sino con la de él también.

Recordaba fragmentos de la vida del hombre, aquellos que se escapan en conversaciones casuales. Estaba casado desde hacía años, Norma... sí, Norma era el nombre de la mujer. No tenían hijos, no porque no lo hubiesen deseado, no pudieron. Tenían sobrinos, y los amaban como si fuesen hijos propios, en especial a uno. Ese “uno” intentaba traer a su memoria Verónica.

—Si mal no recuerdo, creo que me habías dicho que uno de tus sobrinos tenía un problema en su neuro-desarrollo, ¿es posible?

De todas las posibles conversaciones, de todas las posibles preguntas: esa. La sorpresa fue notoria en Daniel.

—Sí, Martín. ¿A qué viene esa pregunta? —No le molestaba hablar del asunto, sólo le llamaba la atención que Verónica, después de tantos años, estuviese interesada.

Verónica buscaba información de aquello que no se consigue en las redes, no necesitaba características, necesitaba vivencias personales.

—Tengo una amistad cercana que tiene una niña con... —intentó buscar la palabra más adecuada, “problemitas” comenzaba a sonarle inaceptable—. Con capacidades diferentes.

—¿Y con eso te refieres...?

—Autismo —Fue directa.

—Ya veo... ya veo —balbuceó para él mismo mientras se

reacomodaba en el asiento, los autos comenzaban a moverse lentamente—. Martín tiene trastorno general de desarrollo no especificado, es posible que compartan algunas características, como problemas en el lenguaje por ejemplo, más no sabría decirte. Todos los trastornos vinculados al desarrollo son un mundo aparte.

El silencio se hizo amigo de Verónica, pensamientos y dudas a raudales tenía, sin embargo no podía trasladarlos a preguntas o inquietudes.

Daniel percibió la seriedad del asunto. Verónica le agradaba, más allá de su común carácter detestable y pedante, a él le agradaba. Para Daniel, con una amplia experiencia en la vida al servicio del otro, el silencio decía mucho. Los silencios de Verónica, a lo largo de los años, le habían confesado muchas cosas al hombre. Sí, ella le agradaba.

—¿Qué es lo que quieres saber? Dime, tal vez pueda ayudarte, tal vez no.

—Si te soy sincera, no sé qué quiero saber. Lo único que sé es que no quiero echar a perder mi relación... —Se corrigió, de repente, se corrigió. No sabía que etiqueta ponerle a lo que sucedía entre ella y Gabriel—. No quiero echar a perder mi amistad con una persona por mi desconocimiento sobre el asunto.

Verónica quería ser perfecta para Gabriel, deseaba cumplir con todas sus expectativas. Emilia era la prueba de fuego.

—¿Una persona? ¿Él o ella? —interrogó Daniel.

—Él.

—¿Y ese él tiene una hija con autismo?

—Sí, en realidad tiene tres niñas, una de ellas con autismo.

—¿Tres niñas? ¡Vaya productividad! —bromeó—. ¿Y qué tan amigo es, si se puede saber?

No sabía si la conversación iba a obtener un resultado final productivo o no, detestaba poner en manifiesto su vida personal ante cualquiera; Verónica tragó saliva a la fuerza, y con ella se tragó también las costumbres y prejuicios.

—Cercano... bastante cercano de momento.

—¿Divorciado?

—No...viudo.

El carro, que había comenzado a avanzar con lentitud, frenó de pronto. Todos los autos se vieron obligados a detenerse una vez más.

—Lo siento... —Se excusó por el sacudón repentino—.

Recapitulemos, padre viudo, tres niñas, y una de ellas con autismo; ¿esa es la descripción de tu amigo cercano?

—Sí, ese es él.

—¿Y de todos los amigos posibles que podías hacer, tú elegiste ese, justo ese?—Giró una vez más hacia ella, la expresión en su rostro era de descontento, de extraña desaprobación.

A Verónica no le gustó para nada la actitud. Respondió poniéndose a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me parece una mala decisión de tu parte —Directo y sin escalas, así fue Daniel.

—No te pedí opinión sobre “mi” decisión.

—¿Y a qué viene todo esto entonces?

La conversación comenzó a vestirse de discusión.

—¡Simplemente quería conocer tu experiencia con un niño diferente! ¡Eso es todo!

—Perfecto, te la digo... agotadora, y frustrante en algunos momentos. Es una vida que te lleva a estar en un estado de desafío constante. Se necesita mucha paciencia, mucha paciencia y amor. ¿Tienes de eso? ¿Tienes paciencia y amor para compartir?

Verónica alcanzó su límite. Ella invertía la paciencia con quién quería. No iba a invertirla con él.

—¡Vete al infierno, Daniel!

Las bocinas de los autos cercanos comenzaron a sonar. Daniel retomó el control del volante.

—¡No, tú vete al infierno! Tienes que andar con cuidado en este asunto. ¡No puedes andar jugando con los corazones de las personas porque sí!

No iba a decir palabra laguna, Verónica ya lo había decidido. Sí Daniel quería hablar, que lo hiciera sólo.

—Es un padre, Verónica, un padre de tres niñas. Con autismo o sin autismo de por medio, es un padre, viudo, con TRES NIÑAS —alzó la voz—. Son todo un conjunto, ninguno es independiente del otro. Si rompes un corazón, rompes todos.

“Si rompes un corazón, rompes todos”. Una realidad no pensada la abofeteó al rostro. Siguió refugiada en el silencio, no existían palabras valederas después de eso.

—Toma una decisión, para variar sé valiente por una vez en tu vida ...

La Verónica de semanas atrás lo hubiese despedido en ese mismo momento. La Verónica que todavía estaba en proceso de desarrollo, aceptó la verdad de esas palabras.

—Si realmente estás dispuesta a poner todo de ti en esto, hazlo... de lo contrario, da la vuelta ahora mismo sin provocar daño alguno.

La parte crucial del embotellamiento llegó a su fin, el auto recobró el ritmo correcto. Avanzaron, las calles desfilaron ante ellos. Estaban a mitad del trayecto.

La cabeza de Verónica hacía ebullición. Su corazón estaba en igual situación.

Tomó una decisión.

—Daniel, espera...

—¿Qué?

—En la esquina siguiente dobla a la derecha.

Esa indicación los llevaba al lado opuesto del supuesto destino.

—¿Con dirección a dónde?

—Al centro comercial.

Daniel estaba desorientado por completo.

—¿Y CINAR?

—CINAR puede esperar. Lo demás no... Tienes razón, tengo que tomar una decisión. Necesito un rompecabezas de patos.

—¿Un rompecabezas de patos? No entiendo nada —dijo el hombre para sí.

No había mucho que entender.

“Si realmente estás dispuesta a poner todo de ti en esto, hazlo.”

Lo estaba haciendo.



No le fue necesario llamar a la puerta, Tudor ladró dando testimonio de la presencia. En segundos, el rostro sonriente de Carola, le daba la bienvenida.

Lo primero que salió de los labios de Verónica fue una dulce reprimenda.

—No deberías abrir la puerta sin preguntar quién es.

—Sabía que eras tú, le dije a Tudor que esperara por ti. ¡Y él siempre hace bien su trabajo!

Nombrarlo era motivarlo. El perro se alzó apoyando las patas delanteras en el vientre de Verónica, quería una caricia a modo de pago por el trabajo bien cumplido. La única forma de librarse del canino era cumpliendo con esas demandas, lo acarició en la cabeza, le rascó las orejas, y luego de un par de lengüetazos en las manos, Tudor se dio por satisfecho.

Una vez que el gran peludo consiguió la recompensa, Carola recuperó el protagonismo.

—Veo que trajiste un regalo —dijo señalando la bolsa que traía Verónica, dentro podía verse una caja envuelta con papel y listón.

Ay, ay, ay... el inocente materialismo infantil. Verónica rio por lo bajo.

—Sí, por supuesto que sí, intenté ser creativa como me dijiste. ¡Un rompecabezas de patos! ¿Qué te parece? —Le entregó el paquete para que la niña hiciera lo correspondiente.

—¿Son patos de verdad o de dibujito?

—Patos de verdad, nadando en una laguna.

Carola sacó el paquete de la bolsa, sacudió la caja cerca de su oído.

—¿De cuántas piezas?

—Trescientas piezas.

—¡Perfecto! ¡Lo has hecho bien Verónica!

“Lo has hecho bien”

¡Diablos niña, podrías haberme dado esa información antes!

Verónica exhaló, al parecer había aprobado un examen sorpresa. Presentía que ese no iba a ser el único examen del día.

La niña la tomó de la mano, y la arrastró directo a la cocina.

—Ven, creo que papá está en la cocina, los demás afuera. Hay un castillo inflable... ¿te gustan los castillos inflables?

Castillos inflables. Definitivamente iba a desaprobado ese examen.

—No tengo mucha experiencia en ellos.

—No se necesita experiencia, sólo tienes que saltar... cuando los niños se vayan, si quieres, saltamos juntas.

Llegaron a la cocina, no había señales de Gabriel.

—Ok... cuando los niños se vayan.

—Ok —repitió Carola—. Voy a dejar esto —alzó el paquete con listón—, junto a los demás regalos.

Desapareció al cruzar la puerta que separaba a la cocina del jardín trasero.

Creyendo que estaba sola, Verónica volvió a exhalar, lo hizo con fuerza.

No estaba sola, la gran mesada central le impedía ver el cuerpo oculto detrás. El ruido metálico de algo cayendo contra el suelo le indicó la presencia de alguien. Ese alguien alzó la cabeza por sobre la mesada.

Gabriel, sonriendo de par en par, con los hoyuelos colándose por la barba crecida. Y como si eso no fuese suficiente para hacerlo dulce y atractivo, llevaba los lentes puestos.

—Keep Calm, es sólo un cumpleaños de niños —bromeó entre sonrisas.

El bullicio del afuera llegó a los oídos de Verónica. Los hijos de Andrea atravesaron a la carrera la cocina en dirección al living. Segundos después, otro niño los siguió.

Gabriel estaba batallando con trastos de cocina, filetes de carne, y cientos de cosas más. Ella comprobó la hora.

—¿Llego demasiado tarde?

—No, no... tú has sido, como siempre, maravillosamente oportuna, los demás son los que han llegado antes. —Se acercó a ella cargando una bandeja vacía—. Y lo de oportuna lo digo en todo el sentido de la palabra. —Ya frente a ella le estampó un intenso beso en la mejilla—. Bienvenida... Ten —Le guiñó un ojo y le entregó la bandeja—. Imploré a los cielos por ayuda, y aquí llegaste tú.

—Pues soy toda tuya, ¿dime qué necesitas?

—¿Qué necesito de ti? —acercándose a su oído, murmuró—. Muchas cosas. Ninguna va a ser posible ahora. —Tomó distancia de ella—. Así que de momento, te invito a que me acompañes al refrigerador.

Afuera parecía una selva salvaje. Ahí dentro, con él, el paraíso.

Elegía el paraíso.

Siguió sus pasos hasta el refrigerador. Mientras ella se mantenía firme

con la bandeja a la altura correcta, Gabriel seleccionaba aderezos, frascos de conservas vegetales, etc.

—¡Dios santo! ¿Cuántos aderezos más necesitas? —replicó al ver que él seguía escogiendo y capturando.

—Todos los necesarios... ¡Aunque no lo creas, uno organiza un cumpleaños de niños y termina alimentando a los adultos!

—Te creo... te creo, tengo la evidencia en mis manos.

Gabriel se agachó para abrir el cajón de vegetales, seleccionó unos tomates. Al hacerlo contempló las piernas de Verónica, en especial el calzado.

Verónica había decidido ir vestida de manera bien casual, pantalón negro, remera también negra, sacón de hilo en tono marrón claro, y unas botas informales sin tacón.

—¿Hoy no hay tacones altos?

—No.

—Pero es sábado.

—Lo sé. Últimamente las reglas de mi vida están en proceso de revisión.

Gabriel se incorporó, dejó los tomates en la bandeja para dedicarse a contemplarla. Le sonrió. Al hacerlo, le brillaron los ojos. Ese brillo tenía una única dueña, ella.

—No me mires así —Verónica no podía contenerse, se derretía como un helado ante él.

—¿Así, cómo?

—Así, con esa sonrisa, con esos lentes.

En pantalones de jeans y camiseta blanca. ¡Así, Hombre! ¡No me mires siendo tú!

—Estoy asando carne a la parrilla, los lentes me sirven para alejar el humo que me irrita los ojos. —Tomó la bandeja y la apoyó en la mesa cercana—. Lo de la sonrisa no puedo evitarlo, es mi encanto natural.

Eliminó la poca distancia que separaba a sus cuerpos. Miró para un lado, para el otro, no había nadie a la vista. La tomó por la cintura, la acercó a él. Cuerpo contra cuerpo. Calor compartido. Ansias. Deseos.

—Te extrañé —murmuró ella—. A ti y a tu encanto natural, los extrañé a ambos.

Lo correcto hubiese sido decirle: Yo también te extrañé.

No se lo dijo. Se lo demostró.

¡Al diablo todos!

La besó. Y besarla fue un error. No quería abandonar esos labios. No podía abandonarlos.

Verónica hundió los dedos en su cabello, lo acarició, se dejó invadir por él, por su lengua. Sí, Gabriel era su paraíso.

—Papá...

Esa voz fue como una descarga de electricidad repentina. Los dos cuerpos tomaron distancia brutal.

Micaela los observaba sin expresión alguna en el rostro. Continuó como si no hubiese visto nada.

—El tío Ricardo te llama, dice que perdió el control del fuego.

Gabriel, limpiándose los labios para quitarse cualquier posible rastro de labial, entró en acción apropiándose de la bandeja con filetes. Verónica lo imitó, recuperó la bandeja con aderezos.

—Hola Verónica... —La mayor de las niñas era educada y formal. Ni el beso inesperado le quitó tal costumbre.

—Micaela... Hola.—Verónica intentó no tartamudear, la vergüenza todavía estaba en ella.

—Carola te espera, quiere presentarte a sus amigas.

No se dijo más nada. Los tres callaron y salieron rumbo al patio, uno detrás del otro.

El afuera no le resultó tan salvaje como se esperaba. Había niños, aunque no en la cantidad que se imaginaba. Adultos sí, por doquier, al igual que los globos de colores.

¡A Emilia le encantan los globos y no le gusta la música fuerte, por eso no hay música y hay muchos globos! Carola fue la encargada de suministrar la información y realizar las presentaciones. La llevó de un lado al otro, de un lado al otro, como si Verónica fuese una veleta.

Andrea tomó cartas en el asunto cuando los primeros signos de agotamiento comenzaron a notarse en el rostro de la abogada estrella. La rescató y le hizo compañía.

—Aquí tienes, juego de manzana. Si tuviese burbujas y un poco de graduación alcohólica sería mucho mejor—dijo señalando su vientre prominente—. Pero bueno, mi condena es tu condena.

Le entregó un vaso. Ella cargaba con otro. Bebieron en silencio desde una de las esquinas del patio. Desde ahí se podía contemplar el escenario de fiesta completo.

Emilia, Carola, y otras tres niñas, jugaban dentro del castillo inflable. Otro grupo de niños, de variada edad, gambeteaban una pelota. Entre esos niños estaban los de Andrea. Micaela estaba con una niña de su edad mirando vaya a saber qué cosa en una computadora portátil. En la parrilla, Gabriel, cocinando los filetes, cortando tomates, preparando los panes para los futuros sándwiches. Ricardo estaba junto a él, observando, opinando... Gabriel podía con todo, preparaba la comida, hablaba con él, les daba indicaciones a las niñas saltarinas, y cuando era necesario, pateaba la pelota que se desviaba hacia su sector.

Verónica se perdió en él, lo observó con calma, no dejó que ningún detalle se le escapara. La brisa jugaba con sus cabellos desordenados, él luchaba contra ellos, los acomodaba una y otra vez. Por supuesto sonreía, veía a las niñas jugar, divertirse, y sonreía.

—Un Adonis de bajo presupuesto, ¿verdad? —Andrea la regresó al momento.

Verónica estalló en una carcajada. El jugo de manzana fue travieso y se le escapó por la nariz.

Andrea le entregó una servilleta de papel. La aceptó y se limpió los restos del líquido. Estaba roja de la vergüenza, la carcajada repentina había hecho voltear a un par de personas.

—No necesito que me respondas. —Andrea seguía dispuesta al ataque, era evidente que Verónica estaba dispersa todavía—. Gabriel es un hombre con muchos atributos, y eso está a la vista. En épocas de juventud alborotó muchos corazones. De hecho...yo estaba locamente enamorada de él, por eso se lo presenté a mi familia. Gran error de mi parte, conoció a mi hermana. Discutimos semanas por él hasta que tomamos una decisión. —Hizo una pausa, parecía dispuesta a confesar algo importante—. Jugamos a piedra, papel y tijera... como te imaginarás, ella ganó.

El rostro de Verónica, enrojecido por la vergüenza de segundos atrás, empalideció de repente. Los ojos se abrieron como platos, apenas pestañeaban. Sin poder evitarlo, buscó contacto visual con la mujer que acababa de confesarle eso.

¿Esta mujer está loca o qué? ¿Qué pretendía conseguir con esa confesión?

El rostro de Andrea ardía, tenía los labios apretados con fuerza y los ojos le brillaban con picardía.

—¡Por dios santo, mujer, estoy bromeando contigo!

Verónica respiró profundo. Andrea le compartió su vaso con jugo. Bebió hasta que sintió que la vida le volvía al rostro.

—Gabriel es como un hermano para mí —continuó la traviesa mujer.

—Voy a intentar creerte —murmuró Verónica.

—¡Créelo, créelo! Jugaba contigo para que te relajaras un poco. Pareces tensa.

En eso tenía razón, estaba tensa, y no por los comentarios locos que acababa de escuchar.

—Lo estoy, un poco... tan sólo un poco.

—Los cumpleaños infantiles no son comunes para ti, ¿no?

—Los cumpleaños familiares no son común para mí... No sé si es paranoia o qué, pero siento que todo el mundo me observa.

—No, no es paranoia, te observan.

¡Maldita mujer del demonio! No sabía si odiarla o adorarla.

—Gracias, ahora me siento “tensa” por completo.

—Lo siento, eres la atracción de la tarde, Carola les estuvo adelantando tu presencia a todos. ¡Relájate! Delante de estos especímenes nadie puede estar tenso.

Carola había hecho las presentaciones fugaces, Verónica apenas recordaba quién era quién. Andrea volvió a realizarlas desde la distancia. Se los indicaba con un gesto de mirada, y entre susurros, le daba información de los mismos.

Vecinos, padres de niños compañeros de Emilia, familiares, etc. Con algunos se tomó el tiempo.

—Aquél que está allá... —La mirada de Andrea se dirigió al sector en donde jugaban los niños a la pelota—. Es Sebastián, amigo de la infancia de Gabriel, padrino de Emilia. Vive en china desde hace diez años. Tiene negocios con su padre allí. No preguntes qué negocios son porque nadie lo sabe. ¡Nadie! Ni siquiera Gabriel lo sabe. Lo único destacable de él es, que a pesar de todo, cuando es el cumpleaños de la niña, se sube a un avión y viene hasta aquí.

Sebastián. Padrino de Emilia. Amigo de la infancia. China. ¡Listo, anotado!

—Esos dos que están ahí...

Le indicó un matrimonio de edad avanzada que lo único que hacían era comer sándwich tras sándwich.

—Esos son Aurelio y Noemí, mis tíos... tíos abuelos de las niñas.

La información faltante había sido dada minutos antes, los abuelos maternos de las niñas habían fallecido tiempo atrás. Los abuelos paternos, vivían a muchos kilómetros de distancia. Aurelio y Noemí eran los familiares más cercanos que tenían.

—Son dos personas amorosas y maravillosas —continuó—. Siempre están presentes para los momentos importantes, aunque son de poco hablar. La única desgracia que traen consigo es aquella... —señaló a un mujer de unos treinta años que se encontraba cerca de ellos hablando por teléfono—. Bernardina —El nombre abandonó los labios de Andrea con desprecio.

—¿Bernardina? ¡Vaya nombre!

—Sí, ella lo detesta. Eso lo hace más placentero.

—¿Y Bernardina es...?

—Hija de Aurelio y Noemí.

—¿Tu prima?

—Shhh... no lo digas en voz alta. No la queremos muy cerca.

—¿Por qué no la queremos cerca?

—Porque es intolerable y es una aguafiestas. Además se cree la gran cosa porque es la única que tiene un título universitario en la familia. Es abogada —agregó esperando una opinión de Verónica.

Ella dio su opinión.

—Con estudio y disciplina cualquiera puede obtener un título de abogado. Ahora, ser un buen abogado es harina de otro costal.

—Lo sé, y ella es harina mal refinada. Cuando le mencioné tu nombre casi se cae de nalgas al suelo. Al parecer eres muy reconocida en el mundo legal.

Verónica sonrió, su ego la empujó a hacerlo.

—Yo soy harina del costal correcto —Su ego también habló.

—Ven... —Andrea enredó el brazo al de ella—. Vamos a saludarla, le dije que eras mi amiga.

Andrea lo logró, a su manera le quitó la tensión al rostro de Verónica. Antes de lanzarse a la aventura “Bernardina”, se tomó un momento para dejar las bromas a un lado y hablar con seriedad.

—Espera un segundo.

—¿Qué?

—Quiero agradecerte por venir hoy. Gabriel no va a decirlo, pero para él, tú presencia aquí dice mucho. Podrías haber inventado la más insulsa de las excusas para librarte de esto. No lo hiciste y eso me alegra de gran

manera... Gabriel es esto, es un adonis de bajo presupuesto con un corazón de oro que ama con locura a sus hijas, y si estás dispuesta a conocerlo, a conocerlo de verdad, quiero que sepas que todos nosotros estamos dispuestos a conocerte a ti también.

Verónica comprendía muy bien el significado de esas palabras. Estaba firmando un contrato en dónde ambas partes daban conformidad para la creación de una nueva sociedad.

Ya no había marcha atrás, se había lanzado al océano Oates, ahora le quedaba nadar, nadar y mantenerse a flote.

Casi como por acto reflejo, sus ojos buscaron a Gabriel. Los encontró. Esos ojos también la buscaban a ella.

Él le decía un sinfín de cosas con la mirada. Se sonrieron. Verónica sintió calma, seguridad. Con él podría mantenerse a flote en cualquier océano. Con él podía nadar hasta el fin del mundo.



La brisa que había jugado durante horas con el cabello de Gabriel, con el cabello de todos, se transformó en algo más. Primero fue una inesperada llovizna, luego fue la peor de las tormentas.

Adiós castillo inflable, adiós fiesta de cumpleaños al aire libre. Se trozó el pastel en el interior de la casa y eso marcó el inicio de la despedida. La tormenta no tenía intenciones de desaparecer.

Mientras los hijos de Andrea y las niñas desenvolvían los obsequios en el living, los adultos sobrevivientes disfrutaban de una cena improvisada con los restos de comida en la calidez de la cocina.

Andrea y Ricardo. Gabriel y Verónica. Esa era la lista de sobrevivientes.

—La culpa es de Bernardina. —Andrea insistía en cargarle la responsabilidad de la mutación del clima a su prima—. Te lo dije... —Su dedo acusador apuntó a Gabriel. Él muy desgraciado reía mientras luchaba con un trozo de carne fría—. Es pájaro de mal agüero, y lo sabes. ¡No te rías!

—¡Ya cállate mujer! —Ricardo revoleaba los ojos fastidiado por los comentarios sin sentido de su mujer—. Con cada embarazo te vuelves más delirante.

Verónica disfrutaba de la escena. Gabriel estaba relajado, feliz, reía a sus anchas. Le compartió un bocado de carne con su tenedor. Por supuesto lo aceptó sin sentir vergüenza de que la alimentara delante de los otros dos personajes.

—Sí, sí... llámenme delirante, aun así, saben que tengo razón. No sé para qué la invitaste.

—Perdón. —Gabriel salió en su defensa—. Invité a tus tíos, como de costumbre...

—Y como de costumbre, ella se invitó solita, la muy descarada.

—¡Es tu prima! —Ricardo luchaba con las ganas internas de arrojarle la jarra de jugo de manzana en la cabeza.

—¿Qué tiene que ver eso con qué sea un mal bicho?

Ricardo buscó territorio neutral. Lo consiguió en Verónica, la nueva, el reciente miembro del staff familiar.

—Con cada embarazo el nivel de locura aumenta, si tenemos un cuarto hijo, va directo al psiquiátrico.

El hombre dijo la palabra justa.

—¿Cuarto? No mi amor, no... en tus sueños. Este cuerpo no da para más —murmuró en dirección a Verónica que estaba sentada junto a ella—. Todavía no perdí los kilos extra que los otros dos me dieron, después de este salgo rodando.

—¿Éste? —La duda nació en Verónica: ¿Otro varón?

—Sí, otro niño más —afirmó el padre.

Verónica formaba parte de la situación sin intervenir, no hallaba lugar para opiniones. A pesar de ello, se sentía cómoda, estaba pasando un buen momento.

—Al parecer la genética actúa así en esta familia —agregó Andrea atravesando con la mirada a Gabriel. Él respondió.

—¡A mí me tocaron las niñas!

—Y a mí, testosterona hasta el infinito —fingió hacerse la enojada. En realidad amaba la idea de tener un pequeño ejército varonil.

—Ya lo hemos hablado —continuó Gabriel—. Cuando quieras, cambiamos. Eso sí, por un par de horas, mis niñas son mis niñas.

—Hablando de las niñas, cuando la tormenta ceda, avísame... —A Andrea no se le escapaba ningún detalle, estaba atenta a todo—. Yo me quedo con ellas y tú alcanzas a Verónica a casa.

Dijeron su nombre. Dijeron mucho más que su nombre. Verónica intervino.

—No es necesario eso, yo puedo tomarme un taxi, de hecho, creo que ya es hora de llamar uno.

Los tres la devoraron con la mirada. Taxi. La palabra sonó como una herejía para ellos.

—NO, ni te lo pienses —Gabriel fue el primero en opinar.

—Eso no es una opción aquí. —sentenció Andrea en segunda instancia —. Y menos con la tormenta feroz que hay afuera.

La tormenta podía durar minutos, horas.

—No es la primera vez ni la última que salgo a la calle con tormenta.

Si fuese por ella se quedaba ahí todo lo que fuese necesario, pasar tiempo al lado de Gabriel ya era su actividad favorita. A pesar de ello, no le parecía correcto, la noche traía cierta intimidad familiar. Él y las niñas tenían una dinámica, ella no quería colarse a la fuerza en eso. La noche del corte de cabello había sido una ocasión especial, única... había sido la noche del corte de cabello y nada más. Esto podía mal interpretarse, generar confusión en las niñas.

—Verónica... —Ricardo habló, al parecer tenía intenciones de ser la opinión que equilibrara la balanza en la decisión correcta—. Los alrededores están inundados, este barrio tiende a inundarse en cuanto caen dos gotas. Además, oí a los vecinos hablar sobre un rayo que cayó a un par de calles de aquí. No es bueno andar por ahí, conduciendo o viajando en auto. Esta no es una tormenta cualquiera, es la madre de todas las tormentas.

Andrea sonrió satisfecha por el discurso de su marido. Le palmeó el rostro con dulzura.

—¿Oíste? —dijo mirando de reojo a Verónica—. Mejor quedarse aquí hasta que la lluvia ceda. Palabra de un especialista.

—¿Especialista en qué? —preguntó con curiosidad Verónica. Quería saber sobre qué base estaba construido el argumento que la llevaría a ser una feliz prisionera en la casa Oates.

Gabriel apoyó los codos sobre la mesa, se tapó el rostro con las manos. El motivo: ocultar la risa.

—Ingeniero informático —respondió Ricardo por lo bajo.

Verónica se echó a reír. ¿Palabra de especialista? ¿En serio?

—Mira mucho The weather channel. Créeme, te sorprenderías lo mucho que se aprende ahí —finalizó Andrea.

Gabriel dejó a un lado la risa intentando ponerse serio. Le fue difícil, muy difícil.

—Especialista o no, coincidido con él. Primero: Tú no te subes sola a ningún taxi. Yo me encargo del viaje de regreso. Segundo: Hasta que la tormenta no baje la intensidad, nadie sale de esta casa.

Andrea carraspeó intentando capturar la atención de Gabriel. La consiguió.

—¿Qué?

—¿Eso nos incluye a nosotros?

—No, por suerte no los incluye.

Andrea tomó a Ricardo del brazo y murmuró en un tono lo suficientemente alto para que todos la oyeran.

—Captura un trozo de pastel, ve por los niños, y marchémonos de aquí antes de que se arrepienta.

Lo hicieron, se marcharon con la promesa de regresar cuando fuese necesario.

Y lo necesario nunca se hizo presente. Ricardo tenía razón, la de afuera no era una simple tormenta, no, era la madre de todas las tormentas. Fue implacable. No dio tregua, y ante ello, la única alternativa fue dejar que las horas pasaran en familia, ahí, refugiados en la calidez del sofá, disfrutando de una película.

Mi gran amigo el gigante. Una película de esas que jamás en su vida se le hubiese ocurrido ver a Verónica. ¡Dios santo, las cosas lindas que se estaba perdiendo! Secó sus lágrimas. Si, lloró... ¿En qué la estaban convirtiendo? ¡Ella llorando en una película, por favor!

—¿Quieres ver la película de Peter Pan? —Carola actuó rápido, la niña era consciente que afuera todavía llovía. Si llovía, Verónica no se iba—. A Emilia le encanta Peter Pan. ¡Garfío y Peter son amigos ahí!

Gabriel regresaba de la cocina con más patatas. Habían devorado entre los seis un paquete grande entero.

—¡Peter Pan! ¡Peter Pan! —Emilia repitió una y otra vez.

Agotado, porque lo estaba y mucho, Gabriel se arrojó al sofá. De un lado estaba Verónica, del otro, el trío de niñas.

Emilia seguía al canto repetitivo de “Peter Pan”. No iba a detenerse hasta que la película se proyectara ante sus ojos.

—¿Quién dijo las palabras claves? —refunfuñó Gabriel.

—Carola, papá —acusó sin piedad Micaela.

Carola sonrió con la picardía impresa en el rostro. Iba a conseguir lo que quería.

—¿Algún problema con Peter Pan? —susurró Verónica en los oídos de Gabriel.

—Sí, el problema es que la vimos ochenta veces ya.

El cántico comenzaba a ser bastante fastidioso, y a falta de reacción de los demás, Emilia se procuró conseguir lo que deseaba. Capturó el control remoto, ingresó a la memoria usb conectada a la tele en dónde tenía almacenadas sus películas favoritas, y le dio play.

—¡Peter pan! —Y esa fue la última vez que repitió el nombre.

—Cuando a Emilia le gusta algo, le gusta al por mayor —volvió a refunfuñar Gabriel con el hartazgo en la voz.

—Si te sirve de consuelo, yo nunca la he visto.

—No es consuelo, pero es algo —dijo entrelazando su mano a la de ella. Apelaban a cualquier caricia, de momento, los besos delante de las niñas no eran propicios.

Acercándose el uno al otro lo más posible, se acomodaron en el sofá. Peter Pan, reproducción familiar número ochenta y uno, daba inicio.

¿Quién lo hubiese imaginado? Peter Pan y Garfio comenzaron siendo amigos. ¡Mira tú!

Por desgracia no pudo compartir apreciación alguna de la película. A excepción de Micaela, los otros miembros del equipo se habían rendido ante Morfeo.

Carola se había dormido abrazada a su padre. Emilia, roncaba con la cabeza en el apoyabrazos. Gabriel... bueno, Gabriel estaba en una galaxia muy lejana.

¿Y ahora? La lluvia seguía golpeando el pavimento con fuerza. Su chofer designado dormía profundamente. Ante eso estaba Micaela, que la observaba haciéndose la misma pregunta: ¿y ahora?

¡Mierda! ¡Porqué les hizo caso! Eran cerca de la una de la madrugada y ella todavía ahí.

Micaela no dijo palabra alguna. Se levantó, apagó la tv, y desapareció en el pasillo que conducía a las habitaciones. Regresó a los minutos cargando consigo un par de mantas.

Cubrió a Gabriel con una, y con la otra a Carola. Cuando finalizó con

la tarea se dirigió a ella.

—¿Crees que puedes cargarla hasta su habitación? No quiero despertar a papá.

Se refería a Emilia.

Verónica dudó. No había cargado un niño en sus brazos en toda la vida. Ni siquiera un bebé. ¡En su vida!

—Puedo intentarlo —No pensó, actuó.

Levantándose con delicadeza para no hacer ruido, fue hasta la bella durmiente que yacía en la esquina del sofá. Analizó posibles movimientos.

¡Dios santo! ¿Y si se le caía? ¿Si se despertaba y se daba cuenta que ella la cargaba? Apenas había tenido contacto físico con la niña. Emilia lo prefería así, no daba besos en la mejilla, no se dejaba abrazar por todos. Cero contacto físico entre ellas. ¡Cero!

—¿No se irá a despertar? —Verónica quería encontrar excusas que la librarán del asunto.

—Imposible, duerme como oso en invierno.

¡Maldición! Lo acababa de recordar. Si no se había despertado mientras le cortaban el cabello, con esto menos.

—Ok —dijo más que nada para autoconvencerse.

Colocó los brazos por debajo de los brazos de la niña y... booommm ¡Arriba! ¡Lo logró! El primer paso estaba hecho. Ya en sus brazos, la reacomodó, la tomó de las piernas y avanzó en dirección a las habitaciones. Por suerte era bastante liviana.

Micaela iba a la vanguardia, marcándole los pasos, prendiendo la luz, abriendo la cama.

Utilizando toda su energía, la depositó en la cama. La hermana mayor se encargó de lo demás, le colocó la almohada a la altura correspondiente y la cubrió con una manta.

Las dos salieron de la habitación. La tarea ya estaba completa. Sin nada más que decir, Verónica se invitó a marcharse.

—Ahora faltas tú. Voy a marcharme así te metes en la cama como corresponde.

Lo confesado por Verónica puso en alerta a la niña.

—No, no... no puedes irte. Llueve. Escuché a papá decirte que hasta que no dejara de llover no te iba a dejar marchar. —Micaela escupía y escupía palabras sin cesar con un sutil tono de angustia—. Si te vas voy a tener que despertarlo, porque no le va a gustar despertarse y darse cuenta que te fuiste.

No quiero despertarlo, está cansado y nunca duerme. Lo sé, él no se da cuenta, pero yo lo escucho. Se levanta una y otra vez, cada noche. Controla nuestro sueño, que nosotras estemos bien. Nadie lo controla a él, y no duerme, casi no duerme. Déjalo dormir, ¿sí? —Había súplica, dulce e inocente súplica—. Puedes quedarte conmigo... yo no duermo mucho tampoco. Papá no lo sabe...

Más lágrimas querían salir de Verónica, y esta vez no era a causa de una película. Las contuvo para no angustiarse más a la niña.

—Está bien... está bien, me quedo contigo. No me voy a ningún lado y no despertamos a nadie. ¿Te parece?

Micaela asintió con una sonrisa en los labios. Con un gesto la invitó a que la siguiera hasta la que era su habitación. Tudor ya estaba ahí, durmiendo sobre la cama.

—Tengo una cama extra debajo de la mía... —Tiró de las manivelas inferiores, el carril se deslizó poniendo en evidencia la cama extra ya preparada para eventuales visitas—. Puedes recostarte aquí. Podemos ver algo en la televisión también.

La niña no esperó respuesta. Encendió la tv, buscó una almohada dentro del armario, se la dio a Verónica y saltó a la cama junto a Tudor.

¿En qué realidad alternativa estaba? Se preguntó Verónica luego de quitarse las botas y recostarse en la pequeña cama. ¿Acaso había viajado en el tiempo, tenía diez años y estaba en una fiesta de pijamas?

Micaela miraba la televisión, Verónica el techo, las paredes, cualquier cosa que no fuese Nickelodeon.

Había decoración y fotografías por todos lados, observó con disimulo, una parte de la historia de la niña se contaba en esas paredes. En una de las estanterías de la biblioteca infantil había medallas de competición y un trofeo, junto a eso, una fotografía enmarcada: Micaela con un traje de patinaje artístico alzando el trofeo feliz, a su lado una mujer, igual de feliz que ella. El parecido entre ambas era innegable.

—¿Practicas patinaje? —Entre el silencio y Nickelodeon, Verónica prefería eso, una conversación con una niña de once años.

—Sí... —Se corrigió casi al instante—. No. Ahora no. Antes sí.

—¿Por qué ahora no?

Micaela se mantuvo en silencio por unos segundos. Ese silencio le dijo todo a Verónica. Le recordó a ella.

—Porque no. Sólo por eso —respondió finalmente.

—¿Te gustaba practicar patinaje? —Verónica presionó a pesar de notar

la reticencia en la niña.

El silencio volvió a ser respuesta.

Sí, Micaela le recordaba a ella.

—Cuando era chica tomaba clases de natación a diario. —Verónica se lanzó al monólogo sabiendo que la niña la iba a escuchar. ¿Qué más podría hacer? El programa televisivo que estaba mirando estaba en momento de tanda comercial—. Era un auténtico pez, creo que pasaba más tiempo dentro del agua que fuera de ella. Competía, como tú. Gané medallas, como tú. Y como tú, un día tomé la decisión de no hacerlo más.

La tanda comercial llegó a su fin, la programación retornó. Micaela oprimió el botón de “mute”.

—¿Por qué dejaste de hacerlo?

Ninguna se movió, hablaban recostadas una al lado de la otra mientras le regalaban al techo sus miradas.

—Porque me encantaba nadar, sumergirme, pero lo que más me gustaba en realidad era salir a la superficie y encontrarme con el rostro de mi madre. Cuando mi mamá murió, el acto mismo de sumergirme se convirtió en una tortura... sabía que ella no iba a estar al salir a flote.

—¿Cuándo murió tu mamá? —murmuró la niña.

—Murió cuando yo tenía casi la misma edad que tú. Y desde aquel entonces no he vuelto a meterme en una piscina.

—¿Nunca más te has metido a una piscina? —Micaela reaccionó, se incorporó en la cama para hacer contacto visual con ella.

—No. Mojo mis pies, sumerjo mis piernas en las piscinas, camino a la orilla del mar en la playa, nada más. Lo que antes amaba, de una extraña manera, se transformó en aquello que más odio, que más temo.

Faltaba mucho para que ese sentimiento se desarrollara en la niña. La tristeza la alejaba de aquello que deseaba y disfrutaba. La tristeza la forzaba a guardar los patines en el rincón más olvidado de su armario.

—Mi mamá me llevaba a las clases de patín—Hizo una pausa, a los once años los recuerdos también te quitan la respiración—. Extraño las clases de patín, pero más la extraño a ella.

—¿Por eso decidiste dejar de ir?

—Sí.

—Es una pena. Sabes, si pudiera volver el tiempo atrás, me diría a mi yo pequeña: ¡regresa al agua, regresa al agua! Las decisiones tomadas con pensamientos tristes nunca suelen ser las mejores.

—¿Te arrepientes?

—Cada día. Cada día me arrepiento.

—Tal vez puedas regresar al agua ahora —Los roles cambiaron, Micaela asumía el papel de motivadora.

—Tal vez —respondió con auténtica melancolía Verónica.

—¿Crees que recordarás cómo nadar?

—Yo creo que sí. Hay cosas que nunca se olvidan.

—Verdad —dijo la niña dejándose caer una vez más en la cama.

La lluvia afuera comenzaba a ceder. Micaela apagó la tv. Quedaron a oscuras.

—Tal vez puedas regresar a patinaje —Verónica se valió de la oscuridad para susurrar esas palabras.

Después de unos segundos la niña susurró:

—Tal vez.

Al primer rayo de sol, Verónica abrió los ojos. Eran pasadas las ocho de la mañana. ¡Vaya manera de dormir para ella también! ¡Casi siete horas de corrido! Tenía el cuerpo relajado desde la cabeza hasta la punta de los pies. Su noche de descanso podía compararse a una sesión de Spa.

Micaela ya no estaba en la cama.

Se calzó las botas, hizo una parada técnica en el baño, y luego fue en busca de los habitantes de la casa.

Gabriel seguía durmiendo a pierna suelta en el sofá. No había señal alguna de las niñas. Por un instante, Verónica se preocupó. El ruido proveniente de la cocina hizo que recuperara la calma. Fue hasta ahí.

Las tres estaban de gran convención, Emilia sentada en la mesa con tablet en mano y auriculares. Carola y Micaela revoloteaban de un lado a otro hablando en tono bajo. Cuando Micaela encendió una de las cerillas para prender el fuego de la cocina, Verónica entró en acción rápido.

—No, no... déjame a mí.

—¡Sé encender los hornillos de cocina, Verónica! —Le reprochó la niña.

—Me alegra saberlo, bien por ti. De momento, déjame a mí.

Con tan sólo once años parecía una pequeña ama de casa. Ayudaba al padre, y eso era admirable. Verónica también había adquirido esa misma independencia desde temprana edad. Ver a Micaela era cómo verse a ella

tiempo atrás, y desde esa perspectiva, esa independencia no parecía tan maravillosa. Micaela debía ser lo que era, una niña.

Juntas pusieron agua a hervir y prepararon las tazas para el desayuno, mientras Carola colocaba cucharadas de café en la cafetera eléctrica para Gabriel.

—¡Cereales! —Emilia no controló el tono de su voz a causa de los auriculares. Habló alto—. Cereales. ¡Mis cereales! —repitió.

Micaela y Carola pusieron todas sus energías en acción. Una buscó el recipiente de cerámica, la otra los cereales y la leche.

¡Pequeña déspota! Pensó primero Verónica. Luego se arrepintió, los comportamientos y actitudes de Emilia no podían ser pesados en la balanza de lo común. Era diferente, y Verónica todavía no conocía del todo cual era esa diferencia. Optó por ser ella la que le sirviera los cereales.

Puso el recipiente en la mesa, justo delante de la niña capturando su atención. Los copos de cereales azucarados comenzaron a caer en él como delicada lluvia. Para completar el menú, le agregó la leche. Cuando consideró que ya era suficiente, se llevó la leche para regresarla al refrigerador.

—¡Leche!—gritó la niña.

Ante la mirada de no entendimiento de Verónica, Carola ofició de traductora.

—Quiere más leche. No le pusiste la suficiente.

Ok. Más leche.

Verónica regresó junto a Emilia y dejó caer más leche en el recipiente. Se detuvo para que no rebalsara.

Emilia volvió a manifestarse sin quitar la vista del recipiente con cereales.

—¡Leche! ¡Leche! ¡Mi leche, mis cereales!

¡Dios santo! ¿Cuanta leche más quieres niña?

Verónica buscó ayuda soporte en sus hermanas.

—Si le pongo más leche va a rebalsar.

Micaela fue el chaleco salvavidas. Le quitó el cartón de leche de las manos con intenciones de aleccionarla.

—Tienes que hacerlo así... —Volcó más leche con movimientos circulares—. Todos los copos tienen que estar mojados con leche. ¡Mira! —La invitó a acercarse, le señaló un copo de maíz—. Este floja sin estar del todo mojado con la leche. Todos tienen que estar mojados... —finalizó con la teoría y con la práctica.

En efecto, cada uno de los cereales estaba embebido en leche. Emilia, ya satisfecha, hundió la cuchara en ellos y comió.

Verónica comprendió que con Emilia siempre existía un porqué, una justificación a sus actos. Sólo quedaba saber si ella tendría la paciencia suficiente para ello. Respiró y exhaló, de un paso a la vez se dijo. Haría de eso un mantra. Lo necesitaba.

Prepararon tostadas, café, leche chocolatada, y té. Té de vainilla. Gabriel había pensado en ella la última vez que había ido al mercado, en la alacena de la cocina había una caja de su té favorito. Verónica sonrió feliz al descubrir ese detalle.

Había llegado a esa casa sintiéndose ajena, invasora, fuera de lugar. Sin embargo, el alrededor y la compañía le contaban otra historia. Parecía que había pasado cientos de noches ahí. Parecía que la esperaban. Parecía...

La presencia de Gabriel pasó desapercibida por unos cuántos segundos. La dinámica femenina dentro de la cocina no se detenía.

Gabriel no podía creer la cantidad de horas que había dormido. Su cuerpo parecía otro. Se sentía de maravillas, lleno de energía, como si los pedazos rotos de su cuerpo se hubiesen vuelto a unir como por arte de magia.

La familiaridad de la escena ante él le causó nostalgia y felicidad a la vez. Sonrió, y como si esa sonrisa fuese una especie de alarma silenciosa perceptible para unos pocos, Verónica alzó la vista. Era la segunda vez que amanecían juntos. Sí, salvando las diferencias, volvían a amanecer juntos. Ella acompañó su sonrisa con otra.

—Ha dejado de llover —dijo Verónica conservando la sonrisa en el rostro.

—Sí, ya lo veo... Finalmente ha dejado de llover.

No se refería al pronóstico del tiempo con eso. No, hablaba de otra cosa.

La nostalgia se marchó. Quedó sólo la felicidad.

La felicidad del nuevo momento.



CAPÍTULO 16

Hay personas que no pueden lidiar con la sencillez. No, les gusta lo complicado. Marisa Tomeo era un claro ejemplo de esas personas.

Una firma se necesitaba. La de ella para ser exactos. ¡Una maldita firma!

—Disculpa, tenía intenciones de mantener esta charla con almuerzo mediante, un problema en el área de producción me ha complicado el día.

La única explicación que Verónica deseaba no precisaba de un almuerzo. El hecho de tener que haber ido hasta las oficinas de Bakery & Delicatessen la malhumoraba.

—No te preocupes, tú tienes responsabilidades que atender y yo también. Lo único que me trajo hasta aquí es tu firma en el acuerdo de divorcio.

—Sí, con respecto a eso.

Verónica pasó por alto el comentario, las intenciones ocultas en él no le interesaban. Ya no había lugar para duda alguna.

—Tu firma, y mañana mismo se presenta el acuerdo en la corte civil para dar por finalizada la unión matrimonial.

—De eso quería hablarte, del acuerdo, antes de firmarlo...

Estaban en la oficina de Marisa, amplia, luminosa, con un equipamiento fuera de lo común. Más que oficina parecía un departamento de un ambiente, le faltaba una cama nada más.

—Ven, toma asiento aquí. —La invitó a hacerle compañía en el sofá—. Deseas algo de beber, dime, lo que quieras.

Prefería mantenerse en pie, tomar asiento era una sentencia.

—No te preocupes por mí o mis comodidades, hablemos de lo que hay que hablar, porque por alguna extraña percepción... —El sarcasmo salió a flote en Verónica, con cada palabra su voz alcanzaba un tono más alto—, siento que estás evadiendo el simple acto de firmar este acuerdo.

—No lo estoy evadiendo, simplemente me parece que hay cosas que evaluar antes de firmarlo.

—¿Evaluar? No, no hay nada que evaluar, trabajamos en este acuerdo por semanas. Conseguiste más de lo que querías, tienes tu divorcio y tienes a tu empresa para ti.

—Es verdad, y te lo agradezco, en verdad lo hago. De todas maneras, no me parece justa la división de bienes para Tomás.

Abofetearla. Verónica quería abofetearla con un cupcake de buttercream caramel.

—Braxton reformuló el acuerdo considerando cada una de tus demandas porque Tomás Orsi así lo solicitó. Es evidente que él lo considera justo.

—Créeme que no, lo conozco, dudo que realmente sean sus deseos. Tomás ama nuestra casa. —La boca de Marisa se transformó en ametralladora, lanzaba proyectiles en forma de argumentos y justificaciones—. Cada detalle de esa casa tiene su sello, su nombre. Le pertenece a él, yo no la necesito. Tengo mi departamento, me es suficiente. Si me das a elegir, prefiero que sea para él. Lo mismo con la casa del campo, a mí me gusta la playa, yo ponía un pie en esa casa en su compañía. No la deseo, es una responsabilidad más.

Verónica reconocía las emociones en los discursos ajenos, en el de Marisa percibía angustia y tristeza camuflada.

El pensamiento analítico de Verónica le decía una única cosa:

¡Hazla firmar de una condenada vez y márchate de aquí!

Lamentablemente la razón cada vez le ganaba menos al corazón, un corazón que ya no era de piedra, no, ahora era de arcilla moldeable.

Ese nuevo corazoncito moldeable la llevó a hacer eso que no quería hacer, tomar asiento...

Marisa seguía disparando con nuevas instrucciones, las intenciones de obstaculizar, una vez más, la concreción del divorcio, era por demás notoria.

—Y con respecto a las acciones de la empresa, no entiendo el comportamiento de Tomás, hace un par de semanas parecía un perro hambriento por ellas, ahora no reclama ni el uno por ciento de las mismas.

Verónica se aferró al silencio, pretendía que Marisa llegara sola a su límite.

—No voy a negar jamás la participación de Tomás en esto, en su momento él fue mi pilar emocional, y si Bakery & Delicatessen es lo que hoy es, en cierta forma lo es por su apoyo incondicional; yo no pienso robarle eso... No, señores, no pienso hacerlo.

Ese fue el límite. Marisa exhaló con fuerza, luego se invitó a compartir

el silencio que Verónica le había concedido. Cuando Verónica lo consideró prudente, retomó la palabra.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió.

—¿Por qué haces esto? —Se corrigió, Tomás Orsi también formaba parte de la misma pregunta—. ¿Por qué hacen esto?

—¿A qué te refieres?

—Aquí estamos moviéndonos en un terreno legal, y ustedes lo viven como si estuviésemos en un parque de diversiones. ¡Por favor, bájense del carrusel de una buena vez!

Marisa se mostró ofendida.

—No entiendo lo que intentas decirme.

La condescendencia no existía en el diccionario personal de Verónica. Para suerte de Marisa, el nuevo sentimiento desbordante que invadía a Verónica generaba una empatía poco común en ella.

—Durante meses, Tomás hizo lo imposible para demorar este divorcio, ahora la encargada de eso eres tú. Se turnan para demorar lo inevitable, posiblemente porque no lo desean. Dime, ¿no se les ocurrió llevar esta batalla al consultorio de un consejero matrimonial?

—No, hay cosas que no tienen solución —La tristeza se confirmaba en su voz.

—Tienes razón, hay cosas que no tienen solución, la muerte y la idiotez para ser exacta.

Una risa burlona se escapó por entre los labios apretados de Marisa.

—Muy sutil lo tuyo. Aunque coincido contigo, mi idiotez no tiene solución, dejemos la idiotez de Tomás a un lado.

Tomás, Tomás, Tomás. El nombre en sus labios sonó melodioso. Ese nombre no venía cargado de desamor, odio, desgano o cualquier otro sentimiento similar. No, todavía albergaba entre sus letras una dulce sensación.

—Tú fuiste la originadora de este divorcio, ¿no?

—Exacto.

Y esa palabra vino cargada de desgano absoluto, de insatisfacción.

—¿El motivo? —Verónica indagó, necesitaba conocer toda la historia, si ella iba a ser la encargada de llevarla de forma definitiva a su tumba, exigía saber la historia completa.

—No quieres saber el motivo —murmuró Marisa—. Es más, ni

siquiera yo deseo recordarlo.

Esas palabras indicaron la posibilidad de una nueva puerta a abrir, inesperada, oculta. Verónica no pensaba echarse a atrás.

—Mira, hagamos lo siguiente, tú me cuentas el motivo originador de este divorcio, lo conversamos, y luego, de ser necesario, acepto cada una de las modificaciones que quieras hacer en el acuerdo. ¿Qué te parece?

—Una leve extorsión, eso me parece.

—Posiblemente lo sea, no te lo tomes personal, la vida está llena de pequeñas extorsiones disfrazadas.

Los tacones de Marisa comenzaron a otorgarle una banda sonora a la situación, golpeaban inquietos el piso de cerámica. Ese era el primer indicio de que la verdad pedía salir. Verónica fue paciente, no tenía otra alternativa, quería marcharse de ahí con una resolución definitiva.

—Infidelidad —dijo Marisa en un susurro apenas audible.

Ya hemos hecho mención de las capacidades casi sobre humanas que la soledad de la noche le había obsequiado a Verónica, por tal motivo, ese susurro llegó a ella con claridad.

—¿Tomás te fue infiel? ¿Por eso tomaste la iniciativa del divorcio?

—No.

Ese “no” desconcertó a Verónica.

—Él no, yo... —alzó la voz. Había furia interna contenida, y la dejó salir con una exclamación—. ¡Yo le fui infiel! ¡Yo!

¡Wow, vaya giro de los acontecimientos! ¿Quién era el maldito gusano en esta historia ahora?

Verónica pensó en Lucrecia. ¿Estaría al tanto de este pequeño detalle?

—Y lo peor de todo fue —Marisa siguió hablando, Verónica hizo a un lado cualquier posible palabra que pudiera interrumpirla. La mujer tenía intenciones de escupir todo su pasado—, que él lo aceptó. ¿Cómo puedes hacerlo? ¿Dime? —Buscó contención visual en Verónica—. ¿Cómo? Yo le hubiese rebanado el pene con mi espátula de silicona, pero él no... escuchó cada detalle, lo aceptó, según “el” —hizo comillas al aire con sus dedos—, me perdonó porque nadie es perfecto, y porque a veces, determinados momentos de la vida te llevan a tomar malas decisiones.

Verónica comenzaba a reconocerse como una mujer que había tomado bastantes malas decisiones; aunque para el mundo todo en ella parecía perfecto, muy dentro, la balanza tambaleaba de manera descontrolada. Coincidió con Tomás, de hecho, el gusano comenzaba a agrardarle.

—¿Cómo puede mirarme a la cara después de saber que estuve con otro hombre? ¿Cómo puede seguir igual la relación entre nosotros?

Verónica la interrumpió antes de que el discurso se transformara en monotemático.

—¿Tu infidelidad fue recurrente o fue cosa de una única vez?

—¿Acaso importa eso?

—¡Por supuesto que sí! Todo importa. ¿Fue circunstancial, premeditado, deseado? Si vas a arrojar toda una historia a la basura, asegúrate que sea por los motivos correctos —insistió—. ¿Fue circunstancial o es una relación que se mantiene hasta el presente?

Ante la confesión se abría otra posibilidad. Sí, tal vez lo que lo mantenía a Orsi firme como un soldado junto al cañón era el amor; tal vez era la necesidad de entorpecer, de ser la piedra en el camino para el nuevo romance.

—Fue y es la peor decisión circunstancial que tomé en mi vida. Te la defino con cuatro puntos: alcohol, estrés, convención internacional de negocios, y un inversor hotelero italiano muy persistente.

Lo último provocó una carcajada en Verónica, esa carcajada sirvió de relajante para Marisa. De a poco comenzaron a distanciarse de sus roles, ni abogada ni clienta, fueron mujeres.

—Conozco los efectos del alcohol, y conozco también un par de italianos, tienes razón, son persistentes por naturaleza.—Casi como un acto reflejo, palmeó la mano en reposo de Marisa como muestra de entendimiento y contención—. Como sea, lo que sucedió es tiempo pasado, e insisto una vez más, han llevado este... —Iba a utilizar la expresión “divorcio”, no lo hizo, esa palabra parecía cada vez más fuera de lugar—, este hecho al terreno equivocado. Creo que el problema aquí eres tú.

La mujer le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Quién te ha enviado aquí? ¿El enemigo? —bromeó—. Se supone que estás de mi lado, ¿no?

—A esta altura de los acontecimientos me da la sensación que no estoy ni en un lado ni el otro, estoy en el lugar que ustedes me han puesto; ahí, justo en el medio. Las mediaciones son mi especialidad, por lo menos en lo que al área corporativa se refiere, y si los considero a ustedes de esa manera, tengo dos posibilidades; lograr la fusión definitiva, o dejar que una parte devore a la otra. ¿Qué prefieres?

—Ninguna de las dos, gracias.

—¡Vamos, Marisa, te estoy dando la oportunidad de elegir y poner un final definitivo a esto!

El deseo oculto le comió la lengua a la socia fundadora de Bakery & Delicatessen. Verónica le permitió unos segundos de silencio, el tiempo que consideró necesario para la introspección de la mujer, luego retomó el protagonismo en la conversación.

—Repito, creo que el problema aquí eres tú, ya ni siquiera te sugiero la consulta con un consejero matrimonial, directamente te envío, con una patada en el trasero, al sofá de un psicoanalista. ¡Mujer, si no te perdonas tú, nadie más va a hacerlo! Tomás hizo su parte, lo intentó hasta que yo le quité todas las alternativas posibles. Cuando lo pensamos y lo evaluamos, yo no fui buena opción para ti.

Marisa no pudo más que reír, por supuesto rió con la ironía en los labios.

—No, no lo fuiste, te subestimé. Debí creerle a Lucrecia, me dijo que eras implacable. Lo eres, en todos los sentidos.

Era implacable, eso era verdad, pero esa característica, antes, se manifestaba en una única dirección, con un único objetivo; la conquista, el triunfo a como diera lugar. En ese nuevo presente, esa única dirección se bifurcaba. Ahora se permitía ver el panorama completo, y eso significaba alejarse del blanco o del negro. Había un sinfín de colores, de matices, la vida era un hermoso arcoíris.

—Voy a hablarte un poco de mí, de mi idea del amor... Hasta hace un tiempo creía que era de una manifestación única, ¿cuál era esa manifestación? No lo sabía, nunca la había experimentado. Pensaba en el amor como una estructura, como un contrato que respetaba tal y cual norma. Creía que el amor debía de ser de una única manera. Me equivoqué, el amor es imprevisible, tiene tantos caminos, tantas formas que se hace imposible comprenderlo. —La imagen del rostro de Gabriel atravesó como un rayo la mente de Verónica, se quedó clavado en ella. Sonrió. Pensar en él le provocaba eso, hasta cuando se colaba en sus sueños le robaba una sonrisa y amanecía con ella en los labios —. Y es que al amor no hay que comprenderlo, al amor hay que sentirlo, dejarlo ser y aceptarlo como es, diferente para todos. Tomás te ama a su manera, y en esa manera hay lugar para el perdón. En tu manera no, y eso es aceptable, pero no tiene que ser excluyente. Por lo que puedo ver, a pesar de todo, Tomás y tú no pueden dejarse de amar...

—No sé si es amor o necesidad —interrumpió Marisa.

—Hablar de necesidad es una excusa más. Vuelvo a decirte, no soy una experimentada en el amor, aun así siento que aquí hay una lucha constante entre lo que es creer correcto, lógico, y lo que realmente sienten. Yo soy una mujer analítica por demás, toda mi vida he pensado en vez de sentir. Toda mi vida he estado equivocada, ahora lo sé. Creo que tú y Tomás se merecen un encuentro frente a frente, no para hablar o discutir, sino para sentirse.

Ella sentía un sinfín de cosas cuando estaba con Gabriel, y no era algo de naturaleza sexual, era superior a eso.

—No lo sé —musitó Marisa prisionera de la duda.

—¿Qué es lo que no sabes? ¿Lo que quieres o lo que sientes?

La mujer se limitó a guardarse la respuesta para sí. Exhaló con fuerza y al hacerlo liberó a las palabras.

—Dame unos días. Necesito pensar todo aquello que me he negado pensar hasta ahora.

Verónica recapturó el acuerdo de divorcio con la satisfacción de creer que estaba haciendo lo correcto, Marisa requería ese tiempo extra de pensamiento.

—Tómame los días que quieras, hazme caso, estar frente a frente, eso es lo que necesitan. Sabes Marisa, tomamos y tomaremos siempre malas decisiones, eso es inevitable, lo importante es tener el valor para lidiar con sus consecuencias, aceptarlas y no permitir que condicionen nuestra vida.

Toda Verónica mutaba, cambiaba a diario. Se renovaba a causa del amor que se permitía sentir, vivir.

Sí, la vida era un hermoso arcoíris y Verónica comenzaba a disfrutar el hecho de ver tantas gamas de colores, tal era la felicidad que albergaba dentro que deseaba compartirla con otros. Ese día Marisa fue ese otro... ¡Vaya enamorada del amor resultó!

El amor no se busca. El amor nos encuentra.

Aparece, simplemente sucede. El amor cambia todo.

El amor había transformado a Verónica en una bella mariposa, y ahora volaba...volaba bien alto.



—¡No consideren la opinión del contratista! ¡No, él no sabe lo que

dice!

Un Gabriel Oates fastidiado era algo no imaginado, no concebible para nadie. Verónica no era la única que cambiaba. Y es que el amor auténtico, verdadero, nos hace bien. El amor que vale la pena saca a la luz todo lo que somos, para bien o para mal, nos presenta ante nosotros mismos para que nos conozcamos, para que nos aceptemos.

La sumisión, algo que Verónica jamás había experimentado en primera persona, era una cualidad laboral en Gabriel. Él cedía, siempre lo hacía, argumentaba sólo cuando se lo pedían para evitar confrontaciones innecesarias. Existía algo más importante para él que la satisfacción de decirle a su empleador que estaba equivocado, existía la responsabilidad de procurarle el bienestar económico a su familia. Siempre habría algún otro contratista dispuesto a reemplazarlo, y por ello forzaba la voz al silencio.

Ya no era ese Gabriel. Estar con Verónica lo estimulaba a ser otra clase de hombre. En las semanas que llevaban juntos la misma incógnita lo había acosado un centenar de veces: ¿Qué demonios había visto en él?

No había que ser un gran genio para darse cuenta que ellos eran una ecuación incomprensible. A pesar de ello, sin proponérselo, Gabriel se esforzaba por ser un mejor hombre, uno que colmara las expectativas no confesas de la abogada exitosa.

Lo paradójico y gracioso del asunto era que Verónica pretendía lo mismo, se esforzaba por lo mismo. Desde distintas perspectivas, los dos no se consideraban suficientes para el otro. Como sea, todo aquello que Gabriel antes se obligaba a ser por el bien del grupo familiar, día a día, desaparecía; y no porque ahora no considerara el bienestar familiar como una prioridad, no, eso siempre sería así, sino que por primera vez le permitía dar rienda suelta al hombre encerrado dentro de él, ese que en verdad era.

Debido a la irresponsabilidad del proveedor elegido, la obra de construcción y reparación del club nocturno se había puesto en pausa por la falta de materiales. La vida de Gabriel estaba cronometrada, cada minuto estaba invertido en algo; cuando un tiempo extra se hacía presente de manera repentina, un rostro le invadía la mente. Verónica valía cada segundo, cada minuto. De hecho, comenzaba a extrañarla más a menudo. No habían podido volverse a encontrar a solas desde el fin de semana anterior. La irresponsabilidad ajena le dio una oportunidad que no dejó pasar, y se arriesgó a hacer un llamado a mitad de la mañana de jueves sin esperar una

reacción inmediata del otro lado, al fin de cuentas, Verónica también estaba plagada de trabajo y responsabilidades.

La reacción inmediata no esperada sucedió y los puso a ambos en acción frenética. Directo y sin escalas, al cabo de una hora, se encontraron en el departamento de Verónica.

La cama los recibió con ansias, los cuerpos ardientes colisionaron contra las sábanas frías de soledad. Una vez saciados el uno del otro, hicieron aquello que también disfrutaban, hablar, conocerse más a cada minuto compartido.

—Les dije, ese proveedor no es de confiar, nunca entrega los pedidos en tiempo y forma. ¡No consideraron en lo absoluto mi opinión!

—¿Eso te perjudica en algo además del tiempo de demora?

Si preguntaba lo hacía para aprender de la realidad laboral cotidiana de Gabriel, el mundo de la construcción era un terreno desconocido para la abogada corporativa.

—No a mí, la remuneración que yo cobro es por el trabajo en total y tiene una metodología de pago puntual. Mi fastidio es por los demás, la mayoría de los empleados que se ocupan de la mano de obra reciben una remuneración por día trabajado. Si no trabajan, ese día no hay dinero en el bolsillo.

Verónica siempre pensaba en ella misma, nunca contemplaba las consecuencias del entorno. Gabriel sí, y eso motivaba a la mujer desnuda entre sus brazos. De a poco, el alrededor de Verónica dejaba de ser simple escenografía para convertirse en parte auténtica e íntegra de su realidad.

—Bueno, si hay que demandar a alguien, he aquí una especialista. Con gusto y para lo que necesites o necesiten —finalizó con auténtica intención.

El universo reía, reía a carcajadas al contemplar esas actitudes en Verónica. La relación sentimental entre Verónica y Gabriel, que al principio parecía una broma de mal gusto del destino, se estaba convirtiendo en la mejor decisión no casual. Una vez más, el universo le mostraba a la vida misma que sabía lo que hacía.

—No creo que la situación llegue a tanto —refunfuñó entre dientes—. El muy incompetente del proveedor, a su tiempo, cumple con su parte.

La actitud, su cuerpo desnudo enredado en la sábana, el tono desafiante en su voz... una combinación para el infarto. Verónica se abrazó aún más a él, le gustaba sentir esa piel desnuda en contacto con la de ella. Cuando estaba con Gabriel, las necesidades del cuerpo iban más allá del sexo. Sí, hacer el

amor era algo nuevo para ella, y con él era por demás maravilloso y transformador, pero no era lo único importante. Gabriel erradicaba la soledad en Verónica, la hacía sentir completa, unida. Unida, esa era la expresión correcta, él, con su cercanía, con sus abrazos, con esa forma de amarla que tenía tan diferente e intensa, le unía las piezas sueltas del cuerpo...de su alma. Verónica se reconocía a si misma cuando estaba en sus brazos.

—¡Alabado sea ese proveedor incompetente! —bromeó ella con felicidad—. Al fin de cuentas, él te trajo a mis brazos y a mi cama un jueves a media tarde.

No fue necesario ni un segundo de pensamiento para Gabriel, reaccionó tomando control del cuerpo desnudo de Verónica, la colocó de espaldas a la cama y se colocó sobre ella controlando el peso del cuerpo con la fuerza de los brazos.

—Tienes razón, ahora que lo pienso, creo que tendría que comenzar a recomendarlo más seguido.

Se perdió en los labios de Verónica. Amaba besarla. Lo hacía con dulzura, en cámara lenta. Esa boca, esos labios también le arrebatában a él el sabor amargo de la soledad que traían. Por motivos opuestos, los dos estaban invadidos por la soledad, la muy desgraciada los acosaba, los buscaba... sólo desaparecía en esos momentos, cuando estaban juntos, sintiéndose, amándose.

Amándose, sí, eso era lo que hacían. No lo pensaban, no lo imaginaban así, ni siquiera querían especular sobre la palabra amor, era demasiado pronto para eso. Esa palabra todavía no figuraba en el diccionario de la pareja que estaban conformando. La cuestión con el amor es la siguiente, cuando no se confiesa en palabras, se expresa con el cuerpo. Y sus cuerpos decían a gritos lo que sentían.

No había centímetro de piel que no fuera víctima de sus besos. No existía caricia sin respuesta o gemido sin eco compartido. Llegaban al límite del placer juntos, se desbordaban juntos. Una y otra vez... una y otra vez.

El móvil de Verónica había vibrado en más de una oportunidad entremezclándose con el silencio y los gemidos de gozo. Ahora, que el relax posterior al sexo la aprisionaba en la cama, la interrupción molesta se hacía cada vez más notoria.

Gabriel tenía una dinámica de llamados que lo mantenía en calma, o en su defecto, lo alteraba. Tres llamados seguidos significaban un alerta que

involucraba algún inconveniente en la casa. No era su teléfono el que sonaba, aun así, él no podía evitar reaccionar ante la situación.

—¿Me parece que alguien te está tratando de localizar?

—No te preocupes, de seguro es del trabajo.

Ni siquiera manifestó intenciones de revisar el aparatito. La verdad era que no le interesaba para nada el trabajo en ese momento.

—Puede ser algo importante —insistió el contratista paranoico.

—No, no lo es.

Lo único que merecía auténtica y prioritaria atención por parte de Verónica era él. Después de él no había más nada.

El móvil volvió a vibrar sobre la mesita contigua a la cama.

Gabriel estaba entregado a una preocupación que no le pertenecía, los ojos le danzaban de un lado al otro delatando en esa mirada inquieta la imperiosa necesidad de poner sus manos en el pequeño aparatito. Verónica fue benevolente por Gabriel, tomó el teléfono, abandonó la cama y recepcionó la llamada a una distancia prudencial. Era Lucrecia en línea directa.

¿En dónde diablos te has metido?

¡Pon el condenado canal 8!

¿Dime que tienes un plan de contingencia?

El canal ocho era un canal perteneciente a un servicio privado de programación televisiva de estricta naturaleza periodística, nada bueno podía esperarse de eso. Encendió la tv mientras se limitaba a oír la catarata de insultos civilizados que salían de la boca de Lucrecia.

Informe especial: contaminación ambiental, muerte y corrupción.
CINAR S.A

Eso decía el scrip de pantalla. Víctor Méndez, el abogado demandante, estaba haciendo una declaración junto a una de las familias perjudicadas.

El insulto de Verónica fue menos civilizado que los de Lucrecia, el mismo fue tan intenso que llegó hasta los oídos de Gabriel que todavía se encontraba secuestrado por la tibieza de la cama. La actitud de Verónica lo invitó a levantarse y a salir de la habitación para dejarla a solas con la violencia verbal.

Y ella se valió de esa soledad, ni bien él abandonó la habitación, finalizó la intensa conversación y arrojó con furia el celular en la cama.

¡Adiós luna de miel! La tormenta le estallaba sobre la cabeza.

Gabriel aprovechó la separación de cuerpos para ir en busca de un vaso de agua. Ya en la cocina, bebió el agua con calma, y sin proponérselo, a causa de la repentina soledad, se dejó invadir por su rol cotidiano. Así fue como la mirada perspicaz de contratista que lo caracterizaba se posó en aquel lugar, ese lugar que de una u otra forma, tiempo atrás, había iniciado la historia de ambos. La famosa grieta del techo.

Verónica ya no estaba al teléfono, el sonido de unos dedos frenéticos sobre un teclado le indicaba que estaba dedicada a una actividad frente al ordenador. No pensaba interrumpirla, menos que menos interrogarla con respecto a lo sucedido. Para hacer de esa soledad repentina algo funcional, hizo aquello que sabía hacer a la perfección, fue un contratista.

Como había ido directo del trabajo llevaba consigo el bolso, casi siempre lo dejaba en la camioneta, en esta oportunidad, lo había subido al departamento de Verónica porque traía en él una muda de ropa. Junto a ese cambio de vestuario había una serie de elementos que consideraba necesarios para cualquier situación de emergencia; en ese caso, una espátula metálica y una lija gruesa fue suficiente.

Se valió de una silla, y así, casi semi-desnudo, se subió a ella y comenzó a quitar las irregularidades y restos de pintura sobre la grieta y alrededores. No podría hacer el trabajo completo, le faltaba la masilla de relleno, de todas maneras, empezar con el trabajo ya lo hacía sentirse satisfecho.

Al cabo de unos cuantos minutos, Verónica le hizo compañía en el más perfecto de los silencios. La primera reacción fue detenerlo, la segunda, disfrutar de la imagen. Gabriel era rústicamente sexy, su cuerpo estaba torneado a base de trabajo. Brazos y piernas musculosas, el abdomen, un poco menos privilegiado, confesaba los años que tenía encima y ponía en evidencia unos pequeños rollos que luchaban contra el elástico del bóxer.

¡Dios Santo, Verónica ya comenzaba a adorar esos pequeños rollos abdominales! Esa imperfecta perfección lo hacía único para ella, lo hacía verdadero.

Fue hasta él en silencio, y cuando la distancia entre su boca y el trasero del contratista ya no existía, con delicadeza y provocación simultánea, hincó los dientes en las nalgas del hombre.

Gabriel fingió dolor.

—Lo siento, estoy en mi cocina y reacciono por instinto, todo lo que

está en ella es comestible.

Eso fue una invitación para Gabriel, un Gabriel que optimizaba al máximo el tiempo que tenía con ella.

—Perfecto, de ser así... —Abandonó el trabajo de reparación, saltó de la silla y tomándola por la cintura, la alzó hasta colocarla sobre la mesa, le abrió las piernas con suavidad y colocó su cuerpo entre ellas—. Aquí me tienes, soy todo tuyo.

Ella también estaba semi desnuda, llevaba puesta una bata que la separaba de la desnudez absoluta. La humedad de su sexo entró en contacto con la tibieza del abdomen Gabriel. Verónica no pudo resistirse, deslizó las manos por su espalda, llegó hasta su trasero, y metiendo las manos dentro del bóxer, se apropió de esas nalgas desnudas.

—No me digas eso que tengo que marcharme. Tengo que marcharme y no quiero.

—Bueno, si de huidas no deseadas se trata, debo confesarte que yo también debo marcharme.

Verónica tenía responsabilidades laborales, él, familiares.

—Y ahora que pienso en los motivos de mí huida —Gabriel continuó—. Recuerdo que tenía que decirte algo...

Verónica frunció el ceño demostrando la sorpresa ante lo dicho.

—Gracias —finalizó Gabriel.

La sorpresa en Verónica fue mayor, y por eso la acompañó con palabras.

—¿Gracias, por qué?

—Gracias por lo que sea que haya sucedido entre Micaela y tú.

—Sé más específico, soy muy nueva en esto —bromeó.

—Micaela decidió volver a tomar clases de patinaje artístico.

Verónica sonrió de par en par. Estaba feliz por la niña.

—¡Maravilloso! Me alegro mucho por ella.

—Sí, yo también. La verdad es que ella ama el patinaje artístico, y desde la muerte de su madre se ha negado a ir. Yo no la presioné mucho porque intuía el motivo de la brusca decisión. —Mientras hablaba acariciaba los muslos de Verónica con suavidad, era una muestra de afecto sin intenciones de ser un preámbulo sexual—. Me sorprendió el cambio, me lo confesó cuando intentaba tener una conversación con ella sobre el beso que presencié en la cocina.

Verónica también había pensado abordar el asunto del beso aquella

noche cuando estuvo con ella a solas en la habitación. Desestimó tal intromisión al considerar que lo correcto era dejarle ese asunto a Gabriel.

—¿Cómo se tomó el asunto? —preguntó con preocupación.

—No lo sé, lo evadió por completo. Cuando hablé de ti me trasladó lo que te acabo de comentar, me dijo que había tomado esa decisión cuando estaba triste y que las decisiones tristes no son buenas. Agregó además que no quería tener miedo al agua como tú. Algo que por supuesto no entendí.

Ella sonrió con la melancolía a flor de piel. Se sentía feliz por el cambio de la niña. Pensó en ella. Si la niña cambiaba, ella también podía hacerlo, o por lo menos intentarlo.

—Y no lo tienes que entender —acusó finalmente con dulce provocación—. Son cosas de mujeres, y sin importar la edad, lo que sucede entre mujeres, ahí queda.

La provocación de Verónica obtuvo su respuesta, Gabriel la besó.

La besó en los labios, y de ahí, su boca hizo un lento recorrido hasta el cuello. Ya cerca de su oído, murmuró.

—Gracias, lo que es importante para mis hijas es importante para mí.

—Lo que es importante para ti, lo es para mí. —Capturó el rostro de Gabriel con las manos y enredó los dedos en su cabello con la intención de encontrar el camino a sus ojos. Esos hermosos ojos cafés la encontraron a ella—. Y eso es algo nuevo en mí, siempre importaba yo y nadie más que yo. Se siente bien esto, por eso, yo también te doy las gracias.

Tenían todo el resto de vida que les quedaba para agradecerse.

Tenían todo el resto de vida que les quedaba para amarse.

Se amaron con la mirada, con el juego de sonrisas compartidas que se obsequiaban. Se amaron con el silencio cómplice que confiesa todo. Estaban en esa instancia del sentimiento donde el pasado era un recuerdo; se vivía, se sentía el presente. Verónica y Gabriel se aferraban al presente que tenían juntos con una intensidad nunca antes manifestada por ambos. El amor que Verónica experimentaba era profundo y único, de naturaleza inolvidable; Gabriel era su primer amor. El amor que Gabriel comenzaba a sentir era sorpresivo, de naturaleza dual: renovador /devorador, un amor que se construía pieza a pieza dentro de su corazón y se alzaba casi como indestructible.

Entre caricia y caricia, regresaron a la realidad.

—Necesito una ducha —musitó Verónica con obvia invitación.

—¡Qué casualidad! Yo también —Gabriel jamás se negaría a una invitación a los brazos de Verónica.

Ella abandonó la cocina, él le siguió los pasos.

—Te tengo una propuesta —dijo Verónica mientras caminaba a paso lento en dirección al baño principal—. Considerando que somos dos personas muy ocupadas, y que a ambos nos gusta optimizar el tiempo. —Giró hacia él, se quitó la bata evidenciando su desnudez—. Creo que lo mejor es que compartamos esa ducha. ¿Qué opinas?

—¿Qué opino?... —Fue hasta ella, la alzó en sus brazos—. Esto opino.

La cargó hasta el baño mientras la invadía con besos. Nunca iban a tener suficiente del otro. Nunca.

Ya se necesitaban más que al aire mismo.



CAPÍTULO 17

Verónica estaba asqueada. El mundo estaba plagado de sinvergüenzas, y gracias a ella, esos sinvergüenzas, en vez de pagar por sus pecados, vivían una vida de reyes.

Llevaba más de dos semanas dedicándose al caso de CINAR S.A. Lo que había comenzado siendo una demanda insustancial sin futuro, se había convertido en aquello que Lucrecia le había pedido que evitara: una demanda colectiva.

De momento, el único plan de contingencia llevado a cabo, había sido una demanda a la productora televisiva que había sacado a la luz el informe periodístico. Demasiado tarde, el mal ya estaba hecho. A las actuales familias demandantes se le sumaron cuatro más.

El aire en las oficinas del Bufete era irrespirable, similar al de las gasolineras. Una chispa se necesitaba para hacer arder todo, y Lucrecia parecía estar dispuesta a ser esa chispa. El estado explosivo de la mujer no se debía al bestial tropiezo que Verónica había cometido al no abordar con seriedad el asunto de la planta química, se debía a algo peor, personal: un

divorcio fallido.

Marisa y Tomás tuvieron el valor de permitirse eso que se habían negado por una eternidad, la palabra. Un encuentro sin abogados mediante fue suficiente, la decisión de tomarse un tiempo juntos con la esperanza de hallar la respuesta a las dudas y sentimientos fue el factor motivador para ambos. Al fin de cuentas, llevaban meses distanciados sin obtener un buen resultado a cambio.

Verónica no pudo detenerse ni un segundo en la oficina, ni bien puso un pie en las instalaciones, la secretaria de Lucrecia solicitó su presencia inmediata.

Presencia inmediata.

Verónica intuía que CINAR no era el problema, había recibido un mensaje de Marisa a última hora de la noche en dónde le comunicaba la feliz decisión. Compartió esa felicidad, se sentía bien intentar hacer lo correcto. Por una vez, en la exitosa, redituable y productiva carrera profesional, Verónica se sentía a gusto. Lucrecia no iba a quitarle esa maravillosa sensación.

Se permitió sonreír antes de poner un pie dentro de la oficina de la socia gerente fundadora. Sonrió y brilló. Fue pura luz.

Hay dos clases de personas en el mundo. Las que ven brillar a otros y deciden brillar a la par. Y las otras, las que deciden opacarlo a como dé lugar.

La mujer la recibió con los brazos en jarra, sin duda pretendía ser la originadora del primer ataque.

—¡Quita esa sonrisa de tu rostro! No hay motivos para sonreír.

Cuestión de perspectiva pensó Verónica. Ella estaba llena de motivos.

Lucrecia arrojó sobre el escritorio el periódico del día. En primera plana había un breve espacio dedicado a los daños ambientales que la planta química ocasionaba con la cómplice participación del gobierno.

—A menos que creas en los duendes y en las hadas —Verónica tomó el periódico, y sin prestarle la más mínima atención, lo arrojó al cesto de basura cercano—, esto era esperable. Hoy o mañana, dentro de mes o un año, iba a suceder.

—Sí, y nuestra función es evitarlo.

—No, nuestra función es contenerlo. Eso es lo que hacemos, Lucrecia, eso es lo que yo hago, lidiar con las consecuencias de otros.

—De ser así, déjame decirte que no lo estás haciendo bien.

Lucrecia estaba enojada, muy enojada. En breve, el cabello se le encresparía como a un animal salvaje.

—Depende de lo que signifique “bien” para ti.

—¡No me vengas con malditas dualidades! Nos conocemos, Verónica.

Ninguna de las dos tenía intenciones de sentarse, en la ley de la jungla que ellas habitaban, hacerlo significaba sumisión.

—¡Exactamente! Nos conocemos más que bien, Lucrecia, por eso me sorprende que disfraces la verdad de tu fastidio con esto.

—Ok, perfecto, ya que nos conocemos más que bien, dime tú el origen de mi fastidio.

Lucrecia abandonó el lugar detrás del escritorio para enfrentarse a ella.

Verónica mantuvo la postura firme e irguió la espalda para obtener una mejor verticalidad.

Ese iba a ser un duelo de titanes.

—El divorcio —Verónica lanzó el primer golpe.

—¿Qué divorcio? Que yo sepa no hay divorcio alguno. —Lucrecia escupía fuego e ironías—. ¡Tú te encargaste de eso!

—¡Ajá, ahí está! Marisa y Tomás, ese es tu problema. —Verónica festejó el acierto—. Decidieron intentar otra cosa. ¿Qué problema tienes con eso?

—¡Con eso, nada! De hecho, no me extraña. Ya han intentado separarse una que otra vez con el mismo resultado que ahora, aunque lo confieso, en esta oportunidad pensé que llegarían a concretarlo, y más contigo en medio del juego. Me equivoqué —La ironía ya no estaba en su voz, la decepción la había reemplazado.

Verónica se sentía más que satisfecha por el cambio de perspectiva que había logrado en Marisa.

—En eso estoy de acuerdo contigo, te equivocaste, yo no era la persona correcta para llevar a cabo este divorcio.

—Tú siempre eres la persona correcta. Tú ves la luz al final del túnel más oscuro. Tú consigues lo mejor, tú ganas a como dé lugar.

El silencio se enroscó en la lengua de Verónica, quería hablar, no podía. El discurso estaba en su mente: “ganar no siempre es la opción correcta”, “lo mejor va mutando”, “una va cambiando y toma diferentes decisiones”. Todo eso y más quería decir.

Lucrecia se valió del desconcierto impreso en el rostro de Verónica.

Capturándola por el brazo, la arrastró hasta el extremo derecho de la oficina, cerca del toilette privado que ella tenía; en la puerta había un espejo de cuerpo completo. La colocó frente a él para que ella misma se contemplara.

—Todo eso que quieres decir —Señaló la expresión en su rostro—, y no puedes decirlo, tiene un porqué. —Lucrecia se jactaba de conocerla bien, y muy errada no estaba—. ¡Ni tú te lo crees! Engáñate todo lo que quieras, convéncete, véndete esta nueva faceta tuya... hazlo, vamos. Eso sí, mírate y mírame. —Los ojos de ambas hicieron contacto en el espejo—. Las dos sabemos que no va a durar mucho. ¿Y sabes que va a durar menos que eso? Tú y el contratista.

Una palabra la hizo reaccionar, no es necesario especificar cuál fue.

—¡Gabriel! Su nombre es Gabriel, no contratista. Y viendo y considerando que no sabes absolutamente nada de nuestra relación...

Lucrecia fingió una carcajada. Las intenciones de provocarla eran bien evidentes.

—¿Relación?! ¡Por favor, tú ni siquiera puedes mantener una relación contigo misma y pretendes mantenerla con ese viudo contratista con tres chiquillas!

La información que Lucrecia parecía tener sacó de su eje emocional a Verónica.

—¿Por qué pones sobre la mesa eso?

—¿Qué, la realidad de su vida?

Como responder a eso. Verónica evadió la pregunta y la mirada inquisidora de Lucrecia que se empecinaba en torturarla desde el espejo.

—Una realidad muy diferente a la tuya. —La mujer no pensaba ceder—. Sabes que estos tipos de realidades y existencias diferentes sólo tienen buen final en los libros, ¿no? Aquí, en la vida en carne y hueso, se extinguen más rápido que la llama de una cerilla.

Una vez más, la garganta se le cerraba. No podía hablar, y en el fondo de sí sabía que era porque sus mecanismos de defensa estaban en lo alto. Verónica cuidaba sus palabras, el ámbito legal le había enseñado eso; hoy, determinada palabra tenía un valor, mañana otro. Verónica no quería arriesgarse, una parte de ella reconocía eso; cuando estaba con Gabriel podía llegar a visualizarse en sus brazos hasta el fin de los tiempos, y a la vez, era consciente de que no siempre iba a estar en esos brazos. Lo intentaba, lo pensaba... cada noche que pasaba lejos de él, lo pensaba, se imaginaba en una vida con él y las niñas. Sí, había tenido una conversación con Micaela y los

resultados de la misma habían sido maravillosos, pero eso no le otorgaba el título tentativo de posible madre.

Madre. ¡Dios santo, era la primera vez que pensaba esa palabra y la asociaba con su nombre!

La furia comenzaba a hacer ebullición en Verónica, tenía deseos de arrancarle el cabello a Lucrecia, despellejarla viva por haberla puesto en una situación de pensamiento que ella intentaba evitar a diario. ¡Maldita mujer!

—Lo sé, por eso me limito a sentirlo, no intento cuantificarlo, ni le pongo una posible fecha de expiración. Tú y yo estamos acostumbradas a lo desechable, lo único que perdura somos nosotras. ¿Sabes qué? Yo llegué a esa instancia de mi vida en dónde ya no me soy suficiente.

La sinceridad de esas palabras le liberó la garganta de la prisión que la contenía. Verónica respiró profundo, muy profundo.

—¿Esa instancia de tu vida? ¡Por favor, apenas alcanzas los cuarenta! Tienes una larga e intensa vida por delante, trata de no cargarte con mucho peso. Menos que menos, la clase de peso que te transforma en eso que no eres.

—Yo sé muy bien quién soy, no es necesario que me lo recuerdes. De hecho, en estas últimas semanas estoy descubriendo cosas de mí que ni siquiera sabía que existían. Siento mucho que eso te...

Otra carcajada más por parte de Lucrecia.

—Espera, detente ahí, aquí hacen falta violines que hagan de banda sonora.

Las bromas de Lucrecia no fueron bien recibidas, Verónica sentía un gran aprecio por la mujer que tenía delante, a pesar de eso, no pudo encerrar en ella a su temperamento reaccionario, lo dejó libre.

—Durante años, tú y yo hemos tenido un concepto equivocado de la felicidad. Creemos que esto —Extendió los brazos indicando el ámbito que las rodeaba—, el poder, el éxito personal, peor aún, el dinero, es sinónimo de felicidad. Nos convencemos a diario de ello, así de patéticas somos.

Dio en el blanco. La socia gerente del Bufete se sintió atacada.

—Habla por ti.

—No, hablo por las dos. Si tú puedes hablar con tanta libertad de mí y mis decisiones, yo puedo hablar lo que se me antoje de ti.

Lucrecia regresó a la silla detrás del escritorio, prefería fingir alguna actividad antes que mantener el contacto visual con ella.

—Nosotras elegimos creer que la felicidad es esto —continuó Verónica—. Y es posible que podamos mantener esa idea de falsa felicidad

hasta el fin de nuestras vidas, sin embargo, eso no significa que sea verdad. Él me hace feliz de una forma que nunca pensé que podía llegar a experimentar. Él hace... —Esto era una confesión inesperada para Verónica, y el discurso que le obsequiaba a Lucrecia, en cierta manera, también iba dirigido a ella. Verónica se encontró hablándose así misma—. Él... hace que me ame a mí misma... ¿y sabes qué, Lucrecia? Ese sentimiento es por demás nuevo para mí, porque aunque no lo creas, aunque no lo parezca, yo me odiaba... odiaba mi vida, odiaba todo de mí. ¡Sí, era una maldita arpía, no podía evitar serlo... y lo odiaba! ¡Sí, lo odiaba! Con Gabriel soy diferente... viudo, contratista, con chiquillas, con él soy feliz. Perdón si tal sentimiento te incomoda.

La mujer se mantuvo en silencio, había escuchado cada palabra con detalle. Sabía que Verónica esperaba alguna reacción o expresión de su parte. Lo hizo.

—Eres una idiota —musitó—. Podrías ser la mujer de un embajador, pero no... prefieres abrirle las piernas a un Don Nadie en vez de lidiar con tu insatisfacción personal en el consultorio de un psicólogo. —Lucrecia alzó la vista en busca de contacto visual—. ¿Sabes que es lo peor de todo? De aquí a unos meses vas a darte cuenta que lo que él te da, también te lo puede dar un antidepressivo. Lo sé por experiencia...

—Justamente eso, tu experiencia, es lo que no quiero vivir.

Pasado y futuro eran.

Verónica era el recuerdo de lo que antes había sido Lucrecia.

Lucrecia era el espejo en dónde Verónica concebía sus años venideros.

Había aspirado a convertirse en la mujer que tenía frente a ella, y esa mujer, proyectaba en ella, una mejor versión de sí misma.

Eso ya no iba a suceder. El puente que las había mantenido unidas acababa de romperse. Desde ese instante en adelante, el camino se bifurcaba, cada una por su lado.

Sin palabra, sin despedida alguna, Verónica se marchó de la oficina.



Cuando se vive con intensidad el día a día, el tiempo avanza veloz.
Gabriel y Verónica, a pesar de tener el tiempo en contra, se amaban

con intensidad. Y sin que se lo propusieran, esa intensidad los llevó a saltar los escalones de la relación.

De alguna manera, la conversación que Verónica había tenido con Micaela semanas atrás, había actuado como el disparador de una extraña simbiosis entre ambas.

Verónica comprendía el hecho de que Gabriel traía compañía consigo, y en cierto aspecto eso tenía un beneficio; él tenía responsabilidades que lo alejaban de ella, y Verónica tomaba eso como una ventaja, como el respiro necesario.

Todos, sin importar la edad, cuando nos enfrentamos al sentimiento de enamoramiento, nos comportamos como adolescentes sin control. Hasta ellos se comportaban así bajo las sábanas. Por suerte, esos comportamientos no llegaban más que a fugaces momentos. La vida de ambos, sobre todo la de él, llamaba a la puerta y los separaba. Así, Verónica tenía el tiempo que necesitaba para ella; al fin de cuentas era un animalito de costumbres, y su mayor costumbre era la soledad. Verónica amaba, deseaba, esperaba con ansías cada segundo que pasaba junto a Gabriel, y a pesar de ello, no quería saturarse de él... no quería.

Sin embargo, lo hacía.

Las puertas de la vida familiar se abrían ante ella, y como mosca a la miel, se adentraba en esa historia más y más.

Micaela había iniciado clases de patinaje a la edad de cinco años, por eso, la ausencia en tal actividad, no le afectó en lo absoluto. La niña era por demás habilidosa, danzaba sobre cuatro ruedas, y considerando que el año calendario ingresaba a su mes final, las exhibiciones artísticas eran esperables.

Muestra y exhibición anual de patinaje artístico. Ciclo 2017.

Andrea estaba en cama con gripe, motivo por el cual no sólo no estaba presente, sino que también había generado un desequilibrio en el asunto: ¿Quién cuida de Emilia y Carola?

Siendo sinceros, el problema era Emilia. Los lugares poco comunes, con micrófonos abiertos, música y bullicio general, se convertían en espacios de tortura sensorial para la niña hipersensible. La intensa invasión sensorial, podía generar en la niña un desequilibrio emocional, el mismo podía derivar en comportamientos sociales tales como: crisis de gritos y llantos, golpes a sí misma, e irritación general.

El trabajo interdisciplinario en las terapias, más el trabajo realizado en casa y en el colegio de educación especial, le daban a Emilia las herramientas necesarias para procurarse la auto-regulación. El desarrollo del lenguaje con el fin de comunicación social y la auto-regulación emocional son los pilares fundamentales en el mundo del autismo. Emilia sorprendía a diario con avances y modificaciones de conducta, de todas maneras, los malos momentos y los quiebres emocionales, se ocultaban como fantasmas dispuestos a salir en los instantes más oscuros.

Gabriel sabía que resguardar a Emilia en una caja de cristal no era una buena idea, la niña debía formar parte de la realidad sensorial sofocante que la rodeaba. El mundo no iba a ser condescendiente con ella ni en ese día, ni mañana, ni nunca. Emilia tenía que aprender a lidiar con el mundo, y una forma de hacerlo, era incluyéndola en actividades que nada tenían que ver con sus rutinas cotidianas.

Así fue como optó por una decisión difícil, para él y para Verónica.

La exhibición de patinaje dejó de ser el título importante del día, para ser reemplazado por el de salida familiar. Sí, familiar, y Verónica estaba incluida.

Eso significaba el inicio de todo, para Gabriel, comenzar a incluirla en actividades familiares significaba la aceptación definitiva de que quería una relación significativa. Que Verónica aceptara tales invitaciones indicaba el compromiso que estaba volcando en la relación. El análisis era bastante sencillo, los dos estaban dispuestos a lo mismo. En consecuencia, abandonaron la teoría de sus pensamientos y lo llevaron a la práctica.

Llevaban cerca de cuarenta minutos de exhibición y la presencia de Micaela se hacía desear, todavía faltaba la presentación de una categoría menor a la de ella. Para hacer más amena la espera, saturaron sus estómagos con palomitas y gaseosas. Mientras Carola hacía apreciaciones sobre cada niña en patín que se le cruzaba, Emilia le dedicaba la atención visual a los videos en su Tablet, esa era la manera con la que combatía la información sensorial nueva e intensa, se focalizaba en una actividad puntual de satisfacción total para ella. La realidad era que en muchas situaciones, la presencia de Emilia podía ser en extremo silenciosa; Verónica había compartidos muchas situaciones como esas, lo que la hacía pensar que la condición de la niña no era algo tan complicado como se había imaginado.

La inocencia y la falta de experiencia en el ámbito familiar de

Verónica le envió un mensaje codificado al destino, ese mismo que los había unido, y el desgraciado se puso en acción. Mejor dicho, la puso en acción a la niña.

—Al baño a hacer pis —De esa manera rompió el silencio Emilia.

Lo hizo en un tono tan bajo que pasó desapercibido para todos.

—Al baño a hacer pis —repitió, esta vez, incorporándose de la butaca y captando la atención necesaria.

Gabriel maldijo para sí, se reprochaba el hecho de haberla dejado beber tanta gaseosa. La niña lo hacía más por deporte que por sed verdadera.

—Ok, al baño a hacer pis —dijo Gabriel para que Emilia comprendiera que el mensaje había sido recibido.

Antes de incorporarse de la butaca hizo un recorrido visual por el lugar para encontrar la indicación de los sanitarios. ¡Mierda! ¿Por qué no había pensado en eso antes de elegir asiento? Estaban del lado opuesto, había que cruzar todo el pabellón de exhibición para llegar.

Mientras Gabriel se dedicaba al pensamiento logístico, Verónica analizaba el resultado final. Podía ver que Gabriel estaba dispuesto a cumplir con las necesidades de la niña, y eso no era sencillo. El baño de mujeres y él no parecían una buena combinación.

—¿Necesitas mi ayuda? —Verónica consideró una obligación ofrecerse a lo que parecía por demás lógico. La adulta mujer ahí era ella.

Gabriel lo pensó, y su pensamiento le dijo con una velocidad abrumadora: ¡No!

No la pondría en tal situación. No. Si fuese Carola, vaya y pase, Emilia era una caja de sorpresas hasta para él.

—No te preocupes, yo me encargo, tú quédate aquí con Carola.

La niña hizo lo que todo niño haría, reclamó.

—¡Yo también quiero ir al baño, papi!

Era más que una cuestión fisiológica, era la combinación perfecta entre compañerismo y competencia, regla número uno en el manual de hermanos.

Gabriel tenía bajo su cuidado a tres niñas, esto no era un desafío, era algo más dentro de lo habitual, a pesar de eso, no pudo evitar exhalar. Era una situación incómoda para él.

—Ok, vamos... —Tomó a ambas niñas de la mano—. ¡Pero se terminaron las bebidas hasta llegar a casa! —susurró cerca de los oídos de las niñas.

Verónica estaba intrigada, y por supuesto dejó salir a su intriga en

palabras.

—¿Dime? —Lo interrumpió antes de que diera un paso—. ¿Cuál va a ser tu estrategia?

—Lo que hago siempre... me cercioro que no haya nadie en el baño de hombres y entro con ellas a los sanitarios individuales.

—¿Y si entra algún hombre en el proceso?

—Le pido con una sonrisa que espere fuera unos segundos.

Conociendo las sonrisas de Gabriel el plan parecía correcto y funcional, siempre y cuando las destinatarias de esas sonrisas fuesen mujeres. ¿Tendrán el mismo efecto en hombres? Se preguntó Verónica.

—¿Si no funciona tu pedido? —Ella estaba dispuesta a hacerle colapsar la estrategia.

—Dejo la sonrisa a un lado y lo invito a salir.

¡Basta de tonterías! Pensó Verónica.

—¡Mira tú, el señor bravucón! —Se levantó burlándose—. Algo que sin duda me encantaría ver en otra circunstancia. Más allá de eso, tus argumentos son insuficientes para mí, déjame ir contigo. ¡Las niñas deben ir a baños de niñas! —finalizó.

—¡Sí, yo quiero ir al baño de niñas! —exigió Carola.

Muchas alternativas no le quedaban al pobre contratista. Evaluó el alrededor. El maldito lugar estaba desbordante, de hecho había personas sentadas en las escaleras, si abandonaban los cuatro los asientos no los tendrían a su regreso. Analizó posibilidades. Pedirle a la familia que estaba sentada junto a ellos que le cuidaran los asientos no era una buena idea, ya le estaban haciendo señas a unas personas a la distancia que se encontraban paradas. No, no podían abandonar esos puestos.

Verónica interpretó cada uno de sus pensamientos. Recorrió el alrededor como él y evaluó las mismas posibilidades.

—Lo que yo veo como correcto aquí es lo siguiente: tú te quedas atesorando estos asientos con tu bravuconería, y yo me encargo de las niñas. Ahora que lo pienso, un paseo por el baño no me vendría mal a mí también.

Carola impuso la sentencia final, se soltó de la mano de su padre y se aferró a la de Verónica.

Como se hizo mención, la regla número uno de hermanos es compañerismo y competencia, y el manual de hermanos es universal. Emilia hizo su parte, soltó a Gabriel y tomó la mano de Verónica.

La actitud de la niña los sorprendió ambos.

—Al baño a hacer pis... —dijo una vez más, y agregó—. Adiós, papá. ¿Acaso quedaba alguna otra alternativa? La garganta de Gabriel estaba cerrada por la emoción, la reacción de Emilia lo abofeteó con dulzura. Era como si de repente el cielo gris sobre su cabeza se hubiese abierto por un rayo de sol, y ese rayo de luz le confesaba: Esta posibilidad, con Verónica... es posible. Todo esto... es posible.

Verónica no estaba en sus planes, ninguna mujer lo estaba, y sin embargo, ahí estaba ella. La vida le decía: ¡Si vas a darle un auténtico lugar en tu vida, este es el momento! ¡Déjala entrar! ¡Hazlo en verdad!

—Ya que insisten... ¡El baño es de ustedes, señoritas! Yo me quedo aquí custodiando nuestro territorio —Dejó que su trasero golpeará contra el asiento.

Las tres mujeres comenzaron a avanzar por el espacio reducido que las llevaba a las escaleras. Un impulso incontrolable hizo que Gabriel volviera a pararse con la única intención de detener a Verónica, lo hizo, y cuando tuvo la atención completa por parte de ella, se permitió hacer eso que no hacía delante de las niñas. La besó.

—¡Para ti también se terminaron las bebidas hasta llegar a casa! —le susurró con dulzura y picardía.

Los dos sonrieron felices... felices de lo que significaba ese beso, ese instante, ese día.

Verónica avanzó con las niñas de la mano, mientras lo hacía se repetía: ¡Puedo con esto! ¡Puedo con esto!

Al mismo tiempo, mientras las veía marcharse, Gabriel se decía: ¡Puedo... podemos con esto!

Descendieron las escaleras, atravesaron el salón de exhibición, llegaron a los pasillos linderos, y siguieron los carteles indicadores hasta llegar a destino.

Como era de esperarse, a pesar de ser grande y espacioso, el baño desbordaba de mujeres. Ni bien entraron, Emilia tuvo la primera manifestación de incomodidad, se soltó de la mano de Verónica para cubrirse los oídos.

Carola era la intérprete de la situación, Verónica buscó contención en ella.

La pequeña estaba tan bien entrenada en esa vida que no necesitó

palabra alguna de Verónica para responder.

—No te preocupes, siempre que entra a un lugar nuevo se tapa los oídos, enseguida se le pasa. Necesita acostumbrarse a los ruidos diferentes.

Estaban en plena entrada, y dada la circunstancia, Verónica consideró prudente hacerse a un lado. Se quedaron paradas lejos de los lavatorios, en la pared más cercana. Tal cual lo había dicho Carola, al cabo de unos segundos, Emilia se quitó las manos de los oídos.

—¡Ahí! —señaló el sector de sanitarios independientes—. ¡Ahí! ¡Al baño a hacer pis!

Los sanitarios estaban ocupados. Era cuestión de esperar y trasmitírselo.

Había estado leyendo información sobre autismo, conductas y abordaje; sabía que tenía que ser simple con sus palabras o preguntas. Información directa, sin vueltas, así tenía que actuar.

—Cuando se abra una puerta, entramos.

Lo dijo sin hacer contacto visual con la niña, también había aprendido eso, el contacto visual era difícil para ellos, y no era una simple cuestión de incomodidad, sino de exceso de información. Procesar las palabras oídas e interpretar las expresiones faciales al mismo tiempo era una tarea abrumadora para Emilia y para cualquier otra persona con autismo, evitar el contacto visual era una herramienta práctica y funcional: “Te escucho mejor cuando no te miro”.

—¿Habrá papel de baño? —Carola aportó lo suyo.

—Lo dudo, pero no te preocupes. —Verónica alzó la cartera que llevaba debajo del brazo—. Vengo preparada.

Carola sonrió.

—¡Qué suerte! Papá no, siempre se olvida. ¿Yo no sé cómo hace para limpiarse cuando hace pis?

Verónica rió.

—Alguna estrategia tendrá, eso dalo por seguro.

Unos de los sanitarios se liberó, ni bien se abrió la puerta, Emilia reaccionó, recapturó la mano de Verónica y la guió hasta el destino deseado. Carola fue detrás de ella. A la fuerza entraron en el pequeño espacio. Verónica debió pegar la espalda contra la puerta para generar mayor espacio.

—Bueno, primero Emilia.

Emilia ya estaba con los pantalones y la ropa interior por las rodillas. No se sentó.

—Tienes que jalar la palanca de agua y limpiar el asiento —Carola hizo su trabajo, tradujo.

Verónica hizo correr el agua y limpió el asiento con toallitas de papel y alcohol en gel, dos elementos que llevaba a diario con ella.

Una vez finalizado el proceso, Emilia se sentó con total calma e hizo lo suyo.

¡Esta niña es de las mías! Verónica hacía lo mismo cada vez que entraba a un baño público. Sonrió ante la semejanza. Le entregó papel, se limpió, y sus pantalones volvieron a la altura correcta. Sin necesidad de indicación alguna, se hizo a un lado para permitirle a la hermana hacer lo mismo.

Carola se tomó su tiempo.

—Huele a postre de vainilla —habló.

Al principio Verónica no entendió el comentario, luego reaccionó.

—Sí, el gel está perfumado con vainilla.

—¡Mis pompis van a oler a vainilla! —bromeó mientras tomaba el papel de baño que Verónica tenía preparado para ella.

El espacio pequeño dentro del sanitario comenzó a inquietar a Emilia, o por lo menos eso fue lo que Verónica creyó que sucedía. La niña comenzó a balancearse de atrás hacia adelante... dicho balanceo comenzó a intensificarse.

Carola se incorporó con rapidez al notar la inquietud en su hermana.

Verónica se inquietó también, el rostro de Emilia mutaba de relajado a tenso.

Así, de repente, de la nada, por lo menos para Verónica, la niña comenzó a los gritos, al tiempo que se tapaba y golpeaba los oídos con fuerza.

—¿Qué sucede?

Actuó de la manera que cualquier otra persona actuaría, puso sus manos sobre los hombros de Emilia para tranquilizarla. Gran error. La niña se sacudió con fuerza, y como el espacio era tan reducido, sus codos en alto se transformaron en armas. Carola recibió un golpe en la cara, Verónica a la altura de los pechos.

—¡No, no... no la toques! —Carola pasó por alto el incidente del codazo, no era importante —. Algo la molesta, la lastima.

¡Algo! ¿Qué? Ellas eran Verónica, Carola... no eran Emilia.

Así, también de repente, dejó de gritar, de sacudirse. Lo único que mantuvo firme fueron las manos en los oídos.

Parecía que la calma regresaba. Parecía...

La calma se fue. Los gritos volvieron con mayor intensidad.

La situación se llevó a cabo de la misma manera, gritos, movimientos bruscos y oídos cubiertos. En cuestión de minutos, toda esa secuencia iniciaba y de pronto se detenía.

Verónica intentó ser la niña. Si algo la lastimaba era algo que estaba relacionado con los oídos, prestó atención a la información auditiva que para ella y Carola era pasada por alto. Además del bullicio general, del sonido del agua corriendo... además de eso estaba el molesto sonido de los secadores eléctricos de mano. Se prendían y apagaban cuando colocaban manos debajo de él, y “casualmente”, los gritos de la niña se activaban a la par del aparato. Verónica tomó de los hombros a Emilia consciente de que eso la inquietaría aún más, no tenía alternativa, sino lo hacía quedarían encerradas ahí hasta el fin de los tiempos mientras el maldito aparato torturaba a la niña. La reacción de Emilia se cuantificó de brutal manera, se tiró al piso y se arrastró hasta meterse en el espacio que quedaba entre el retrete y la pared lateral del cubículo sanitario.

Verónica abrió la puerta para salir al rescate y asesinar al seca-manos. Una madre con una niña en brazos estaban secándose las manos, al parecer se divertían juntas con la función automática. La niña pequeña reía a carcajadas ante lo que sucedía.

Paradojas de la vida cotidiana, lo que a esa niña le causaba gracia, a otra la torturaba y angustiaba.

—Disculpa... —Verónica intentó ser amable—. Podrías finalizar con eso, por favor, incomoda mucho a la niña —dijo señalando el interior del sanitario dónde estaba la niña aún a los gritos.

La mujer reaccionó de inmediato, supongo que ver a la niña tirada en el piso cubriéndose los oídos fue suficiente. Se alejó del aparato.

—Lo siento... Ven, vamos, ya terminamos —le dijo a la niña que cargaba.

—Gracias —Verónica exhaló al notar que los gritos de Emilia habían cedido.

No obtuvo respuesta del “gracias”, la mujer se alejó con rapidez.

Verónica repitió en su mente: “Gracias”, y se respondió: “De nada, vete al demonio”. Volvió a exhalar.

Exhaló en vano, los gritos regresaron, sumados de golpes de pies contra el piso.

¡Mierda!

En el otro extremo del lugar había otro aparato secador, una mujer se secaba las manos con total parsimonia en él.

A Verónica no le quedó más alternativa que gritar.

—Disculpa... —La amabilidad se le estaba escapando—. Podrías detenerte, por favor.

—¿Qué? —respondió con otro grito la mujer sin interrumpir la actividad.

—Podrías de dejar de secarte las manos.

—¿Y por qué haría tal cosa? —Se burló al no comprender la verdadera razón del motivo.

—Porque el ruido es muy molesto, y a la niña le incomoda.

Emilia seguía gritando, sus gritos se mezclaban con el sonido del aparatejo. Todavía podía verla en el piso, golpeándose la cabeza, pateando, y junta a ella Carola, sin decir palabra, sólo acompañándola.

—¿Molesto? Yo estoy al lado y no me molesta —La burla continuó.

Las palabras de Verónica fueron mudas para la mujer, ni siquiera desvió la mirada hacia el interior de los sanitarios. Continuó con la actividad con claro gesto de provocación. Cuando el tiempo de secado automático finalizó, volvió a activarlo.

—Odio las manos húmedas —agregó sin siquiera mirarla.

La cabeza de Verónica estaba en ebullición, se veía en esa situación desde lejos y no comprendía como había llegado hasta ese instante exacto: ¡Discutiendo con una imbécil por un condenado sonido común y corriente!

—Puedo darte papel para que te seques —Verónica casi gruñó.

—No, gracias... —Siguió secándose las manos.

Especialista en mediación, eso era, siempre ganaba, y aunque ahí no había oportunidad de mediación alguna, Verónica estaba dispuesta a ganar igual.

Desde la distancia chequeo la conexión del aparato a una fuente de energía en la pared. Sin contemplación alguna, con una expresión casi rabiosa, se abalanzó hasta la mujer al punto tal que la desconocida, al verla acercarse, se echó para atrás. Cuando estuvo junto a ella, desconectó el aparato de la fuente de energía de un tirón.

—¡Ve a secarte tus malditas manos al aire libre!

La mujer no tuvo más alternativa que alejarse, la actitud de Verónica destilaba furia y le sacaba media cabeza de altura. Esa no era una pelea justa y

proporcionada.

—¡Estás mal de la cabeza, mujer! —Esas fueron las palabras finales de la desconocida.

—No, no lo estoy, y eso es lo que me hace peligrosa. ¡Sal de aquí!

Las mujeres que estaban en los sanitarios individuales oyendo cada instancia de la discusión hicieron lo mismo que la mujer, optaron por abandonar el lugar. Quedó sólo una, una que estaba utilizando los lavados. Se enjuagó las manos y se las secó refregándolas contra el pantalón. Se acercó a Verónica con la vista fija en lo que sucedía en el único sanitario ocupado... ocupado por las niñas.

Los gritos de Emilia se apagaron junto con el aparato, gemía y se balanceaba a ritmo intenso.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—El ruido la alteró —Esa respuesta le vino a la cabeza, no tenía ganas de dar explicaciones a nadie.

—Sí, eso es evidente, no me refiero a eso... sino a: ¿qué tiene? ¿cuál es su problema?

—Autismo —respondió.

No quería dar explicaciones, igual las dio, supongo que para librarse de la extraña culpa que tenía. Ella no le había causado eso a la niña. No, no se lo había causado. Emilia era así. Era la niña, no ella.

—Pobrecilla... esos aparatos son bestiales. Si estuviese en su lugar seguro estaría igual —dijo con la más plena normalidad, como si la situación fuese cotidiana para ella—. Necesita un poco de calma, eso es todo.

—Necesita un poco de calma —repitió Verónica pensando más en ella que en la niña.

—¿Sabes qué? Voy a quedarme unos minutos en la puerta para asegurarme que no entre nadie, así puede tranquilizarle sin extraños a su alrededor.

La colaboración no pedida y amable capturó la atención de Verónica.

—¿Y cómo vas a asegurarte de eso?

—No hay agua. Limpieza. Ratas... o todo junto. No te preocupes, yo me encargo.

A pesar del fatídico momento, Verónica sonrió.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo la mujer marchándose.

La servicial desconocida cumplió con lo prometido. Nadie ingresó al lugar por minutos. Emilia recobró la calma en su cabeza y en su cuerpo. Ya no había golpes, patadas, ni sacudidas, lo único que quedaba era el agotamiento después de la crisis.

Con Carola le ofrecieron una decena de argumentos, ninguno fue suficiente para hacerla abandonar el refugio en el extremo más sucio del sanitario.

—¿Quieres que vaya a buscar a papá? —Carola le dio su sugerencia a Verónica.

Esa era la última opción que quedaba.

—Ok, ve.

No pensó lo que dijo.

Por suerte, la parte lógica de su cerebro le envió una señal a su pensamiento para que reaccionara a tiempo. Capturó a Carola del brazo justo antes que la niña saliera a la carrera.

—No, mejor quédate aquí. Las tres aquí.

¡Lo que le faltaba! Una niña en crisis, colapsada en el piso del baño, y la otra extraviada en el inmenso club. ¡No, no iba a perder a ninguna niña! ¡Basta por hoy! ¡Basta!

Buscó el móvil dentro del bolso para hacerle un llamado, cuando tuvo la pantalla frente a ella, vio que tenía un mensaje de parte de Gabriel.

¿Todo marcha bien? ¿Necesitas que vaya para allá?

Antes de que pudiera hacer el llamado, el aparatito vibró en su mano debido a una llamada entrante. Era Gabriel.

En minutos estuvo ahí, y para cuando él llegó, la puerta del baño estaba custodiada por una de las mujeres encargadas de la seguridad del lugar.

No intercambiaron palabra, lo importante para Gabriel en ese momento fue Emilia. Se sentó en el piso frente a ella, sin tocarla. Le obsequiaba palabras suaves, tan suaves que apenas se hacían audibles.

Carola optó por refugiarse junto a Verónica, la tomó de la mano, y juntas observaron la escena de padre e hija.

—Papá sabe... no te preocupes. Papá sabe.

La voz de Gabriel comenzó a hacerse más notoria, intensa. Sus palabras se transformaron en melodía. Cantaba... cantaba para su hija.

Why do birds suddenly appear (¿Por qué las aves de repente aparecen)
Every time you are near? (Cada vez que estás cerca?)
Just like me, they long to be (Como yo, ellas quieren estar)
Close to you. (Junto a ti.)

Why do stars fall down from the sky (¿Por qué las estrellas caen del cielo)
Every time you walk by? (Cada vez que pasas andando?)
Just like me, they long to be (Como yo, ellas quieren estar)
Close to you. (Junto a ti.)

Emilia repitió un par de palabras sueltas, los ojos le bailaban de un lado al otro, a pesar de eso, seguía el ritmo de la canción con los labios. Al cabo de un minuto, se abrazó a Gabriel y se incorporó. Gabriel hizo lo mismo, se levantó para guiar los pasos de la niña. Abrazada a su cintura y aun con la

melodía en los labios, abandonaron el lugar. Carola tiró de la mano de Verónica para motivarla a salir también. Lo hicieron, y finalmente abandonaron el maldito baño.

Regresaron al patio de exhibición. Lo sucedido minutos atrás parecía una historia pasada ya, la crisis era un recuerdo.

La mujer de seguridad los acompañó hasta el lugar y les consiguió nuevos asientos. Micaela entraba a la pista de patinaje junto a su grupo. Les sonrió y saludó.

La música fuerte no molestó a Emilia, al contrario, parecía gustarle. Junto a Carola saltaban y festejaban al ver a su hermana en acción.

Gabriel consideró oportuna la palabra.

—Lo siento... —dijo mientras entrelazaba la mano a la de ella.

Verónica no respondió, tenía miedo de las palabras que podían llegar a salir, deseaba borrar de su recuerdo el maldito suceso. Prefirió responderle con una caricia y una sonrisa.

No se dijeron más nada, fingieron disfrutar del espectáculo. No lo hacían. Tenían la mente enredada en un pensamiento que minutos atrás los había llenado de esperanza.

Verónica se repetía: ¿Puedo con esto? ¿Puedo con esto?

Al mismo tiempo, Gabriel se preguntaba: ¿Puedo... podemos con esto?



CAPÍTULO 18

Víctor Méndez, el abogado demandante contra CINAR S.A, parecía un niño en un consultorio odontológico esperando por la primera consulta. Así de nervioso estaba.

Solo, sin asistentes, con un maletín marrón descolorido por el uso

desmedido y deformado por el abuso de papeles en el interior. En lo referido a la vestimenta, podía observarse lo mismo. Una chaqueta que aparentaba ser negra, aunque apenas llegaba a un tono gris gastado, pantalones que no hacían juego en lo absoluto con la chaqueta, ausencia de corbata, camisa blanca con tonalidades amarillentas en el cuello, y unos zapatos marrones que brillaban con demasiada obviedad a causa del exagerado uso del betún para el lustre. Ahí, a la espera, en la sala de juntas principal del Bufete, además de un niño nervioso, también parecía un mendigo perdido en un palacio.

Habían desmantelado al enemigo por partes, el abogado demandante estaba a pasos de la destrucción categórica. Sin importar el grito de justicia mediante, cuando el dinero habla, todos callan. Los clientes de Víctor no fueron la excepción, por tal motivo, lo habían convocado para hacer un cierre definitivo de la demanda previo a la presentación en el juzgado.

Para Verónica y Alicia, Méndez, era un animalito acorralado en proceso de extinción. Lo observaban desde la distancia, las paredes de vidrio se lo permitían, el motivo: querían resguardar en la memoria los comportamientos del hombre antes del fin.

Revisaba los papeles esparcidos sobre la mesa una y otra vez mientras se acomodaba los cabellos. Era un tic obsesivo, movía los papeles, se tocaba el cabello: papeles, cabello, papeles, cabello.

—Ese hombre necesita una corbata —Alicia proporcionó la primera acotación.

—Ese hombre necesita muchas cosas —sentenció Verónica.

—Sí, eso es evidente, pero creo que se toca el cabello por la ausencia de corbata. Si tuviese corbata, se acomodaría eso. Siento pena por ti.

—¿Pena? ¿Por qué?

—¡Porque tú vas a ser la que le va a estrechar la mano en breve! Sudor y grasitud capilar... ese hombre tiene todo. ¡Dios, un asco!

Lo que antes hubiese sido un comentario acertado y bien recibido, en el presente actual de Verónica, se transmutaba en un comentario sin sentido. Una mueca en sus labios fue la contra respuesta al comentario de Alicia. Esa mueca decía: ¡Déjate de tonterías!

Llevándose consigo la mueca, Verónica se dispuso a llevar a cabo la reunión pactada.

Sin prever la próxima llegada de Verónica, Méndez se levantó del asiento con una clara intención. Alicia detuvo a Verónica.

—Espera, espera... me parece que va por un café.

En uno de los extremos del salón había una mesa con una cafetera moderna, y en efecto, él iba hacia ese lugar en particular. Eligió una de las tazas, la colocó en el lugar correspondiente e indagó en la máquina con detenimiento.

—Te apuesto diez dólares a que acciona todos los botones —agregó Alicia burlándose.

Las apuestas tentaban a Verónica, cualquier circunstancia que la pusiese en la situación de salir triunfante era una circunstancia óptima para ella. Estaba inscripto en su ADN, le gustaba ganar.

En esta extraña oportunidad, no la aceptó. Se resguardó en el silencio.

El hombre tocó un botón, y al no ver respuesta alguna por parte de la máquina, presionó con frenetismo el resto de los botones.

Eso era la crónica de un desastre anunciado.

Alicia estalló en risas apagadas para no llamar la atención del abogado visitante. Verónica fue hacia él para brindarle ayuda. ¡Sí, ayuda!

Por desgracia no fue tan veloz.

Méndez, sin darse cuenta, había accionado la opción de café latte, en consecuencia, cuando el líquido oscuro terminó de invadir la taza, la quitó, y la leche espumante que le seguía para finalizar el producto seleccionado, comenzó a derramarse sobre la cafetera. El pobre hombre comenzó a sudar de vergüenza, regresó la taza a la cafetera mientras buscaba un botón de finalizado. El maldito Karma del abogado pueblerino le hizo seleccionar el botón equivocado, el proceso de preparación se reinició y la taza comenzó a desbordarse por el exceso de café.

La súper arpía llegó al rescate. ¿Quién lo hubiese imaginado? Accionó la pausa en la máquina, y una vez que el líquido dejó de salir, tomó un puñado de servilletas de papel para colocarlas sobre lo ya derramado. Con delicadeza, le quitó la taza de las manos, la limpió procurando evitar más desbordes, la colocó sobre un platillo de café, y se la entregó.

—Aquí tiene —dijo al tiempo que extendía la mano hacia él a modo de presentación—. Verónica Suárez Andrade...

Al sudor y a la grasitud del cabello de Méndez se le sumaron los residuos del café, valiéndose de las servilletas cercanas, el hombre se limpió la mano como pudo y se la estrechó con fuerza. Ella le devolvió el gesto con la misma intensidad.

—He oído mucho sobre usted, Srta. Suárez Andrade. Un gusto.

—Lo mismo digo, un gusto, aunque yo no he oído ni una sola palabra

de usted —Lo invitó a que regresara a la silla—. Por favor, tomemos asiento.

Verónica seleccionó un latte caramel para hacerle compañía, la vergüenza estaba estampada en el rostro del hombre. Se sentó frente a él, bebió un sorbo de la taza y lo motivó a hacer lo mismo. Él lo hizo.

—Estas cafeteras modernas hacen deliciosos cafés, lástima que para comprenderlas hay que hacer un curso en la Nasa —Verónica bromeó.

La broma logró el efecto deseado, la vergüenza de Méndez desapareció.

—Disculpas por el desorden que causé —El abogado aprovechó el comentario para manifestar el arrepentimiento.

—No tiene por qué, suele suceder. —Hizo a un lado el café—. Dediquémonos a lo nuestro, por favor. ¿Según tengo entendido, usted ya está al tanto de los acuerdos confidenciales pre-establecidos con sus clientes?

—Sí, lamentablemente sí, estoy al tanto de los acuerdos que forzaron a tomar a mis clientes.

—No hemos forzado a nadie Señor Méndez, sólo los motivamos con lo correcto.

—¿Lo correcto? ¿En serio cree que esto es lo correcto?

No había altanería ni en la voz, ni en las formas. Era un hombre sencillo, de modales, vestimenta y vida humilde; no era un idiota pago respondiendo a intereses supremos, era esa clase de idiota necesario en el mundo, de los que escaseaban. Víctor Méndez era el idiota que equilibraba la balanza.

—Estamos hablando de cifras cuando en realidad tendríamos que estar hablando de familias, de vidas arruinadas...

No quería ponerse agresiva con Víctor Méndez, sería fácil devorárselo crudo y de un bocado; esa no era la intención, Verónica quería dar por finalizado el asunto CINAR S.A. La planta química era la última piedra en su zapato. Quería caminar bien, sin molestias... lejos de ahí.

¿Lejos de ahí?

Sí, lejos de ahí.

Tal vez era un buen momento para tomarse unos meses sabáticos, llevaba trabajando años sin descanso, años. El 2016 estaba a un par de semanas de finalizar. ¿Por qué no empezar el 2017 de forma diferente?

El 2017 podía ser un año de cambios.

Los cambios son buenos... ¡Vaya que lo son!

Era hora de cambiar algunas cosas. Estaba teniendo otra perspectiva

en su vida, y en esa perspectiva, el Bufete dejaba de estar en primer plano.

—¿Señorita Suárez Andrade? ¿Señorita, se encuentra aquí?

Víctor Méndez hizo la pregunta correcta. Verónica ya no estaba ahí, no quería estarlo.

—Lo siento, ¿me decía?

El pobre hombre había esto hablando solo por minutos.

—Le decía que sé que su especialidad es ésta, mediar, cerrar el trato, de todas maneras quiero que mire esto... —Exhibió ante ella una serie de fotografías, en su mayoría eran niños y ancianos—. Dos de ellos han muerto a causa de complicaciones respiratorias, el resto espera por el mismo final. Estas personas no tienen nada, ni siquiera tienen una voz que alguien esté dispuesto a oír, son material descartable, son residuos para compañías como CINAR. S.A.

El estómago de Verónica comenzaba a retorcerse. Se arrepintió del sorbo de café bebido con el estómago casi vacío. Le atribuyó el malestar repentino a eso, no al rostro de los niños en las fotografías que parecían juzgarla desde lejos. Era el café, no los niños.

—¿Y con eso pretende decir “qué”?

—Que entiendo su función, su trabajo, lo que sí no entiendo es cómo puede hacer la vista a un lado. Hay personas, niños que han muerto y van a seguir muriendo por negligencia de estas Compañías. Compañías que usted defiende y asesora.

—Alguien tiene que hacerlo, Señor Méndez. Usted eligió su lugar en éste ámbito legal y yo el mío, no sé a qué apela con su comentario, esta demanda ya está zanjada.

—Por mucho que lo lamente, es verdad, esta demanda está zanjada, y lo está gracias a la coacción psicológica de CINAR sobre mis clientes.

—La coacción psicológica es muy difícil de probar, lo sabe.

Verónica estaba al tanto de los procedimientos de persuasión con los que contaba CINAR S.A. Sí, el bufete los representaba, pero la planta química contaba con un ejército de abogados rapaces que surfeaban en las profundidades; la función de los mismos era generar el plan alternativo que facilitara el éxito en el proceso y el fin de la demanda. Coacción psicológica y física, dinero como pago al silencio, y en casos extremos, la desaparición de las personas en el marco legal. Eran eficaces, y en esta ocasión habían generado la psicosis del fracaso en los demandantes bajo la premisa futura de: nulidad del caso por pruebas insuficientes con pérdida total de indemnización.

En definitiva, sus voces no serían oídas y sus bolsillos quedarían igual de vacíos. Todas las familias que estaban activas en la demanda compartían una misma necesidad: dinero para solventar los gastos médicos excesivos. Cuando te ofrecen dinero, de la forma en que CINAR S.A lo hace, no queda más alternativa que tomarlo con la cabeza apuntando hacia abajo.

—Difícil, no imposible, Srta. Suárez Andrade.

Un hombre con convicciones siempre era un problema. Verónica exhaló con fuerza, no por fastidio o desacuerdo, al contrario, lo hizo para liberar el peso de la lucha mental que llevaba en ella.

—Señor Méndez, ¿usted obtuvo el título de abogado hace un par de años, no?

Víctor Méndez estaba a semanas de cumplir cuarenta y cinco años. Podría decirse que se encontraba a la mitad de su vida, y aun así, el mundo legal era un ámbito muy reciente en él.

—Sí, obtuve mi título a los cuarenta y dos años. Me hubiese gustado dedicarme al estudio de esta profesión mucho antes, no pude.

Era verdad, no había podido. Verónica tenía en su poder toda la hoja de vida del hombre, familia de clase baja, casado, padre de seis hijos, uno de ellos fallecido a la edad de cinco años a causa de una infección respiratoria crónica. Había vinculaciones políticas en el medio, la prima de su mujer era la actual esposa del intendente del municipio provincial, claro representante opositor al gobierno de turno. La sutil conexión familiar, y la historia personal de Víctor Méndez fueron la herramienta de captura ideal para el inexperto abogado. Era un chivo expiatorio, su única función era agitar las aguas para que el submundo acuático cediera puestos, bancas a futuro en el Congreso.

—Es evidente que no tuve la misma formación académica que usted — Méndez continuó—. Ni siquiera cuento con una cuarta parte de su experiencia, ahora dígame, ¿eso me hace menos abogado que usted?

—No, Señor Méndez, estamos aquí, frente a frente como lo que somos, iguales. Usted no es menos, de hecho es más... más peligroso, ¿sabe por qué? Porque la perseverancia y la motivación personal que consiguieron su título es algo que no se encuentra a menudo en este mundillo superficial de leyes. Usted es esa clase de abogado que incomoda a personas como yo, y créame, ese es un buen atributo.

Sonrió. Víctor Méndez sonrió con cierto aire de tristeza al recibir ese sorpresivo cumplido.

—Será un buen atributivo, lástima que en situaciones como estas no me sirve de nada.

—Voy a repetir sus mismas palabras, abogado: Difícil, no imposible. A veces hay que dejar de caminar hacia adelante para volver nuestros pasos hacia atrás y encontrar el camino correcto.

Cristian había hecho bien su trabajo, gracias a él Verónica poseía información confidencial en dónde se revelaban todas las transacciones monetarias por fuera del sistema legal hechas a familias que habían demandado a la Compañía. Corrupción y aceptación de culpabilidad, las dos C más importantes en el ámbito jurídico.

Los contactos y recursos de Víctor Méndez eran casi inexistentes, el hombre sabía que el peso de la ley nunca se inclinara a su favor.

—Llegar al camino correcto puede demorar años.

Podía destruir al hombre con palabras, esa era su mayor característica, destrozarse al oponente. Víctor Méndez no era el enemigo, era el recordatorio de que todavía existía lo bueno.

—Como ya le he dicho, usted es un hombre movido por otros intereses y eso le va a dar la perseverancia necesaria. Ahora, si me disculpa. —Se levantó para dejar bien en claro sus intenciones—. Tengo otros asuntos que atender. Disfrute de su café el tiempo que sea necesario —A modo de cierre, le extendió la mano.

—Es una verdadera pena... —musitó el hombre mientras le estrechaba la mano en gesto de despedida.

Era la segunda vez que manifestaban pena hacia ella en minutos.

—¿Qué es una pena?

—Usted...

Verónica lo miró con la incertidumbre impresa en los ojos.

—Usted eligió su lugar en el ámbito legal y es este —continuó Méndez—, imagínese si estuviese de este lado, del mío... lo que lograríamos. Las personas correctas, en el lado correcto, intentando hacer lo correcto, así es como se cambia el mundo.

—¿Cambiar el mundo? ¡Vaya utopía! ... Le deseo lo mejor, Sr. Méndez.

—Lo mismo para usted.

La incertidumbre ya no estaba en los ojos de Verónica, había abandonado su mirada para ir a clavarse como una estaca en su corazón.

Abandonó la sala de juntas, y con la excusa de ir a lavarse las manos,

se encerró en el baño a solas. Quería silencio, quería estar consigo misma.

Las personas correctas, en el lado correcto, intentando hacer lo correcto.

Abrió el grifo de agua, se colocó jabón líquido en las manos, se las frotó con fuerza. Después de unos segundos, las enjuagó.

Imagínese... lo que lograríamos.

Las imágenes de los niños de las fotografías volvieron a ella.

Colocó más jabón en sus manos, volvió a frotarse, esta vez con más intensidad... las enjuagó.

Pensó en Carola, en Emilia... en esos niños de las fotografías.

Más jabón... más agua.

Más maldito jabón y más agua. Una y otra vez...

El móvil dentro de su chaqueta vibró. Ya lo había hecho en la sala de juntas, de seguro tenía más de un mensaje.

Exhaló. Quitó los restos de jabón de sus manos, la suciedad de toda una vida no saldría tan fácil. Se secó las manos, y revisó los mensajes.

Uno era de Gabriel.

¿Cena en casa?

Otro era de Ignacio.

En un par de días estoy por la ciudad, me han invitado a la fiesta de Fin de Año en el Consulado. ¿Te gustaría ser mi invitada?

Respondió un solo mensaje.

¡Por supuesto que sí, ahí estaré!

De camino a su oficina fue interceptada por Lucrecia. Desde el incidente “Conversación-Gabriel-Antidepresivos-No quiero ser una infeliz como tú”, llevaban más de una semana en modo silencio, únicamente intercambiaban palabras de cordialidad en lo referido a lo laboral. Verónica supuso que ese era el motivo del acercamiento.

—Necesito unas palabras contigo —Lucrecia fue la primera en manifestarse.

Verónica se adelantó a los hechos, y sin detenerse hasta llegar al interior de su oficina, le brindó todas las respuestas posibles y relevantes.

—Acabo de finalizar mi reunión con el abogado demandante contra CINAR, ya está al tanto de los acontecimientos y la semana que viene nos reencontramos en la corte para dar por finalizada la demanda.

Ya en el interior de la oficina, Verónica se ubicó en su silla. Lucrecia le hizo compañía desde el otro lado del escritorio.

—¿Hizo alguna declaración al respecto?

—Por supuesto que lo hizo. Ninguna viene al caso. Los minions de CINAR —Así se refería a los abogados rapaces de la Compañía—, hicieron su trabajo con gran majestuosidad. Los contratos de confidencialidad ya están firmados... lo demás no me interesa.

—¿Recibieron una compensación económica?

—Sí, de manera extraoficial.

—¡Malditas sanguijuelas, siempre consiguen lo que quieren!

Verónica no tenía intenciones de discutir, y esa expresión traía aires de discusión consigo, últimamente ya no encontraba tanta similitud de pensamiento con Lucrecia.

—Desde lo legal, no hay indemnización alguna, por lo que ya deja de ser nuestro problema, es problema de CINAR, ellos eligen esas formas.

—¿Te cercioraste de que “esas formas” no se asocien al Bufete?

La mirada de Verónica atravesó con furia a los ojos de la mujer, en esa mirada descargaba un cúmulo de sentimientos laborales y personales. Lucrecia entendió el mensaje.

—Ok —dijo la mujer por lo bajo mientras rehuía de la mirada—. Ahora, dejando de lado este asunto, estoy aquí por otro motivo. Quería hablar contigo de la fiesta de fin de año.

Faltaba poco más de tres semanas para la finalización del año calendario, la fiesta anual del Bufete era el evento más importante para todos, en especial para ella, si tenía intenciones de colocar su nombre en la pared en un futuro no muy lejano. Cara a cara con cada uno de los socios, en un ambiente distendido y alegre, sin duda, la mejor de las oportunidades.

—¿Qué sucede con la fiesta?

—He hecho una modificación de último momento. Acabo de enviar un correo con la información...

—De ser así —La interrumpió, no tenía deseos de hablar con ella—, me pondré al tanto de la info cuando lea el correo. Gracias. —Esa última palabra fue directa y distante, quería marcar un final, una invitación a la partida.

Verónica retomó las actividades en el computador para hacer más notoria la intención de quedarse a solas.

—De todas maneras, quiero trasmitírtelo en persona, al fin de cuentas

hice esta modificación por ti.

Así de fácil recapturó la atención perdida de la abogada estrella.

Los ojos de Verónica la interrogaron sin palabras. Lucrecia continuó.

—No me agradó como quedaron las cosas entre nosotras, y no me parece correcto que sigan así. Es difícil para mí entenderte, yo pensaba que teníamos dos proyectos de vida similares, por lo visto, estaba equivocada.

Verónica sintió la necesidad de hablar, hablar con sinceridad. Lo hizo.

—No, no estabas equivocada, yo también lo creía así, ya no. La vida cambia, una cambia, y en consecuencia, las decisiones también lo hacen.

—Bueno, bajo esa misma premisa, yo también he decidido hacerlo. El afecto que siento por ti me ha motivado a ello. Si tú quieres una vida en familia con hijas ajenas...

La mujer no podía consigo misma, no, tenía que ser ella. Lucrecia detestaba la relación entre Verónica y Gabriel, la detestaba y aunque la pintara con falsos colores rosas, siempre la detestaría.

Verónica resopló de fastidio.

—Y ahí estás otra vez, no puedes contigo, con tu recelo ¿verdad?

—Verdad, aunque le pongo todo el esfuerzo porque lo único real aquí es el afecto que siento por ti. ¿Me parece absurda y sin sentido tu relación con el contratista? ¡Sí!

—Gabriel, ese es su nombre.

—¡Gabriel, perfecto! ¿Me parece que tu relación con Gabriel es pasajera? ¡Sí, también! Como sea, es mi opinión, y de ahora en más puedo guardármela.

—Me parece perfecto... —Verónica dejó salir un último resoplo de fastidio—. Empieza desde ahora, por favor.

Lucrecia estaba firme en su postura, los ojos le danzaban de a un lado al otro y eso sucedía cuando la mujer intentaba evitar el contacto visual. La situación alertó a Verónica, que la conocía de los pies a la cabeza. Algo se traía en mente.

—Empiezo desde ahora, por supuesto, por eso quiero ayudarte a transitar esta nueva experiencia como debe de ser, por eso, este año, la fiesta de fin de año se ha transformado en una fiesta familiar.

¿Qué... qué? ¿Familiar?

El rostro de Verónica dijo todo. Lucrecia sonrió de satisfacción.

Confirmado, la mujer tenía algo en mente, y ese algo era destilar su veneno en público.

—Los socios del Bufete estuvieron de acuerdo, al fin y al cabo la mayoría tienen familia también, y les pareció maravilloso el hecho de poder articular lo laboral y lo personal. —Ante la notoria mudez de Verónica, continuó—. El lugar sigue siendo el mismo, lo único que cambió es la lista de invitados y el horario. Como van a asistir niños y adolescentes, lo modificamos a horas diurnas. Me gustaría que estuvieses presente con... —Decir el nombre del contratista provocaba un auténtico dolor en la garganta de Lucrecia. Tragó saliva para forzarlo a salir—... con Gabriel y las niñas. Creo que una perspectiva familiar nunca imaginada en ti puede ser una buena imagen para los socios mayoritarios, tal vez consigamos aquello que hace tiempo queremos lograr.

Cada una de esas palabras eran una gran farsa, así lo sentía Verónica. No era afecto o interés de que consiguiera ese ascenso laboral merecido, quería acorralarla, poner en evidencia la relación que ella tenía.

El silencio se mantuvo en Verónica. Lucrecia se sintió triunfante, sonrió.

—Además, tu relación con este hom... con Gabriel —se corrigió rápido para mantener el disfraz de su mentira—, ya está en boca de todos en este Bufete.

—¡Cómo si me importara tal hecho! —bufó Verónica—. Que hablen, es lo único que saben hacer aquí, hablar del otro.

—Sí, pero las habladurías, para bien o para mal, son publicidad gratuita. Tú no necesitas publicidad extra con los socios, al contrario, necesitas un perfil más bajo. Termina con estas habladurías haciendo lo que corresponde, haz pública la relación. Una relación, que según tú... —No pudo ocultar el sarcasmo—, es auténtica y te llena de felicidad. Demuéstralo.

¡Maldita vieja provocadora!

El afecto malo comenzaba a desplazar al bueno. Lucrecia no pretendía mostrar la bandera blanca con esto, no, pretendía avanzar a la vanguardia con el más despiadado de los ejércitos.

—No tengo que demostrarle nada a nadie.

Lucrecia rió manteniendo el sarcasmo a flor de piel.

—Lo que tú digas, Verónica. ¡Lo que tú digas! —dijo incorporándose del asiento—. Como sea, espero verlos ahí, a todos...

—Bueno, lo que uno espera no siempre es lo que consigue.

—Verdad, una gran verdad... aun así, repito: Espero verlos ahí. Y cuando digo “espero” lo digo en nombre de todos los socios del Bufete.

Con esas palabras abandonó la oficina.

El sarcasmo venenoso de Lucrecia perfumó el ambiente por minutos.

Verónica intentó recuperar la calma, la había perdido a manos de la que había sido su mentora. La cabeza le estallaba. Solicitó la presencia de Alicia junto a ella.

Alicia respondió al instante. Se asomó por la puerta.

—¿Dime?

—Me harías el favor de traerme un té de vainilla con una aspirina, por favor.

—Enseguida. —Giró sobre sí misma para marcharse, cambió de parecer y se volvió hacia Verónica—. Escuché la conversación y leí el nuevo correo sobre la fiesta. ¿Vas a ir con él? ¡Muero por ver al contratista vestido de elegante sport!

Verónica pasó por alto la pregunta.

—Mi té, Alicia... y que sea con dos aspirinas, por favor.

El sarcasmo en el ambiente fue reemplazado por el malhumor.

Alicia fue en busca del pedido, un té de vainilla, y un frasco de aspirinas. Lo bien que hizo, la jaqueca de Verónica duró por horas... muchas horas.



Lo único que le hizo sobrevivir la tarde fue la añoranza de la noche.

La noche lo traía a él.

Había quedado encontrarse con Gabriel directamente en la casa para una cena familiar de viernes por la noche con segundas intenciones. Esas segundas intenciones pretendían que Verónica pasara la noche allí. No iba a ser la primera vez que sucedía eso, y en esta oportunidad lo harían por propia voluntad, no por causa de problemas climatológicos.

Las niñas ya habían recibido la noticia de la visita. De hecho, Carola había propuesto la noche en pijamas entre niñas. Gabriel vio eso como una oportunidad. Deseaba pasar más tiempo con ella, sobre todo, ansiaba más noches abrazado a ella. En los meses de relación que llevaban le sobraban los dedos de una mano para sumar las noches junto a ella. Y no era cuestión de sexo, no, era otra clase de necesidad. Una necesidad que los dos manifestaban.

Estaban saltando todas las barreras a la vez, lo sabían. No importaba. Se arriesgaban. Sentían que nada podía llegar a salir mal.

—Lo siento, pensé que llegaba a tiempo para darme una ducha y recibirte como corresponde.

Con el cabello revuelto, unos jeans gastados, remera y botas de trabajo. Con esa vestimenta, esas palabras, y con una sonrisa que resaltaba los hoyuelos en su hermoso rostro, así la recibió Gabriel.

Gabriel Oates en su esencia más pura. Esa esencia era la que la había enamorado con locura.

Verónica respondió a ese comentario con un beso. Se abrazó a su cuello, sintió su perfume a hombre, enredó los dedos en ese cabello canoso y desordenado. El dolor de cabeza que la torturaba desde hacía horas y había combatido sin buen resultado con mil aspirinas, desapareció. Los labios de Gabriel, fueron suficientes. Él era suficiente para ella.

—Encontrarte así me trae buenos recuerdos —dijo finalmente cuando abandonó sus labios. Luego le apretujó el trasero.

La reacción de sorpresa de Gabriel lo hizo hacerse a un lado. Desde la puerta Verónica pudo ver a Emilia, sentada en el piso junto a la mesa ratona coloreando dibujos.

—Uppss, lo siento. —La vergüenza le enrojeció el rostro—. Pensé que las niñas todavía no habían llegado.

Estaba al tanto de que Andrea iba a pasar la tarde con ellas, Gabriel se lo había comentado.

—Así es, pero nos habíamos olvidado que Emilia tenía una actividad extra curricular. —Se hizo a un lado para invitarla a pasar, todavía estaban en el umbral de la puerta—. He ahí el motivo de mi rústica imagen.

Cerró la puerta empujándola a la dulce calidez familiar.

Emilia estaba ensimismada en la actividad. Los dibujos y los crayones absorbían toda su atención. Ni bien estuvo unos pasos cerca de ella, Verónica la saludó.

—Hola Emilia.

No hubo otro “hola” como respuesta, hubo algo mejor.

—¡A pintar! —Emilia le extendió el crayón azul—. ¡A pintar el cielo!

Era una invitación que traía implícito el mejor de los saludos de bienvenida.

Verónica buscó contención en Gabriel, necesitaba que él la guiara en

los pasos con la niña. Estaba feliz por la reacción de Emilia ante su presencia, y a la vez, el temor de hacer lo equivocado la bloqueaba.

A Gabriel no le agradaba la idea de forzar a Verónica a una relación vinculante con la niña, de todas maneras no podía evitar considerarlo como algo necesario, Emilia se relacionaba a través del vínculo. Esa noche no era una noche más, era el principio de otra cosa. Todo iba a paso veloz, y al parecer ese ritmo les sentaba bien a todos. ¿Para qué detenerse?

—¿Tienes ganas de colorear? —preguntó Gabriel sabiendo que la colocaba en la incómoda decisión de aceptar.

Era a todo o nada ya. Estarían juntos desde ese instante en adelante o se decían adiós.

Existía un extraño temor en Gabriel, algo que lo acosaba a diario, y ese temor venía de la mano de esa palabra: “adiós”.

Estaba con la ilusión rejuveneciéndole la piel y cada célula del cuerpo. Volvía a experimentar un sentimiento que creía imposible volver a sentir. Era hombre y adolescente a la vez, con planes a futuro nunca antes imaginados; y todas esas maravillosas sensaciones e ilusiones se desvanecían cuando pensaba en el posible cambio de actitud en Verónica. Ella era talentosa, con una vida muy por encima a la de él, y como si eso ya no bastara, era soltera, libre de compromisos familiares. Cuando Gabriel se esforzaba y trataba de ver el cuadro completo desde afuera, se preguntaba: ¿Por qué diablos estaba con él? Él se sentía como el sinónimo de “problemas”, en consecuencia, la angustia de amanecer un día y descubrir que Verónica decidía ponerle fin a lo que estaban viviendo, era algo que lo perseguía. Era mejor que ella contemplara el cuadro completo también. Si iba a marcharse, que lo hiciera lo antes posible. Gabriel sabía que su corazón no resistiría dos golpes... el de sus hijas tampoco.

—¿Cómo negarse a tal invitación? —Verónica obligó a sus labios a sonreír. Aceptaba por Gabriel, no por propio deseo—. Si quieres, mientras coloreamos, tú puedes darte esa ducha pendiente.

—¿Es eso una indirecta? —bromeó mientras se quitaba la remera para olerla o modo de juego.

Emilia se levantó llevando consigo el crayón azul, capturó a Verónica de la mano y la guió hasta la pequeña mesa. Al parecer, la niña tampoco aceptaba un no como respuesta.

—¡A pintar el cielo azul! ¡Pinta! —Le entregó el crayón—. Aquí

tienes.

Tanta palabra junta en Emilia era un logro cuando iba dirigido a Verónica.

Gabriel y su invitada intercambiaron miradas, cada uno a su tarea. A él lo esperaba una ducha tibia y a ella el dibujo de un barco pirata. Se arrodilló junto a la mesa para estar a la misma altura de la niña. Por suerte llevaba pantalones.

—Ya sabes dónde encontrarme si hay algún inconveniente.

—Sí, ya sé dónde encontrarte, ese es el inconveniente. —Intentó ponerle un poco de humor sensual a la situación—. Mejor voy a dedicarle toda mi imaginación a este dibujo.

El silencio fue el compañero que reemplazó a Gabriel.

Verónica y Emilia. Emilia y Verónica. Y el ruido de los crayones sobre el dibujo.

La niña miraba, ella coloreaba.

Se arriesgó a una propuesta para estimular la interacción entre ambas.

—Verónica pinta el cielo y Emilia pinta el mar.

—¡Emilia pinta el mar! —repitió la niña mientras recorría con los dedos los crayones ordenados a la perfección sobre la mesa—. Emilia pinta el mar... rojo.

—¿Rojo? —Considerando que tenía en su posesión el único crayón azul, y que además había sido ella la de la propuesta de pintar el mar, no tuvo más alternativa que considerar la elección como “maravillosa” —. Muy bíblico lo tuyo... un mar rojo, esa es la clase de mar en el que me gustaría nadar —dijo sabiendo que no habría una respuesta del otro lado—. Si es que algún día vuelvo a meterme al mar—musitó más para ella que para Emilia.

Respetando la distancia y el comportamiento silencioso de la niña, colorearon juntas a un ritmo perfecto y coordinado. Verónica llevaba ventaja, finalizó antes, y Emilia, atenta a todo, reaccionó antes de que el crayón hiciera contacto con la mesa.

—¡A pintar bandera! Bandera negra... —Recapturó el crayón azul, lo colocó junto a los otros, le entregó el de color negro, y controló que la parte inferior de los crayones coincidieran.

Al mejor estilo “Liberen al Kraken”, la tranquilidad y el clima artístico fue interrumpido por Tudor. Verónica siempre se olvidaba de él, y el peludo se buscaba el camino a su encuentro a como diera lugar. No existía puerta o patio trasero alguno que le impidiera lograr su objetivo.

Al piso, de pronto, de una gran sacudida, ese fue el destino final de Verónica, que, al caer desprevenida, se llevó consigo parte de los crayones cuidadosamente acomodados.

—Oh, no... Tudor, no. ¡Mis colores, Tudor! ¡Mis colores!

Así, de una manera tan sencilla, se alteraba la calma en Emilia. Ella estructura el alrededor como una forma de contención, el orden, la seriación, eran un proceso de estructuración necesario para niña.

Juntar los colores se convirtió en una actividad desesperante. Al suave grito de: ¡Mis colores!, Emilia luchaba contra Tudor para que la dejara buscar debajo de la mesa. El perro consideraba la actitud de la niña un juego, motivo por el cuál, el peludo se exaltaba más, saltaba, lamía, empujaba con su cabeza en busca de caricias.

Verónica consideró prudente alejar al perro, se incorporó a duras penas mientras luchaba con el fastidioso y amoroso canino. Los tacones le jugaron una mala pasada, trastabilló, y como era una especialista en el arte de llevar tacones, se recuperó con puro glamour. Por desgracia, el glamour que consiguió que su trasero no impactara en el suelo no logró el peor de los desastres: había roto a la mitad el crayón amarillo a causa del pisotón.

Emilia ya había recapturado la mayor parte de los crayones, y cada uno de ellos había vuelto al mismo lugar anterior, la ausencia del amarillo comenzó a hacerse notoria.

—Mi amarillo... ¿dónde estás amarillo? —Se preguntaba a sí misma al tiempo que recorría el suelo a gatas.

El estómago de Verónica se retorció ahí mismo a causa de los repentinos nervios. Tragó saliva, se agachó, recogió los restos del crayón y lo exhibió ante Emilia.

—Lo siento —dijo y pensó: ¿Cómo si le importara eso a la niña?

—Oh, no, mi amarillo... ¡a pegar amarillo! —gritó—. ¡A pegar amarillo!

—No puede pegarse, cariño... se rompió, lo siento.

Emilia ya estaba en su mundo, buscando posibilidades, siempre había posibilidades dentro de su cabecita. Abandonó el lugar junto a la mesa con rumbo directo a la cocina. Mientras avanzaba repetía:

—¡A pegar amarillo! Cinta adhesiva... ¡A buscar cinta adhesiva!

—No, cinta adhesiva no.

Convencerla no tenía sentido, la siguió hasta la cocina. Emilia abrió uno de los cajones y extrajo una cinta adhesiva ancha, de esas que se utilizan

para el embalaje y cierre de cajas.

—¡A pegar! —Abrió otro de los cajones, hurgó en ellos, y segundos después, alzó una cuchilla al aire—. A cortar y pegar amarillo.

—¡Dios santo, no!

Corrió hacia ella y le quitó la cuchilla a la fuerza. La niña gritó, gritó con ganas. La sujetó por los hombros, y como era de esperarse, Emilia se agitó con mayor intensidad.

—¡A pegar! ¡A pegar! ¡

—¡Está bien, vamos a pegarlo, pero no con eso! ¡Verónica pega el amarillo! ¿Sí? ¡Verónica pega!

En el mundo interno de Emilia, esas fueron las palabras correctas.

—Verónica pega —repitió Emilia mientras le entregaba la cinta adhesiva recién adquirida.

Verónica exhaló con fuerza, de pronto la idea de convivir junto a una niña como Emilia se le hizo comparable a la idea de vivir al borde del abismo. En cualquier momento podías caer a la gran nada. Todo estaba bien, perfecto, calmo, y con un suspiro todo cambiaba a caos, gritos, y desesperación. ¡Vaya vida!

Regresaron al living, por suerte, ahí las esperaba el ejército de refuerzo. Andrea y las niñas ya estaban de vuelta. La llegada había pasado desapercibida para Verónica, ante tanto grito, volvió a exhalar ante la satisfacción de no sentirse más sola.

—¿Problemas en el paraíso? —bromeó Andrea.

Carola corrió hacia ella, la abrazó. Micaela se acercó, le dio un beso en la mejilla y se arrojó a patas anchas en el sillón. La presencia de Verónica parecía de lo más normal para ellas.

—Por accidente pisé uno de sus crayones —Verónica no anduvo con vueltas, confesó el crimen.

Ante la nueva situación, la atención de Emilia puesta hasta segundos en el incidente del crayón, cambió y se focalizó en la actividad de Micaela, la hermana mayor sacaba del bolso los elementos de clase de patinaje. Emilia gozó de los patines, giró sus ruedas una y otra vez.

—Tenemos un gran historial de hechos similares en esta casa, ¿no es así chicas?

Micaela asintió. Carola dio su opinión.

—Sí, cuando se le rompe un crayón a Emilia tienes que ir por otro al cajón de papá —La estrategia de Carola desconcertó a Verónica.

—¡Muéstrale, Carola! —Andrea motivó a la niña a la acción.

—¡Ven!

Como una veleta la llevó del living al pasillo que comunicaba a las habitaciones, a mitad de él había un armario de pared, Carola lo abrió ante la mirada atenta de Verónica. En el armario había electrodomésticos de limpieza, ropa de cama, toallas y demás. El armario contaba también con una cajonera, la niña se la señaló. El cajón tenía un cartel que indicaba la titularidad del mismo. “Cajón de papá, no tocar”

Lo abrió, y de “papá” no tenía nada. Cajas de crayones, diferentes tipos de fibras de colores, lápices en todos sus tamaños y variantes.

Buscó un crayón amarillo de reemplazo. Había como seis cajas de crayones, todas de la misma marca.

—Creo que papá le dice el “cajón de papá” para que Emilia no lo abra.

—¿Emilia no abre este cajón?

—Emilia abre todos los cajones menos este —dijo Carola con evidente extrañeza.

Verónica recordó el episodio de minutos anteriores, la niña blandiendo al aire la cuchilla de cocina.

—Habría que poner ese cartel en todos los cajones de la casa —musitó.

—¡No, pobre Emilia, es divertido abrir los cajones!

Perspectiva de niño: los cajones eran cajas repletas de sorpresas, un mundo por explorar.

Verónica sintió pena por su comentario, limitar el entorno físico de Emilia para evitar situaciones peligrosas y conflictivas debido a su condición le quitaba el más grande de los derechos, el derecho a ser niña.

Con el repuesto del crayón amarillo en mano volvieron a hacerle compañía al resto del staff femenino de la casa. Dibujos animados en la tv, útiles de colegio sobre la mesa, gritos de niñas, en fin, la rutina de todos los días.

Andrea aprovechó los últimos minutos en la casa para dedicarle unas palabras de adulto a Verónica.

—Gabriel me comentó sobre la situación pasada en el club. —Se refería al incidente de Emilia en el baño—. Sé que las conductas disruptivas de Emilia pueden ser abrumadoras, créeme, con la práctica una empieza a comprenderlas e inclusive a anticiparlas. Hay días buenos y días malos... esa

es la realidad de Emilia, de Gabriel, de esta familia.

—Lo sé.

La respuesta de Verónica fue seca, breve pero muy relevante para Andrea.

—Me da gusto saberlo. Disfruten de la cena —Le palmeó el hombro a modo de despedida. Saludó a las niñas y se marchó.

Gabriel no recordaba cuando había disfrutado por última vez de una ducha extensa y placentera en casa. Con Verónica al control de la situación familiar se dio el gusto de hacerlo, los músculos contracturados de su cuello y espalda se lo agradecieron. Gabriel era un gran simulador, el agotamiento nunca se le notaba, ni en el rostro ni en el cuerpo. Lo estaba, estaba agotado hasta el extremo; el trabajo, las niñas, las terapias de Emilia, las cosas de la casa, todo era una gran lista interminable. A esa lista se le agregaba un nuevo ítem, Verónica; intentar insertarla en su vida cotidiana requería de trabajo intenso. Lo valía. Ella, las niñas, valían cada noche de insomnio, cada malestar de cabeza, cada dolor muscular.

La noche se presentó como perfecta. Prepararon la cena en familia, cenaron, y luego disfrutaron de una cuantiosa cantidad de helado frente a la tv. Pasada la medianoche, las más pequeñas se fueron a la cama, y la trasnoche de películas siguió hasta que el sueño conquistó a las mujeres restantes.

Verónica y Gabriel intentaban cuidar las formas delante de las niñas, había abrazos, caricias, y algún que otro beso robado entre ellos, lo demás lo guardaban para los momentos a solas. Pasar la noche en familia significaba eso, una actividad familiar con aires de romanticismo y sin ningún tipo de intención sexual. En lo que se refería al sexo bajo ese techo, tiempo al tiempo, los dos coincidían en silencio con eso.

La propiciadora del evento de la noche había sido Micaela, ella le había manifestado a Gabriel su deseo: “Dile a Verónica que si quiere quedarse a dormir yo comparto mi habitación con ella”.

Sobre esa premisa se habían trabajado dos posibles hipótesis:

1. Con eso la niña se aseguraba que “la nueva mujer de papá” no utilizara la habitación que había sido de “mamá”.

2. Había disfrutado tanto de la noche compartida junto a Verónica que, “en verdad”, tenía deseos de volver a compartir la habitación con ella.

Se fueron a la cama y la hipótesis dos se confirmó.

Micaela le mostró el álbum familiar que ella misma había armado tras la muerte de su madre. Compartió anécdotas, travesuras, y Verónica hizo lo mismo. La madrugada la sorprendió recordando lo mejor de su niñez.

La niña cayó rendida al sueño pasadas las tres de la madrugada. Verónica quiso imitarla. Le resultó imposible. La bella noche compartida en familia tuvo un extraño efecto en ella. Sí, se sentía bienvenida y aceptada, y justamente por eso, comenzaba a experimentar el sentimiento contrario. Los días junto a Gabriel y su familia ponían en evidencia las fuertes diferencias en los estilos de vida de ambos.

Maldijo a Lucrecia, la muy desgraciada había sembrado la semilla del mal en su cabeza y ahora estaba germinando. Consciente de que no iba a poder cerrar los ojos y que la amargura de esos pensamientos comenzaba a quemarle la garganta, se levantó en busca de un poco de agua para calmar el reciente malestar emocional.

A mitad del pasillo fue interceptada por unos brazos que la secuestraron de la realidad. La habitación de Gabriel, un territorio desconocido para ella, comenzó a cobrar vida gracias a la suave luz de la luna que alumbraba la ventana.

—¿No puedes dormir? ¿Extrañas tu cama? —murmuró él acompañando la mudez de la noche.

—No puedo dormir, no por cuestiones de cama, la otra vez dormí de maravillas aquí —dijo ocultando la frente en su pecho.

—¿Y entonces, cuál es el motivo? Yo tengo el mío...

—Dime primero el tuyo —susurró ella desde ese cómodo escondite.

—Ok... te lo digo. —Acercó los labios a la oreja de Verónica—. Te lo digo sólo si dejas de refugiarte en mi pecho como un cachorro de Tudor.

Verónica rió alzando los ojos a él.

—Shhhh, no lo nombres, Tudor es como “beetlejuice”, lo nombras tres veces y aparece.

Los ojos de ambos se encontraron, se dijeron “hola” bajo la luz de la luna.

—Ahí están esos hermosos ojos... los extrañaba ¿por qué los escondías?

La conocía lo suficiente como para reconocer que su actitud no era la de siempre. Intuía que era por ese lugar en particular de la casa.

—Porque siento que soy una perpetradora aquí, que estoy invadiendo

una intimidad que no me pertenece.

Gabriel la apretujó con dulzura entre los brazos.

—Puedes invadir mi privacidad todo lo que quieras, tienes mi plena aprobación para ello.

—Ojalá fuese tan simple. Sé que debe ser difícil esto para ti. Tienes tu historia dentro de estas cuatro paredes...

—No, en eso te equivocas, mi historia con Noelia, mi vida con ella, no está en estas cuatro paredes, no necesito el recuerdo constante de su ausencia a mi alrededor.

Las palabras de Gabriel la impulsaron a observar, recorrió la habitación, había una sola fotografía de él con las niñas, el resto del ambiente confesaba la presencia de un hombre. Libros, gafas, desodorante masculino... nada más.

—Noelia está en mi recuerdo, en mi corazón, y como si eso no fuese suficiente, está en el rostro de cada una de mis hijas. Sí, es difícil, y la decisión de que hoy estés aquí la tomé tiempo atrás, el día que decidí darte un lugar en mi vida. Mi vida es esta, e incluye estas cuatro paredes. Bienvenida.

Todo lo que poseía, todo lo que él era, se lo estaba entregando.

Tantas sensaciones despertaban esas palabras, tantas, que Verónica no pudo con ellas. Los ojos se le humedecieron...

Él la hacía sentirse amada.

—Eres el hombre más dulce y tierno del mundo —dijo acompañando a sus primeras lágrimas con una sonrisa.

—Bahhh... ¿Acaso conoces a todos los hombres del mundo? —Sonrió y le apartó las lágrimas del rostro.

—Buen punto. No, no los conozco, y la verdad es que después de ti, no necesito hacerlo.

—Ohhh, ¿quién es la mujer más dulce y tierna del mundo ahora?

Verónica le palmeó el trasero a modo de reprimenda. Gabriel le devolvió la jugada con un beso.

El beso se transformó en el propiciador de cientos de pequeños besos.

—Retomando lo anterior. —Las palabras de Gabriel se entrecortaban a causa de los besos—. El motivo por...el cual... no puedo pegar un ojo... es esto...

—¿Qué? —dijo disfrutando de los labios de Gabriel sobre los suyos.

—Saber que estás...en la habitación...contigua...

—¡Problema solucionado! ¡Aquí estoy!—Iba descalza, y la ausencia

de tacones ante la altura de Gabriel le jugaba en contra, se abrazó a su cuello para otorgarle firmeza a la punta de sus pies.

Las manos de Gabriel comenzaron a hacer travesuras, abandonaron la espalda de Verónica, llegaron a su cintura, y se deslizaron con delicadeza hasta las nalgas. La alzó, la llevó hasta la cama y la recostó ahí. Él hizo lo mismo, se acomodó a su lado sosteniendo la cabeza con el codo para poder contemplarla.

Eran adultos responsables, había niñas cerca que necesitaban adaptarse a la nueva presencia femenina, esa noche era otro tipo de noche.

—Ahora dime tú, ¿qué es lo que te preocupa y quita el sueño?

“Nuestro futuro”.

Esa era la respuesta que se encontraba al borde de los labios de Verónica. Una respuesta que resultaba reveladora inclusive para ella. Su inconsciente se valía de la noche y dejaba libre a los pensamientos más ocultos y verdaderos.

Mintió. Era lo correcto. Mentir era lo correcto se dijo.

—Tuve un día complicado en el trabajo...

Víctor Méndez, aquellas fotografías.

Lucrecia y sus comentarios maliciosos.

La fiesta de fin de año. ¡La maldita fiesta de fin de año!

Hizo el recorrido mental por tales acontecimientos. Por supuesto, los mismos, quedaron prisioneros en su mente.

—Últimamente tengo días complicados en el trabajo —finalizó. No mentía, así lo sentía—. Estoy agotada, fastidiada... cada tanto me sucede.

—Voy a hacerte una pregunta en base a una suposición mía. —La mirada atenta de Verónica se posó en la de él—. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste vacaciones?

Verónica hurgó en su base de datos con rapidez. Respondió de la misma manera.

—Hará cerca de un año...

—Espera —interrumpió—. Con “vacaciones” me refiero a auténticas vacaciones. Nada de llamados laborales, ni emails... nada de nada, desconexión total.

—De ser así, déjame pensar. —Utilizó los dedos a modo de juego: sumaba tres dedos, restaba uno, restaba otro, volvía a sumar—. Sí, lo tengo... sí, sí, confirmado, mis últimas vacaciones fueron a mis veintitrés años, justo antes de entrar a trabajar al Bufete.

—Eso no está bien, lo sé por experiencia, como sea, hay que salir de la rutina diaria de vida un par de días al año.

—Lo sé... ahora lo sé, creo que he estado tan hundida en mi escenario profesional que no pude ver el resto de vida que me quedaba.

La realidad era que la luz en el nuevo camino de Verónica era él. A través de la vida de Gabriel contemplaba la suya, y las obvias diferencias generaban una gran incertidumbre en ella. Las decisiones correctas de tiempo atrás ahora parecían incorrectas, y viceversa. Estaba en un completo caos interno.

—Creo que voy aprovechar el cierre del año judicial para tomarme unas vacaciones —continuó, y cuando Gabriel la atravesó con su dulce mirada indagadora, agregó—. Auténticas vacaciones. —Él sonrió—. Debo poner un par de cosas en orden, sobrevivir a la molesta fiesta de fin año...

—¿Fiesta de fin de año? —La interrumpió—. ¿Tu Bufete es esa clase de Bufete que hace “fiestas de fin de año”?

—Exacto, y lo detesto.

Mintió otra vez. Era lo correcto. Sí, era lo correcto.

—No asistas si tanto lo detestas.

—No puedo, es parte del compromiso laboral, en especial para mí.

¡Dile! ¡Dile! ¡Dile lo que te dijo Lucrecia! ¡Vamos, ven conmigo!

—Entonces, si tienes que hacerlo, pon tu mejor sonrisa y hazlo. ¿Quién sabe? Tal vez hasta lo disfrutes.

Ella rió.

—Champagne, baile y sonrisas falsas. —Omitió los nuevos detalles familiares en el evento—. Soy una especialista en dos de esas tres referencias.

—¡Imagino cuáles son! —Gabriel acompañó la risa de Verónica con una propia—. Yo soy especialista en tu referencia faltante. Las otras dos no entran en mi catálogo personal.

—¿No? ¿Tú bailas? —Verónica se incorporó sobre los codos—. Eso tengo que verlo.

—No, eso no tienes que verlo. —Gabriel abandonó la cama—. Eso tienes que experimentarlo. ¡Ven aquí!

Lo tomó del brazo y la levantó de la cama directo a sus brazos de un sólo movimiento.

—Nada mejor que un baile bajo la luz de la luna.

Entrelazó los dedos de su mano izquierda a la de ella, y le envolvió la cintura con el otro brazo. Apoyó los labios en la frente de Verónica y comenzó

a tararear una canción.

Danzaron... de un lado al otro. De un lado al otro, sintiendo el calor del otro en el cuerpo, sonriendo, soñando con una vida juntos, una vida que en ese momento parecía más que posible.

La melodía comenzó a sonarle familiar a Verónica, intentó recordar de dónde. Segundos después, la asoció a un momento en particular: el episodio del baño con Emilia.

—¿Es la canción que le cantaste la otra vez a Emilia?

—Sí. Buena memoria auditiva la tuya.

—¿Es un clásico, no?

—De la década del setenta, si mal no recuerdo. Era una de las canciones favoritas de mi madre, y fue mi canción de cuna durante años.

—¿Tu madre te la cantaba?

—No, mi padre.

Verónica arrugó la frente ante la sorpresa. Rió. Sus ojos invitaron a Gabriel a la confesión definitiva.

—Mi madre tuvo un parto muy complicado, de hecho, no tuvieron más alternativa que traerme al mundo con una cesaríá de urgencia. El reposo postparto fue igual de complejo, entonces, durante las noches, cuando yo lloraba, mi padre se ocupaba de mí. Me dormía en sus brazos... y yo no sé si es una cuestión genética o qué, pero creo que los dos compartimos la misma extraña capacidad. —Hizo una pausa para crear suspenso. Verónica le golpeó el hombro en regaño—. Somos incapaces de memorizar canciones de cuna completas. Ante la imperiosa necesidad de dormirme con una dulce melodía, recurrió a “Close to you”, la única canción que se sabía de memoria gracias a la intensa obsesión de mi madre por “The Carpenters”. —La melodía de sus labios se detuvo, no así sus pies y cuerpo, seguía guiándola, danzando con ella—. Noelia se sabía todas las canciones de cuna existentes de este mundo, todas, menos la correcta para Emilia. Todo en ella fue diferente, hasta su llanto lo fue... siempre lo supe. Una noche, cuando el sueño parecía no ser algo posible en ella, se la canté... y la magia sucedió. Desde aquella noche en adelante, esa canción, se transformó en una parte de Emilia.

Verónica estaba punto de derretirse en esos brazos. Cada fragmento de vida que Gabriel le obsequiaba la hacía amarlo más.

—Lo vuelvo a repetir... ¡Eres el hombre más dulce y tierno del mundo!

Gabriel sonrió de esa manera tan única en él. Sonrió e iluminó la habitación de tal manera que hasta la luna se puso celosa.

—No, no lo soy... soy sólo un hombre rodeado de pequeñas mujeres, y con el tiempo, eso, te trae efectos colaterales —dijo riéndose de su propia tontería.

—Déjame corregirme entonces: ¡Eres el efecto colateral más dulce y tierno del mundo!

—Bueno, eso sí te lo creo.

Volvió a tararear la melodía, y esta vez, la tomó por la cintura, la alzó un par de centímetros sobre el suelo... y danzó, danzó por ambos.

Terminaron la noche abrazados en la cama, invitándose al sueño gracias al tibio contacto de sus cuerpos. Necesitaban eso cuando estaban juntos, sentirse.

Programaron el reloj despertador para levantarse antes que las niñas ya que no deseaban que los sorprendieran juntos en la cama.

Al cabo de una hora, el insomnio retomó el lugar junto a Verónica. El eco perdido de sus pensamientos la torturó.

¡Dile! ¡Dile! ¡Traslada la invitación a él!

Pensó en las niñas, en Emilia. En especial en Emilia.

Pensó en el condenado crayón amarillo.

Hay días buenos, y hay días malos...

¡Dile! ¡Dile! ¡Dile de una maldita vez!

No. No lo hizo, y sabía que no lo haría.

Era lo correcto. En verdad lo era.



CAPÍTULO 19

A la noche del viernes le siguió una tarde a pura excursión: paseo por el parque, visita al acuario, seguido de un delicioso refrigerio en una bella cafetería familiar. Cuando la noche volvió a hacerse presente, Verónica

consideró correcto invitarse a la despedida. No se lo permitieron. Hubo otra noche en familia, cena, juegos de mesa y pijamada entre mujeres “parte dos”.

La tarde del domingo fue la campana final, todos tenían actividades y responsabilidades al día siguiente. Cuando llegó a su departamento sólo atinó a darse una ducha y dormir, estaba agotada hasta el límite. Durmió de corrido desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana. El molesto ruido citadino del lunes por la mañana fue lo que la despertó. El primer día de la semana siempre era más sonoro, todos descargaban la frustración del inicio de la semana en las bocinas de los autos.

Con el cansancio aún dominándole los ojos, estiró la mano sobre la mesita de noche para capturar el teléfono móvil y chequear la hora. No estaba. Se levantó de un salto. ¡Maldición, no estaba! Hizo memoria: ¿Cuándo había sido la última vez que lo había sostenido en las manos? Le fue imposible recordarlo. Cuando estaba con Gabriel y las niñas, el móvil se transformaba en un accesorio de poco uso.

Fue hasta el teléfono de línea para hacerle un llamado a Gabriel con la esperanza de confirmar que el aparatito estaba en su poder, ese móvil era una bomba letal de contactos, perderlo no era nada bueno. El fastidio del lunes por la mañana tomó control de ella. Resopló...y... Otra vez: ¡Maldición! Maldijo a la condenada tecnología. El número telefónico de Gabriel estaba almacenado en la memoria del aparatito y no en la suya. Antes de que pudiera tomar reacción alguna, la luz del contestador automático captó su atención. Chequeó los mensajes, eran tres en total. Los dos primeros fueron irrelevantes, propagandas programadas, el tercero trajo una dulce, masculina y familiar voz.

Buenas noches, cariño. Increíble, tuve que buscar tu número telefónico en la guía (Ríe. Verónica ríe también al escucharlo). En fin, imagino que estás con la cabeza contra la almohada, sólo llamaba para evitarte la posible psicosis de: ¿Dónde está mi móvil? Tu móvil está conmigo, lo encontré debajo del asiento de la camioneta. Mañana me hago un momento en el horario del almuerzo y te lo alcanzo hasta el Bufete. Dulces Sueños.

Enigma resuelto. Verónica exhaló liberándose del malhumor, escuchar la voz de Gabriel era el mejor desayuno de todos.

Una ducha de primera mañana, un café rápido, y en menos de dos horas, estuvo en la oficina.

Alicia la puso al tanto de la agenda y Verónica se aseguró la libertad

de compromisos a la hora del almuerzo. La única cita que le importaba era Gabriel Oates. Lo del móvil ya había pasado a segundo plano.

A las actividades del día le siguieron las de la semana, siempre las repasaban a fin de hacer modificaciones.

—Ah, me olvidaba, necesito confirmar tu presencia y la de tus invitados para la fiesta de este sábado.

—¿Ya? ¿Este sábado?

—Sí, éste sábado. Ya tú sabes que en diciembre los días vuelan, aunque este año la adelantaron, creo que por Elmond.

Andrés Elmond era el socio más importante del Bufete, lo era porque el dinero le sobraba en gran cantidad.

—Creo que va a pasar las fiestas en Nueva York —agregó la secretaria especialista en meterse en asuntos ajenos—. Como sea, la fiesta es este sábado y yo marqué en la grilla de invitación, un invitado, tú, con tres, no... perdón, cuatro acompañantes: Gabriel Oates y tres niñas. ¿Tres, no?

El corazón de Verónica se aceleró.

—Sí, son tres. —Quería omitir dar la respuesta.

—Me dices los nombres, por favor.

—No, no es necesario —dijo refugiando la mirada en el computador.

—Sí, lo es. Los solicitan, y también la edad de las mismas.

—No es necesario porque no va a ir.

Alicia era muy intuitiva en todo lo que se refería a Verónica, en esta oportunidad, dicha cualidad no le funcionó, la naturalidad de Verónica fue tal que la mentira detrás de esas palabras no se sintió.

—Uh, ¡Qué pena!

—Una verdadera pena... lo sé.

La única sincera fue Alicia.

—¿Todo bien? ¿Algún inconveniente?

Alicia temió ante la idea de pensar en un suceso repentino y malo. Además de resultarle atractivo, Gabriel le agradaba, sobretodo porque había conseguido lo que nadie con Verónica. A Alicia le gustaba la nueva Verónica, y no porque fuese mejor jefa ahora, con eso nunca había tenido problemas, sino porque la veía feliz y diferente.

—¿Inconveniente? No, sólo planes impostergables, Micaela, la mayor de las niñas, tiene una exhibición de patinaje artístico este sábado. —Mintió con una verdad, y posiblemente por eso, la intuición de Alicia compró la excusa sin dudar—. Por eso digo que es una pena, si la fiesta fuese el otro

sábado, estaríamos presente los cinco, pero no... marcá en la grilla un invitado.

—Ok. Un invitado. ¡Maldito Elmond! Por culpa de él y sus vacaciones gringas me pierdo mi regalo de navidad.

¿Regalo de navidad?

La mirada interrogante de Verónica dijo todo.

—Sí, ya te lo dije. ¡Gabriel Oates vestido de elegante sport!

Verónica fingió una risa. La fingió porque la mentira que tenía enroscada en la lengua le dolía y le incomodaba.

—Vete a tu escritorio a hacer tu trabajo, por favor.

Ya a solas, el estómago comenzó a retorcerse. Le atribuyó el malestar al café que había tomado horas atrás. Pensó: Debo ponerme a dieta de café. Últimamente le estaban cayendo mal.

No era el café. Era su consciencia, y hasta que no lo reconociera, la muy desgraciada seguiría molestando.



El almuerzo era el recurso más utilizado por ambos. Gabriel siempre encontraba la manera de procurarse ese tiempo para estar con ella. Tenían una dinámica de mensajes que funcionaba y facilitaba el encuentro. Ese día fue una excepción, Gabriel cargaba con el móvil de Verónica y eso hacía que la comunicación no fuese óptima. Sin más alternativa, atravesó el hall general del edificio, se subió al elevador, y se presentó ante la recepcionista.

Evelyn había aprendido a la fuerza lo que significaba la presencia de Gabriel, y cuando el interno de Alicia dio ocupado, decidió permitirle el acceso a las oficinas para evitar futuras reprimendas.

Gabriel agradecía haber hecho tareas de reajuste de materiales y presupuesto durante la mañana, gracias a ello, la ropa se encontraba intacta, sin rastros de polvillo alguno. Sabía que las apariencias eran importantes en ese lugar. Esa era la realidad cotidiana de Verónica, y él la aceptaba, de la misma manera que ella aceptaba la suya.

Lo recibió Alicia, no había noticias a la vista de la bella mujer de cabellos rojizos. Las explicaciones llegaron rápido.

—Está en una reunión improvisada con los del área contable, dudo mucho que se demore más de unos minutos. De todas maneras, ya misma la pongo al tanto de tu llegada.

La mujer puso la mano sobre el aparato telefónico para cumplir con lo dicho, Gabriel la interrumpió.

—No es necesario que la molestes, puedo esperar.

—Pues ponte cómodo entonces.

Lo invitó a ingresar al interior de la oficina. Le indicó que tomara asiento, él no aceptó y Alicia considero lógico fomentar la conversación para que el hombre no se sintiera fuera de lugar. Porque lo estaba, ante los ojos de Alicia, lo estaba.

—Van a almorzar juntos, ¿verdad?

Alicia no podía con su genio, quería la información que Verónica le venía negando desde hacía semanas, ella era la clase de mujer que requería de detalles. ¡Dios santo, los detalles eran una necesidad! Alicia culpaba a las telenovelas mexicanas por tal característica, las telenovelas la habían convertido en una entrometida profesional.

—Sí, vamos a almorzar. El tiempo libre es algo que escasea en mi vida, así que aprovecho cada oportunidad que tenga aunque sea en almuerzos.

—Obvió el tema del teléfono de Verónica.

—¡Tiempo libre! —Intentó empatizar con él—. Me imagino que con tres niñas esas dos palabras valen oro. —Gabriel rió ante la verdad de los hechos—. Y más a esta altura del año con la finalización del colegio y demás... de hecho, Verónica me contó lo del sábado.

Gabriel intentó que la sorpresa del comentario no se le hiciera notoria en el rostro. Indagó en el asunto con simpleza.

—¿El sábado?

—La exhibición de patinaje de tu hija —respondió la mujer creyendo saber más de la vida de Gabriel que él mismo.

Las neuronas de Gabriel hicieron una extraña sinapsis, todas ellas llegaron a la conclusión de que el comentario hecho por Verónica tenía un “por qué”. Sus neuronas y él querían saber ese “por qué”.

—Cierto, me olvidaba de ello, no sé dónde tengo la cabeza... la exhibición de patinaje. —Le dio el pie a la mujer para que continuara, Alicia parecía una mujer dispuesta a hablar, a hablar más de lo que se le pedía.

—¡Qué pena que coincidiera con la fiesta de fin de año del Bufete!

La garganta de Gabriel se secó de forma repentina ante lo oído,

carraspeó.

—¡Vaya que sí! —dijo intentando recuperar la voz perdida por el repentino malestar.

La presencia de Verónica, silenciosa hasta el momento, se sumó a la conversación.

—Vaya que sí, ¿qué? —preguntó al notar una expresión nunca antes vista en el rostro de Gabriel.

Él no habló, Alicia se consideró en la obligación de hacerlo por él.

—Que es una pena que la fiesta anual de la oficina coincida con la exhibición de su niña —dijo dirigiendo la atención a Verónica, luego regresó a Gabriel para finalizar—. Un rostro nuevo y amigable siempre es muy bien recibido, además este año está el agregado familiar, las niñas de seguro lo hubiesen disfrutado a lo grande, por lo que oí, va a haber toda una puesta en escena maravillosa.

La expresión nunca antes vista en Gabriel se trasladó al rostro de Verónica, por supuesto, la palidez repentina la invadió. No pudo decir palabra alguna. Ni siquiera asesinó en su mente a Alicia, sólo le importaba Gabriel.

El silencio fue el indicador suficiente para la entrometida asistente. Finalmente su intuición comenzaba a acercarse a la verdad escondida. Podía ver la mirada del dulce contratista atravesando los de Verónica en busca de una respuesta que sólo ella le podía dar.

Un paso para atrás, luego otro, así fue como Alicia se convocó a la partida. El aire comenzaba a hacerse denso para respirar.

—Aquí tienes lo que te pertenece —dijo Gabriel rompiendo el silencio y entregándole el móvil.

Verónica estaba muda. Aceptó el móvil y se quedó ahí, pálida, inmóvil ante él.

Gabriel chequeó la hora en el reloj.

—Vamos, que el tiempo no se recupera. —Y la no común ironía se escapó por los labios del contratista—. Después de ti...

La puerta se transformó en el punto de sostén de los ojos de Gabriel. Estaba enojado. No... no lo estaba. Era algo distinto, algo que Verónica ni siquiera podía descifrar. Con la mudez aun tomando control de ella, capturó el bolso y abandonó la oficina sabiendo que él iría detrás de ella.

Ni una palabra, nada. Fue la decisión de ambos. El Bufete no era un escenario acorde para ello.

Las puertas del elevador se abrieron, el interior fue el refugio cuando las puertas se cerraron.

—Lo siento. —Verónica hizo uso de la palabra.

—No tienes porqué. —Otra vez la ironía en el contratista.

—¿Estás enojado?

—No, no lo estoy.

Gabriel dedicaba la atención a los números en descenso que indicaba el elevador. Verónica ponía la atención en él, en cada movimiento de sus labios y su rostro.

—Sí, lo estás, puedo notarlo.

—No, no lo estoy. —Los ojos de Gabriel voltearon hacia ella—. No estoy enojado —repitió con el tono común y cotidiano que lo caracterizaba. Resopló—. Estoy... estoy decepcionado, y eso es algo muy diferente.

—No, no decepcionado, te prefiero enojado... —Verónica rogaba en entrelíneas—. La decepción es peor ¡Por favor, enójate!

El elevador llegó a destino, las puertas se abrieron, y con perfecta sincronización lo abandonaron.

Gabriel volvió a guardarse las palabras para sí, hasta que no saliera del maldito edificio no iba a hablar, no pensaba montar una escena en el espacio laboral de Verónica. Además, la decepción no provoca ganas de discusión, provoca todo lo contrario.

—No puedes decir que no estás enojado cuando no puedes siquiera obsequiarme una palabra, lo estás, sino hablaríamos sobre esto.

Gabriel agilizó el paso para alejarse lo más rápido posible del edificio. A Verónica no le daban los tacones ni la energía para alcanzarlo. Cuando la vuelta a la esquina los encontró, él se detuvo. Verónica impactó contra él.

—Hablemos de esto —finalmente dijo.

—Lo siento —volvió a repetir ella.

—¿Sientes qué? ¿Haber mentido o haber mentido por mí?

Verónica se preguntaba: ¿Existía alguna diferencia?

—No era mi intención hacerlo...

—¿Cuál no era tu intención? —La interrumpió—. Utilizarme como herramienta de escape, poner a mis hijas cómo excusa de algo...

—Sí, es posible que sea todo eso y más, aunque si quieres la verdad, no sé cuál fue mi intención...

Fue sincera, y esa sinceridad llegó a Gabriel. Él deseaba eso, esa

transparencia, esa confianza, nada bueno podía obtenerse sin eso de por medio. La tensión, la decepción con enojo camuflado, desaparecieron del rostro del contratista. Verónica continuó:

—Hubo una modificación en la etiqueta de la fiesta, dejó de ser corporativa para convertirse en familiar y campestre. Esto que nosotros somos, no es algo que oculto, de hecho lo he dejado más que claro en el Bufete para evitar habladurías sin sentido, y cuando me motivaron a asistir al evento contigo y con las niñas, no sé, me tomaron por sorpresa. —Un aire de angustia auténtico acompañó a esas palabras, la sinceridad seguía firme en ella—. Creo que entré en pánico y dije lo primero que se me vino a la cabeza para evitar la situación.

—¿Evitar la situación? Eso no es necesario, no tienes que incluirnos en cada actividad de tu vida, y eso, siendo sincero también, no me molesta. Lo que sí me molesta es que mientas en mi nombre. Miente por ti, no por mí.

—Tienes razón, perdóname.

Gabriel exhaló, no tenía más deseos de seguir hablando del asunto, le puso fin de la manera correcta. Sostuvo el rostro de Verónica entre sus manos, y la besó.

El beso le quitó el rol protagónico a lo anterior.

—Vamos a almorzar, por favor, porque el único aquí que no está dispuesto a perdonar, es mi estómago —Le sonrió a modo de tregua final.

El deseo de hacer las cosas de forma correcta empujó a Verónica a replantearse la decisión. Por algún extraño motivo, la expresión de Gabriel: “no tienes que incluirnos en cada actividad de tu vida”, la había golpeado dentro. Ella quería incluirlo, incluirlos en su vida, estaba claro ahora que no le estaba haciendo al cien por cien. Infiltrarse en la vida familiar de Gabriel era sólo una de las caras de la moneda, el lado que la identificaba a ella se mantenía en la oscuridad, sin acción alguna en sí. Esta era la prueba de fuego.

—Dile a tu estómago que espere. Todavía no terminamos de hablar.

—Sé más específica. —Gabriel no comprendía qué giro iban a dar los acontecimientos.

Tomó coraje. Sí, debió tomar coraje, y lo dijo.

—Con respecto a la fiesta del sábado, quiero que tú y las niñas vengas conmigo.

Gabriel se quebró en risas.

—Te lo vuelvo a repetir, no es neces...

Verónica le tapó la boca con la mano.

—Para mí lo es, por favor, ven conmigo.

Él le apartó la mano de los labios. Se la besó como una muestra de que todo estaba bien. Todo estaba bien así como estaba.

—Esa es la culpa hablando en ti —dijo él tomándola de la mano—. Ven, continuemos esta conversación en el restaurant.

Ella se mantuvo firme como un soldado, estaba decidida, y cuando ella tomaba decisiones, no se detenía hasta verlas llevadas a cabo.

—Posiblemente tengas razón, tengo culpa. No soy perfecta, y menos en lo que se refiere al ámbito sentimental. ¿Puedo cometer un error?

Gabriel volvió a reír, en esa oportunidad lo hizo con un gesto de ternura en los labios.

—Puedes cometer un error, por supuesto que puedes, todos lo hacemos, yo no estoy poniendo eso en la balanza del juicio.

—Lo haces, lo estás haciendo. Te estoy pidiendo que vengas conmigo, tú y las niñas, conmigo, y tu respuesta es: no es necesario. ¿Y sabes qué? Para mí, ahora, lo es.

Se miraron. No hubo palabras.

Verónica se cansó rápido del silencio.

—Consideremos esto mi strike uno, ¿sí?

Los labios de Gabriel se torcieron en una mueca de desacuerdo. Nadie estaba juzgando a nadie ahí.

—¿Con las niñas? —Finalmente habló—. ¿Estás segura de eso?

Ese era el salto más alto y grande que podían llegar a dar juntos.

No estaba segura. Quería estarlo. Verónica estaba convencida de que sabía lo que deseaba para su vida, una vida que comenzaba a proyectarse a futuro junto a Gabriel.

—Sí, muy segura.

Por suerte la duda no acompañó a las palabras de Verónica, el auténtico deseo resonó en cada letra. La rendición total fue inevitable en el contratista.

—Está bien, creo que las niñas y yo podemos reacomodar nuestra agenda para el sábado —bromeó y agregó—. Eso sí, con una condición.

Los ojos color aceituna de Verónica preguntaban y respondían a la vez. ¿Cuál? ¡Lo que quieras!

—A almorzar...ya, que los horarios de un contratista no son los mismos que los de una abogada prestigiosa.

Le sonrió, ella entrelazó los dedos de su mano a los de él, y con un

leve apretujón le indicó las intenciones de corresponder a al pedido.

Cuando la luz del semáforo se los permitió, cruzaron la calle y se perdieron dentro del restaurante para deleitarse juntos con un rico almuerzo.



Los días pasaban y Gabriel comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación familiar. La fiesta del Bufete se iba a llevar a cabo en un Country Club Ejecutivo, y San Google le dio la información visual necesaria: Campo de Golf, laguna artificial, salones de eventos interiores y jardines exteriores para la misma función. La característica común en todo el lugar era el verde, verde naturaleza. ¡Hasta una pequeña cascada tenían! Micaela y Carola se adaptaban a todo terreno, no así Emilia, y muy, muy dentro de él, Gabriel esperaba no encontrar las condiciones óptimas para la niña en ese lugar. El universo parecía complotar en contra de la búsqueda de una excusa, el Country Club parecía perfecto; espacio suficiente para correr, cascada para distracción visual, y una laguna en dónde se podía alimentar a patos y peces. ¡Patos! Esa era una invitación directa a Emilia.

Era jueves y las excusas se habían extinguido en el buscador de internet. Tenía casi dos días para organizarse, y sobre todo, para convencerse de que ya no había escapatoria. No podía mentirse a sí mismo, la idea de asistir a dicha fiesta no le agradaba en lo absoluto, inclusive sacando a las niñas del escenario no le agradaba. Detestaba los malos presentimientos, y este evento le generaba más de uno.

Todavía no había puesto al tanto de la próxima aventura a las niñas, consideró prudente hacerlo para comenzar a organizarlas con antelación, en especial a Emilia, que necesitaba estructurarse en la actividad “no cotidiana”. Los cuatro, frente al computador, hicieron un recorrido por las imágenes del lugar.

Yeahhhh, manifestaron las pequeñas féminas. La ansiedad se convirtió en el nuevo invitado de la casa. Desde ese instante en adelante, el único tópico de conversación familiar fue: “la fiesta del sábado”.

Y la fiesta del sábado llegó trayendo consigo la confirmación de los malos presentimientos en Gabriel.

Entre adultos, niños y adolescentes superaban a los trescientos invitados. Los lugares nuevos con exceso de personas solían generar incomodidad en Emilia, Gabriel se puso en alerta. No fue el caso, la niña, al igual que sus hermanas, se lanzó con total fascinación a la exploración del Country Club.

El espacio dedicado a los pequeños y adolescentes era de ensueño. Un Barco pirata con dos grandes toboganes inflables, una especie de piscina repleta de pelotitas de colores, puestos similares a los de una Kermesse o feria de juegos, y carritos de palomitas de maíz y algodón de azúcar por todos lados.

El ruido era infernal, a la música se le sumaba el griterío frenético de niños en un espacio en dónde los adultos se manifestaban como ausentes, a excepción de los empleados del lugar que cumplían la función de coordinadores y controladores del área. Gabriel volvió a ponerse en alerta, y la misma se apagó cuando vio a sus hijas corriendo hacia los toboganes con el mismo frenesí que el resto de los niños. A veces, la condición de Emilia quedaba en segundo plano. A veces, Emilia, era lo que era, una niña, sin pensar en nada más.

Para optimizar el tiempo, considerando que la casa de Gabriel quedaba del lado opuesto de la ciudad cuando se ponía al Country Club como punto de referencia, Verónica y él decidieron encontrarse en el lugar.

—¿Piensas quedarte en este lado del parque? —La voz de Verónica invadió los oídos de Gabriel—. Los adultos están del otro lado, pero si prefieres el barco pirata, nos quedamos aquí —Finalizó abrazándolo por detrás.

—No, no, para variar, un poco de personas adultas creo que me vendrían muy bien.

Lo decía a plena consciencia, Gabriel vivía cada día de su vida como si estuviese en un parque de juegos. De aquí para allá, rodeado de colores rosas y pasteles, coletas de cabello, muñecas, osos de peluche, etc.

Giró hacia ella respondiéndole al abrazo con otro.

—¿Pero? —dijo Verónica al ver la expresión en su rostro—. Veo un “pero” en tus ojos.

—¿Necesito explicarte ese “pero”?

Ella sonrió. Por supuesto que no lo era. Hizo un gesto con la mano y una muchacha, de unos veinte y tantos años de edad, se acercó a ellos.

—Ella es Melina. —La presentó ante Gabriel. La muchacha llevaba un uniforme similar al de los empleados del sector infantil—. Su tarea del día es poner especial cuidado en tres niñas en particular. —Se dirigió a Melina señalando el sector del Barco Pirata. Las niñas Oates subían las escaleras que las llevaban a la parte alta de la atracción. Micaela ayudaba a sus hermanas—. Aquellas tres, las de pantalones y coletas en el cabello, a ellas les dedicas toda tu atención.

—Micaela, Emilia y Carola Oates —dijo la muchacha chequeando los datos en una hoja de papel que llevaba en mano.

—¡Exacto! Y nosotros vamos a estar bien cerca de aquí, cualquier problema, nos lo haces saber.

Melina se marchó en dirección a las niñas dispuesta a cumplir con la tarea asignada.

La preocupación de Gabriel siempre eran las niñas, no tenerlas frente a sus ojos lo angustiaba. Verónica se había levantado ese mañana con la misma sensación a cuestras y la culpa la había vuelto a golpear. Antes por el hecho de haber mentido sobre el evento, ahora, por haber arrinconado a Gabriel a la decisión de aceptar. Los dos estaban tratando de poner lo mejor de sí en la relación, cedían en función del otro como muestra de respeto, compromiso y aceptación. Tarde comprendió Verónica que lo mejor hubiese sido mantener a las niñas ajenas al evento, esa era la única forma en la que Gabriel podía llegar a relajarse y disfrutar con plenitud.

—Sé que no es suficiente... —Ella quería hacerlo sentir a gusto y tranquilo.

Gabriel no la dejó continuar, la silenció con un intenso beso en los labios. Para él, el gesto de Verónica ponía en evidencia la preocupación de su parte con respecto a las niñas, y eso significaba mucho.

—Las niñas se mueven en manada —dijo tomando distancia de los labios de Verónica—. Dónde una va, las otras la siguen, y eso siempre me da una tranquilidad extra.

La correcta expresión hubiese sido: dónde Emilia va, Carola y Micaela van. Era así, estaban acostumbradas a esa dinámica de hermanas, era lo común, la “normalidad” familiar.

—Y si a eso le sumamos a Melinda... —agregó Gabriel.

—¡Melina! —corrigió Verónica,

—¡Como sea!... si le agregamos ese otro factor, mi tranquilidad alcanza un límite mayor.

—¿Y dime? ¿Ese límite es suficiente para motivarte a recorrer el sector “adultos”? —bromeó.

—No sé. —Gabriel decidió continuar con la broma—. Aquí hay una falsa piscina con pelotitas de colores y algodón de azúcar. ¿Qué tienes para ofrecerme?

—Bruschettas con jamón serrano, langostinos asados...

—Dijiste Jamón serrano y me conquistaste. ¡Soy todo tuyo!

Se perdieron entre la multitud para disfrutar de un tiempo juntos y a solas, Verónica sabía que en cuestión de minutos se convertirían en el foco de atención de las presentaciones, Lucrecia se encargaría de ello.

Así sucedió, Lucrecia se encomendó la tarea de hacer notoria la presencia de Verónica y su pareja. La palabra “contratista” fue el factor común en cada una de las presentaciones, el tono que utilizaba cuando sus labios la reproducían indicaba la intención de desprecio camuflado, como si la palabra fuese un extraño insulto que pasaba desapercibido para todos menos para ella y Verónica.

El tiro le salió por la culata a la socia gerente del Bufete.

Para Jaquelyn, la mujer de Andrés Elmond, la palabra “contratista” fue pura melodía. Gracias a ella, al cabo de unos segundos, Gabriel fue rodeado de mujeres cuya actividad principal de vida era gastar dinero en refacciones innecesarias en el hogar. Si a las cualidades profesionales de Gabriel, con una extensa lista de arquitectos importantes que avalaban su trabajo, le sumabas el carisma, sonrisa, y la imagen del día vestido de elegante sport, obtenías un combo perfecto. Literalmente, las mujeres de los socios y accionistas del Bufete, se peleaban por colgársele del brazo. La insatisfacción dibujó más arrugas de lo habitual en el rostro de Lucrecia. Entregada ya a la decepción, no le quedó más alternativa que atacar el otro punto de la relación: Verónica.

—Elmond y Ritcher quieren hablar contigo en un espacio más privado, nos esperan en el salón principal.

Los dos apellidos citados correspondían a los accionistas mayoritarios del Bufete.

—Pues ve y nos encontramos ahí —Verónica pretendía no darle mucha importancia al suceso en sí.

—Nos esperan ahora. —Lucrecia fue incisiva.

—Conocemos este tipo de reuniones privadas, primero es toda cuestión de whisky y cigarrillos. Por mi parte pueden esperar.

No pretendía desaparecer del centro de la fiesta sin ponerlo al tanto a Gabriel, que desde hacía más de cuarenta minutos, había sido secuestrado por un grupo de elite de mujeres aburridas. Los eventos y fiestas corporativas rara vez contaban con rostros nuevos, para ellas Gabriel era comparable a una golosina encontrada de sorpresa en medio de una dieta rigurosa.

Antes de poder llegar a su amado contratista, fue interrumpida por un gesto a la distancia: Melina. Se acercó a ella para hacerse cargo de la situación.

—¿Ha sucedido algo?

Ni bien dijo eso, Carola se acercó a la carrera.

—Sí, la más pequeña tuvo un inconveniente...

Carola hizo lo propio, dijo su parte.

—Se me perdió el botón del pantalón y se me cae —dijo mostrando el lugar exacto del conflicto—. Creo que lo enganché en el calabozo del barco pirata.

—¿Hay un calabozo en el barco pirata?

¡Vaya juego! Verónica y Melina coincidieron en miradas: ¡Un calabozo en un juego de niños!

—Y sí, es un barco pirata, en algún lugar tienen que encerrar a los prisioneros.

Tenía lógica. No era lo más apropiado, pero tenía lógica. Verónica y Melina volvieron a coincidir.

—Bueno, dejando el calabozo de lado... ¿Qué te parece si vamos a buscar una solución para tu botón extraviado?

—¡Esa es la idea, no puedo andar con el pantalón de esta manera!

Verónica no pudo más que reír, adoraba a las niñas, en especial a la que tenía delante de ella.

—Ven conmigo entonces. —La tomó de la mano y se dirigió a Melina—. Yo me encargó de ella, tú ocúpate del dúo dinámico que queda.

Melina marchó al trote tras las otras dos niñas que se encontraban en el sector de juegos de feria. Micaela pescaba patos de hule y Emilia festejaba cada pato adquirido.

A excepción del asunto botón, todo marchaba de maravillas. Verónica estaba feliz.

—Creo que en el guardarropa podemos conseguir algún gancho sostén

para tu pantalón. ¡Con suerte hasta un botón!

—No es necesario, papá tiene otro pantalón para mí. Siempre vamos con una muda de ropa a todos lados.

Verónica sonrió para sí. ¿Cómo no había pensado en eso? Gabriel no era ningún principiante, era un padre con letras mayúsculas.

Carola resultó ser la excusa más dulce y perfecta, las mujeres que tenían prisionero a su padre lo dejaron en libertad luego de acariciar y apretujar las mejillas de la niña un centenar de veces.

—Tu pantalón ha sido más que oportuno, hija. —Gabriel exhaló una vez que se encontraron lejos del grupo de mujeres.

—Estaba a punto de rescatarte —alegó Verónica conteniendo la risa —, y surgió esto.

—Sí, ya lo veo —musitó él con enojo fingido.

—¡Pobre papi! —Carola siempre necesitaba aportar algo en las conversaciones adultas—. Si a mí me apretujaron las mejillas de esa manera, no me quiero imaginar las tuyas.

—¿Te apretujaron las mejillas, Gabriel? —Verónica lo provocó, estaba a punto de quebrarse en risas.

—No, aunque hubiese preferido eso antes que lo otro.

—¿Qué otro? —preguntaron en conjunto las dos mujeres que le hacían compañía.

—Ahhh... eso se los cuento en otro momento —dijo cargando en brazos a Carola—. Ven, vamos hasta la camioneta en busca de ese pantalón. ¿Vienes? —La pregunta fue dirigida a Verónica que se había detenido de repente.

—¿Me necesitan?

—No en realidad —respondió Gabriel comprendiendo que Verónica tenía un rol puntual en la fiesta y las relaciones interpersonales eran una obligación.

—Perfecto, porque me esperan justamente ahí —Indicó un sector en el área de los salones cerrados.

El lugar estaba rodeado de ventanales, desde esa distancia podía verse a unos hombres sentados con total comodidad y a Lucrecia deambulando de un lado a otro.

—Prefiero la camioneta y su pantalón antes que eso. —Se burló él, y finalizó tal burla con un tierno beso en los labios, acababa de decidir que las niñas debían acostumbrarse a eso—. Mientras estoy lejos de aquí, por favor...

Verónica se adelantó al pedido.

—No te preocupes, Melina está con ellas, y más allá de eso, desde allí puedo verlas.

La volvió a besar a modo de “gracias”.

Cada uno tomó su camino. Gabriel se perdió en el estacionamiento, y Verónica llegó a las puertas del salón en dónde la esperaban.

El humo de los cigarros se le filtró por la nariz, intentó contener el desagrado, detestaba el humo de cualquier tipo de tabaco.

Elmond y Ritcher reposaban en las comodidades de los esplendorosos sofás individuales con cigarros y vaso en mano. Lucrecia se encontraba sentada frente a ellos en las mismas placenteras condiciones. La invitaron a tomar asiento junto a la socia gerente, lo hizo porque el lugar asignado le permitía una perfecta visión del afuera. Le ofrecieron un whisky seco, lo aceptó por simple protocolo, la bebida no combinaba con su paladar.

Ritcher fue el primero en exponer el discurso, el Bufete debía de enfrentarse a los cambios del entorno, y los cambios fundamentales debían venir desde adentro. Nuevos aires, esa fue la expresión, y para ellos, el 2017 traía aires con perfume de mujer.

Le estaban abriendo las puertas, después de años de trabajo extremo y un listado inagotable de triunfos, lo hacían.

Elmond fue más directo, no era hombre de discursos.

—Estamos al tanto de tu desempeño con nuestros clientes, en especial de CINAR S.A. Dejando fuera de evaluación el hecho de la notoriedad pública del caso a causa del inesperado informe periodístico, debemos destacar tu labor integrada, que junto a los especialistas de la planta química, lograron dar por finalizada una demanda con excelentes resultados en un tiempo más que prudencial. Eso nos habla de tu potencial, y si unimos eso a nuestras actuales necesidades, creo que obtendremos grandes beneficios compartidos.

“... debemos destacar tu labor integrada...”

Eso fue lo último que atravesó los oídos de Verónica. Tenía la atención puesta en el afuera, a lo lejos veía a Emilia en una actitud que comenzaba a manifestarse, segundo a segundo, como más extraña.

—¿Verónica? —Lucrecia le llamó la atención por lo bajo. Notaba la ausencia mental de Verónica.

La mujer cumplió con su cometido. Verónica hizo contacto visual con

los hombres. Ritcher recapturó el control de la situación.

—No sé si habrá llegado a tus oídos el rumor de que el Bufete quiere desvincularse de su relación con la planta química y sus subsidiarias.

El rumor no había llegado a ella, sin duda era un rumor que le agradaba.

—No, no estaba al tanto. —Se puso a la defensiva para no adjudicarse ningún rol protagónico en tal suceso—. Yo me dedico a hacer mi trabajo, aplico las leyes en función del beneficio de nuestros clientes, no genero ni le doy relevancia a rumor alguno.

—Lo sabemos, por eso nos agradas. —Elmond retomó el mando en la conversación—. Y también sabemos que el origen de ese rumor vino desde lo más alto del Bufete.

Muchas alternativas no había, Verónica buscó confirmación en los ojos de Lucrecia. Los ojos de la mujer brillaban de satisfacción, en la retina tenía marcado con fuego el nombre de Elvio Uriarte, el otro socio fundador del Bufete.

—Como sabrás —continuó Elmond—, las vinculaciones políticas de CINAR con el gobierno actual están muy arraigadas, sus raíces son muy profundas, y nosotros hemos decidido contribuir al crecimiento de las mismas.

—Algo así como —interrumpió Ritcher—: “Los amigos de mis amigos son nuestros amigos”. El Bufete ha decidido ser más “políticamente activo”, por así decirlo.

La intuición, o la implícita promesa que le había hecho a Gabriel de estar atenta a las niñas, le hizo desviar la mirada a los jardines.

Emilia giraba sobre sí con las manos en los oídos.

El corazón de Verónica se aceleró, sin excusarse siquiera, se levantó para acercarse al ventanal y contemplar con más claridad lo que sucedía.

La actitud repentina de Verónica silenció a todos por unos segundos, los tres comulgaron en miradas. Lucrecia fingió una sonrisa y motivó a los hombres a seguir hablando. Ritcher lo hizo con gusto, disfrutaba parlotear.

—Uriarte no está de acuerdo con tal medida, según él, cito sus palabras: “Se ha cansado de apartar la mirada”. El paso de los años lo ha abofeteado con una extraña dosis de moralidad —Se burló, rió. Lucrecia rió con él.

—Por eso estás aquí Verónica... —Elmond hizo su parte.

Ya ni su nombre resultaba importante para ella. Podían gritarle y no escucharía, sus energías estaban tratando de encontrar a Micaela o Melina. No

las hallaba. Sólo estaba Emilia, girando con frenetismo, cubriéndose los oídos, a pasos de lo que parecía ser...

—Elvio Uriarte no va a formar más parte del Bufete, hemos tomado la decisión de dejarlo ir, y tú... —Elmond no era como Ritcher, él necesitaba de un interlocutor activo para continuar—. ¿Verónica?

Melina apareció dentro del campo visual de Verónica, he hizo lo incorrecto, intentó acercarse a Emilia. La niña se agitó y cayó al piso.

La desesperación guió los pasos de Verónica, sin importarle nada ni nadie, abandonó el salón a la carrera llevándose consigo a cuanta persona o camarero se le cruzara.

No fue un simple sonido, ni siquiera fue la combinación de varios, era la sensación que causaban en ella. Todo había coincidido para generar el más perfecto caos en la niña. Un show de magia en el centro del jardín con micrófonos de retorno alto, y música para acompañar el espectáculo.

Emilia oía todo en un mismo plano, con la misma intensidad: las voces al micrófono, la música, los gritos de los niños, las voces de los adultos que se encontraban a metros de ahí, los toboganes que comenzaban a desinflarse de forma automática para forzar al resto de los niños a abandonar la atracción, todo. La niña oía todo, y el temor la invadía. Porque no era “sólo una molestia”, era la horrible sensación de sentirse ajena, de perder la consciencia de lugar. En ese eterno instante, a los gritos y presionando con desesperación sus orejas, Emilia se ahogaba en la peor de las sensaciones, se sentía sola, indefensa, aterrada, con un alrededor que iba hacia ella con intenciones de devorarla, atacarla.

Emilia libraba batallas a diario, batallas que ninguno de nosotros puede llegar a comprender jamás. El mundo, el alrededor, era su peor enemigo.

Esa tarde, el enemigo, le volvió a ganar.

Lo primero que Verónica hizo al llegar junto a la niña fue pedir distancia, alejó a Melina y a los niños curiosos que la observaban. Emilia estaba de rodillas, balanceándose, gritando y derramando lágrimas. La angustia le había arrebatado la dulce expresión del rostro. Verónica se sintió atada de manos, sin Gabriel, sin... Micaela. No sabía cómo proceder.

¿Dónde demonios estaba metida Micaela? Pensó y se arrepintió al

instante. Todas tenían el derecho a ser niñas.

Sabía que recurrir al contacto físico no era lo mejor. Se arrojó al suelo frente a ella. La actitud de Emilia se intensificó, posiblemente porque Verónica le ocupaba todo el campo visual y le ocultaba el punto lejano que estaba utilizando como referencia de auto-regulación, ese punto era la cascada artificial. Los gritos se hicieron más notorios, y Verónica, que poco conocía del lenguaje Emilia, los interpretó... siguió el recorrido de los ojos de la niña y comprendió todo. Ante la mirada de todos los niños y de los adultos del otro sector que comenzaban a ser espectadores del extraño espectáculo, Verónica gateó hasta ubicarse detrás de la niña, se dejó llevar por el instinto; volcó el peso de su cuerpo en la espalda de Emilia, y utilizando los brazos como si fuesen dos bandas de seguridad, se abrazó a ella haciendo una intensa presión en su pecho. Emilia respondió de buena manera, se refugió en la tensión que los brazos le brindaban sin quitar la vista del elemento de regulación elegido. Comenzaron a balancearse juntas... adelante y atrás, adelante y atrás.

Micaela se hizo presente, la pobre niña traía la culpa incrustada en el rostro.

—Lo siento... necesitaba ir al baño y no quiso venir conmigo. Lo siento —repitió una y otra vez con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Nadie era responsable de nada ahí. Nadie.

Se mantuvo abrazada a Emilia, dieron un gran espectáculo juntas. El Show de magia dejó de tener importancia, la música se detuvo, ellas eran el centro de atención.

Había niños que reían y señalaban, otros que observaban por simple curiosidad, y eso era aceptable, en cierta forma hasta entendible. Los demás rostros eran los que no tenían lugar: los rostros adultos que no podían ocultar las obvias expresiones y tenían subtítulos impresos.

¡Pobre niña!

¡Dios santo, qué alguien la calle!

¡Pequeña malcriada!

¡Los niños de hoy no saben nada de límites!

¿Qué le habrá sucedido?

Durante los minutos que la crisis duró, nadie se acercó, preguntó o intentó brindar ayuda. No, opinar desde lejos, prejuizar, inclusive hasta burlarse, era más importante.

Los gritos cedieron, siempre lo hacían.

La calma regresó a Emilia, como siempre lo hacía.

El mal momento, el enemigo, así como llegaba, desaparecía.

Los niños retomaron los juegos. Los adultos las copas de champagne. La fiesta continuó para todos, excepto para ellos.

Los malos presentimientos cobraron vida en Gabriel al verlas a ambas de rodillas al piso. Se enfureció consigo mismo, estaba siendo imprudente, impulsivo. ¡Maldita complacencia! Gritó en silencio sumergido en una furia que lo hacía estallar por dentro pero que no se reflejaba en lo absoluto por fuera.

No era sólo por Emilia, era todo. No pertenecían ahí. En las casi dos horas que habían estado en el lugar se había sentido como un juguete de entretenimiento adulto, parecía que su única función en la fiesta era sonreír y ser llevado del brazo por mujeres desconocidas. Elvio Uriarte había sido el único hombre que había intercambiado más que una palabra de falsa cortesía con él, para el resto había sido, y era, una presencia invisible. Verónica no había sido la excepción, ella estaba incluida en el “resto”. Las diferencias de sus vidas brillaron ese día, brillaron hasta convertirse en amarga molestia.

La decisión fue más que simple, lo mejor era dar por terminado el día.

Verónica se repetía para sí, “nadie era responsable de nada”. Él coincidía en lo contrario, asumía plena culpa. De entre el sinfín de pensamientos que lo acompañaron de regreso al estacionamiento, uno se le escapó en palabras.

—No debí haber aceptado.

La aceptación de culpa en Gabriel generaba de forma automática una nueva culpa, la de Verónica, al fin de cuentas, ella le había insistido. El cuadro final de la escena era el siguiente:

Emilia, con un discurso monotemático: ¡A casa! ¡A casa!

Micaela, compartiendo con su padre y Verónica una culpa que no le correspondía.

Carola, con la tristeza en el rostro porque no deseaba marcharse.

—No, yo no debí ponerte en la situación de aceptar.

—No, no digas eso, ya conozco este juego, y créeme siempre lo gano.

Las niñas eran su responsabilidad, lo que era conveniente o no para ellas debía ser lo prioritario siempre. Eso no estaba sucediendo. Gabriel estaba cambiando las prioridades por otras, y lo hacía para complacer a Verónica. La realidad de su vida lo abofeteaba por primera vez desde que

había decidido conformar una relación con ella.

La cabeza le estallaba. Deseaba marcharse. Abrió la puerta del acompañante y la invitó a subir. Verónica se mantuvo inmóvil junto a la camioneta.

—¿Vienes? —Hizo la misma pregunta de minutos atrás esperando una respuesta diferente.

Ni el cuerpo, ni el pensamiento de Verónica estaban dispuestos a marcharse con él. ¡Elmond y Ritcher! ¡Lucrecia! ¿Qué estarían pensando en ese momento? La vergüenza que sentía al visualizar la escena en la cuál ella había sido protagonista le enrojeció las mejillas. Buscó palabras para esa pregunta

—No, lo siento, no puedo, no ahora. Las responsabilidades de mi vida son estas... —Encontró las menos afortunadas.

Gabriel prefirió no decir nada, en ese instante todo lo que saliese de su boca podía parecer desacertado. La besó a modo de despedida, el beso fue tan repentino y fugaz que Verónica apenas pudo responder al mismo.

—Llámame si necesitas algo —Verónica intentó despedirse con otras palabras.

Él sonrió a modo de respuesta. No quería hablar, quería irse de ahí. Se subió a la camioneta y se alejó lo más rápido que pudo.

Los ánimos de Verónica quedaron al ras del suelo, consideró que era mejor tomarse un tiempo lejos de la multitud corporativa en pleno festejo. Tampoco tenía ganas de enfrentarse de nuevo a Elmond y Ritcher, no sabía cómo hacerlo después de lo sucedido.

Atravesó el parque principal y llegó hasta el sector de la laguna. Le dijo adiós a los tacones, y acomodándose la falda, se sentó en el suelo con la espalda contra un árbol. Cerró los ojos, intentó relajarse, el graznido de los patos le ayudó a ocultar la música de fondo. ¡Patos! Pensó en Emilia, se imaginó estando ahí con ella. ¡Sin duda lo disfrutaría! ¡Lo disfrutarían juntas!

—¿En serio? ¿En el pasto con los patos?

La voz de Lucrecia le arrebató el bello momento a su mente.

—¿Saliste a la carrera como una maldita psicótica y ahora esto?

Verónica se incorporó, la calma que había ido a buscar se había esfumado con la sola presencia de la mujer.

—Si vienes a destilar tu veneno, guárdatelo —dijo calzándose los

tacones.

—¿Qué mal concepto tienes de mí?

—¿Me equivoco?

—Sabes que sí, sabes que me preocupo por ti. ¿Cuánto tiempo hemos esperado por esto? Dime, ¿cuánto?

Se refería al nombramiento de Verónica como socia gerente del Bufete. “Demasiado”. Esa era la respuesta, y no tuvo ni que esbozarla.

—Comprendo todo Verónica, yo he estado en el lugar que estás ahora. —Verónica rió con falsedad—. Aunque no lo creas, lo hice, hubo un tiempo en dónde creí que existían cosas más importantes en esta vida. Mírame... —La capturó del brazo para inmovilizarla, buscó el contacto visual—. Mírame... esto que hoy soy tiene un porqué. Decidí vivir mi vida así, dedicada al trabajo porque el trabajo no te destruye el corazón ni te pisotea los sueños. Confía en lo que digo, los sentimientos están sobrevalorados Verónica.

—Lo siento —respondió Verónica zafándose de ella—. Tu discurso motivador llega demasiado tarde.

¡Lo que le faltaba! ¡La cereza del pastel! Tolerar a Lucrecia.

Esquivó el cuerpo de la mujer para alejarse de ella.

—¡Espera!... Por favor, espera. Escúchame, escúchame por última vez.

No hubo mala intención en esas palabras, ni siquiera había sarcasmo escondido. Verónica le concedió esa “última vez”.

—Sólo tú sabes lo que sientes o no sientes por ese hombre. Sólo tú sabes lo que este trabajo, esta profesión significa para ti. Hay momentos en nuestras vidas en dónde debemos tomar decisiones, decisiones que van a marcar un antes y un después. Las dos sabemos que este momento es eso para ti. La grandeza te espera, Verónica... ¡Tu lugar de pertenencia es este! Construye tu propia fortaleza, sé valiente, elige, porque esto es a todo o nada. Elmond y Ritcher esperan tener una respuesta de tu parte para el lunes al mediodía, yo también. Recupera las riendas de tu vida y guíalas al camino que en verdad deseas tomar.

“Guíalas al camino que en verdad deseas tomar”.

Verónica se otorgó el permiso de abandonar la fiesta. Regresó a casa con un intenso dolor de cabeza, apenas podía mantener los ojos abiertos.

Durmió el resto de la tarde, se sentía rara en su casa, ya no estaba acostumbrada a pasar los fines de semana ahí.

Al día siguiente continuó con la misma actividad, dormir era la mejor

manera de no pensar.

Gabriel se enfrentaba a una idéntica situación, la diferencia entre ambos era que él no podía darse el privilegio de dormir, tres niñas desbordadas de energía le organizaban la vida.

Intercambiaron un par de mensajes en la noche del domingo, trataron de hacer planes para un almuerzo, no coincidieron ni en días ni en horarios, las cabezas de ambos estaban perdidas en otros asuntos. Estaban decidiendo, sin pensarlo, sin saberlo, lo hacían. El “antes” y el “después” estaban golpeando a sus puertas, y ya... ya era tiempo de darles la bienvenida.



CAPÍTULO 20

El dolor de cabeza permaneció en ella más de lo deseado. Llegó a la oficina pasado el mediodía con gafas de sol para ocultar la respuesta de sus ojos al malestar, la fastidiosa sensación le quitaba las ganas de todo.

Gracias a la información brindada por Evelyn, sabía que Elmond y Ritcher aún no se habían hecho presentes en el Bufete, eso le dio un respiro. Consideró a su oficina como un refugio y descansó en la comodidad de la silla, los anteojos le permitieron cerrar los ojos sin culpa.

Alicia, que hasta el momento brillaba por ausencia, retornó a su puesto de trabajo.

—Buenas... tardes —dijo tomando consciencia de la hora. Verónica no movió ni un músculo—. Ya empezaba a preocuparme por...

Al notar la actitud de su jefa, se interrumpió para acercarse hasta ella y le pasó la mano por delante de los ojos cubiertos. Verónica capturó la mano en el aire.

—¡Está viva! ¡Está viva! —bromeó.

—Déjate de tonterías. —Se quitó los lentes y se enderezó en la silla.

El rostro de Alicia se contorsionó de repente al comprobar la palidez facial en ella. Blancura y ojeras en la más notoria expresión, sin una gota de

maquillaje.

—Wow, ¿qué demonios te ha sucedido? ¿Alguien ha secuestrado tu bolso de maquillaje? Porque de ser así, pagamos el rescate, pagamos lo que sea.

—¡Mi cabeza está al punto del colapso, eso sucede! —respondió de mala manera, el malestar la empujaba a las viejas costumbres despectivas.

—¿Necesitas algo... un analgésico o similar?

—No creo que mi estómago tenga lugar para un analgésico más.

Volvió a apoyar la espalda contra el respaldo de la silla.

—¿Quieres que te prepare un té de manzanilla con unas gotitas de limón? Dicen que ayuda a calmar el dolor. Bueno, en realidad mi tía lo dice.

La buena voluntad de Alicia alejó el fastidio en Verónica, cuidó las formas al hablar, el maltrato injustificado ya estaba descatalogado en el listado de actitudes de vida de Verónica.

—Mira, dadas las circunstancias actuales, estoy dispuesta a probar con todo...

—¿Con todo? ¿Segura?

Verónica asintió.

—¡Tú lo pediste, mujer! —dijo acomodándose detrás de ella al tiempo que colocaba las manos en su cabeza.

Comenzó a masajearle las sienes con movimientos circulares.

—¡Pero qué demon...!

Iba a elevar una protesta, a tomar distancia de esas manos. Por supuesto no lo hizo, el alivio y la relajante sensación la tomaron de rehén.

Alicia continuó masajearlo el cuero cabelludo hasta llegar al cuello, ahí presionó con fuerza.

—¡Dios santo, mujer, no tienes músculos, tienes rocas aquí! ¡Esto es, sin duda, tensional!

—¿Por qué será, no? —El sarcasmo habló por Verónica.

—No sé, dímelo tú. —Alicia jugó la carta de la desentendida. No le funcionó.

—¡Vamos! Ponme al día... ¿qué tanto se ha hablado de mí?

Verónica sabía que iba a ser la comidilla del día por lo sucedido el sábado.

—Hay diferentes versiones, y todas te involucran a ti y a una niña.

Verónica exhaló dejando caer la cabeza hacia adelante como signo de agotamiento y malhumor. Los masajes de Alicia aprovecharon la nueva postura

y se extendieron hasta lo alto de la espalda. Ella lo disfrutó, en verdad estaban haciendo efecto.

—Cuéntame alguna de esas versiones, por favor, quiero saber cuán desacertadas están.

—Cuando las historias involucran a niños, siempre son desacertadas, es fácil hablar desde la distancia.

—Lástima que no estuviste ahí para elaborar la propia.

—¡Me engañaron como a una inocente doncella! Debí imaginar que el rumor de, este año los asistentes están invitados, era una auténtica broma. En fin...volviendo al asunto versiones, tú sabes que soy una especialista en el traslado de información, en este caso me he reservado la participación. Si en tu cabecita tienes algún rastro de vergüenza por lo sucedido, déjame decirte que eres una imbécil...

Verónica decidió dar por finalizado el masaje, se alejó de las manos de Alicia y giró hacia ella.

—Lo de imbécil está de más, hoy y siempre.

Alicia coincidió.

—Tienes razón, lo siento... vi mi posibilidad y la tomé, la espero desde hace tiempo.

Verónica rió, la risa le sentó bien al cuerpo y al dolor de cabeza.

—Aunque reconozco que no estás equivocada, en este asunto en particular soy una imbécil. —Necesitaba hablar con alguien, despojarse de las sensaciones que la estaban asfixiando—. No es por vergüenza...

—Si no es por vergüenza, ¿por qué es?

—No lo sé, ese es el problema...

—O tal vez, sí lo sabes, y no quieres reconocerlo, y eso es un problema aún mayor. Te vuelvo a preguntar: ¿por qué es?

Tenía que sincerarse consigo misma, eso que se ocultaba era lo que le aprisionaba la cabeza, el alma. Alicia fue la bolsa de boxeo que buscaba, descargó palabras en ella.

—No he parado de reproducir en mi mente el hecho del sábado, una y otra vez viene a mí, y cada vez que sucede, me hago la misma pregunta: ¿Cómo llegué a eso? ¿Acaso hay una parte de mi vida que me perdí? Porque hasta hace un par de semanas mi vida era una cosa, y ahora es por completo otra ¿Cómo? ¿Cómo llegué a esto?

—Por elección. Elegiste no estar sola, elegiste intentar una relación con él, y él es eso y más, no puedes separarlo. Desde el día uno supiste que

esto iba a ser así, no te victimices valiéndote del desconocimiento. Siempre lo supiste. Puede que recién ahora caigas en cuenta de la incompatibilidad de tus deseos ...

—¿Incompatibilidad de deseos? —La interrumpió.

—Lo quieres a él, y lo que no quieres es una vida junto a él, porque eso significa aceptarlo en todo su conjunto. ¿Quieres todo el conjunto?

Dudó. Pensó. Se obligó al silencio y luego a la confesión.

—No lo sé.

Era verdad, y esa incógnita era lo que la agobiaba.

—Y ahí está la raíz del problema. Debes formularte esa pregunta hasta que obtengas la respuesta.

—Creo que la razón de mi jaqueca es eso, la ausencia de respuesta.

—Uff, de ser así, cariño, no hay analgésico o masaje que valga.

Verónica volvió a echar la cabeza hacia adelante, la golpeó contra el teclado del computador.

—Aunque puedo tener un remedio momentáneo para eso —dijo Alicia al recordar su función en el lugar.

Verónica la examinó de reojo desde su escondite visual.

—Mira... —continuó haciendo a un lado la cabeza de su jefa para poner manos en el computador. Abrió la agenda compartida—. Estas son las actividades de tu día.

Nada. Todo vacío.

—¿Qué has hecho?

Verónica presupuso un error humano. ¿Su agenda del día vacía? Imposible.

—¿Yo? ¡Nada! —Se defendió y agregó—. ¿Ellos? ¡Todo!

—¿Ellos?

—Sí, el dream team accionista mayoritario del Bufete. Según me informó la secretaria de Lucrecia, tu disponibilidad del día se resume en ellos, que todavía no hay puesto un pie en el lugar, pero para cuando lo hagan, tienen serias intenciones de secuestrarte por el resto de la jornada.

El remedio momentáneo funcionó, el dolor de cabeza pasó a segundo plano.

—Gracias por la información, mi dolor de cabeza acaba de ser suplantado por un malestar estomacal.

—¿Nervios? ¿Tú? —Fingió una carcajada—. Eso sí que es una buena broma.

¡Cuánta razón tenía!

—Retomando el asunto “rumores”. —Alicia guió la conversación a lo importante—. Tu espectáculo del sábado perdió protagonismo a los minutos de iniciar la jornada, otro rumor le robó el podio: “un nuevo nombre en la pared”. Y considerando tu reformulada agenda del día, creo que es un rumor confirmado. ¿Me equivoco?

—Por desgracia, no, no te equivocas. —Resopló con desgano.

—¿En serio? ¿Esa actitud le pones al que sería uno de los mejores logros de tu vida?

“Uno de los mejores logros de tu vida”. A eso se reducía todo.

Verónica se detesto por no ser la Verónica de antes, de serlo, en ese mismo instante, estaría festejando y haciendo evidente su futuro liderazgo. Lamentablemente ya era otra, una que ponía en la balanza los motivos que le otorgaban tal éxito.

—Sí, porque yo tengo una perspectiva que tú no tienes.

Alicia la interrogó con la mirada.

—¡Soy toda oídos!

—Mi nombre no va a tener un lugar en la pared porque lo merece, mi nombre va a reemplazar a otro. No veo logro alguno en eso.

Alicia, como era de esperarse, estaba al tanto de cada acontecimiento, intentó no quitarle el mérito a pesar de que coincidía con ella y detestaba el comportamiento que los altos mandos estaban teniendo con Elvio Uriarte.

—Cuestión de perspectiva, verdad, y desde la mía no queda más que decir: ¡Felicitaciones!

La felicitación fue opacada por el sonido furioso de las líneas telefónicas chillando al unísono: línea de Alicia y Verónica. Eso significaba una sola cosa. Ambas se miraron.

—Creo que te buscan —bromeó Alicia buscando la manera de aliviar la tensión en el rostro de Verónica.

Verónica levantó el tubo del teléfono, Alicia respondió al llamado en el suyo.

Lucrecia para una, Evelyn para la otra. Los dos con la misma indicación, reunión en la sala de juntas mayor.

—¡A jugar se ha dicho! —dijo desde la puerta la secretaria estrella, luego continuó—. Espera, antes arréglate ese rostro, por favor.

No iba a tomarse la molestia de pasar por el sanitario para retocarse, lo hizo ahí mismo. Un poco de base para ocultar la palidez, corrector de

ojeras, labial y delineador de ojos. ¡Suficiente!

El cuerpo le pesaba, Verónica vivía la situación como si estuviese camino a una sentencia, y ante ese pensamiento no pudo más que recordar a Gabriel. Por una milésima de segundo, lo odió: ¡Tú me hiciste esto!

El recurso más utilizado en la historia de la humanidad: ¡Culpar al otro!

—¡Vamos! —Alicia insistió con la labor motivadora al notar el desgano en Verónica—. Ya es hora que este Bufete tenga un mando femenino. —Bajó el tono de la voz para continuar—. No nos engañemos, Lucrecia es uno más. Lucrecia es sólo ella.

Rieron en complicidad. Los ánimos de Verónica se alzaron.

—¿Qué te hace pensar que yo no voy a comportarme de la misma manera?

—Porque creo que tú eres lo suficientemente inteligente para reconocer que una vez terminado el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja.

Luego de un silencio compartido, Verónica agregó.

—¡Dios santo, sí que eres buena! Recuérdame aumentarte el sueldo.

—¡Dalo por hecho! Te lo recordaré a diario. —Algo pendiente regresó a la cabeza de Alicia—. Lo que me recuerda también...esto.

Abrió el cajón superior del escritorio, extrajo un sobre de papel madera de los grandes, se lo entregó.

—Cristian trajo esto para ti. —Alicia presupuso que era simple material para archivo—. ¿Lo dejo en la sala de referentes?

Era la información detallada de la investigación que había llevado a cabo sobre CINAR S.A.

—No, es personal. —Mintió, tenía deseos de bucear con mayor rigurosidad en ese informe—. Hazme el favor de guardarlo en mi maletín así no lo olvido.

Esas fueron las últimas palabras de su día laboral. Elmond, Ritcher, Lucrecia y las otras cabezas principales del bufete, la tuvieron cautiva por horas... días. Los más agotadores y eternos días de su existencia.



A Gabriel, el tiempo también se le escapaba de entre las manos por fuerza mayor. El club nocturno, que todavía se encontraba en plena refacción, deseaba abrir las puertas al público el 31 de diciembre. Inauguración y recibimiento de nuevo año. A causa de esa decisión repentina, las horas valían oro para él. Lunes y martes, ambos días, había regresado a casa pasada la medianoche.

Verónica estaba lejos de su pensamiento, porque él se obligaba a eso, lo prefería así. Ahora sí estaba enojado, con él más que nada, por su comportamiento absorbente. ¡Sí, absorbente!

Se hacía preguntas y las respondía.

¿Estaba forzando esta relación más de lo que debía? Sí, lo hacía.

¿Lo del sábado podría haberse evitado? ¡Por supuesto! Él tendría que haber tomado la iniciativa de quitar a las niñas del centro de la fiesta... ¡del centro de la relación!

¿Era esto una relación? ¡Vaya idiotez! Como si Verónica estuviese dispuesta a hipotecar la vida por una familia que no le pertenecía.

Y no, no exageraba. ¡Hipotecar!

Tal vez era tiempo de evitar posibles daños colaterales. Para el bien de su familia, para el bien de Verónica.

El segundo recurso más utilizado en la historia de la humanidad: ¡Ocultar la cobardía en un supuesto bien ajeno!

El corazón de Gabriel estaba sintiendo demasiado, y el sentimiento lo desbordaba. Todo parecía nuevo, y eso lo estremecía. No poder manejar las emociones lo aterrorizaba.

¡Qué inocente estaba resultando Gabriel Oates! No hay control alguno en el amor. El amor es así, se perfecciona, se retroalimenta... muta en una mejor versión de sí mismo. El amor después del amor en él era intenso, sin límites.

¡Una pena que no estuviera dispuesto a aceptarlo!

El silencio y la extraña actitud de distancia en Verónica, sumado a su comportamiento, igual de callado y distante que ella, lo llevó a considerar la más idiota de las decisiones; ponerle fin a lo que recién comenzaba.

¿A lo que recién comenzaba?

Una vez más: ¡Qué inocente estaba resultando Gabriel Oates!

Pensar algo y llevarlo a cabo son cosas muy diferentes, sobre todo

cuando no coinciden con la realidad interna. ¡Qué paradójico, ¿no?! Solemos encontrar el valor para hacer lo que no deseamos, pero no para lo que en verdad queremos.

Coordinaron una cena luego de una decena de mensajes y llamados fugaces. Jueves por la noche, casa de Verónica.

La agenda de la nueva socia gerente del Bufete estaba ajustada por demás, inclusive hasta al extremo de tener que programar la alarma del reloj para recordarse que tenía que respirar. Además de eso, se había convencido de pensar en ella, y en nadie más que ella. El motivo: desintoxicarse de Gabriel. Era adicta a él, y tal adicción le nublaba el juicio.

La desintoxicación comenzaba a tener buenos frutos y la había hecho olvidar la cita del jueves por la noche. La recordó al ver la camioneta de Gabriel estacionada frente a la puerta del edificio.

Gabriel llevaba más de media hora esperando, y durante todo ese tiempo se había resistido a las ganas de enviarle un mensaje. Esperó considerando cada minuto de la espera como un minuto más a favor de su veredicto. Quería acumular puntos negativos en contra de Verónica para justificar... para justificar la idiota decisión que se había obligado a tomar.

Al notar sus mutuas presencias, descendieron de los respectivos vehículos en maravillosa sincronía.

Los rostros de ambos respondían a las demandas internas, sonrisa, amabilidad, y distancia. La clave del encuentro era esa: distancia emocional.

El problema fueron los cuerpos, que respondían a los impulsos, y los impulsos, ya lo sabemos, responden a lo inevitable: los auténticos sentimientos.

Unas palabras, después un beso... un beso que apenas quiso ser beso y fue todo. Porque sus labios se extrañaban, se necesitaban. Pronto aparecieron las caricias. La mano de Verónica encontró refugio en el cuello de Gabriel, y la de él, en la cintura de la bella mujer de ojos verdes que le quitaba mucho más que el sueño.

El cuerpo no miente. El sentimiento puro no se calla. Podemos luchar, enfrentarlos... ¡Qué sentido tiene!

El hombre de seguridad del edificio fue un verdadero aguafiestas, les abrió la puerta en el momento menos indicado. La distancia volvió a ellos.

Ya dentro del elevador, volvieron a incorporar las palabras al reencuentro.

—Siento haberte hecho esperar —Verónica comenzó la conversación.

—No te preocupes, fueron un par de minutos —continuó para mantener a ritmo la conversación—. ¿Días complicados? —Por supuesto hacía referencia al trabajo.

—Aggg... Muy complicados. ¿Los tuyos?

—Igual.

El elevador nunca antes les pareció tan lento.

—¿Las niñas? ¿Cómo están?

Llegaron a destino y las puertas se abrieron para felicidad de ambos.

—Bien, ya comenzaron el receso de verano.

En cuestión de segundos se habían convertido en esas parejas que estaban juntos por simple costumbre. Verónica abrió la puerta del departamento e ingresaron.

—¿Y tus horarios de trabajo? —La preocupación en Verónica fue real, con las niñas en casa, Gabriel estaba limitado.

—Andrea se hace cargo estas últimas dos semanas, y ya en Enero están conmigo, suelo tomarme todo el mes de vacaciones para estar con ellas.

—Las niñas felices, me imagino... —dijo perdiéndose en la habitación—. ¡Ponte cómodo!

Gabriel se quitó la chaqueta, la colgó sobre el respaldo del sillón. Intentó sentarse. En verdad lo intentó. No pudo, estaba tan inquieto que lo único que podía hacer era mantenerse en pie.

Verónica no paraba de maldecir en silencio. ¿Cómo se había olvidado de esto? A la vez, maldecía al tiempo, tenía intenciones de invertir la noche en la redacción de dos memorándums que debían circular a primera hora en el Bufete. ¡Mierda! Todo se complicaba.

El estado inquieto de Gabriel lo llevó a deambular por la casa.

El pensamiento distante de Verónica, la llevó a salir de la habitación a medio vestir; sin prestar atención a nada más que a los botones de su blusa... BOOMM ¡Encuentro cercano del primer tipo con Gabriel! ¡De todos los “tipos” posibles!

La necedad le ganó al resto de los sentimientos.

Querían abrazarse con desesperación y se convencían de lo contrario. Literalmente, la piel les dolía, les quemaba, porque se añoraban.

—¿Qué tienes ganas de cenar? —La anfitriona de la casa, habló.

—Lo que tú desees. ¿Qué tan grande es tu apetito?

El estómago de Gabriel estaba cerrado por dos motivos, agotamiento

general y emocional. El de Verónica estaba ya repleto y no le importó hacérselo saber.

—La verdad, poco... no quiero mentirte, había olvidado por completo nuestros planes, y comí algo en el Bufete para evitarme una cena aquí.

En el manual práctico del desinterés sentimental, la respuesta de Verónica estaba puesta como un ejemplo clásico.

—De ser así, solucionemos el asunto... no hay cena. Mi apetito tampoco se encuentra presente —Gabriel fue determinante.

Confirmaba las suposiciones de distancia. Lo que estaban poniendo en evidencia era algo compartido. No era un niño, se daba cuenta del brusco giro de la relación: un sábado iniciado como casi perfecto, terminado en caos, seguido de silencio y desinterés mutuo por días.

—Salteemos la cena y vayamos directo al café. —Verónica esquivó el cuerpo de Gabriel para encaminarse a la cocina.

Él la observó en cada movimiento, conocía mucho más de ella de lo que en verdad creía. Las formas de Verónica, sus movimientos, no le estaban dando la bienvenida.

Gabriel no quería estar ahí, es más, su presencia la estaba viviendo como un deber, y por lo visto, no era el único.

Seguían sumando semejanzas y falsos sentimientos. Nada bueno podía resultar de ello.

—¿Con qué quieres el café?

Cuando no se piensa lo que se dice, de nuestros labios sale lo incorrecto.

—No sé... ¿alguna excusa?

Los tacones de Verónica se oyeron pisar fuerte. En segundos estuvo de nuevo ante él.

—¿Perdón? —Su mirada fue suficiente, demandaba una respuesta.

Gabriel se mantuvo en la misma línea: habló sin pensar, dejó salir a los sentimientos. ¡Los falsos, por supuesto!

—Sí, la excusa que no utilizaste antes para evitarme el hecho de venir hasta aquí.

La furia comenzó a subir por los pies de Verónica, le recorrió las piernas y el resto del cuerpo hasta llegar a la garganta.

—¿Excusa? ¡Olvido querrás decir!

—Cómo quieras llamarlo, es lo mismo.

El “round 1” daba inicio.

—¡No es lo mismo! Tengo mi cabeza llena de asuntos profesionales, tengo un trabajo al cual responder. Perdón... —Fue 100% sarcástica—. ¡Mil perdones por mi olvido!

Gabriel devolvió el golpe.

—Hace una semana atrás también tenías un trabajo al cual responder.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—¡Que algo sucedió en el medio y los dos lo sabemos!

Ring. Ring. La campana los llevó a sus respectivas esquinas del silencio.

No iban a mencionar lo sucedido, no les parecía correcto.

¡Pobre niña, utilizarla como chivo expiatorio ante el temor adulto!

—¡Con que los dos lo sabemos! Perfecto, ¿dime cuál es tu excusa entonces?

El “round 2” no se hizo esperar. Verónica se lanzó al ataque, y dio un golpe magistral. El silencio se mantuvo en Gabriel. Cuando el hombre decidió romperlo, lo hizo de la peor manera.

—Mi excusa eres tú, tu comportamiento, la repentina distancia.

—¡Mira tú, yo puedo decir exactamente lo mismo de ti!

Los dos estaban en lo correcto y eso hacía que el amargo sabor que les quemaba la garganta los transformara en reaccionarios sin sentido.

—Dejemos los juegos de niños a un lado, Verónica. ¡Di lo que no quieres decir de una vez!

Gabriel pretendía ganar por Knockout.

—¡Tú llevas esto al mismo nivel de un juego de niños al presuponer que la única aquí...—Alzó la voz—. ¡La única aquí en tener que decir o confesar algo soy yo! Quieres que te diga una verdad conveniente, te la digo, hay una buena razón por la que he estado sola este tiempo, y es simple, sencilla... estoy cómoda conmigo misma. —Volví a mentir, por él, por ella—. Soy feliz así.

Ya no era necesario que sonara la campana. Verónica dio el golpe final. Gabriel obtenía su “knockout”, y lo obtenía como perdedor.

—Eres feliz así, y no eres feliz conmigo. —El dolor comenzaba a hacer presión en el pecho de Gabriel. Los falsos sentimientos comenzaban a evaporarse poniendo en primer plano a los auténticos—. Puedo entenderlo.

La interpretación de Gabriel también estimuló un dolor en el pecho de Verónica. Los corazones de ambos latían con fuerza, gritaban, pedían la palabra ante las idiotas expresiones que oían.

No les permitieron hablar. Los sentenciaron al olvido.

—No, claramente, si interpretas eso de mis palabras, no lo estás entendiendo.

—Lo entiendo a la perfección... —Los sentimientos le movieron el alma, el cuerpo. Fue hasta ella, necesitaba tenerla cerca—. Entiendo que hay un vacío en tu vida, un vacío que intentaste llenar conmigo y mis hijas...

—¡Cállate, no sabes lo que dices! —Lo interrumpió, habló sobre sus palabras.

Gabriel dejó la condescendencia de lado. Ya no más, se dijo, se repitió, y continuó. Habló furioso, con el amor silenciado en los labios.

—Nosotros fuimos demasiado para ti, lo sé... reconócelo.

Verónica guardó silencio, no quería condenarse a un exabrupto pasajero por la furia del momento, lo único que en verdad era capaz de reconocer en ese instante, era las ganas de besarlo que la torturaban, las ganas de abrazarlo hasta que sus brazos no pudieran más.

—Reconoce que pretendiste llenar tu maldito vacío con nosotros, y ahora... cuando nuestra realidad te golpea a la cara, te arrepientes.

Él tampoco podía controlarse, su discurso era opuesto a las reacciones involuntarias que su cuerpo manifestaba. Reaccionaba al calor que el cuerpo de Verónica desprendía, se enloquecía ante el color rojizo de sus labios. ¡Lo que daría, lo que daría por un beso más!

—¡Habla, mujer! ¡Di algo! —exigió con un grito que ocultaba la agonía de un corazón pronto a romperse.

Y el corazón de Verónica, que también comenzaba a partirse en cientos de pedazos, la obligó a hablar.

—¡Te odio! —Verónica también gritó—. ¡Te odio a ti y a todo lo que dices!

Verónica le estaba confesando lo inconfesable con las palabras equivocadas.

—¡Qué suerte! ¡Qué coincidencia! ¡Te odio también!

El silencio fue total. Sólo se oía el latido de corazones agitados, el sonido de respiraciones que más que furia confesaban pasión.

Existían dos alternativas posibles después de eso, la unión definitiva o el adiós.

Gabriel dio un paso atrás, ella lo imitó. Un mundo de distancia nació entre ambos.

—Sé feliz contigo misma —dijo él, y aferrándose a su corazón roto, se

marchó.

Eligieron el adiós, y las lágrimas no tardaron en llegar, porque cuando el alma llora no hay forma de detenerla.

Verónica humedeció la almohada, lloró enredada en las sábanas.

Él lloró en la soledad de la camioneta, aferrado al volante.

Los dos lloraban, y no se decían adiós con cada lágrima, porque no lloraban por eso, por el fin. Se engañaban una vez más si creían eso. Lo hacían por algo peor... lloraban por cobardía.



Verónica
UN CAMINO

La falta de creencia en una religión, sumado a la ausencia de una familia, forjaba en Verónica un hastío en las fechas actuales, más aún en lo referido a la Navidad. En años anteriores había concurrido a fiestas por el simple hecho de fiesta en sí, y no porque tales eventos resultaran relevantes para su existencia, ese 24 de diciembre en particular, no despertaba grandes ánimos en ella. Prefería el confinamiento en el hogar. Los planes: un baño de tina aromático, seguido de una cena gourmet con una buena dosis de champagne. ¿Buena dosis? Tenía el refrigerador repleto, pensaba emborracharse hasta perder la conciencia.

¡Feliz Navidad para mí y mi almohada!

El sorpresivo ruido de una llave accionando el cerrojo de la puerta le hizo abandonar la tibieza del agua perfumada con incienso y jazmín. Envuelta en un bata de baño se enfrentó al intruso, que de intruso mucho no tenía, ya que presuponía muy bien quien era.

Ignacio, vestido con un elegante esmoquin.

—Antes de que digas algo, vine a eso... —Acercándose a ella, exhibió las llaves.

Verónica se las arrebató y las guardó en el bolsillo de la bata.

—Objetivo cumplido —dijo señalando la puerta—. Buenas noches.

—¿Así me recibes? —Ignacio no pensaba marcharse. Le sonrió.

—No estoy de humor...

—Ya lo veo —la interrumpió—. Pero no respondiste ni mis mensajes

ni llamados, y tú sabes muy bien qué significa eso para mí.

Su presencia significaba. Y ahí estaba.

—Y tú sabes lo que eso significa en mí también. Si no te respondí es porque tengo motivos.

Ignacio sonrió con picardía, recorrió la poca distancia que los separaba y la tomó por los hombros.

—Lo sé, han llegado muchos comentarios a mis oídos, y sé muy bien que tus motivos tienen nombre, apellido, y es mucho más alto que yo. —Se golpeó el pecho con la mano derecha—. Mi corazón aún está dolido... —Volvió a sonreír—. Esos mismos comentarios me pusieron al tanto de lo otro, por eso estoy aquí. ¡Mírame! —Giró ante ella con la destreza innata de un modelo de pasarela—. ¿Te parece correcto desperdiciarme?

La hizo reír, y él ríó para hacerle compañía.

—No tengo ánimos para este tipo de fiesta.

—Cariño, es una fiesta en el Consulado, tiene todo lo que te gusta: glamour, alcohol, y buena cocina. ¿Qué vas a hacer? —La sacudió para hacerla entrar en razones—. ¿Quedarte aquí? —Percibió el aroma cercano, y continuó—. ¿Calentar tu cena gourmet pedida a domicilio en el horno microondas?

La alternativa de Verónica, comparada a la de Ignacio, comenzaba a parecer lo que era, una alternativa patética y triste al extremo.

—¡Vamos! —Ignacio no iba a ceder—. ¡Vamos! Si no te pones bella y me acompañas, demuestras que el universo está funcionando mal. Vuelvo a decirte: ¡Mírame!

—¡Eres un idiota!

Verónica volvió a reír, y esa risa fue señal de que estaba por ceder.

—Es verdad, soy un idiota que no piensa marcharse de aquí sin ti. Y si no vienes, pues... prepárate a compartir esa cena recalentada conmigo.

—¿Tú? ¿Perderte una cena en el Consulado?

—¿Por ti? Por la única mujer que considero mi amiga en este mundo, por la mujer que siempre ha estado ahí para mí... ¡Por supuesto que sí!

Comenzó a desabotonarse la chaqueta del esmoquin.

Era muy bueno, cuando se lo proponía, el desgraciado era muy bueno en sus maniobras emocionales.

—No tengo que ponerme —Verónica utilizó la última carta posible.

—En eso te equivocas...

Fue hasta la puerta, la abrió, y regresó cargando en los brazos una gran

caja de obsequio. No había que ser un gran genio para saber que contenía un vestido.

—Conozco tu cuerpo, tus gustos, y sobre todo tus manías, sé que detestas usar un vestido más de una vez. —Lo colocó en sus brazos—. Ya no tienes excusa.

Verónica era mujer, una caja de obsequio con un vestido dentro le hacía temblar los brazos. No pudo evitarlo, apoyó la caja en el sillón más cercano y exhibió el vestido ante los ojos de ambos.

Una auténtica belleza, un vestido de diseñador, entallado, color verde jade. El buen gusto de Ignacio era irreprochable.

—Combina con tu piel, tu cabello, y tus bellos ojos —Ignacio se atrevió a romper el momento de idilio en Verónica—. ¿Qué me dices ahora?

Una sonrisa fue la respuesta. Mañana podía ahogar sus penas, pensó. Mañana, no hoy.

—¡Vamos, ponte ese vestido y sé la mujer que realmente eres!

¿La mujer que eres? Ni ella lo sabía ya.

El vestido, la noche, Ignacio... tal vez se lo recordarían.



Fue a esa fiesta en busca de lo que había perdido. Lo único que encontró fue la certeza de que nada podría volver a ser igual.

Lucrecia había estado en lo cierto, existía un antes y un después en ese momento puntual de la vida en Verónica, y el después...el único después posible, no era el esperado.

Glamour, alcohol, buena comida... y la más intensa soledad. Así se sentía, sola, a pesar de estar acompañada por personas, música y risas, estaba rodeada por la nada misma.

La mano de Ignacio le rodeó la cintura, capturó su mano, la hizo danzar junto a él.

—Dime dónde estás, que voy a buscarte para traerte de regreso aquí —Ignacio notaba la ausencia mental de Verónica.

—Si lo supiera, créeme, yo misma iría a buscarme.

La miró a los ojos, la examinó con calma como si pretendiera leer algo en ellos.

Habló con la tristeza y la decepción en los labios.

—No, no lo harías, y ante eso no puedo evitar preguntarme: ¿por qué? Tenemos a la vida en la palma de nuestras manos. Conseguimos todo aquello que deseábamos. Mira a tu alrededor, dime, ¿qué ves? Yo te veo a ti, a mí, y un futuro soberbio, repleto de posibilidades. Este es tu lugar... aquí perteneces.

El rol de Ignacio en el Consulado lo obligó a dar por finalizado el baile, los invitados internacionales demandaban su presencia. Se excusó con ella prometiendo regresar en breve, no lo hizo, y esa ausencia le dio a Verónica el tiempo suficiente para responder a esa última pregunta hecha.

¿Qué ves?

Nada. No veía nada, y sentía que la vida se le escurría por entre los dedos.

Cuando las campanadas marcaron la llegada de la medianoche, en medio de una multitud desconocida, Verónica alzó la copa a modo de despedida. Le estaba diciendo adiós a la Verónica que pretendía ser para abrazarse a la que la gobernaría por el resto de sus días.

Prefirió no despedirse de Ignacio, al fin y al cabo, él se estaba dedicando a lo que mejor sabía hacer, ser el maldito centro de atención de todo. Pasaría un buen rato hasta que cayera en cuenta de su ausencia, un mensaje de texto sería suficiente.

Se equivocó, la notoriedad de su ausencia fue casi instantánea para él. Logró alcanzarla en la puerta principal.

—¡Ey, Cenicienta! —Llegó hasta ella—. ¿De quién huyes?

—De todo, Ignacio... finalmente lo hago.

No eran necesarias más explicaciones entre ambos, la historia que cargaban consigo les bastaba para comprenderse.

—Estás cometiendo un error, y lo sabes.

—No, error sería esto, sería engañarme, otra vez engañarme a mí misma.

Las lágrimas la abandonaron... la idea de una vida a futuro no imaginada, no planeada, la hacían sentirse libre, y ese sentimiento, sumado al que guiaba a su corazón, la hacía sentirse poderosa, feliz.

—El cielo se abrió para mí, Ignacio. Las nubes se abrieron y me dejaron disfrutar de la hermosa y tibia luz del sol... ya no hay retorno para mí. Estoy a la mitad del camino de mi vida y no pienso avanzar haciendo la vista a un lado. Quiero disfrutar de lo que queda... quiero ver cada detalle, quiero vivirlo. ¿Puedes comprender eso? ¡Quiero vivir!

—No, no puedo comprenderlo, porque no soy tú. —Del interior de la chaqueta, sacó un pañuelo, se lo entregó. Ella lo aceptó—. Una parte de mí te envidia... sólo una parte, ¿por qué a quién engaño? ¡Yo amo esto! —intentó agregarle humor a la despedida—. ¡Feliz Navidad, Verónica!

—¡Feliz Navidad, Ignacio!

Caminó por un largo rato, le sirvió para despejar la mente. Cuando pudo, se subió a un taxi.

Llegó al departamento con una idea en particular en la cabeza. Se quitó el vestido, se calzó pantalones, camiseta, y fue en busca de una fría botella de champagne. Buscó la carpeta con los informes que Cristian le había enviado sobre CINAR S.A. Los clasificó y organizó hasta hacer notoria la significancia de los mismos: eran una condenada bomba de tiempo.

Nunca más... nunca más volvería a apartar la vista de lo correcto.



La última semana del año pasó veloz, los aires de vacaciones y los nuevos cambios hacían del Bufete un agitado hormiguero.

Verónica utilizó la semana para poner los asuntos laborales al día, asumir el cargo de socia gerente implicaba trasladar gran parte de sus clientes a otros abogados del Bufete, los clientes corporativos más grandes quedaban bajo su tutela.

Había pactado una nueva reunión para el último viernes del año con Víctor Méndez, en esta oportunidad, la había organizado en completo anonimato, por eso iba a llevarse a cabo en las oficinas del hombre.

Cerca del mediodía, guardó en su maletín lo que consideraba importante, no pensaba volver. Podían meterse el nuevo cargo en el trasero, ya no lo quería. ¡No quería nada de eso!

Había preparado la renuncia por escrito, no pensaba entregarla personalmente, quería evitarse escenas dramáticas, tenía intenciones de iniciar el nuevo año sintiéndose libre por completo, y la única forma de hacerlo, era rompiendo las cadenas que la ataban a ese lugar.

Alicia estaba en su puesto, también era el último día laboral para ella,

recibía el año nuevo disfrutando de sus vacaciones anuales.

—Me marchó a una reunión y ya no regreso. —Alicia dejó las actividades a un lado para dedicarle su atención —. ¿Puedes hacerme un favor?

—A esta altura del año, por supuesto, pide lo que quieras —La mujer estaba feliz, el receso de verano la golpeaba a la cara.

Verónica presentó el sobre ante ella.

—Puedes dejar este sobre en el escritorio de Lucrecia a última hora.

Alicia y su intuición no fallaban. No era necesario que le dijera lo que contenía el sobre, lo sabía, la expresión en el rostro de Verónica se lo confesaba.

—¿Quieres que ponga este sobre en su escritorio? ¿Estás segura? — Alicia consideró parte de su obligación laboral confirmar tal deseo.

—Sí, nunca estuve tan segura de algo en mi vida como con esto.

Alicia sonrió con el brillo de las primeras lágrimas humedeciéndole los ojos.

Años juntas, ella había conocido cada una de las sombras de Verónica, y ahora disfrutaba doblemente el hecho de contemplar su luz.

—Cuenta con ello, lo haré con mucho gusto, y con total discreción.

—Gracias, te agradezco todo, sobre todo lo último...

—No, gracias a ti... ¿puedo acompañarte hasta el elevador?

Si pretendían discreción debían de evitar las grandes demostraciones de afecto, una breve caminata parecía lo correcto.

—Me encantaría que me acompañaras hasta el elevador, Alicia, gracias.

Lo hicieron, caminaron juntas, a paso lento, contemplando el lugar que dejaban atrás. Verónica no volvería a transitar por esos pasillos, y para Alicia, la ausencia de Verónica significaba regresar a un Bufete diferente luego de las vacaciones.

—Ah, antes de que me olvide, ya está aprobado el aumento de tu sueldo.

—No esperaba menos de ti, gracias.

—Te lo mereces.

—Lo sé... lástima que te diste cuenta de ello tarde —bromeó.

Llegaron al hall de entrada, las personas de mantenimiento se estaban encargando de quitar las letras que formaban el apellido “Uriarte” de la pared. El apellido de Verónica ocuparía el espacio vacío que dejarían.

El momento se les antojo triste a ambas. Alicia no pudo evitar hablar.

—Con tanta simpleza arrojan a la basura años de trabajo y esfuerzo — dijo dejando escapar un suspiro—. ¿Sabes? Me alegro por ti, por esto — Todavía sostenía el sobre en las manos.

—Hace una semana atrás me felicistaste por lo contrario.

—¿Y qué querías que te dijera? ¡Felicitaciones, vas a dejar tu vida aquí! Hice lo correcto, te dije “felicitaciones” y omití todo lo demás.

La última letra abandonó la pared, la observaron caer.

—Ya vete mujer. —Alicia la motivó a marcharse—. Entre esto — Agitó una vez más el sobre—, y esto .—señaló la pared—. Ya tengo demasiado por hoy... vete.

Jamás se habían saludado con un beso en la mejilla, menos que menos un abrazo. Respetaron las formas de siempre, se mantuvieron firme, una frente a la otra.

—Voy a extrañarte, Alicia.

Era sincera.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme, cuando quieras podemos disfrutar de un café bien lejos de aquí.

—Me encantaría, en verdad, me encantaría.

—Pues, que así sea... ¡Feliz Año Nuevo, Verónica!

Accionó el botón del elevador por ella. Las puertas se abrieron, Verónica ingresó.

—¡Feliz año para ti también, Alicia!

Verónica sonrió. Era libre... lo era. Las puertas automáticas se cerraron.



Víctor Méndez estaba imposibilitado del habla, sus manos, sudorosas como de costumbre, se aferraban a los papeles que Verónica le acaba de entregar. El pulso se le agitó, estaba a segundos de desvanecerse por la emoción repentina.

—¿Cómo? —Eso fue lo único que pudo decir.

—Las personas correctas, en el lado correcto, intentando hacer lo correcto...Usted me dijo eso, y yo, yo tengo buena memoria Sr. Méndez.

Verónica tomó la iniciativa para ir a lo concreto. Recapturó los papeles, y los exhibió ante él de la forma adecuada, ella misma los había organizado.

—Por orden, las demandas que fueron desestimadas, los acuerdos firmados entre las partes, y el dinero que obtuvieron estas familias por fuera del sistema. Cifras, datos de transferencia, todo. Si seguimos la ruta del dinero llegamos a cuentas vinculadas de forma directa a Sanderson Chemical, UniCorp, y Naviera Norte, todas son empresas subsidiarias de CINAR S.A.

Ya superado el impacto inicial, Méndez regresó a sí mismo.

—Si demostramos la vinculación de las Compañías, con los pagos y las familias, tenemos...

—¡Admisión de culpa! —dijeron al unísono.

—Y con eso es suficiente para minarles el camino —continuó Verónica.

—¡Esto es grande, muy grande! ¿Cómo lo consiguió?

—Los Bufetes corporativos tienen mucho más recursos de los que usted puede imaginar, Méndez.

La reciente esperanza comenzó a evaporarse en el hombre al recordar las actuales circunstancias de la demanda.

—De todas maneras, creo que ya no viene al caso... mis clientes han firmado los acuerdos de confidencialidad, y dudo mucho que quieran volver a arriesgarse.

—He aquí la maravilla del asunto, Víctor, no los necesita, tiene la información necesaria para armar una nueva demanda contra la planta química por contaminación e incumplimiento de normas ambientales. Con el apoyo de una ONG como imagen legal representativa es suficiente. No va a ser fácil, tampoco rápido, pero va a conseguir lo que quiere, finalmente va a poder cortarle la cabeza a la serpiente.

—¿Usted cree que un abogado como yo va a poder con esto?

—Por supuesto que puede, con la ayuda correcta, puede esto y más.

Méndez no pudo evitar reír, su oficina era de apenas un ambiente, y ni siquiera tenía secretaria.

—¿Ayuda? Miré a su alrededor, Señorita. ¿Ve usted ayuda posible?

—Sí, la tiene delante de usted.

Méndez volvió a reír, sentían que le estaban tomando el pelo.

—¿Tiene una cámara oculta o algo similar?

—Es tan difícil de creer lo que le digo.

—Sí, un gran SÍ.

—Bueno, créalo, voy a ser una abogada desempleada desde el próximo lunes.

Eso era comparable a ganarse el premio mayor en la lotería. Víctor Méndez apenas podía contener la felicidad en él.

—De ser así, es bienvenida aquí, aunque tenemos un problema...

—¿Cuál?

—No puedo pagarle lo que merece... ¿A quién miento? No puedo pagarle, punto.

—No se preocupe, llevo años trabajando sin cansancio en uno de los Bufetes más exitosos y reeditables de la ciudad, puedo trabajar pro-bono en este caso.

La esperanza resurgía en el hombre y lo hacía cargada de motivación. Se levantó de la silla extendiendo la mano hacia ella.

—Sin más que decir... ¡Bienvenida! ¡Vayamos por esta serpiente!

Verónica se aferró a la mano sudorosa de Méndez.

—¡Por esta, y otras más! Este mundo está lleno de malditas serpientes.

Y yo ya no soy una de ellas, pensó Verónica. Sonrió. Una nueva sociedad daba inicio.



Repitió la misma ceremonia de la noche de Navidad, cena gourmet enviada a domicilio, y refrigerador repleto de frío champagne. La única diferencia entre la noche pasada y ésta, era que ahora sí tenía motivos para festejar, empezar a llevar las riendas de su vida la hacía sentir feliz... feliz pero no completa.

Tenía un profundo vacío en ella.

Era él. Su vacío era él.

“En algún momento de nuestras vidas, a todos nos rompen el corazón”.

Tenía el corazón roto, lo reconocía, y también reconocía que Gabriel no había sido el perpetrador de tal cruel acto, no, su corazón llevaba años hecho pedazos; él simplemente le había dado el motivo para unir sus piezas. Se reconstruía por él, gracias a él. Gabriel era el pegamento que había estado

esperando toda la vida.

Ahora tenía el coraje que le había faltado semanas atrás.

Ahora era dueña de su vida... ¡No más temor!

Faltaba un cuarto de hora para la medianoche, y sabía muy bien en dónde quería recibir el año nuevo: enfrentando el mayor temor de su vida.

Se colocó el traje de baño, subió al elevador mientras el resto del mundo disfrutaba de los últimos minutos del año, y llegó hasta el solarium de la terraza.

No se permitían eventos ni festejos en el lugar, por eso el agua de la piscina estaba limpia y cristalina. Controló la temperatura del agua con los dedos del pie. Se estremeció ante el primer contacto, no por el frío del agua, sino por la significancia del momento.

El corazón se le aceleró. Era dueña de su vida, se repitió.

¡No más temor!

Respiró profundo, alzó los hombros sobre la cabeza, y se lanzó al agua con un clavado perfecto.

Volvió a tener diez años, se sumergió, y cuando salió a flote el recuerdo del rostro de su madre la recibió.

—Mamá, ¿qué hay al final del arcoíris?

—Al final del arcoíris sólo hay eso, más arcoíris.

¿Qué hay al final del amor?

Después del amor sólo hay eso, más amor.

Los fuegos artificiales comenzaron a estallar en la oscuridad de la noche.

Dejó a su cuerpo libre, y mientras flotaba, disfrutó de los intensos colores que vestían al cielo. Sabía cuál era su lugar en el mundo... lo sabía. Era junto él.



OTRO CAMINO

Andrea había intentado convencer a Gabriel de pasar la noche de Año Nuevo juntos. Había utilizado hasta su vientre de casi ocho meses de embarazo, y nada, él mantenía la misma postura del año anterior. Las niñas y él, en la tranquilidad del hogar.

—Ya tuviste la Navidad, confórmate con eso.

Era perseverante hasta el último momento, su marido y los niños estaban guardando las maletas en la camioneta, y ella estaba ahí, en la cocina de Gabriel, valiéndose de su última oportunidad, mientras él preparaba la cena.

—No es cuestión de “conformar” a alguien, sino de pasar un momento en familia.

—Exacto, familia, y sin ofender, mi familia está aquí, no allá.

—Tú sabes que los padres de Ricardo tienen adoración por las niñas, y un gran aprecio por ti.

El plan era ese, marchar en caravana rumbo a la casa de los padres de Ricardo, que poseían una gran Estancia a unos cuantos kilómetros de ahí.

—Lo sé, por eso utilicé el “sin ofender”. Diles que les agradezco la invitación, que las niñas agradecen la invitación, pero preferimos quedarnos en casa...

—Tú lo prefieres, ¿les preguntaste a ellas?

La mirada de Gabriel fue letal, disparó furia contra ella.

Andrea se acarició el vientre con notoriedad.

—¡No te aproveches de mi sobrino no nacido!

—Bueno, deja de mirarme de esa manera entonces.

—Voy a dejar de mirarte así cuando dejes de ser tan reiterativa. ¡Vamos a estar bien! Lo estuvimos el año pasado y lo estaremos este.

No era la primera fiesta de Año Nuevo que pasaban sin Noelia. Además, ya estaban aprendiendo a vivir con su ausencia y recuerdo.

—De todas maneras, muchas cosas sucedieron del año pasado a este... cosas inesperadas para todos.

—¿A qué te refieres?

Lo preguntó por simple obligación, sabía a qué estaba haciendo referencia Andrea. Estaba preparando espaguetis con salsa, y aprovechándose de eso, le dio la espalda para continuar cortando los vegetales.

—¿En serio? ¿Vas a jugar ese papel conmigo?

Gabriel continuó con lo suyo. Puso la sartén al fuego, agregó aceite, y esperó que el mismo tomara la temperatura correcta.

—¿Gabriel? ¿Gabriel?

Respondió con otra pregunta sin darse vuelta.

—¿No tienes que irte ya?

Andrea giró la perilla de gas, el fuego se apagó.

—Voy a irme cuando tú y yo hablemos.

Resopló con furia. Nadie le ganaba a Andrea cuando se ponía así de persistente.

—¿Dime? ¿Dime de qué demonios quieres hablar que no hayamos hablado ya?

—Hay una sola cosa de la que no hablamos, y eso me resulta muy extraño, básicamente porque esa “cosa” tiene un nombre, y ese “nombre”, hace un par de días atrás, se oía como eco en esta casa. —La mujer fue directa, muy directa—. Mírame a los ojos y dime qué sucedió con Verónica.

Si no la nombraba, no pensaba en ella. Si no la pensaba, no la extrañaba. Si no la extrañaba... podría llegar a olvidarla.

Así se estructuraba el pensamiento de Gabriel. No quería nombrarla.

—Nada sucedió con ella, nada. —Resaltó lo último—. La lógica te dice lo demás...

Andrea no pensaba comprar el discurso superador de Gabriel. El nombre de Verónica le quemaba los labios.

—¡No seas infantil! ¿Quieres que recapitemos juntos las últimas semanas de ustedes dos juntos? ¡¿A eso le llamas nada?! ¡Por favor, Gabriel!

—Déjame corregirme entonces, no fue “nada”, fue “demasiado”. ¿Te es suficiente eso?

Por supuesto que no iba a darse por vencida con esa respuesta.

—¿Demasiado para quién?

Gabriel intentó reír, la pregunta le pareció por demás estúpida.

—No te rías, te lo estoy preguntando con toda la seriedad posible. Y te advierto, piensa bien tu respuesta, porque yo he estado aquí, la he visto, vi la mirada de Verónica hacia ti, hacia las niñas... Repito: ¿Demasiado para quién? ¿Para ti o para ella?

Gabriel bajó la guardia al oír su nombre, sus labios lo repitieron en silencio.

Si no la nombraba, no pensaba en ella...

Primero maldijo a Andrea; después, habló.

—No lo sé, creo que para los dos.

El vientre le pesaba, se acercó a una de las sillas, y tomó asiento para descansar. Para Andrea, la conversación recién iniciaba.

—Esa es una buena respuesta. ¿Demasiado para ella? ¡Eso no hay ni que pensarlo! Por supuesto que lo es, y más para una mujer de su estilo, independiente, profesional, sin más ataduras que las propias. Debo confesar que me sorprendiste con ella, Verónica fue lo menos esperado.

Si no la pensaba, no la extrañaba...

Debía convencerse de eso para alejarla de su mente.

—Y lo menos acertado también.

Ante lo oído, Andrea no pudo más que reír.

—Si quieres creer eso, allá tú. Sabemos que mientes —dijo acariciándose otra vez el vientre.

—La realidad del momento te confiesa que no miento.

—No, la realidad del momento me confiesa que eres un idiota que no quiere reconocer que siente más de lo que dice.

La intenciones de superación quedaron a un lado, no sé podía ocultar lo inocultable.

—Es verdad, soy un idiota, un idiota que puso el punto final en el momento correcto.

—¡Espera! ¡Espera ahí! —La confesión la hizo levantarse de un salto, por supuesto su salto fue en cámara lenta, el vientre la obligaba a eso—. ¿Me estás diciendo que tú terminaste con esta relación?

—Sí...No. No lo sé. Creo que los dos lo hicimos.

—¡Increíble! ¡Eres más idiota de lo que pensaba!

La expresión comenzaba a fastidiarlo. Ya se había reconocido como idiota, no había que seguir presionando sobre el asunto.

—Podemos dejar de utilizar la expresión, por favor.

—No, no podemos, porque eres un idiota...infantil e idiota. Ahora que lo pienso, tienes la combinación de “i” más peligrosa del mundo. Eso es preocupante y alarmante. —Fue hasta él, le aferró el rostro con las manos—. Tienes dos alternativas aquí, o te abofeteo hasta que me duela la mano, o me pones al tanto de los hechos tal como sucedieron.

No quería bofetadas, ninguna iba a ser suficiente.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Quiero que oírte decir que le dijiste lo que sentías por ella. Con eso me conformo.

El silencio lo delató. Andrea le regaló la primera bofetada.

—¿No le dijiste que la amabas?

—No sé lo que siento...

No pudo terminar de hablar, otra bofetada se estrelló en su rostro.

—Gabriel... Mírame. —Hizo furioso contacto visual con él—. Yo no soy idiota como tú, yo veo todo, estoy pendiente de todo, es mi deber. Los dos sabemos que a las semanas de morir Noelia, ya tenías un elenco femenino zumbándote al oído como moscas. Ninguna realmente existía ante tus ojos... ninguna, hasta que ella apareció. ¿Por qué? Dime, por lo menos, que te preguntaste eso.

—No estoy para esa clase de preguntas, Andrea... lo único que puedo decirte es que después de ella, y por ella, me he dado cuenta que no estoy preparado para esto.

—No, en eso te equivocas, ella te demostró que sí estás preparado para esto, para avanzar, para iniciar una nueva vida con alguien, y eso... eso te aterra. Reconócelo, te aterra.

Los ojos de Gabriel se vistieron con lágrimas.

—Estoy mejor así, Andrea. Me acostumbré a mi vida, estoy mejor así.

—Mejor así... ¿siendo un cobarde? ¿Eso le quieres enseñar a las niñas?

—No incluyas a las niñas en esto.

—Tarde para eso, ¿no te parece? Tú las incluiste, las niñas le abrieron la puerta a Verónica por ti, y ahora que empieza a significar algo para ellas, decides echarte atrás. ¡Si eso no es cobardía, dime que es!

—¡Supervivencia, eso es! —alzó la voz, gritó. Gabriel se liberó—. No puedo arriesgarme otra vez, no puedo. No estoy preparado, no aún.

—Si lo estás, lo estás desde el preciso instante en el que ella puso un pie en esta casa. No la buscabas, Gabriel... la encontraste. No la pierdas por temor. Peor aún, no la pierdas por callar. Ten el valor de reconocer lo que sientes. Sé el hombre que sé que eres, dile que la amas, y deja que lo demás suceda.

El amor aparece, sucede, se queda en nosotros, nunca se va.

El amor volvía a estar ahí, en Gabriel...y estaba ahí por ella.



Como en el año anterior, la cena de Año Nuevo no tuvo límite alguno para los deseos, todos los paladares fueron satisfechos.

Cenaron en el jardín, y la variedad de menús personales, ocupó la totalidad de la mesa. Patatas fritas para Emilia, siempre patatas fritas para ella. Hot dogs para Carola, alitas de pollo asadas para la mayor, y costillas de ternera para el amo de casa. Hasta Tudor recibió lo suyo, además del extra que capturaba por debajo de la mesa gracias a las niñas.

A la cena le siguió el postre, helado, un sabor per cápita. Micaela y Carola eran unas experimentadas en el arte del helado, sabían muy bien con lo que trataban, los sabores elegidos por ellas, con plena confabulación de ambas partes, fueron banana split y chocolate alpino. Emilia mantuvo las costumbres rutinarias y, como era de esperarse, su elección se limitó a la crema de vainilla. Tras las severas críticas recibidas por parte de sus hijas, Gabriel desestimó el sorbete de limón y se arriesgó a lo diferente, crema de cerezas. El nuevo sabor tuvo una excelente repercusión y la crítica especializada familiar le dio la bienvenida.

Cerca de la medianoche, dieron inicio a los preparativos del ritual familiar que desde siempre los acompañaba en esa fecha. Buscaron mantas, almohadas... contemplar los fuegos artificiales recostados en el césped era el momento favorito de la noche para todos.

La ansiedad en las niñas las hizo arrojarse de espaldas al suelo mucho antes de lo esperado; Carola y Micaela competían entre ellas, contaban estrellas, festejaban los fuegos artificiales que estallaban antes de tiempo en el cielo. Emilia hacía lo mismo que ellas, pero en el silencio de su mente. En ese instante, Gabriel no pudo más que observarlas. ¿Eran felices? Sí, lo eran, lo veía en sus ojos, lo oía en sus risas. Todo lo que él era, todo lo que tenía era para ellas... pero... La vida siempre te obsequia “peros” servidos en bandeja, y el de él venía acompañado de una pregunta: ¿Era suficiente?

No lo era, porque el todo que él podía darles no era el “todo” que ellas necesitaban. Las niñas eran fuertes, inclusive eran mejores sobrevivientes que él, lidiaban con la ausencia de su madre con una sonrisa en el rostro. Sí, tenían a Andrea, siempre la tendrían, y aun así, tampoco era suficiente. Llegaría el momento en el que necesitarían más, y ese más, él no se los podría dar.

Gabriel se hizo una promesa esa noche, por el bien de sus hijas y por el suyo también. Alejaría el temor de su corazón. No sería más un cobarde.

Las niñas lo alejaron de su pensamiento poniéndolo al tanto de la hora, en menos de dos minutos un año nuevo llegaría. Se recostaron sobre las mantas. Gabriel preparó a Emilia, aunque la resonancia de los estallidos se transformaba en algo intolerable para sus oídos, la niña amaba el juego de luces brillantes que los fuegos artificiales provocaban en el cielo. Le colocó los auriculares aislantes de sonido, los conectó a la tablet, y reprodujo su canción favorita, esa que la relajaba, “Close to you”.

A coro iniciaron la cuenta regresiva.

10... 9... 8...

4... 3... 2...1...

¡Feliz Año Nuevo!

El cielo estalló en cientos de colores, las luces se mezclaban entre sí formando hermosos arcoíris en medio del cielo nocturno.

Verónica se hizo presente en su recuerdo. Se la imaginó junto a él. Sonrió.

No sería más un cobarde, y no lo sería empezando por ella.



UN ENCUENTRO

Justo ahí...

A mitad del camino.

Que golpearan a la puerta en plena mañana de primero de Enero era, por demás, poco común, el silencio de los alrededores era sepulcral. Las niñas y Gabriel se miraron, todos coincidieron con la misma expresión de sorpresa en el rostro. Estaban preparando el desayuno, y como eran muy conscientes de que no esperaban a nadie, decidieron pasar por alto el golpe.

Volvieron a golpear al minuto, y la reacción de Tudor les valió para confirmar que no era un error. Alguien estaba en la puerta.

La intriga levantó de la silla a la más pequeña del grupo familiar.

—Yo voy...

Gabriel se le atravesó con rapidez, le impidió la salida de la cocina.

—No, tú te quedas aquí. Todas se quedan aquí. Yo voy.

Presupuso que podía llegar a ser un vecino, o algún extraño con la dirección equivocada.

Su presuposición le abofeteó el rostro y el corazón al mismo tiempo. Era Verónica.

Abrió la puerta, se quedaron frente a frente, sin decir una palabra.

A excepción de Emilia, que no era movida por tales hechos cotidianos, Micaela y Carola asomaron el rostro por la puerta de la cocina. Al fin de cuentas, Gabriel había dicho: “se quedan ahí”. Y ahí estaban, sin abandonar el lugar asignado, con la cabeza afuera para saciar la intriga.

La presencia de Verónica despertó la emoción en Carola, se lanzó hacia ella.

—¡Verónica! ¡Verónica! —Se abrazó a su cintura con fuerza—. ¡Papá nos dijo que no ibas a venir, y viniste!

Verónica se abrazó a la niña, murmuró en su oído:

—Aquí estoy ahora... cambié de parecer —Buscó los ojos de Gabriel, sabía que esas palabras habían llegado hasta él.

Los ojos cafés de Gabriel le dieron la bienvenida que, hasta el momento, le negaba todo el resto de su cuerpo. Cerró la puerta detrás de ella.

—Llegaste justo para el desayuno. ¿Verdad, papá?

No sabía qué pensar, qué creer... decir. Gabriel estaba en shock, aturdido por los sentimientos que se agitaban desesperados al estar una vez más ante ella.

—Si... —Ese “sí” fue dudoso, intentó aportar más firmeza a lo dicho—. Por supuesto que sí, pero primero... primero, Verónica y yo tenemos que hablar. —Hizo contacto visual con Micaela—. Por favor niñas.

Micaela se puso en acción, fue hasta su hermana y la desprendió del cuerpo de Verónica.

—Ven, vamos. —El saludo de la niña se limitó a una dulce sonrisa. Así era como ella le daba la bienvenida.

Se perdieron en el interior de la cocina, los dejaron a solas.

Gabriel no estaba preparado para el momento. Tenía tanto para decir, para confesar...

Verónica sí lo estaba, y no pensaba volver a perder un minuto más en su vida callando.

—Considerando mi repentina presencia, creo que lo correcto aquí es que yo hablé primero. —Se corrigió, lo mejor era no presuponer—. Si es que tú tienes deseos de oírme...

Esperó una respuesta que no tardó en llegar.

Gabriel escupió los restos de cobardía que todavía le quedaban en los labios, y ya libre de ellos, respondió.

—Los dos nos debemos más palabras que las que nos dijimos.

—Lo sé, por eso he venido, para responsabilizarme de lo que dije, y sobre todo, por lo que no dije. —Respiró profundo, lo que iba a confesar le aceleraba el corazón; le sacudía el alma misma—. La realidad es que desde que apareciste en mi vida fuiste demasiado para mí... es verdad, tú me desbordaste, y no lo digo por lo que traes contigo, sino por todo lo que me hiciste sentir. Te lo he dicho, hay una razón por la cual he estado sola la mayor parte de mi vida, y esa razón me pareció suficiente hasta el día que te conocí. —No había vuelta atrás, no importaba si se iba de ahí con el corazón en las manos. Los sentimientos deben ser libres... como sea, deben serlo—. Tienes razón en lo que dijiste, hay un vacío en mí, eso es verdad, pero en un pequeño detalle te equivocaste, tú y las niñas no vinieron a llenar ese vacío... tú, tu repentina ausencia, la de ellas, lo provocaron. Te amo... amo lo que eres, lo que significas, las amo a ellas. —Y cuando se deja libre a los sentimientos, las lágrimas hacen travesuras en nuestros ojos—. Sé que me colé en tu vida sin aviso, sé que tienes una historia que va a estar contigo por el resto de tu vida y que la sola idea de volver a amar, posiblemente, no tenga lugar en tu vida ahora... no me importa, yo puedo esperar, me basta con estar junto a ti, y... ¿quién sabe? Tal vez, el día que decidas volver a enamorarte, te enamores de mí.

Dicen que en el amor no se suplica, pero los que dicen eso no saben nada del amor. El amor es cruel y maravilloso a la vez, y para sentirlo en verdad, hay que aceptarlo por completo.

—Por favor, Gabriel... enamórate de mí.

Se acercó a ella, el cuerpo le temblaba y no pretendía ocultarlo. Era hombre y temblaba ante una mujer que le confesaba que lo amaba. Tenía el valor para demostrarlo. Tomó el rostro de Verónica entre las manos y apoyó la frente sobre la de ella.

—Perdóname... —susurró—. Perdóname por no haber sido el hombre que necesitabas que fuera, un hombre que luchara por ti, por nosotros. Hoy, ahora, lo soy... No creí que iba a volver amar, no de esta manera, y sin

embargo, aquí estoy, amándote a ti de una manera diferente, intensa y única. No voy a engañarme más, lo que soy, lo que tengo, lo que siento, todo quiero compartirlo contigo si tú lo deseas.

Besarse, acariciarse, abrazarse, piel contra piel. Querían eso, y lo desearían cada minuto, cada día por el resto de sus vidas, sin embargo, ese era otro momento, uno en dónde los cuerpos quedaban a un lado para darle lugar al reencuentro de almas. Frente contra frente, en silencio, sintiéndose, hablando un idioma que sólo los corazones valientes entienden.

Juntos enfrentarían al presente y desafiarían al futuro... ¡Juntos!

El presente no se hizo esperar, así de ansioso estaba.

—¡Papá, el agua ya está hirviendo!

—¡Las tostadas ya saltaron! ¿Ponemos más, papá?

¡Vaya presente los esperaba!

Los dos sonrieron, felices y seguros de lo que sentían. Esto era el principio.

Las niñas habían estado espiado todo tras la puerta, cuando Gabriel y Verónica ingresaron a la cocina, disimularon a la perfección. Supusieron lo que había que suponer, habían visto muchas películas de esas... las de hombre y mujer que se quieren. Estaban igual de felices que ellos, para las niñas, Verónica también significaba mucho más ya.

—Desayunas con nosotros, ¿verdad? —Carola necesitaba esa confirmación.

Verónica le dio la confirmación deseada con una sonrisa. En segundos, la cocina se revolucionó. Micaela y Carola compitieron por buscar tazas, platos, y demás.

Emilia, que seguía firme en la mesa, mirando tandas comerciales de Discovery Kids en su tablet, reclamó lo suyo.

—¡Mis cereales! ¡Mis cereales!

Gabriel estaba preparando el café, las niñas organizaban la mesa, y Verónica decidió otorgarse un rol en la familia.

—Yo me encargo —dijo rodeando el cuerpo de Gabriel con una caricia.

Fue hasta el mueble en dónde guardaban los tazones, y agarró el de la niña. Sacó la leche del refrigerador, capturó los cereales, una cuchara, y

colocó todo frente a Emilia. Colocó cereales en el tazón y agregó leche, lo hizo con calma, con pequeños movimientos circulares asegurándose que cada hojuela de maíz escarchada con azúcar hiciera contacto con el líquido.

¡Una obra de arte! ¡Perfecto!

Emilia sonrió.

—¡Lo logramos, Verónica! —dijo haciendo contacto visual con ella —. ¡Lo logramos! —repitió regresando la mirada a su objeto de predilección.

Era la primera vez que la niña le regalaba la mirada y la llamaba por su nombre.

La reacción en Emilia sorprendió a todos. Se miraron unos a otros, sonrieron.

—¡Lo logramos! —repitió Verónica conteniendo en la garganta la emoción que la inundaba.

Con el desayuno ya listo, Micaela y Carola ocuparon sus respectivos lugares en la mesa. Gabriel invitó a Verónica a sentarse, antes de ubicarse a su lado, se permitió el placer de confesar lo que sentía por ella ante las niñas, la besó. Se tomó todo el tiempo del mundo en esa boca, esos labios, Verónica... él, lo merecían. Carola rió traviesa, Micaela la codeó con disimulo a modo de reprimenda.

Gabriel observó el nuevo cuadro que decoraba su vida.

Sí, eso era un auténtico principio.

Entrelazaron las manos por debajo de la mesa, se acariciaron.

Esa caricia confesaba lo ya dicho.

¡Lo logramos!

FIN

(Para nosotros, no para ellos)



NOTA PERSONAL

El autismo es un trastorno neurológico complejo que dura toda la vida. Actualmente se diagnostica con autismo a 1 de cada 68 niños. El autismo daña la capacidad de una persona para comunicarse y relacionarse con otros. También, está asociado con rutinas y comportamientos repetitivos, tales como arreglar objetos obsesivamente o seguir rutinas muy específicas. Los síntomas pueden oscilar desde leves hasta muy severos.

El autismo no es una enfermedad, no se cura.

El autismo es una condición, no se padece, ni se sufre, el autismo se vive.

La primera vez que asistí a un grupo de apoyo para padres con hijos diagnosticados con autismo, me definieron al trastorno de la siguiente manera:

“EL AUTISMO NO ES UN ERROR DE PROCESAMIENTO. ES UN SISTEMA OPERATIVO DIFERENTE”. Tú, yo, la mayoría de nosotros utilizamos Windows... tu niña utiliza Linux. Tiene las mismas funciones, obtiene los mismos resultados, pero lo hace de manera diferente.

Diferente, esa es la palabra clave en el autismo, y lo paradójico del asunto es que esa palabra no es de importancia para una persona o niño con autismo en sí... lo diferente nos afecta a nosotros, porque lo diferente nos saca de nuestro lugar común, en algunos casos, hasta nos genera temor. Hoy en día, la etiqueta de Trastorno de Espectro Autista, debido al desconocimiento sobre esa diferencia, cierra más puertas de las que abre.

Hace unos meses atrás, una mujer de pasados los 70 años, se acercó a mi hija de 7 años, y le dijo: ¡Hola linda, buen día! Mi hija no sólo no le respondió, sino que tampoco hizo contacto visual con ella. La mujer, enojada, se dirigió a mí: ¡A los niños hay que educarlos, hay que enseñarles a responder con educación cuando se los saluda!

Yo seguí mi camino, mi hija tiene autismo, no hace contacto visual con extraños, su lenguaje es limitado, más aún cuando le hablan personas desconocidas. Mi hija es alta, con unos hermosos ojos verdes, su apariencia es igual a la de otros niños, no así su desarrollo neurológico. A veces, cuando los estímulos son muy fuertes, grita, se tira el piso, se golpea a sí misma, y eso puede suceder en casa, en plena calle, o en medio de un mercado.

Hay días que hablo de autismo, y también hay días en dónde estoy agotada, en esos días no tengo deseos de gritar a los cuatro vientos que mi niña tiene autismo por el simple hecho de evitarme situaciones incómodas, miradas de reojo, o comentarios por lo bajo. Por suerte he aprendido muchas cosas de mi hija, sobre todo a aceptar que, todos tenemos días buenos y días malos, y debemos aprender a lidiar con ellos. Gracias a mi hija comprendí el verdadero significado de la paciencia, y descubrí también que, la verdadera riqueza de este mundo, son justamente nuestras diferencias.

LAS DIFERENCIAS NOS HACEN IGUALES.

Gracias por leerme.